CUENTOS





MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS
Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 74

BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA

CUENTOS

Preparación del texto a cargo del
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

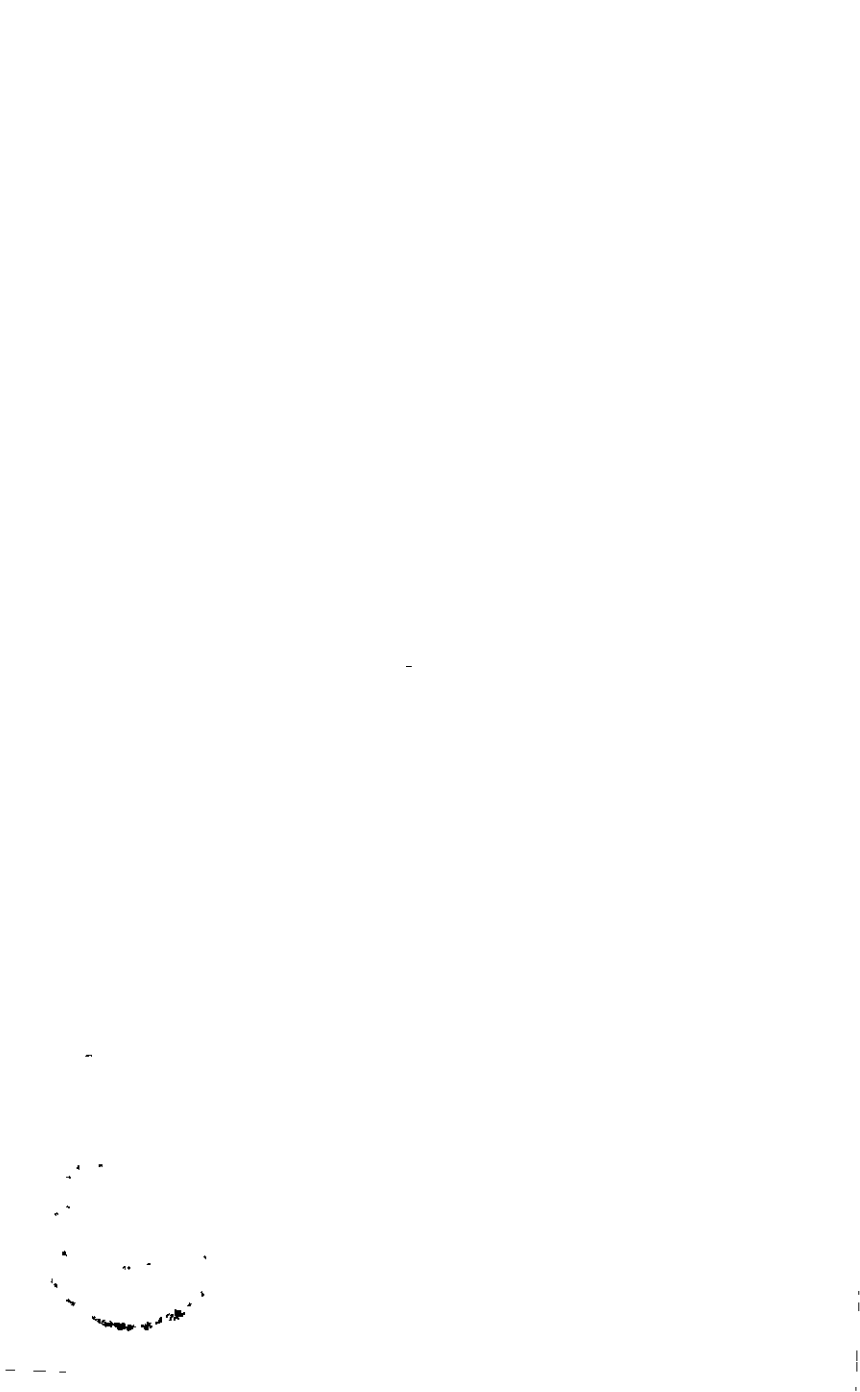
BENJAMIN FERNANDEZ Y MEDINA

CUENTOS

Prólogo de
ARTURO SERGIO VISCA

MONTEVIDEO
1965





PROLOGO

I

En todas las literaturas, y entendiendo que al sustantivo literatura podemos atribuirle siempre, sin falso nacionalismo, un adjetivo gentilicio, se da el caso de escritores que, aun cuando no alcancen, en su obra, las excelencias de una calidad estética superior, tienen, sin embargo. una significación no desdeñable en el proceso histórico que toda literatura configura. Ocupan un puesto que no puede ser desatendido. Ayudan, por lo que en su obra hay de germinal y no logrado, a comprender lo que en las figuras mayores hay de logrado y de fruto maduro. Sus propias frustraciones o fracasos han sido las raíces y la condición necesaria para la creación de las obras perdurables. Su carácter de precursores, por un lado, les hace ocupar, con dignidad, un lugar en la historia literaria, y, por otro lado, los convierte en objetos de estudio imprescindible. En el cuadro de toda literatura, estos escritores constituyen lo que, en lenguaje técnico, se llama los *lejos* de la pintura. Se inscriben, humildemente, en el fondo del cuadro. Para verlos, es preciso una mirada de cercanía. Pero su discreta presencia de segundo plano, destaca y subraya las figuras ubicadas en el primero. Estos escritores nos invitan, generalmente, a acceder con simpatía a sus obras, aun cuando esta simpatía no inhiba la claridad del juicio que puede ser

severo. En esas obras, el crítico busca algunos destellos de luz que, de un modo u otro, ilumine mejor la literatura por cuyas aguas navega. Una figura de la índole indicada es, en el área de la literatura rioplatense, la de Bartolomé Hidalgo. Cualquiera sea el valor absoluto de su obra, no puede negársele el relativo de haber iniciado una floración poética que culmina, nada menos, en *Martín Fierro.* Otra figura similar es la de Isidoro de María, de quien recogemos, a través de su modesta pero bienintencionada labor de historiador y de cronista, los ecos de una voz cálida y afable. Son uno y otro, en la historia de nuestra literatura, y aunque se sitúen en un plano secundario, dos rostros inolvidables.

Escritor de idéntica textura es Benjamín Fernández y Medina. Es, también, dentro de la literatura uruguaya, una figura secundaria, pero que, por más de un motivo, resulta simpática y cuya obra ofrece, para su lectura y estudio, muchos flancos de interés. aunque sus valores literarios intrínsecos no son, ciertamente, conviene desde ya subrayarlo, de los más altos. Nació en Montevideo, en 1873; murió, en 1960, en España, donde residió muchos años. El periodista Francisco García y Santos, que prologó uno de los libros de Fernández y Medina, afirma, en dicho prólogo, que, casi niño todavía, ya *"escaramuceaba en la crónica, escopeteando a los políticos del montón y relatando sucesos locales que otros despreciaban por hueros y a los que Benjamín sacaba punta a fuerza de ingenio".* Y Carlos Roxlo, en su *Historia crítica de la literatura uruguaya,* escribe que Benjamín Fernández y Medina, que fue periodista en "La Lucha" y "El Bien", *"se atrevió, a poco andar, con todos los géneros".* El número de sus escritos es, efectivamente, amplio y aborda temas

y géneros diversos. Escribió, incluso, opúsculos, que Carlos Roxlo en la citada obra califica de muy estimables, sobre nuestro comercio y sobre nuestra imprenta. En otros trabajos se ocupó, asimismo, de nuestras leyes policíacas, administrativas y electorales. Páginas críticas, entre otras algunas dedicadas a la literatura uruguaya del siglo pasado, y crónicas periodísticas, como las tituladas *Crímenes del santismo,* forman parte de su labor de escritor. Sin fatiga se puede leer su pequeño volumen de poesías *Camperas y serranas* (Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1894), pulcramente editado con ilustraciones del dibujante Vaamonde. Hay allí ya que no un verdadero poeta sí un versificador fluido y amable que, con pincel un tanto ingenuo, traza algunos cuadros, idealizados, de la vida rural uruguaya. Interesante para el estudio de nuestra literatura, por lo que denota sobre la situación de un momento, es su antología de narradores nacionales titulada *Uruguay* (Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1895), donde reúne, junto con cuentos de la calidad de *El combate de la tapera,* de Eduardo Acevedo Díaz, *Mansilla,* de Carlos Reyles, *El desquite,* de Manuel Bernardez y *El Burro de oro,* de Domingo Arena, otros de escaso valor, de Víctor Pérez Petit, Eduardo Ferreira, Teófilo Eugenio Díaz, José Luis Antuña, Carlos María Maeso, Roberto de las Carreras, Roberto Wilson, Gonzalo Ramírez Chain, Daniel Muñoz, Rafael Fragueiro, Luis Cardoso Carvallo, Juan Giribaldi Heguy y el mismo Benjamín Fernández y Medina. Su contribución a la narrativa uruguaya está constituida, en lo fundamental, por dos libros de cuentos, que, a nuestro juicio, es la parte de su obra donde puede morder con mayor intensidad nuestra atención. Esos dos libros, que se reproducen íntegramente en este tomo de

la *Biblioteca Artigas - Colección de Clásicos Uruguayos*, son *Charamuscas* (Montevideo, Librería Nacional de A. Barreiro y Ramos, 1892), con prólogo de Francisco Bauzá, y *Cuentos del pago* (Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1893), que lleva unas páginas de presentación de Francisco García y Santos. De los treinta cuentos que estos dos libros reúnen, el autor seleccionó, muchos años más tarde, dieciséis, y los publicó en un volumen titulado *La flor del pago* (Barcelona, Editorial Cervantes, 1923). Esos dieciséis cuentos son los siguientes: *La flor del pago, Una china presumida, Quitanderas, Amor salvaje, La muerte del matrero, Un bautizo en el campo, Monte cerrado, En tiempo de guerra, Primer amor, La muerte, La primera visita, El forastero, El ferrocarril, Los pobres, Alambrado por medio, Don Patrocinio.* Hay algunas variantes, aunque pocas y no de mayor importancia, entre la edición original de estos cuentos y su reedición de 1923.

II

Cuando Benjamín Fernández y Medina selecciona los dieciséis cuentos que forman *La flor del pago*, realiza su elección tomando en cuenta sólo aquella parte de su obra narrativa cuyos personajes y ambientes son campesinos. Y abre el libro con una *Nota del autor* en la que, entre otras cosas, se lee lo siguiente: "*Antes de la publicación de* "Charamuscas" *puede decirse que casi no existían los cuentos de carácter local en la literatura uruguaya. En todo caso, y si mis cuentos no fueron los primeros, puedo afirmar, en cambio, que sirvieron de estímulo a todos los*

que vinieron después y permiten considerar hoy a mi país como uno de los más ricos de América, en este género literario". Implícitamente a través de su selección, y explícitamente en las palabras recién citadas, el autor reclama para sí el reconocimiento de su carácter de iniciador y propulsor de una corriente narrativa —*género literario*, llega a afirmar— que, en el año, 1923, en el cual dichas palabras fueron escritas, contaba ya, cuantitativamente, con un amplio volumen de producciones, y podía jactarse, en lo cualitativo, de lucir ya algunas creaciones perdurables. Esa corriente que, a falta de otro nombre quizás más adecuado, podríamos llamar *criollismo narrativo*, era la preponderante en la literatura uruguaya de ese momento. Su vigencia era innegable. Y pronto habría de producir obras, y pondremos un solo ejemplo, de la calidad de *Raza ciega* (1926), de Francisco Espínola. El puesto de iniciador de esta corriente narrativa es el que, fundamentalmente, da significación a la labor de cuentista de Benjamín Fernández y Medina en el territorio de la literatura de nuestro país. Es necesario, ahora, fundamentar nuestra aseveración de que el autor de *Charamuscas* y *Cuentos del pago* es el hito inicial del movimiento literario que hemos denominado *criollismo narrativo*. Para ello es preciso evidenciar que en sus cuentos se dan caracteres peculiares que hallaremos en la obra de narradores posteriores y que no existieron, *de igual modo*, en las creaciones de los que lo antecedieron, y no sólo con referencia a una especie, el cuento, del género narrativo, a la cual Fernández y Medina confina su enunciación, sino en relación con el género mismo, y dentro, naturalmente, de la narrativa nacional.

Charamuscas se publicó en 1892; en 1893, *Cuen-*

tos del pago. Antes de esas fechas, obviamente, la narrativa uruguaya contaba ya con obras en las que era ostensible el *carácter local*, el calor y el color de nuestra vida colectiva. Pero es preciso hacer notar que ese carácter local, ese calor y ese color eran ingredientes de sus obras pero no constituían la finalidad última de las mismas. Eran, incluso, ingredientes en los cuales, insoslayable, ineludiblemente el autor debía estribar para la realización de su intencionalidad honda, mas no eran el núcleo mismo de esa intencionalidad. Para explicitar nuestro pensamiento propondremos dos ejemplos. Uno: *Caramurú* (1848), de Alejandro Magariños Cervantes; otro: *Ismael* (1888), de Eduardo Acevedo Díaz. La primera de estas dos novelas — pobre en valores literarios, interesante por su condición de iniciadora de la narrativa nacional — es de textura neta si que también burdamente romántica. El autor intenta, aunque no logra, que su obra posea carácter, calor y color locales. No obstante la deliberación del autor, y si atendemos a la intencionalidad real que la novela revela, es ostensible que esos ingredientes son secundarios, meros accesorios ornamentales y modos de acrecentar el interés romancesco que persigue el escritor. La intencionalidad real de la obra no es expresar en su verdad profunda el carácter local, sino conmover con la presentación de personajes y situaciones típica y tópicamente románticos: un héroe dotado de nobleza y coraje de la más alta estirpe; una heroina angélica y sentimental; una trama que permita situaciones conflictuales casi espeluznantemente dramáticas. Pasemos a *Ismael*, primera obra de perfiles sólidamente perdurables de nuestra narrativa. Allí el carácter, el calor y el color locales aparecen vigorosamente y se hallan trabados con solidez a la intencio-

nalidad profunda y final de la novela. Pero la intencionalidad profunda y final es en ella de carácter épico. La mirada del autor está fija en una realidad histórica que refulge con las luces de una epopeya: la gesta emancipadora. El *élan* creador arde a partir de ese fuego épico. El carácter local no es en la labor de novelista épico de Acevedo Díaz un elemento accesorio. Pensemos que él mismo quiso que esa obra fuera un acerado instrumento de afirmación de la nacionalidad. Mas aunque no es un elemento accesorio, tampoco es el central de su obra: es, en rigor, una función de la intencionalidad épica que rige la mano del novelista. Este quiso dibujar dentro de lo épico genérico los perfiles específicamente uruguayos. El análisis de las obras, no muy numerosas, que configuran el panorama de la narrativa uruguaya hasta el comienzo de la última década del siglo XIX, nos llevaría a la misma conclusión: el carácter local no falta en ellas, pero su logro no constituye el fin último de la intencionalidad creadora de sus autores. Por lo contrario, los dos libros, *Charamuscas* y *Cuentos del pago*, de Benjamín Fernández y Medina, evidencian que la intencionalidad última de ellos es, precisamente, constituir en núcleo de la labor narrativa la captación y expresión del carácter local. Esa postura literaria es la que, a nuestro juicio, lo convierte en iniciador del *criollismo narrativo*. Este se manifiesta ya patentemente en *Dos mozos tigres*, escrito cuando el autor contaba sólo quince años. Fue su primer cuento y se publicó en 1888, según datos proporcionados por Francisco García y Santos, en su ya citado prólogo. No conocemos ninguna manifestación anterior a 1888 de la indicada postura literaria, por lo cual podemos considerar esa fecha como la de la iniciación de nuestro *criollismo*

narrativo. Dato que acrece el interés del año 1888 en la historia de nuestra literatura, ya que en él, y esto es fundamental, aparecen el primer poema y la primera novela realmente perdurables y de sólidas calidades en la literatura uruguaya: *Tabaré*, de Juan Zorrilla de San Martín, e *Ismael*, de Eduardo Acevedo Díaz. [1]

Esta torsión en la intencionalidad creadora, que lleva a hacer de la búsqueda y expresión del carácter local el núcleo de la labor narrativa, es rasgo fundamental del *criollismo narrativo*. El análisis crítico puede hallar, sin esfuerzo, ese núcleo en la obra, cuentos y novelas, de muchos escritores posteriores. Antes que en nadie, en Javier de Viana, que en *Campo* (1896) ofrece la primera creación madura y perdurable de esta orientación narrativa. Más tarde, hallaremos, asimismo, dicho núcleo intencional en la obra de Carlos Reyles, Montiel Ballesteros, Francisco Espínola, Justino Zavala Muniz, Enrique Amorim, Víctor Dotti, Juan José Morosoli, Yamandú Rodríguez, Santiago Dossetti, Pedro Leandro Ipuche, Juan Mario Magallanes, y, en años más recientes, en Julio C. da Rosa y Salvador Eliseo Porta, así como también en muchos otros que si bien no alcanzan la dimensión literaria de los citados, subrayan, con su presencia, la coherencia y continuidad del movimiento narrativo al cual nos referimos, cuya tenaz perduración denota claramente que responde a una genuina necesidad creadora y hasta, digamos así, a un auténtico reclamo de nuestra forma-

1 *Dos mozos tigres* fue recogido en *Charamuscas*. El autor se abstuvo de incluirlo en *La flor del pago*. Quizás porque lo consideraba, según dejó escrito García y Santos, "*obra de un principiante*" No es inferior, sin embargo, a algunos de los cuentos elegidos para formar el libro citado en segundo término.

ción cultural.[2] Cada uno de estos escritores ha buscado su propia vía de acceso para llegar hasta ese carácter local que constituye el centro de su obra, y al topar con él cada uno lo ha expresado con su voz propia, con su personal modulación, con la entonación diferencial que permite discernir bien cada voz dentro de la coherencia del coro. Esas diferencias matizan y enriquecen el contenido del *criollismo narrativo* al cual quedan todos consignados, pero no eliminan, de ningún modo, la unidad intencional que los vincula. Unidad intencional evidente, también, en el hecho de que en todos ellos son perceptibles algunas constancias caracterizantes del *criollismo narrativo*, las cuales, sino como logro como intención al menos, se encuentran ya, asimismo, en los cuentos de Benjamín Fernández y Medina. Subrayaremos, aunque muy someramente, algunas de esas constancias.

Benjamín Fernández y Medina y los continuadores del *criollismo narrativo* hunden su mirada en un escenario en el que se da un tipo de vida original, de rasgos específicos peculiares: el tipo de vida del campesino rioplatense, o, más concretamente en casi todos los casos, del campesino uruguayo. No es, propiamente, el gaucho, en la pureza de sus atributos sustanciales, el tipo de ser humano en el que fijan sus miradas (aunque en algunos casos del gaucho mismo se trata). No es el gaucho, sino, digamos así, su descendiente más o menos próximo y visto en distintas

2 Citamos a los autores que sin lugar a dudas, y por lo más significativo de su obra, integran el *criollismo narrativo* Incluimos a Reyles pensando en *Mansilla* y *El gaucho Florido*. *Beba*, *El terruño* y *Primitivo* marginan el *criollismo narrativo* pero no se incluyen en él Situación marginal visible en otros escritores: Luis Castelli, Alfredo Gravina, Mario Arregui, cuyo estudio en relación con el criollismo narrativo sería interesante.

etapas de su proceso evolutivo. Como todo tipo de vida rural, la del campesino uruguayo configura sus caracteres peculiares debido a la doble presión que sobre él ejercen el medio natural y la estructura social y económica en que vive. Ese tipo de vida es una respuesta a su medio natural y a su medio social y económico. Entre éstos y el hombre que los vive se juegan mutuas acciones y reacciones que, a uno y a otros, los va transformando. Nuestro *criollismo narrativo* ha recogido los distintos momentos de esa evolución y, en su conjunto, significa un esfuerzo por hacer explícito, de acuerdo con los elementos que el instrumental narrativo ofrece, ese sistema de relaciones, de mutuas acciones entre el medio natural y el hombre, entre el hombre y su ámbito socio-económico. Todos nuestros narradores criollistas han participado en esa tarea. Unos han cargado el acento en unos elementos de esa relación; otros, en otros. Pero ninguno ha dejado, en forma más o menos deliberada, de tenerlos en cuenta. Una constancia, pues, a subrayar: *todos nuestros narradores criollistas conciben el carácter local que procuran expresar como una determinación de factores naturales, sociales y económicos.* Para que sea así no es necesario, desde luego, que lo *digan* explícitamente; basta con que lo *expresen* narrativamente. Pasemos a otro punto. Todos estos narradores estiman el cuento y la novela como un eficacísimo instrumento de consolidación de la conciencia nacional. Mediante la búsqueda y expresión del carácter local logramos una afirmación de lo que nos hace nación: buscar carácter local es sondear en nuestras raíces colectivas; expresar carácter local es ayudarnos a reconocernos como nación. Otra constancia, pues, a subrayar: *el acto de contar es, para los narra-*

dores criollistas, un acto ambivalente: es, por un lado, un acto estético, y, por otro, una contribución al conocimiento de la realidad nacional y a la consolidación de la misma. Dos constancias más subrayaremos, aunque haciéndolo en forma muy esquemática: primera, *tendencia pobrista,* y, segunda, *expresión dentro de los cauces del realismo literario.* La primera de estas dos constancias, que caracterizamos mediante un término tomado del lenguaje vazferreiriano, es evidente a través de la simpatía que denotan estos narradores por los desamparados, por los seres que, de un modo u otro, sufren la mayor presión del régimen social y económico en que viven. Simpatía que se manifiesta en diversas formas y que llega, en algunos casos, a la no disimulada denuncia social o, caso de Francisco Espínola, a la expresión de una conmovida piedad solidaria. En cuanto al realismo literario, forma expresiva que, inevitablemente, dadas las constancias anteriores, debía adoptar el *criollismo narrativo,* conviene señalar que ha adquirido formas muy diversas, no exentas, muchas veces, de un fuerte contenido poético. Es, con frecuencia, un realismo que no excluye lo lírico. Lo lírico que salta naturalmente como un perfume de la realidad.

Esta caracterización del *criollismo narrativo* es, desde luego, sumaria e insuficiente. Para completarla sería necesario no sólo desarrollar con amplitud y matización lo ya expuesto sino añadir nuevos rasgos caracterizantes. Sería preciso, asimismo, fundamentar las distintas afirmaciones formuladas. Ello exigiría un análisis pormenorizado de las obras de los diversos autores. Exigiría, también, recurrir a reportajes periodísticos, cartas, ensayos teóricos donde muchos de esos escritores han hecho afirmaciones bien explícitas sobre el sentido y contenido de su labor creadora. El te-

ma es incitante y, a nuestro juicio, de indudable importancia. Pero es demasiado vasto para emprender aquí su amplio desarrollo. Nuestro objeto: ubicar la narrativa de Benjamín Fernández y Medina dentro de las coordenadas de la literatura nacional, queda cumplido con la sumaria caracterización realizada. Las indicadas constancias definidoras del *criollismo narrativo* se encuentran ya, repetimos lo afirmado más arriba, en los cuentos del autor de *Charamuscas.* Sus cuentos son, pues, un origen, un punto de partida, una raíz. Son, en la historia de la narrativa uruguaya, una alborada. Hemos procurado solamente relacionar esa alborada con el mediodía que es el *criollismo narrativo* al alcanzar su plenitud.

III

Una clasificación primaria de los treinta cuentos que integran *Charamuscas* y *Cuentos del pago,* clasificación realizada teniendo en cuenta tan sólo el escenario utilizado, permite la siguiente distribución: veintiuno son de ambiente netamente campesino; tres *(Una china presumida, Venturita* y *El forastero)* toman tema y personajes de la vida de pequeños pueblos del interior del país; seis *(De florcita, ¡Padrinos!, La nochebuena de los muchachos, Batuque, Un idilio vulgar* y *La comparsa de Cachiruza)* son de ambiente ciudadano. Los cuentos de los dos últimos grupos, con excepción de *El forastero,* provienen de *Charamuscas.* Los del primer grupo se forman con ocho *(Dos mozos tigres, Quitanderas, Amor salvaje, El Mellao, Una Cachirla, Venganza de gaucho, La muerte del matrero* y *Un bautizo en el campo)* del libro recién citado más trece *(Monte cerrado, La flor del pago, En tiempo de guerra, Primer amor, La muerte, En la sierra, Alma,*

vida y corazón, El forastero, El ferrocarril, La primera visita, La muerte en la tapera, Los pobres, Alambrado por medio y *Don Patrocinio)* que forman el resto de *Cuentos del pago.*

Dejamos de lado los cuentos que forman el tercer grupo: los de tema ciudadano. [3] Nos interesa detenernos en los que constituyen los otros dos grupos. Esos veinticuatro cuentos son el núcleo inicial de nuestro *criollismo narrativo.* (Recordemos que la vida de los pequeños pueblos del interior, y especialmente la de esos seres fronterizos que viven en sus orillas, fue también explorada por algunos de los criollistas narrativos posteriores). Esos veinticuatro cuentos nos ofrecen un mundillo narrativo al cual conviene acercarse con pasos cautelosos. ¿Qué temas y personajes ha recogido Benjamín Fernández y Medina en esos cuentos iniciales del *criollismo narrativo?* ¿Cuáles de ellos han perdurado o dejado huella en los criollistas narrativos posteriores? Nos parece conveniente dar respuesta, siquiera sea somera, a estas preguntas, antes de atender a la valoración de las calidades de realización. Esos cuentos, son, ya lo dijimos, una alborada. Conviene atender antes que al logro a la intención, primero al esfuerzo y luego a los resultados.

IV

En sus cuentos, Benjamín Fernández y Medina abrió paso a un conjunto no desdeñable de motivos que pos-

3 Preferimos limitar nuestras consideraciones a la parte más importante de la narrativa del autor Estos cuentos (o, mejor que cuentos, estampas costumbristas) de tema ciudadano no carecen, sin embargo de interes. No les falta gracia. Tienen sabor de época. Dos de estas estampas (*De florcita, Un batuque*) pueden ser un aporte para el estudio del *compadrito* montevideano.

teriormente usufructuó en forma esplendorosa el *criollismo narrativo.* Nos limitaremos a destacar sólo algunos.

En tres cuentos, *Dos mozos tigres, En tiempos de guerra* y *Alma, vida y corazón,* aparece ya el tema de nuestras guerras civiles que pocos años después Javier de Viana trabajaría en forma insuperable en relatos de la calidad de *31 de marzo, Persecución* y *En las cuchillas,* entre otros, y cuya resonancia perdura hasta escritores aparecidos varias décadas más tarde. (Juan Mario Magallanes, para poner un ejemplo, que en su libro *Huellas,* 1942, incluye cuatro cuentos: *Desertores, Entrevero, Ejemplo, Marchas,* basados en la llamada Cruzada Libertadora del general Venancio Flores). Benjamín Fernández y Medina no solamente adelanta el tema sino que lo plantea tal como será retomado por escritores posteriores: en *En tiempo de guerra* como episodio típico de las luchas revolucionarias; en *Alma, vida y corazón* como telón de fondo para dibujar un conflicto individual; en *Dos mozos tigres* como medio de destacar esa extraña textura sicológica que se dio tantas veces en nuestros paisanos: el entrecruzamiento inextricable entre las pasiones partidarias y las personales. Allí, en el cuento, Primitivo Núñez y Goyo Giménez, se odian tanto porque uno es colorado y el otro blanco como porque ninguno de los dos está dispuesto a cederle al rival la menor preponderancia entre el paisanaje, donde, como *taitas,* descuellan. Se matan, al fin, mutuamente, tanto por pasión partidaria como para vengar personales agravios.

En otro cuento, *El ferrocarril,* se plantea ese conflicto que Sarmiento llamaría civilización versus barbarie. El primer enemigo de los paisanos, en este cuento,

es el telégrafo: "*Escuchaban el ruido del viento que silbaba en los hilos y los aisladores, y se les antojaba que eran las voces que corrían, contando los ganados, contando los mozos para la leva; y pronto odiaron mortalmente a aquel intruso*". El segundo, y más temible, es el ferrocarril: "*¿Qué era el ferrocarril para los paisanos? El terror de los ganados chúcaros que huían campo afuera al sentir los bufidos de la locomotora; el impasible terror de los campos que cortaba, dejando su huella indeleble en aquellos fierros paralelos acostados sobre la cama de ñandubay; el incendio de los pastizales secos por el sol del verano, con las chispas que volaban del fogón calentador de la barriga del monstruo; el corte de los alambrados por aquel viajero incansable y caprichoso, que no torcía el rumbo, a quien ninguna valla detenía; y la muerte de la diligencia y las carretas que daban vida a las postas y a tantos vecinos...*" Uno y otro enemigo, y los similares que constantemente sienten los paisanos como amenazas, tienen para ellos, un mismo origen: "*La ciudad, de donde salían las contribuciones y las leyes, en donde gemían en cuarteles los hijos de la campaña*". Para explicitar el enfrentamiento dialéctico de civilización y barbarie, hay en el cuento un pulpero francés que emite estas opiniones: "*...el ferrocarril es una felicidad para la tierra. Corta los campos, espanta los ganados, pero después aumenta el valor de todo, y hace más fácil la vida; se llenan los campos de trigales; el ferrocarril lleva a la ciudad los productos del país con más seguridad que las carretas, más pronto y con menos gasto; y trae toda la riqueza de las industrias de Europa, para derramarla en esta nación que todos deseamos se haga rica y grande entre sus hermanas*". No nos detendremos en otros aspectos

del cuento, que, en su conjunto, vale por un embrionario ensayo de sociología y sicología rural uruguayas. Anotaremos, en cambio, que el tema prolonga sus ecos hasta hoy. En un estupendo cuento, *La vieja Isabel,* incluido en su libro *Camino adentro* (1959), Julio C. da Rosa muestra, en página antológica, el drama de un carrero desplazado por el ferrocarril. Desplazamiento que lo afecta no sólo en lo económico sino que socava las raíces mismas de su vida, ya que en su propio oficio encuentra un viril y gozoso sentido del vivir. Con lo que, y sin decirlo, el autor evidencia la inter-relación entre el hombre y su medio, las transformaciones que el primero sufre cuando cambia el segundo.

En varios cuentos, Benjamín Fernández y Medina aborda el tema amoroso. Y lo hace marcando ya los diversos matices que encontraremos en los continuadores del *criollismo narrativo:* el rapto de la china, que recibe tratamientos temáticamente originales en *La muerte en la tapera* y *En la sierra;* la paisanita que se enamora del hijo del patrón de la estancia, tratado, con notoria ingenuidad, en *Primer amor;* el tímido comienzo de unos amores, donde el galán y la cortejada van desgranando sus ternezas en diálogo insípido y cargado de emoción, tema tratado en una estampa titulada *La primera visita,* que, por sus búsquedas de *humor,* y hasta por su tratamiento literario, parece un anticipo de algunos de los cuentos breves de Javier de Viana. En *Alambrado por medio,* el autor se aproxima a otro tema que ha sido también explotado por los continuadores del *criollismo narrativo:* el despertar de la sexualidad en el adolescente, completado con este otro motivo: la desilusión, choque entre la realidad y lo recordado, cuando tiempo después

vuelve a ver a la mujer que provocó aquel despertar. La realidad grosera y vulgar destruye la imagen poética que el recuerdo había creado y que se custodiaba en el fondo del alma como un pequeño tesoro emocional. Hay otros matices del tema de amor que podrían ser señalados, ya que es tema que, en una u otra forma, anda en muchos cuentos de *Charamuscas* y *Cuentos del pago*. Omitimos señalar esos matices. Preferimos indicar que en los mismos cuentos que hemos tomado de ejemplo hay otros motivos que luego serán retomados por los criollistas narrativos. *En la sierra* insinúa el tema de la corrupción familiar, tema que, con otras proyecciones y una dimensión de profundidad que aquí no hay, ha dado lugar, más tarde, a muchas narraciones (un ejemplo: *En familia,* de Javier de Viana); *Alambrado por medio* sugiere ya el tema de la chacra y los *gringos; La primera visita* destaca este motivo: la camaradería entre patrón y peón, un poco a la manera del caballero y el *gracioso* de algunas piezas del teatro español, motivo que reencontramos en algunos cuentos breves de Javier de Viana. *La muerte en la tapera* tiene por escenario un medio que poca descendencia ha dejado en los narradores posteriores: el de la costa, con precisión: la zona del Polonio. Ese medio, en el cuento citado, es sólo escenario. en otros *(El Mellao. Don Patrocinio)* determina personajes y tema: el de los *buzos* cazadores de restos de naufragios, muchas veces intencionadamente producidos por los mismos *buzos,* que entrando en el agua a caballo enlazaban esos restos. Este tema, tan sugestivo y original, tampoco ha tenido continuadores. [4]

4 El mar, para los personajes de nuestro criollismo narrativo, es, en general, lo insólito Léase, como ejemplo, *El viaje*

Otros motivos temáticos podrían señalarse. La constancia que hemos llamado *tendencia pobrista* está claramente representada, y no es el único ejemplo, en el cuento que, precisamente, *Los pobres* se llama, donde ya se muestra la disolución de la familia rural como consecuencia de la presión económica, el abuso de los patrones de estancia ejercido entre los humildes, el abigeato obligado por la miseria material. Basta citar los títulos de otros cuentos *(La muerte del matrero, Un bautizo en el campo, Quitanderas, Venganza de gaucho, La flor del pago)* para que queden suficientemente sugeridos sus temas y su vinculación con el conjunto del *criollismo narrativo*. Los cuentos de Benjamín Fernández y Medina, además, abundan en esas escenas y situaciones típicas (yerras, corridas de sortijas, bailes campesinos, pencas, guitarreadas en pulperías) que más tarde siguieron explotando, como núcleo temático o como elemento ornamental de sus obras, los continuadores del *criollismo narrativo*. No creemos necesario destacar más elementos temáticos de los usados por Benjamín Fernández y Medina en sus cuentos. Los indicados alcanzan, a nuestro juicio, para evidenciar que no es pequeño el número de motivos *fundacionales*, en lo temático, aportados por el autor de *Charamuscas* a la corriente narrativa de la cual es iniciador. Digamos, ahora, que su aporte no es igualmente considerable en lo que a personajes estrictamente se refiere. El autor hace *sentir* enérgica-

---

hacia el mar, de Juan José Morosoli Es cuento de gran calidad y da muy matizadamente las reacciones de varios personajes ante el mar Se halla en *El viaje hacia el mar y otros cuentos* (Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1962) Este libro recoge varios cuentos de Morosoli no incluidos por el propio autor en ninguno de sus libros Lleva prólogo de Heber Raviolo.

mente la inter-relación entre los seres que habitan sus páginas narrativas y el medio natural y social que los rodea, pero no logra dibujar con nitidez el cuadro de los diversos tipos sociales conformados por ese medio que produjo, tal como lo demuestra, poco después, la narrativa de Javier de Viana, una galería tan amplia de seres representativos. Los personajes de *Charamuscas* y *La flor del pago* son, digamos así, genéricamente el paisano y la criolla. En algunas ocasiones, el autor procura especificar su situación social y darles una fisonomía íntima reconocible y personalizada. Pero en uno y otro caso, y salvo unas pocas excepciones, los trazos con que Fernández y Medina intenta lograr su objeto son trazos superficiales, insuficientes, poco incisivos. Es fácil reparar que el autor no posee ese extraordinario conocimiento de los tipos humanos característicos de nuestra campaña, de sus oficios, de sus más mínimas singularidades que denotaron poseer, en general, los criollistas narrativos posteriores. Recuérdese, por ejemplo, en lo que hay de milimétrico conocimiento de usos y oficios campesinos en la obra de un Juan José Morosoli o un Julio C. da Rosa. El autor de *Cuentos del pago* fue, pues, menos pródigo en la creación honda de personajes que en el hallazgo de temas criollistas. Su contribución, con todo, en el primero de los dos aspectos recién citados de su labor narrativa no es desdeñable. En los personajes de sus cuentos se percibe ya, si la expresión nos es permitida, la entonación sicológica característica de los personajes del *criollismo narrativo*. O, dicho de otro modo: en *Charamuscas* y *Cuentos del pago*, se halla, si también se nos permite la expresión, en forma de nebulosa, la fauna imaginaria que más tarde cristalizó espléndidamente en los me-

jores continuadores de la tendencia narrativa iniciada por Benjamín Fernández y Medina.

Un número considerable de temas; el abocetamiento de un tipo genérico de personaje narrativo: tal es, con prescindencia de toda valoración estrictamente estética, el indudable legado de Benjamín Fernández y Medina al *criollismo narrativo*. Esta es, en síntesis, nuestra respuesta a las dos preguntas planteadas al final del anterior capitulillo. Pero, ahí mismo, se insinuaba otra interrogante. ¿Qué valores intrínsecamente literarios hay en *Charamuscas* y *Cuentos del pago?* Si de las intenciones pasamos a los logros, del esfuerzo a los resultados, ¿cuál es el aporte de Benjamín Fernández y Medina no a la historia de nuestra literatura sino a la literatura misma? Algo queda ya insinuado. Intentaremos precisar más nuestro juicio al respecto.

V

Un juicio crítico severo exige a un cuento, si es que ha de ser considerado una buena expresión del género, una serie de cualidades, de las cuales es fácil enumerar algunas: un hilo anecdótico desarrollado en forma interesante y con precisión lógica; personajes bien definidos y vistos con profundidad: economía en la expresión, para que el cuento sea, según la incisiva fórmula de Horacio Quiroga, *una novela depurada de ripios;* adecuación del diálogo al temperamento de los personajes y de los personajes al contenido de la trama... Y otras muchas, que no están todas expresadas ni aún en esa tan certera caracterización de lo que es un cuento constituida por el *Decálogo del perfecto cuentista* del mismo Horacio Quiroga. Si aplicamos el

lente de ese severo juicio crítico a los cuentos de Benjamín Fernández y Medina, ninguno de ellos merecería la calificación de cuento excepcional. Algunos, como, por ejemplo, *La flor del pago* y *Un bautizo en el campo,* desovillan un hilo anecdótico tan tenue que casi no pueden ser llamados cuentos: reducen su estatura, casi, a la de un simple cuadro costumbrista. En otros cuentos, el hilo argumental no es tan tenue, pero o carece de rigor lógico en el desarrollo o revela una inventiva tan elemental que raya en la ingenuidad. Ejemplos: *En la sierra, Primer amor.* Sus cuentos, además, carecen de grandes escenas memorables, ya porque el autor rehuye el compromiso, ya porque cuando lo acepta no logra cortar hondo en la realidad y sólo dibuja de ella unos pocos trazos primarios e insuficientes. Léanse, para comprobarlo, el final de *El Mellao* y de *La muerte en la tapera.* La intención de crear situaciones de sostenida intensidad dramática es evidente. Es evidente, también, que todo queda en esbozo. La realización literaria no alcanza al nivel que el contenido dramático de esas escenas exige. En cuanto a la creación de personajes, basta con lo antes apuntado: de ellos sólo da un trazado genérico y superficial, no crea grandes figuras narrativas, no cincela en profundidad los perfiles sicológicos. Podríamos añadir que, en algún caso, entrevé una hondura que no consigue apresar. Así ocurre en *Monte cerrado.* Alberto prefigura, aunque con una imprecisión de trazado que diluye hasta la unidad síquica del personaje, un tipo que más tarde tuvo un creador que supo darlo en plenitud. El tipo de desarraigado afectivo, que desea, casi desesperadamente ligarse afectivamente a otros seres y no puede. En *Todavía, no,* Francisco Espínola creó con estupenda profundidad narrativa a

este tipo sicológico, en el Vicente que protagoniza el cuento. Digamos, asimismo, que a través de algún otro personaje, Benjamín Fernández y Medina logra dar expresión, con deliciosa simplicidad, a alguno de esos íntimos dramas, no demasiado tremendos, que la vida misma se encarga luego de solucionar. Así ocurre en *El Forastero*. Sobre un bien logrado fondo costumbrista: una fiesta patria en un pueblo, dibuja la figura de Asunción, que araña un ideal de amor que se esfuma como un perfume tan penetrante como fugitivo, y que halla, enseguida, solución a su drama en una realidad mucho más prosaica pero bien asidera. Fausto Cruces, el forastero que la deslumbra, es ese perfume fugitivo aunque embriagador: Nicolás el herrero, la realidad prosaica pero segura.

Estas objeciones no impiden que un cierto grupo de cuentos —algunos, si se desea mejor denominación, tan sólo estampas o cuadros costumbristas— muestren, dentro de su tono menor, una sostenida calidad. Si se les lee como deben ser leídos: con lenta atención, con ese cariño que sabe descubrir la intención del autor y hallar lo significativo de los detalles, se descubre en ellos, sin esfuerzo, ese calor y color bien nuestros, una atmósfera que es, sin duda, la de nuestra campaña en las últimas décadas del siglo XIX. Hay en ellos una simplicidad de trazo que, lejos de perjudicarlos, les confiere una fuerte cualidad expresiva, e, incluso, una calidad difícilmente definible pero que toca intensamente al lector. "*Como escritor es poco dado a retoricismos deslumbradores. Le desagradan las lentejuelas. Su poder reside, principalmente, en la visión serena y en la sobriedad clara.*" Con estas palabras, exactas, definió Carlos Roxlo algunos rasgos del arte del autor de *Charamuscas*. Ras-

gos que lucen. especialmente, en estos cuentos: *La muerte, Amor salvaje, El forastero, Alma, vida y corazón, La muerte del matrero, La primera visita* y *Alambrado por medio*, y también, aunque a nuestro juicio se sitúen en nivel más bajo que los anteriores, en *Un bautizo en el campo, La flor del pago, En tiempo de guerra, Monte cerrado, El ferrocarril* y *Los pobres.* [5] Esos rasgos lucen también en los aciertos parciales — algunos decorados, paisajes y retratos — que hallamos incluso en sus cuentos menos logrados como conjunto. No trascribimos, por demasiados extensos,

5 De los treinta cuentos reunidos en *Charamuscas* y *Cuentos del pago*, los trece mencionados son los que, a nuestro juicio, ofrecen mayores calidades literarias. No son, desde luego, cuentos perfectos Tampoco revelan una fuerza creadora excepcional Aun los que procuran profundizar más en un personaje o una situación dramática, hacen visible la mano poco diestra de un escritor joven e, incluso, la carencia de una experiencia vital suficiente Algunos pueden hasta parecer ingenuos Pero hay en todos ellos un tono de verdad, un despojamiento de elementos accesorios y hasta una vena de sobria, secreta poesía que les prestan un peculiar encanto. Lease con atención, por ejemplo, *La muerte del matrero* No tiene la potencia casi épica que situaciones análogas adquirirán en escritores posteriores. Compone, sin embargo, un cuadro vívido, veraz y no exento de emoción. De estos trece cuentos, deseamos destacar dos. *La muerte* y *Amor salvaje* El primero situa, dentro de esa característica atmósfera melancólica del invierno campesino, extraordinariamente bien lograda, una escena casi patriarcal: la muerte de doña Manuelita. Todas las figuras humanas están breve pero nítidamente dibujadas. El lisiado Elías resulta inolvidable. *Amor salvaje* es el cuento de Fernández y Medina donde el elemento anecdótico está trabajado con mayor brío e interes. Logra prender desde el comienzo la atención del lector Remata con fuerza Y hay buen cincelado sicológico de los personajes Nótese, además, que nuestra elección es casi coincidente con la que el mismo autor efectuó para componer *La flor del pago*, que incluye dieciseis de sus treinta cuentos. Nosotros excluimos, de esos dieciseis, cuatro: *Una china presumida, Quitanderas, Primer amor* y *Don Patrocinio* Incluimos, en cambio, otro *Alma, vida y corazón*, que tiene alguna semejanza con *El forastero*, pero realizada con una intencionalidad dramática mayor. De los cuatro excluidos, hay uno, *Primer amor*, que no carece, sin embargo, de cierto ingenuo atractivo poético.

dos excelentes decorados: los que sirven de comienzo a los cuentos titulados *El Mellao* y *Venganza de gaucho,* pero no nos abstendremos de transcribir algunos ejemplos de esos aciertos aislados.

Véase el vigor con que, en pocas líneas, presenta a un personaje:

Cuando el nuevo invierno trajo neblinas y temporales a la costa del Polonio, el viejo don Patrocinio sintió el frío de la muerte en su corazón que palpitaba sin descanso hacía noventa años.

El había conocido la vieja vida en aquella costa. Había sido buzo cuando se podía serlo, cuando el faro no se levantaba en el cabo, y muchos buques se perdían arrastrados por misteriosa fuerza a estrellarse en las rocas bravas.

Pero ahora, no se avenía con existencia monótona del lobero, y la muerte venía a abreviar su tormento.

En las noches, cuando se reunían algunos compañeros de faena en la casa del guardafaro, se contaban historias trágicas en que el viejo había sido actor, y que la imaginación de los narradores adornaba con detalles misteriosos y extraños.

Un lobero pesimista dijo una vez que don Patrocinio era viejo como el mentir; y nadie llegó a saber de dónde era ni qué edad tenía, pues todos le habían conocido viejo.

(Don Patrocinio)

Un retrato, ahora, sobriamente dibujado y coloreado con unos pocos discretos toques pero que, en su sobriedad, no carece de vigor plástico:

En la punta, jineteando un brioso zaino requemado, venía un mozo que se distinguía por el atavío de la

persona: la bombacha y saco de puños, de color gris, golilla punzó a media espalda y botas flamantes; el sombrero puesto en la nuca; despejada la frente, la fisonomía simpática, ojos castaños, bigote escaso y dientes muy blancos, que la boca mostraba en constante sonrisa; y hasta una pequeña cicatriz que cruzaba una de las cejas, le favorecía.

(El forastero)

Y un paisaje, por último. Sobrio también. Sin pretensiones de reverberantes brillanteces estilísticas, pero expresivo, aunque quizás en él disuene algo las comparaciones de los sauces con *ninfas mitológicas* y de los ceibos con *piernas de sátiro:*

Altas sierras rodeaban el valle como ciclópeas murallas, y defendían de la persecución implacable del sol a las sombras que cubren los bajos y asperezas.

De las vertientes bajaban numerosos arroyuelos entreteniéndose a juguetear en los huecos y en las quebradas, formando ollas y pequeñas cascadas, para reunirse en el fondo del valle en un cauce donde la vegetación arraigaba tan fuerte y salvaje como en la sierra.

Este arroyo corría perezoso, esparciéndose a trechos en lagunas hondas, de aguas serenas y limpias, donde los sauces se miraban inclinados, como ninfas mitológicas, sueltas las cabelleras de sus blandas ramas, y los robustos ceibos, sentados en las barrancas, lavaban sus raíces torcidas y peludas como piernas de sátiro.

En los campos de tupido pastizal, entre las sierras y el arroyo, los rodeos vagaban en pausado movimiento; los rebaños como marejada blanquecina, se desparra-

maban en las laderas pedregosas, y las tropillas locas llevaban el desorden y el espanto a todo el campo huyendo de las nubes que corrían por la tierra como manchas, empujadas por la brisa.

En un cerro chato, avanzada de la sierra, una casa de azotea con alto mirador, se levantaba dentro de espesa arboleda, que apenas dejaba traslucir las paredes por entre el follaje.

Esta arboleda recia y enmarañada como las de las islas vírgenes de la serranía, era el Monte Cerrado, que daba nombre a la estancia y a todo el valle.

(Monte Cerrado)

VI

Cuando Benjamín Fernández y Medina publicó *Charamuscas*, solamente tenía diecinueve años; cuando editó *Cuentos del pago*, tenía tan sólo veinte años. Si tenemos en cuenta la extrema juventud del autor, no nos puede sorprender que sus cuentos, por momentos, revelen carencia de madurez técnica y falta de una plena experiencia humana. Nos podremos sorprender, en cambio, de los logros obtenidos en sus mejores momentos. Y, sobre todo, puede sorprender que, tan joven, haya avizorado con tal nitidez, con tan clara conciencia un camino importante para la narrativa uruguaya y que después otros narradores recorrieron con tan espléndidos resultados. Recuérdese, además, que su primer cuento, *Dos mozos tigres,* fue escrito a los quince años. Y ese cuento hace ostensible que el autor sabía sin lugar a dudas cuál era su intencionalidad creadora. Posteriormente a una iniciación tan promisoria, el autor de *Cuentos del pago* abandonó casi por

completo la labor narrativa. Sólo conocemos, de él, un cuento más: *Auri sacra fames*, con el cual cierra su antología de narradores nacionales titulada *Uruguay*. Es lástima que Benjamín Fernández y Medina no haya persistido en una labor tan bien iniciada. Lo realizado, no obstante, le otorga un lugar indiscutible en el cuadro de la literatura uruguaya. Por su carácter de iniciador del *criollismo narrativo*, primero, y segundo, porque dejó un conjunto de cuentos de ágil andadura, que se pueden leer con agrado, y entre los cuales algunos evidencian una memorable calidad. Es indudable, a nuestro juicio, que la incorporación de los dos libros de cuentos de Benjamín Fernández y Medina a la colección donde ahora se reeditan no solo se justifica sino que era necesaria. Esos dos libros son un material imprescindible de estudio para los aficionados a nuestra narrativa. [6]

ARTURO SERGIO VISCA

6 Esta edición abarca los treinta cuentos reunidos en *Charamuscas* y *Cuentos del pago*. Pero se ha alterado el orden en que aparecen en esos dos libros. Se ubican al comienzo los 16 cuentos que el autor seleccionó para formar *La flor del pago*, luego los tres de *Cuentos del pago* que no fueron incluidos en la selección indicada y, por último, los once de *Charamuscas* igualmente excluidos De este modo, se destaca la selección efectuada por el autor dentro de su propia obra pero publicando íntegramente el contenido de sus dos libros de cuentos Por una obvia razón de unidad temática, hemos reunido al final los cuadros costumbristas que aparecen en *Charamuscas* alternando con cuentos de tema campesino. Creemos que el volumen adquiere así mayor coherencia en su organización Para el lector curioso damos la ordenación en que los cuentos aparecen en *Charamuscas* y *Cuentos del pago* Los del libro citado en primer término se ordenan así. *De florcita, Una china presumida, ¡Padrinos!, Venturita, Dos mozos tigres, La Noche-buena de los muchachos, Un batuque, Quitanderas, Amor salvaje, Un idilio vulgar, El Mellao, Una Cachirla, La comparsa de Cachiruza, Venganza de gaucho, La muerte del matrero, Un bautizo en el campo*; el orden de los cuentos del segundo libro es el siguiente: *Monte cerrado, La flor del pago, En tiempo de guerra, Primer amor, La muerte, En la sierra, Alma, vida y corazón, El forastero, El ferrocarril, La primera visita, La muerte en la tapera, Los pobres, Alambrado por medio, Don Patrocinio.*

BENJAMIN FERNANDEZ Y MEDINA

Nació en Montevideo el 31 de marzo de 1873. Cursa sus primeras letras y muy joven aún comienza su actividad periodística en "La Lucha" (1888) y "El Bien" (1889-1897). Dirige y redacta "La Revista Uruguaya" (1892) y es redactor y co-director de "Rojo y Blanco" (1901). Escribe en "El Siglo" y "La Razón", y dirige "Uruguay".

Se inicia en la Administración Pública en 1897 como Secretario de la Jefatura Política y de Policía de Montevideo, pasando luego a Juez de Paz, Oficial 1º y Oficial Mayor del Ministerio de Gobierno y Sub-secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores en 1911. Ocupa interinamente los Ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores y es designado en 1916 Ministro Plenipotenciario en Alemania y Holanda. Al año siguiente se le nombra Ministro Plenipotenciario en España y Portugal, residiendo en Madrid hasta 1930, cuando es enviado con igual carácter a Cuba y México. Abandona el servicio diplomático en 1935 estableciéndose definitivamente en Madrid. Representa al Uruguay en innumerables Congresos, Conferencias y Sociedades y recibe títulos de honor de varios Colegios y Academias.

Integra además, como miembro correspondiente la Real Academia Española, la Real Academia de la Historia, la Sociedad Grotius de La Haya y otras. Es secretario y redactor de los estatutos de primera Asociación de la Prensa del Uruguay y miembro fundador del Instituto Histórico y Geográfico. A lo largo de su extensa vida deja una obra variada, tanto en producciones literarias como: *Charamuscas*. Mont., 1892; *Cuentos del Pago*. Mont., 1894; *Camperas y Serranas*. Mont., 1894; *La flor del pago*. Barcelona, 1923; y reúne en un tomo *Uruguay*. Mont., 1895 una valiosa compilación de cuentistas uruguayos. Asimismo también ha escrito obras de otra índole entre las cuales se cuentan: *La Imprenta y la Prensa en el Uruguay*. Mont., 1900; *Leyes electorales* Mont., 1900; *La política internacional en América*. Valladolid, 1928; *Figuras, doctrinas y empresas hispánicas*. Madrid, 1930; etc., etc.

Falleció en Madrid, a la edad de 87 años el 16 de julio de 1960.

CRITERIO DE LA EDICION

El texto de *Cuentos* ha sido tomado de las obras *Charamuscas*. Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1892, *Cuentos del pago*. Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1893 y *La flor del pago*, Barcelona, Edit. Cervantes, 1923, sin otras modificaciones que la consistente en uniformar el uso de los guiones en los diálogos y la de ceñirse al empleo del acento conforme a las normas de la Academia Española.



CUENTOS



LA FLOR DEL PAGO

"—Bien haiga Dios que ha críao tanta lindura." "Cierren los ojos, que sale el sol." "¡Ay!, quién juera pingo pa llevar encima esta carga!" "Mírame y no me dejes sin verte, principesa de mi alma!" "¡Atajen por su vida que nos acaba!..."

Así fue saludada la hermosa Carmencita, flor del pago del Yerbal, aquella noche de baile en la estancia del Romerillo, cuando entró, arrogante y perdonando vidas, erguida su airosa cabeza adornada de aljabas y claveles, y haciendo crujir la almidonada pollera.

Para que el entusiasmo se desbordara con tales expresiones había de ser extraordinaria y asombrosa la hermosura de Carmencita. Y lo era ¡por mi sangre! Más linda que una madrugada de verano, y más deseable que los ñangapiré pintones, que son el antojo de las mujeres en procintos de madres.

Era su cara un mundo: el color de totora seca; los ojos de mirada encantadora, estrellas robadas al cielo; la boca, tentación y promesa, de labios que sangraban y apenas permitían asomarse en la risa, a los dientes, blancos como la flor de arazá.

El cabello negro y relumbrante, alcanzaba trenzado a ceñir su cintura; y del cuello, que un rojo pañuelo de espumilla hacía más trigueño, seguían líneas y escorzos de estatuas nunca esculpidas, a ocultarse bajo el vestido de pliegues duros y crujientes, hasta rematar en un pie que no cubriría una hoja de canelón si

la pisara y ni polvo levantaba del suelo cuando en una cadena de pericón se cimbreaba el cuerpo, como un junquillo de los albardones.

Era la hija mayor de don Emeterio Rojales, antiguo jefe, venido a menos por desquites de la suerte y por las carreras, que eran su preocupación y desasosiego.

Desde que la muchacha pisó en un baile, frisando en los quince años, no hubo ojos sino para embeberse mirándola, lenguas para alabar su hermosura y manos que quisieran dedicarse a sostenerla en el aire, para que no tocara el suelo, indigno de ser pisado por ella.

¿Quién la llamó *la Flor del pago?*

Ninguno antes que los otros, porque en la mente de todos nació a un tiempo la alabanza, que las lenguas no se cansarían de repetir...

Cuando de amoríos y casamientos se hablaba en aquellos pagos de Minas, era el principal sujeto la morocha Carmencita, de quien se sabía cuántos homenajes recibía, quiénes "la ronceaban", y si ella los miraba, o no les hacía caso; y si se casaría con el estanciero Antonio; o si andaba en amores por carteo y de lejos a lejos con un doctor del pueblo...

Más de un mozo, que se gloriaba de haber bailado con ella cuatro polcas seguiditas, en un baile de *óleos,* fue creído en camino de conquista; pero al reunirse la noche aquella en la estancia del Romerillo, estaban todos en ayunas del noviazgo de Carmencita, la flor del pago del Yerbal, la linda entre las lindas, por quien suspiraban chicos y grandes, buenos mozos y viejos jacas.

***

Allí, en la estancia del Romerillo se habían juntado para festejar el cumpleaños de su dueño, los princi-

pales vecinos del pago, y un concurso de muchachas que no había más que pedir.

Y fue necesario que entrara Carmencita Rojales, para que se olvidara y rebajase a morochas preciosas que allí se veían, con sus polleras bien almidonadas, muchas flores en el pecho, más en las negras cabelleras, y sonrisas en las lindas boquitas entreabiertas.

Hacía buen rato que se bailaba, cuando con su padre y otra muchacha que se iba pasando de tal estado, entró la "Flor del pago" en la sala, agradeciendo los elogios con cierta mueca risueña que plegaba el labio superior, y contestando a las miradas de mal disimulado celo de las otras mozas, con un ojear de soslayo, picaresco y orgulloso, como de tan alta y disputada persona.

Apretones de manos por aquí, rumorosos besos por allá; y Carmencita, triunfante, fue a ocupar un asiento para quedar como reina del concurso, juntos sus menudos pies, provocadora la actitud y el mirar convidando a rendirse.

Suspensos estaban los guitarreros; el polvo que flotaba en la sala levantado por el baile desapareció, rociado el piso, y a una señal del cantor, negro dicharachero y burlón, se apuntó un rasgueo de vals. Y ¡a bailar!

Mientras algunos mozos indecisos discutían y titubeaban por acercarse a la morocha Carmencita, un joven, en quien pocos habían reparado, de traje pueblero, de ademán resuelto y apostura elegante, se llegó a la muchacha, y ante el asombro de todos los mozos pasó en las vertiginosas vueltas del baile, estrechando el gentil talle de la Flor del pago.

Se corrió una voz por la mozada sorprendida:
—Es un pariente de don Emeterio, que ha venido

a pasar unos días en la estancia y no tiene amores con la morocha.

Volvió la calma a los inquietos pechos, y todos quedaron aliviados; y más, cuando en la pieza siguiente el pueblero cedió su pareja a un mozo del pago, a Cucho, que no se había mezclado en los corrillos y comentarios de los otros.

Siguió el baile tan animado, como es entre gente de buena ley y mucha sangre. Carmencita bailando con el galán que le saliera, no mostraba, como de costumbre, predilección por alguno, aunque no faltara quien se envaneciese ante sus compañeros por cualquier migaja de favor que había creído recibir.

De rato en rato, una copla del guitarrero, viva y de acento burlón, interrumpía el baile, para que siguiera con más impulso, acompañado de risas y murmullos que excitaran los versos.

No había quedado muchacha sin su correspondiente cuarteta, en la que el guitarrero, a pedido del novio o pretendiente, la llamaba "Dulce consuelo y encanto", "Ingrata y linda en un copo", "Vida alegre y hermosura", "Corazón de piedra dura". Y así por el mismo estilo, con más o menos pasión, o ajustadas a los deseos y sentimientos de los que las pedían al cantor.

Este, o sabía algo que ignoraba la mayoría de los presentes, o se lo habían soplado con intento de descubrir un misterio, porque al salir Carmencita con Cucho, en una polca de acentuado requiebro, largó el negro cantor estas coplas que llenaron la sala y suspendieron todos los ánimos en el pronto:

La torcaz más altanera
Tuvo al fin su cazador:
¿Cómo negarse al amor
De las flores, la primera?

He visto bajar bandera
Y ya pasan apareados
Dos, que sin ser hostigados,
Han de hacer buena carrera.

—Guá; cállate bezudo, no la embarres —gritó uno de los bailarines al guitarrero, mientras las carcajadas corrían por todos los rincones y flotaban murmullos entre las parejas del baile.

Y, el negro, sin escarcear por aquel comentario, siguió tocando la polca, desfachatado, haciendo guiñadas cada vez que pasaban por su lado Carmencita y Cucho, cimbreándose al compás de la música traviesa.

Volvió a cantar:

Por Dios, señores, les pido
Que me dejen resollar;
Vean que no puedo cantar
Y ya estoy medio entumido.

Paró el baile, porque el negro dejó de tocar; y apretándose los dedos, cuyas falanges sonaban, dijo abriendo su boca descomunal:

—Ya tenía embaraos a los guéspedes, caramba...

Pasearon por la sala las parejas. Algunos tomaban mate y conversaban; otros miraban el techo como buscando allí temas para hablar a sus compañeras.

Carmen y Cucho se habían separado. Ella, sentada entre la señora de la casa y el pueblero, no parecía tener oídos y ojos más que para ver y oir a sus dos interlocutores. El mozo, sentado cerca del negro cantor, oía relatar una historieta de las que se dicen en la oreja.

Al rato, regada de nuevo la sala para aplacar el polvo, un rasgueo y un golpe en la boca de la guitarra, anunció la continuación del baile.

Se formaron nuevas parejas, y las que estaban en punto tomaron la posición. Dos mozos se acercaron sucesivamente a invitar a Carmencita, pero ella no accedió, porque... estaba cansada...

Corrió por la sala la noticia. ¡Cansarse Carmencita, la mejor bailarina del pago, que en trillas y yerras había bailado tres noches seguidas, sin un resuello! No podía ser. Había algo escondido; pero, ¿cómo averiguarlo?

Se bailó hasta el día claro. Y a las nueve de la mañana, cuando se había templado el fresco que la brisa traía de la sierra, empezaron a despedirse los huéspedes.

Cucho, sin que lo advirtieran los otros mozos, había traído del potrero los caballos del viejo Rojales y sus acompañantes, y los había ensillado.

Después fue a la sala y avisó a don Emeterio.

En pocos momentos los huéspedes se despidieron.

Salió Carmencita con su andar majestuoso, terminando de arreglarse en la cabeza la mantilla negra que sombreaba su rostro, más hermoseado por tenue palidez y ojeras que parecían sombra de las largas pestañas.

Hasta siete mozos se ofrecieron a don Emeterio para acompañarlo y no fueron desairados.

Cuando la flor del pago se acercó a su caballo — moro viejo, que estiró el pescuezo en prueba de sumisión a su dueña —, Cucho, con un hábil movimiento, se puso al lado de la morocha, hincó una rodilla en tierra y uniendo las dos manos con los dedos entrecruzados, las puso sobre la rodilla alzada, y esperó.

Carmencita, cogiendo las riendas, apoyó el pie izquierdo entre las manos cruzadas del mozo, que, con rápido movimiento, la sentó en la montura y le puso

en el estribo el pie, cuidando de envolverlo en la pollera, cuyos pliegues arregló prolijamente.

Todo esto había causado un efecto notable en los otros mozos, que miraban a Cucho, a Carmencita y a Rojales, como preguntándose qué significaba aquella preeminencia.

Cuando todos estuvieron a caballo y la comitiva se puso en marcha, camino de la sierra, los pingos sufrieron los espolazos y rebencazos con que desahogaban los mozos el despecho que la acción de Cucho les causara.

El, risueño y tranquilo, como siempre, se había puesto de compañero de la moza-vieja, dejando que el pueblero y Rojales escoltaran a Carmencita.

Los demás jinetes cerraban en grupo la comitiva.

Así se anduvieron las tres leguas que distaban de la estancia de la Coronilla a la casa de don Emeterio.

Cuando llegaron a ésta, uno de los mozos del grupo se adelantó a abrir una tranquera que cerraba la entrada del antepatio cercado, y después se acercó muy oficioso a ofrecer la mano a Carmencita, para apearla; pero ella saltó ligera y sin dar tiempo a la galantería.

El viejo Rojales invitó a los mozos a entrar; pero sólo Cucho aceptó, y cuando después de dar la mano a los que quedaban, iban a alejarse los otros, el viejo Rojales les dijo con voz fuerte:

—Mil gracias por la compaña, muchachos, y quedan convidados pal casamiento de mi hija Carmen con este buen mozo (y señaló a Cucho), el día de San Pedro...

UNA CHINA PRESUMIDA

Chana Moñoalzado había llegado al mundo retrasada, viendo la luz en el año 1854.

Su carácter, sus inclinaciones y gustos, y hasta su figura anticuada por lo tiesierguida, pedían el marco de la sociedad semigoda del tiempo del virrey Vigodet; y Chana entera se hallaba fuera de su época no teniendo por coetáneas a las damas que inspiraban epigramas y ditirambos al último poeta del coloniaje y primero de la República en el Uruguay.

Discúlpenle los lectores el gesto de orgullo y desdén con que aparece mi heroína en 1872, ante ustedes, simples y escuetos mortales.

Contaba o había descontado Chana a esa fecha, dieciocho años; era gallarda de persona, fría en la expresión de su cara trigueña de perfil romano, y desapacible en la conversación como en el trato. Vivía en el pueblo de San Pedro del Durazno, en una de las mejores casas con frente a la plaza; y sus padres eran un honradote criollo, comerciante al por mayor, y una señora montevideana, virtuosa y modesta, ejemplar común de las madres uruguayas.

Chana había aprendido todo lo que entonces se enseñaba, en un buen colegio de Montevideo: sabía su tantico de francés, mucho de religión, bastante de labores, y demasiado de otras cosas, tales como historia sagrada y universal, gramática, y chismografía elemental y fundamental (esta última "ciencia" aprendida fuera del colegio, pero en la misma Capital).

Y porque no había "surgido" todavía un apóstol de la educación, Chanita se quedó sin poder charlar de filosofía en general y del cuerpo humano en particular, lo cual hubiera completado sus conocimientos haciéndola una doctora y ergotista capaz de trenzarse a silogismo limpio con el mayor sabio de su tiempo.

En cuanto al vestir, o a lo que ella llamaba "indumentaria", era un figurín de París del siglo XVIII. Llevaba túnicas llenas de puntillas y perifollos, con cola larga en ondas o rus sobre falda lisa con ruedo tableado, botas prendidas al costado con tacos de seis pisos; y el peinado, que cambiaba con las fases de la luna, pasaba desde el de dos trenzas caídas, que le permitía lucir la hermosa cabellera negra que casi le llegaba a los talones, al de martillo con horquillones, al de rueda y moño atado, y otro a la italiana, en trencitas que formaban como aros alrededor de uno grande.

Para lucir su cuerpo bien empavesado, Chanita disponía de dinero en abundancia, y el viejo, en pago de caricias, que no le prodigaba su hija en el común tiempo, aflojaba los cordones de la bolsa en donde aquélla encontraba relucientes onzas que dejaba en Montevideo en los frecuentes viajes que hacía, en pago de blondas, cintas, géneros y perendengues de toda clase, con que ella volvía cargada al Durazno.



Vestida siempre según la última moda, no tenía competidora en su pueblo; y así como primaba por su instrucción pedante, sobresalía en el lujo y novelería de los atavíos.

Se comprenderá fácilmente el que no tuviera muchas amigas; pero no así el que no le faltaran galanes, que husmeaban, según malevolentes diceres, más la bolsa del papá, que las gracias y sabidurías de la hija.

Pero ir a Chanita con lo que hoy llamamos "dragoneos" amorosos, era lo mismo que silbarle tonaditas a la luna. Su cara no hacía más que un gesto de soberano desdén; y después, le daba la espalda al más intrépido galán que rendido viniera a expresarle su pasión.

Así sucedió que nuestra heroína despreciara más de veinticinco pretendientes en un año, y que al fin agotara la lista de los mozos casaderos de San Pedro del Durazno.

Y ya en los tiempos en que la alcanzamos, solía acontecerle que en los bailes la sacaran viejos o casados y uno que otro "bolseado" que olvidando lo pasado hacía indiferentemente el papel de hombre sin aspiraciones, con la inasequible Chanita.

Por todo esto, ella había ganado fama de coqueta en el pueblo y se había empezado a llamarla "la china presumida", apodo que al fin le quedó y con el cual pasará a la Historia, si tanto consiguen estos humildes apuntes.

⁂

No faltó quien hiciera correr la noticia de que la Moñoalzado tenía un piscoiro en Montevideo o en Buenos Aires y los más de los desahuciados por ella se consolaron de su fracaso con esto.

Como fiel cronista, debo consignar yo que no había tal piscoiro montevideano ni porteño y que Chanita sentía ¡oh capricho de la fragilidad femenina! un amorcillo creciente por cierto paisano muy simpá-

tico que iba todos los meses a la casa del señor Moño-alzado, para arreglar negocios de una estancia.

Aquí encontró Chana la horma de su botita, pues el paisano no le hacía pizca de caso y parecía no advertir las lánguidas miradas y aires románticos de la "presumida".

Y era que el buen mozo tenía ya su quebradero de cabeza en una chinita de aquellas que se llaman *de mi flor*, linda, por supuesto, pobre, pero buena y sin humos, ni aspavientos, ni lujos, que no necesitaba su hermosura.

Sin embargo, Chana tenía metido en la cabeza que el paisano (cuyo nombre era Máximo) estaba loco por ella y que no se animaba a declararle el amor que sentía.

Y buscando ocasión para que tal hiciera, como también para lucirse, pidió a su padre que levantara frente a la casa un arco para correr la sortija en la fiesta patria del 19 de abril.

El viejo no puso reparos; mandó adornar un lindo arco, regaló en nombre de su hija seis valiosos anillos de oro con piedras, e hizo correr la noticia de la fiesta. De tal modo que el día indicado, concurrieron a la justa más de cincuenta jinetes, con sus caballos deslumbrantes de plata en el apero.

No es para esta ocasión ni en mi ánimo está el describir con todos sus detalles una corrida de sortija. Baste saber que para presenciar aquella de que vengo a hablar, habíase reunido más de medio pueblo; y llenaban las dos aceras de la calle señoras y niñas en primera fila, y detrás viejos y jóvenes puebleros, empinándose.

Lo mejorcito de ropa que tenía cada cual lo había sacado sobre su cuerpo en ese día. En la fila de las

viejas o señoras serias podían observarse muestras preciosas de la joyería antigua, representada por grandes medallones chispeados de diamantes y piedras preciosas, adornados de cadenitas sutilísimas y que con el consabido retrato se ostentaban en el pecho; macizas y gruesas ajorcas que sostenían la última lucha con las pulseras afiligranadas; peinetones de carey con corona ducal o real con brillantes en cada pico; caravanas de tornillo o de gancho abierto, con flequillo, o de dos o tres piezas salpicadas de piedras; y anillos, que parecían brazaletes, con corazones unidos, atravesados por una flecha, con letras de esmalte y grandes piedras.

Las jóvenes no era costumbre que se adornaran con tantas joyas; y sólo uno que otro anillito, con la imprescindible inscripción "Recuerdo", se veía en las manos haciendo juego con caravanas sencillas y prendedor pequeño, guardapelo.

Sombrillas orladas con ancha puntilla, y abanicos de sándalo valiosos por el trabajo de las varillas, completaban los ajuares de las damas.

Se puede suponer el aspecto que presentaría una calle angosta, llena de ruido y animación de una fiesta preferida, con espectadores tan ataviados.

A un lado del arco estaba el comisario, de pañuelo de golilla al cuello y espada al cinto, con tres hombres maduros que eran los jueces de la corrida; iban montados todos en caballos con ricos aperos.

En el otro lado, a caballo también, un soldado con un clarín en la diestra esperaba las órdenes de los jueces.

Y en las dos bocacalles, verdaderos escuadrones de jinetes se extendían en hileras bien formadas, presentando un hermoso golpe de vista, con los pingos escar-

ceadores que inquietos tascaban el freno haciendo sonar las grandes coscojas, y golpeaban el suelo con el casco desherrado.

Luz, entusiasmo, animación y viveza en las conversaciones, todo el esplendor de las justas de nuestros paisanos, se veía en aquel torneo de jineta y destreza.

Era un cuadro cuyos colores ha desteñido ya el tiempo y del que se va perdiendo hasta la composición...

*
* *

Chana había arreglado en la puerta del almacén una especie de trono con gradas, y ella y su madre, sentadas con otras dos señoras en sillones tapizados, presidían la fiesta.

¡Y no era poco el lujo que había derramado por su cuerpo Chanita! Vestido de seda, color oro muerto con moñas de cinta color chocolate al costado de la túnica; un gran prendedor de brillantes en el pecho, grandes caravanas de "chupón" en las orejas, y una cinta celeste ancha en la cabeza sujetando el pelo peinado en trenzas sueltas. ¡Digo que estaba linda la china tan emperejilada!

Montado en un doradillo escarceador y delgado se veía en la primera fila de los corredores a nuestro amigo Máximo. ¡Y vaya; que también se había empaquetado el mozo! Traje negro de bombacha vestía, buenas botas de charol granaderas, calzaba, y espuelazas de plata con rodajas, hacían juego con los grandes estribos de "piquería" del apero. ¡Un herraje que valía un Potosí tenía encima el doradillo!

Sonó muy luego un clarín y los jinetes se arremolinaron; volvió a sonar, y en medio de un silencio repentino y ansioso de los espectadores, pasó un ji-

nete por debajo del arco, a la carrera, llevando en la mano del brazo estirado un palillo con cintas multicolores.

—¡Nada! ¡nada! —dijeron después que pasó.

El mozo había tirado bien. pero la argollita estaba allí. encajada en el broche tembloroso aún por el golpe del corredor.

Otro toque de clarín, nuevo silencio y un segundo jinete pasó por el arco.

—¡Nada! ¡nada!... A ver el del doradillo, que se viene; a ver...

Y tras el sonoro toque, pasó estirado como un perro el caballo de Máximo, y éste levantó en alto su palillo envuelto en cinta punzó que remataba en moña con fleco de oro, y en el cual brillaba la sortija.

Toque de diana del clarín y gritos alegres de los espectadores saludaron al vencedor.

Máximo se presentó en la puerta del almacén donde estaba la presidenta de la corrida. y desde el caballo presentó la sortija a la madre de Chana, que presidía, recibiendo en cambio el anillo más hermoso de los seis, porque era el premio de honor el que acababa de correrse. Saludó el mozo, y cuando Chanita esperaba sonriendo recibir la joya de manos del simpático triunfador, lo vio espolear a su doradillo y dirigirse a una de las esquinas de la plaza, y allí... ¡oh, lo que presenció la presumida!...

Máximo con el sombrero en la mano. entregó el anillo a la chinita de sus pensamientos, que, modestamente vestida, presenciaba la fiesta confundida entre los demás espectadores.

Un aplauso unísono oyóse en la plaza y la agraciada joven quedó colorada como ñangapiré y tem-

blando de emoción, con el hermoso anillo en el dedo del corazón de su mano izquierda.

Chana, al ver esto, se mordió los labios hasta hacerlos sangrar, se llevó el pañuelo de ñanduty a los ojos y antes de correrse la tercera sortija abandonó su espectable asiento, mortificada, rabiosa ya, por el desaire sufrido y por los comentarios que oía, pues todos unánimemente, alababan la elección de Máximo.

—¡Pucha que había sido buen rebuscador el mozo! —decía uno.

—¡Si es como un sol de linda la china! —agregaba otro.

—¡Así me gusta a mí un criollo, que no se turbe pa elegir! —se oía de boca de un viejo.

Pronto se dieron cuenta algunos de la desaparición de Chana y no se tardó en sospechar la causa.

—¡Pa presumidos está el tiempo! —dijo con sorna un paisano—. ¡Cuidado con la señorona de alfeñique que tiene pretensiones! ¡Que se cure de este pasmo con la patoecología que sabe!



El golpe que recibió Chana en su vanidad fue rudo. En el pueblo todos se hicieron eco de los chismes que corrieron el día de la fiesta en la plaza; y cuando después de quince días salió la Moñoalzado a pasear, sentía toser y ahogar risas detrás y escuchaba indirectas demasiado claras.

No lo creo milagro, pero sí escarmiento; y fue el que la china presumida abrió los ojos a la realidad, se apeó de su vanidosa soberbia después de aquel sucesó, y dos años más tarde, ya tan cambiada que parecía otra, hacendosa, modesta y sin humos, se casó

con un almacenero (a pesar de que pertenecía a un gremio que su romanticismo miraba como la vulgaridad quintaesenciada).

No cuentan las crónicas si Chana Moñoalzado vivió muchos años casada, pero sí que dejó hijas que fueron desde la niñez el reverso de lo que fuera su madre.

Lo cual no obsta para que haya muchas Moñoalzados por ahí, a las cuales pueda llamárselas presumidas, y más que presumidas a boca llena...

QUITANDERAS

En la *Pulpería de los difuntos*, famosa en toda la región que limita el Tacuarí por el sur y la Cuchilla Grande por el este, se corría, en el día que elijo, unas pencas en las que se probarían parejeros, flor de la caballada del departamento.

El atractivo de la fiesta había reunido en la pulpería paisanos de los cuatro rumbos, que formaban un concurso rebasante de centenas; y el cual se aumentaba cada hora con grupos de jinetes en buenos pingos que se denunciaban redomones en los escarceos violentos, sacudiendo un tesoro de plata y lomillería brasileña.

En la madrugada, había llegado con sus dos carretas y sus dos hijas, la quitandera doña Setembrina, conocida en aquella campaña del nordeste, no tanto por sus hermosos retoños, María de la Gloria y Encarnación, como por los chorizos que embutía y eran delicia de todos los paladares, y tentación de todos los olfatos.

Ayudadas las tres mujeres por un negrito que las servía y por varios paisanos galantes, levantaron pronto su carpa que cubría un espacio de diez varas de terreno y tenía por fondo y un costado a las dos carretas desuncidas de los bueyes y mancarrones que las tiraban.

Instalaron sobre caballetes largas mesas y después de vaciados de los chismes que contenían, unos cuantos cajones, fueron colocados boca abajo, como asiento.

La cocina estaba representada por tres braseros, y una lata sin fondo con alambres atravesados, que era asador de chorizos. Varias ollas. dos pavas de respetable capacidad, dos grandes sartenes y bastantes platos de lata, cubiertos y otros utensilios completaban el menaje.

Unas cuantas bolsas con trapos y papeles, quedaron amontonadas debajo de las carretas, así como un cajón que era "tocador" de las muchachas.

Estas andaban ya emperejiladas, llenas de cintas y perendengues luciendo ricos aros en las orejas y horquillas en el moño. Hacendosas y presumidas eran, y para conciliar tan contrapuestas condiciones, habían recogido las faldas de sus vestidos de percal floreado, sujetándolas a un lado, en la cintura.

Las dos tenían puestos vestidos iguales, de fondo blanco con flores rosadas grandes; pero mientras que María de la Gloria tenía, ciñendo el hermoso busto, un pañuelo de espumilla granate, doblado en tres puntas, con las dos delanteras prendidas con alfileres en el pecho, su hermana Encarnación se había puesto un pañuelo celeste de seda doblado angosto y después de enlazado al cuello, metidas las puntas entre dos botones de la basquiña.

Aun con estas diferencias tan leves al parecer, pero grandes por el simbolismo de los colores, era cuestión más que difícil el distinguir a las lindas quitanderas que parecían mellizas; tan perfecta era su semejanza.

Y si distinguirlas costaba, no digo lo que costaría el elegir, pues por cualquier lado tenían ambas bellezas que volvían confuso al más sereno y frío admirador.

María de la Gloria contaría en aquel entonces diecinueve años, y hacía más de tres que era el quebradero

de cabeza de los mozos y viejos de Melo y de otras partes.

Su hermana, más joven, pues acababa de entrar en el año 17, era una morocha de esas que cuando se miran palpita el corazón atropelladamente, los labios se juntan sin quererlo y los ojos se agrandan hasta lo imposible para más admirar.

Si ella contara los suspiros y los requiebros que le dedicaban, podría tener un collar para darse más de diez vueltas en su cuello, el cuello más bien torneado que haya sostenido cabeza de morocha.

Y ambas habían sido causa ya de que se jugaran la vida o se agujerearan el pellejo más de dos y de tres enamorados celosos.

De la vieja doña Setembrina podría decirse, usando una figura de Cervantes, que parecía haber nacido solamente para quitandera. Su madre lo fue, ella se crió entre quitanderas, aprendió el oficio y, finalmente, salió quitandera corriente y moliente a todo ruedo.

Con sus dos hijas andaba de pago en pago, dondequiera que se corriera una sortija, se jugaran carreras y festejaran yerras o trillas.

Tenía maña de gitana para sacarles el dinero a los gauchos que caían a la golosina de las muchachas; pero sin dejar que se acercaran demasiado, ni concederles pizca. Encubría a jugadores y cobraba su "coima", y hasta si era necesario solía dar remedios para males, que no los tienen en las boticas.

Quizá en su tiempo habría dado gatazo, pero ahora no era ni sombra de belleza.

Se miraba en sus preciosas hijas y era para ellas guardián tan celoso y avizor, que Argos hubiera debido ser convertido en pavo real, aun sin su famoso

descuido, por no vencer en vigilancia a este competidor.

Promesas, amenazas, dádivas, todo había sido empleado para ganar los dos corazoncitos de María de la Gloria y Encarnación, sin otro éxito que un desahucio sin revocación ni apelación.

Las muchachas no se dejaban enternecer ni era posible engatusarlas con cualquier artimaña de enamorados, porque doña Setembrina estaba siempre al quite y cortaba las declaraciones peligrosas, con salidas o entradas que eran como jarros de agua volcados sobre los apasionados amadores.

Su propósito inquebrantable y honrado era el casar a las muchachas "como es debido", alejándolas aunque a ella le costara mucho, de la vida vagabunda y peligrosa que llevaban.

Dadas las condiciones mentadas de las muchachas es fácil presumir cómo serían de preferidas en todas partes. Baste agregar, a lo dicho antes, que en los bailes a que concurrían, las rodeaba y las obsequiaba una verdadera majada de pretendientes, y la carpa de doña Setembrina, atraía todos los favorecedores en las reuniones en que se levantaba.



En la ocasión de que hablo, no sucedió de otra manera, y antes de las carreras, se vio concurrida la carpa por marchantes de diversas figuras y variado pelaje, o sea vestidos en lenguaje llano, que venían a comer la sabrosa chatasca y los asados condimentados por doña Setembrina, cuya especialidad eran las comidas criollas.

En cuanto a los afamados chorizos, la vieja quitandera llevaba la carne preparada con el adobo en una olla y en presencia de los consumidores los embutía, sin otro utensilio que los dedos, muy acostumbrados a esta operación, y la punta de un cuerno de vaca agujereado.

Las muchachas, por su parte, arreglaban la mesa y servían la comida de tal modo que estimulaban el apetito de los marchantes.

En la tarde se encargaron del mate dulce y con canela, mientras la vieja hacía tortas y el negrillo cuidaba de alimentar el fuego, y alcanzaba mate amargo para algunos viejos.

Terminadas las carreras, se armaron jugadas de taba, con permiso del *coimero* comisario, y muchos fueron los paisanos que decidieron pasarse la noche allí, cebados ya en el juego.

En la carpa de las quitanderas se organizaron partidas de truco, monte, mus, siete y medio, primera y otros; y María de la Gloria y su hermana, seguían con los mates, dispuestas a pasar la noche en esa tarea como era costumbre en tales fiestas.

Los paisanos que se retiraban del juego, iban reuniéndose cerca de los braseros y no faltó una guitarra que animara el grupo, con sus rasgueos y tonadas quejumbrosas.

A eso de las diez, el grupo tenía más de quince individuos y se empezó a cantar "décimas" y "cielitos" al compás de los gemidos de la prima y el llorar de la bordona.

Entre los paisanos agrupados se veía a un mozo algo pasado de la primera juventud, a quien todos distinguían, y que por el lujo de su traje parecía algún estanciero ricacho.



Este mozo se desojaba mirando a María de la Gloria, y más de una vez se habían cruzado sus miradas con las que otro paisano dirigía al mismo blanco.

La muchacha prodigaba sonrisas a todos y contestaba los piropos con gracia y viveza; pero mostrando que le entraban por una oreja y le salían por la otra.

Encarnación estaba monopolizada por un joven, que era su novio oficialmente declarado por doña Setembrina, y al cual, si no le dejaban todavía el campo libre, con habilidad trataban los competidores de disputarle la preferencia.

El paisano de que hablé antes, y a quien llamaban don Calixto, no dejaba escapar bolada para hablarle a María, pero ella esquivaba los encuentros de miradas, y no se le acercaba a tiro de palabra.

Entre tanto seguía la milonga y el mate.

Hacía rato que pedían a Calixto que improvisara algo, y él, al fin, se decidió a cantar una décima que sabía.

Le dieron la guitarra. El le cambió el temple, se compuso con calma la garganta y después de probar por última vez el acompañamiento de prima y cuarta pellizcando, cantó estos versos:

Recibió mortal herida
un torcaz y cayó al suelo;
mas tuvo para consuelo
a su torcaza querida;
y fue perdiendo la vida
puesto su pico en el de ella:
¡Ay! si fuera igual mi estrella
que contento moriría
juntas tu boca y la mía...

El cantor al llegar a este verso se turbó. No recordaba quizá el último de la décima, y la misma apretura en que se veía, aumentaba la confusión en su memoria.

Hizo el rasgueo, dio en las cuerdas el golpe seco a mano abierta que precede al final de la décima, pero el verso no salía. Repitió desde el séptimo "¡Ay! si fuera igual mi estrella..., etc.", y nada.

En tal momento, un paisano, el que antes disputara al cantor con la mirada la contemplación de la hermosa quitandera María, se sonreía con malicia. Titubeó un momento con cierta idea que le hacía cosquillas, y al fin, tomó una botella de entre otras alineadas sobre una mesita y se la alcanzó al payador, diciéndole con la tonada de la décima y llenando el verso que faltaba:

"Juntas tu boca y la mía
inolvidable botella."

Calixto saltó como mordido por una víbora, se apoyó en la guitarra y mirando fieramente al gaucho burlón, le dijo:

—Amigo, si ha querido llamarme borracho, dígalo con franqueza, que aquí hay un brazo y vista serena para probarle lo contrario...

—No hay que alzarse tan alto —respondió tranquilamente y con tono de broma el otro—. Acuérdese paisano del refrán que dice: "el que se enoja no moja, ni pita cigarro de hoja..."

—Pero le saca las tripas al guacho que se le atraviesa en el camino, canijo...

—¿Guacho? ¿quién más que el cacunda que lo dice?... —retrucó airado el de la broma, sacándose el poncho y desafiando con la mirada a Calixto.

Este dejó caer la guitarra, se desprendió el cinto que llevaba en la cintura y se lo dio a un paisano, y envolviendo en el brazo izquierdo el poncho que tenía sobre el hombro, salió del círculo entre un grupo

de individuos y seguido a distancia de pocos pasos por el desafiante.

Se produjo una confusión grandísima. Las tres quitanderas abandonaron la carpa, y corrieron hacia la pulpería. Al pasar por el patio, alumbrado como de día por la luna llena, vieron a Calixto y su contrario el uno en frente del otro, esgrimiendo los facones brilladores...

Pasaron unos momentos de expectación para las mujeres, que se habían refugiado en la trastienda de la pulpería.

Al cabo llegó el negrillo, corriendo anheloso:

—Le pegó un... puntazo —dijo tartamudeando— un puntacito... no más...

—¿Quién? ... ¿a quién?... —interrogaron las mujeres a un tiempo.

—Don Calixto... al otro... pero jue un puntacito no más...

El puntazo, sin embargo, había abierto salida para el alma en el cuerpo del gaucho bromista. Y apretando contra sus labios la empuñadura en cruz de su facón, expiró en brazos de compañeros aterrados y doloridos.

....

Final romántico:

Dos meses después de la jornada trágica de la *Pulpería de los difuntos* todo Melo asistía, curioso y sorprendido, a la boda de María de la Gloria con un brasileño tan rico de dinero como pobre de carnes. La morocha Encarnación andaba entre tanto corriendo la tuna con un capitán de caballería, esposo suyo por detrás de la Iglesia.

La vieja doña Setembrina, por otro nombre *La Portuguesa,* no abandonó el oficio de quitandera hasta

la muerte..., y murió al pasar una picada, volviendo de unas carreras.

Tenía en la sangre el amor a la vida vagabunda y accidentada.

Era quitandera de casta y herencia.

AMOR SALVAJE

I

La noche se acercaba siguiendo a un crepúsculo de tintes vigorosos, y los árboles esparcidos entre los pedregales de la falda se cubrían de sombra, mientras se levantaban del campo, caldeado por el sol, ruidos confusos y de vago misterio.

Era la melancólica hora, en la cual se siente la verdad del verso de Virgilio: *Et sol crescentes decedens duplicat umbras.*

Yo había hecho una jornada de héroe: dieciséis leguas sin desmontarme; y mi caballo tropezaba ya al descender del camino hundido entre los cerros, por una senda de atajo estriada por las aguas, que habían formado hendiduras y descubierto piedrecillas en el duro terreno.

Por centésima vez me empiné, afirmado en los estribos, y escruté con ansiosa mirada el valle rumoroso lleno de sombras. Y por centésima vez dí a mi valiente zaino una palmada en el pescuezo para alentarlo: todavía no se divisaban las casas.

El caballo, respirando ráfagas de aire fresco que bajaban de la sierra, pareció recobrar algún vigor; pero de pronto se sacudió y paró las orejas.

Yo aprontè el rebenque, porque sospeché la presencia de algún crótalo, no raro en aquellos parajes. Miré al suelo y a los lados del camino y no vi nada.

El zaino siguió su trote suelto, bajando, y a poco

andar volvió a hacer las mismas demostraciones de advertencia.

Esta vez no tuve tiempo de preparar el rebenque. Llegó hasta mí una voz suave que cantaba con acento melancólico un raro romance del Juicio final que anda perdido entre los paisanos, maltrecho y desfigurado hasta ser imposible conocer su origen.

—No hay que alarmarse Zapicán —dije pegándole al zaino un golpecito de zotera.

La voz se apagó, y cuando miraba curioso al sitio de donde venía, vi asomar por una senda paralela una muchacha, jinete en un petizo, y que mostraba deseos de activar la marcha pesada de su cabalgadura.

No alcanzaba a verle la cara y sólo el cuerpo desarrollado y joven se distinguía bien por estar vestido con una pollera rosada y blanca.

Ella pareció no advertir mi presencia en aquellos sitios y taloneó al petizo, murmurando algunas palabras.

Yo apuré algo a mi caballo y el ruido de las pisadas, hizo volver la cabeza a la muchacha.

Nadie se admirará de que la pinte bonita. Lo era: un tipo de criolla fogosa, con ojos negros y brillantes, escondidos detrás de tupidas y largas pestañas; nariz grande, labios carnosos muy apretados y la cabellera cubierta en parte con un pañuelo caído hasta media cabeza, negra como los ojos.

Su primer movimiento al verme fue apurar al petizo, pero yo estaba demasiado cerca, y la saludé con tono respetuoso. Me contestó sin mirar.

—¿Quiere decirme si voy bien a la casa de don Rafael Morales? — le pregunté.

—Sí señor —respondió sin mirar, y volvió a talonear a su caballo.

El encuentro empezó a interesarme, y quise entablar conversación. Le dirigí de nuevo la palabra:

—¿Quedan cerca *las casas*?

—Unas quince cuadras —y todavía apuró su caballo sin mirarme.

Un puntillo de amor propio me hizo insistir:

—Perdone mi curiosidad; ¿es usted de la estancia?

Conocí por un estremecimiento de impaciencia que agitó su cuerpo que iba a mirar al entremetido.

Los ojos que recordaban aquella hermosa comparación de Osián, "estrellas brillando al través de fina llovizna", clavaron sus chispeantes miradas en mi cara.

Esta vez me estremecí yo, y ella debió ver en mi rostro de muchacho hombreado, una expresión de bondad que quitaba toda malicia a las preguntas insistentes que le hacía. La frente que dibujaba un ceño de disgusto se serenó. Asomó una sonrisa apacible, y la muchacha dijo, sin apurar al caballo:

—Sí; soy del valle... soy hija del puestero Román Cota.

—¡Ah! ¿del brasilero *su* Román? —le dije, con extrañeza, porque conocía al nombrado puestero y no lo sabía padre.

—Sí —respondió la muchacha con más confianza.

—Yo soy Fructuoso, sobrino del patrón —repuse—. Vengo de la ciudad a pasar unos días con él. ¿Está bueno el viejo?

—Ahora sí; ha pasado algunos días mal.

Se hizo una pausa, luego pregunté:

—¿Y usted cómo se llama?

La muchacha me miró con la extrañeza de antes, pero volvió a tranquilizarse y dijo ruborizándose algo:

—Guacziola.

—Lindo nombre, de veras. Tuvo buen gusto *siu* Román.

—No; me lo puso el patrón que fue mi padrino.

No pude dirigirle una nueva pregunta...

Como vomitado por un barranco tupido de malezas, asomó un hombre a pie. Saludó con voz áspera y clavó en mí una mirada escrutadora.

—Guacziola —dijo en seguida, dirigiéndose a mi compañera—, en la casa estaban con cuidao por su tardanza... ¿Por qué sale sola tan lejos?

Era un hombrazo robusto cuyo aspecto recordaba vagamente a Calibán, el brutal personaje de Shakespeare.

La cara terrosa, con poca y rala barba, bigote apenas asomado; ojos pequeños convergiendo las miradas sobre la nariz de abiertas ventanas; frente deprimida, descubierta por llevar el sombrero en la nuca.

El traje era de campo, bombachas viejas con algunos desgarrones y remiendos, alpargatas rojas, saco de brin sucio sobre camiseta de tartán, dejando ver un pescuezo de gallo con gañote marcado, venoso y revelando sensualidad en sus rayas como nudos de cañas.

Tenía en la mano un arreador de argolla pesada, y se le notaba expresión clara de disgusto, sin duda por verme muy cerca de Guacziola.

Al hablar a ésta, según he dicho, la voz del hombre tornó la aspereza en forzada suavidad, que recordaba los acentos enamorados del potro, cuando encerrado llama a la yegua esquiva que pasa lejos de su brete.

La muchacha hizo un gesto de despecho al oir las palabras de aquel gaucho, que cada vez me parecía más salvaje, y más Calibán.

—¡No necesito de *naides* pa defenderme! —le dijo con acento severo— ¿crees que soy una pueblera maturranga?

Y sin mirar al gaucho ni a mí, taloneó con rabia su petizo, y se adelantó al galope por la cuesta abajo; seguida de cerca por el extraño aparecido, que tranqueaba largo.

—Buenas noches —me dije, *in petto*—, se acabó la aventura cuando empezaba a gustarme. ¿Quién diablo será ese salvajote que se mete a tutor de la chinita, y no tiene la urbanidad ni los buenos modos que son naturales en nuestros paisanos?

Y apuré mi zaino que un momento se había detenido y mascaba las hojas de unos arbustos que crecían abundantes a los lados de la senda.

Unos perros ladraron cerca y oí silbidos. En esa dirección seguí al galope y no tardé en ver, como colgado de un montecillo, un rancho rodeado por un cerco de palo a pique.

No eran "las casas". Llegué hasta allí, sin embargo, incomodado por los perros que saltaban al estribo, obligándome a revolear el rebenque sin cesar.

Cerca del patiecito, que la luna en cuarto creciente clareaba, vi al petizo de Guacziola atado al palenque, y no necesité más indicio para saber que estaba en el rancho de Cota.

¡Cómo me parecía diferente aquel sitio, después de doce años de ausencia!

Creo que en ese cerrito donde ahora tenía su puesto el brasileño, yo apedreaba lechuzas en mis primeras escapadas de las casas. No tuve tiempo para reconstruir en la memoria lo pasado. Una vieja salió del rancho y contestó a mi "Ave María", diciendo

"Sin pecado concebida" en tono cariñoso, que revelaba a la criolla.

Le pregunté la dirección de "las casas", y llamó a un negrito que iba a soltar el petizo de Guacziola, para que me acompañara.

Cuando saludé a la vieja, y antes de torcer el rumbo para seguir al negrito, alcancé a ver en la puerta del rancho a la muchacha.

Mostraba expresión de disgusto y ni siquiera me concedió una mirada.

II

Las expansiones naturales con mi viejo tío y los otros parientes que vivían en la estancia, apartaron de mi memoria el recuerdo del encuentro con Guacziola y el improviso apartamiento de ella con el gaucho salvaje.

Pasaron algunos días. En mis excursiones por el campo no encontré al uno ni a la otra, y no hubiera tardado en olvidarlos sin una circunstancia que me puso en el camino de la historia que intento narrar.

Para solemnizar mi viaje a la estancia y aprovechando el cumpleaños de uno de los mozos, hijos de mi tío, éste que todavía no daba su brazo a torcer, ni confesaba su relegación al pasivo, armó una fiesta con baile, "para los muchachos".

Se invitó a cuanta moza había en los puestos de la estancia y en el pago, hasta conseguir contar con más de veinte bailarinas, todas "de mi flor" según decía el viejo, con una de sus frases habituales.

En la sala, vasta pieza que era la mayor, de "las casas", amueblada con lujo excepcional, se daba el baile.

Mi tío Rafael había querido hacer las cosas en grande y nos sorprendió con la noticia de que un flautista vendría a reforzar la acostumbrada orquesta de guitarras.

Todo estaba, en fin, preparado para la hora temprana en que empezó el baile.

Desde la tardecita empezaron a llegar las muchachas con sus acompañantes, esponjadas sobre el caballo las que ya jineteaban solas, y enancadas con sus hermanos o parientes las otras.

Mi tío se multiplicaba para mostrarse obsequioso y galante con las muchachas: a unas les alcanzaba la mano para bajar, a otras las bajaba cogiéndolas de la cintura sin ceremonia, puesto que tenía derecho de padrino con las más, que eran sus ahijadas. Bromeaba con las presumidas ofreciéndoles sillas para apearse, y en todo se mostraba rejuvenecido, llegando a decirme en un momento:

—¿Qué te parecen las chinitas? Como pa unas carreras... ¡eh!

—Cuidado con los resbalones, tío viejo —le contesté.

Y él me replicó presto:

—¿Crees que necesito muletas pa jinetear?

En todos los habitantes de la casa se notaba animación y regocijo semejantes. Día de jolgorio era, y además, todo paisano, en tratándose de baile, se pone como charabón de alborotado y alegre.

Cuando hubo número suficiente para empezar la fiesta con el consabido *Nacional,* todos los concurrentes ganaron la sala.

En este momento llegó Guacziola con su madre. Venía la chinita con la cara muy colorada y parecía que sus ojos habían desahogado algún pesar o contra-

riedad. Pero esto mismo la mostraba más linda y al verla así, de cerca y con la luz de la sala, encontré a la muchacha merecedora de ocupar el puesto de honor en aquella reunión, donde no escaseaban las morochas capaces de embelesar al que no fuera frío "como el agua del río", según reza una coplita gauchesca.

Un pensamiento nació en mi mente al ver la muchacha. Evoqué al gaucho que he comparado con Calibán y que creía ver asomar con su rara figura detrás de la linda chinita.

No sucedió así; pero tampoco me engañé enteramente.

El gaucho vino a "las casas" y desde la sala lo vi, pocos momentos después de la llegada de Guacziola, pasar en dirección de la cocina, donde estaban mateando otros paisanos.

Las señales de llanto que vi en la cara de esa muchacha me llamaron la atención, y el recuerdo de la escena en que había tenido parte la noche de mi llegada a la estancia, volvió a despertar mi curiosidad respecto de la relación que pudiera tener Guacziola con el gaucho.

El baile me interesaba, pero no siendo bailarín, la contemplación pasiva llega a cansar y esto me sucedió, quizá entrando por mucho en el fastidio las ideas referentes a la chinita.

La había visto bailar y reir; pero encontré en su alegría fingimiento y desasosiego; inquietud bajo la aparente tranquilidad.

Llamé a uno de mis primos, hombre ya casado que no tenía mucho interés en seguir el baile, y le pedí que averiguara quién era el gaucho cuyas señas le di y que se hallaba en la cocina.

Mi primo volvió pronto, y me dijo:

—¿El que tiene un poncho con rayas negras y una cicatriz en la cara?... Es un peón del puesto de Román.

—¿No sabes cómo se llama?

—Sí, Nicanor; y le dicen por mal nombre *el Guacho,* porque se crió huérfano con los montaraces del Tacuarí.

—¿Hace tiempo que lo tiene Román?

—Tres años, por ahí... ¿pero qué diablo te importa ese zaparrastroso?

—Nada... No más que como me parece que persigue a la hija de Román, lo encuentro extraño y...

—¡Ah! ¿Ya te has fijado en eso? Pues, el desgraciado ese parece que anda enamorado de la chinita, y la verdad es que vale la pena... Cuentan una punta de zonceras de él; ¿pero qué le importa a nadie que se consuma como tísico y que pase las noches sin dormir mirando la ventana del cuarto de Guacziola?...

—¿Esas tenemos?... —dije interrumpiéndolo—. Pues tienes que contarme todo.

Y retirándolo a un rincón, el menos concurrido de la sala, me dispuse a escuchar a mi primo que habló así:

—No te prepares para oir un cuento largo, porque no tengo mucho que decir: *El Guacho* cayó aquí cuando los últimos barullos. Lo habían arreado con otros y se escapó viniendo a parar a este pago, enfermo y casi desnudo. Aquí lo curamos y le dimos ropas. Después quiso quedarse, y Román lo tomó de peón en el puesto.

Hace unos cuantos meses, Alberto, que es un diablo como sabes, me contó que *el Guacho* andaba detrás de la hija de Román y que se pasaba las noches panza

abajo en el Cerrito, mirando con ojos de gato celoso para el rancho de Román.

Al principio ninguno le creyó al muchacho la cosa; pero algunos peones curiosos vieron lo mismo y hasta yo tuve hace poco un disgusto con Román porque él no me quería creer lo que yo había visto con mis ojos.

Lo cierto es que la muchacha no puede salir a ninguna parte sin que *el Guacho* la siga; pero no hay cuidao de que se propase ni muestre malas intenciones. La sigue de lejos, y apenas se anima a hablarla.

En la casa anda adivinándole los quehaceres por librarla del trabajo y casi no hay mes que no le lleve algún regalo.

A mí me parece raro este enamoramiento y así se lo he dicho a Román, pa que cuide de la muchacha y ande alerta, pero él está emperrao en que son charlas y bobadas de algunos peones alarifes, y las cosas siguen lo mismo...

Ahora me acuerdo que días pasados lo hallé al individuo en la picada "del tuerto" y a pie. En cuanto lo vi me acordé de lo que dicen los peones: "aunde ande Guacziola anda *el Guacho* y aunde anda *el Guacho* anda Guacziola.

Acorté el paso de mi caballo y a las pocas cuadras ¡zás!, la muchacha sola, como de costumbre, en un petizo overo que tiene...

Iba a seguir mi primo su relato cuando lo interrumpió la llegada de mi viejo tío, que dijo:

—¿Qué hacen aquí como enamorados primerizos? Déjate —dirigiéndose a mi primo— de engolosinarme a este pichón con tus cuentos —y agregó aludiéndome—. Vení, que te voy a presentar una muchacha... — y el viejo se chupó la punta de los dedos.

Lo seguí, y ¿a quién me había de presentar? a Guacziola.

Lo hizo con una de sus chuscadas de tono subido, y la muchacha me alargó la mano ruborizada.

El viejo me dejó después de decirme otra de sus frases al oído.

III

Conversar con una muchacha de la clase de Guacziola, criada en el campo y sin instrucción, es más difícil de lo que puede creerse.

Yo no tenía intenciones de cortejarla, y así fue que mis palabras se dirigieron únicamente a asuntos fútiles y vulgares, como ser la vida en la estancia, las esperanzas de tener algunas fiestas en el verano, y otros temas áridos, pero fáciles.

Guacziola se limitaba a responder con monosílabos y pocas veces me contestó con más de dos palabras.

En esa tranquilidad relativa, su rostro reflejaba por algunos momentos, pesadumbre o tristeza. que la muchacha quería disimular.

Al fin, me atreví a preguntarle si se sentía disgustada, y advertí que titubeó en responder.

—No... —dijo, e hizo un esfuerzo por mostrarse risueña.

Llegué hasta decirle que si deseaba bailar yo me retiraría y entonces me pidió con insistencia que la acompañara, porque estaba cansada del baile, y así no irían a molestarla.

Nada mostraba en sus palabras que me distinguiera más que a las otras personas que allí estaban, y aunque el casual encuentro que motivó nuestro conocimiento, permitiera alguna confianza, ni ella ni yo,

salimos del tono ceremonioso y tonto que a mí me fastidiaba de veras.

Pasó un largo rato así y la noche ya estaba muy adelantada.

Por divertir esa empacada situación, intenté algunas bromas con Guacziola respecto de las muchachas que se encontraban en el baile, y burla burlando llegué a decirle algunas galanterías a ella, que al fin se animó y entró de lleno en la conversación.

Me decidí a recordarle nuestro encuentro y a hablarle de *el Guacho*. Con gran sorpresa de mi parte, se estremeció al oir aquel nombre y miró instintivamente hacia la puerta.

Me pidió que no le hablara de "ese hombre" y creo que estaba a punto de hacerme una revelación, cuando por una casualidad extraña se presentó en la puerta de la sala *el Guacho*.

De su cara mal engestada salió como chispa una mirada que vino a clavarse en Guacziola y en mí Era la misma mirada indefinible que había observado yo en el encuentro de la sierra...

El baile estaba por concluirse. Lo cerró un "cielito" en batalla, con relación, y los concurrentes empezaron a salir en busca de los caballos, cuando se oía el primer canto del gallo.

Las mismas escenas que a la llegada de los concurrentes se reprodujeron en la retirada.

El viejo, mi tío, atareado en arreglar a las muchachas, no se distrajo tanto que olvidara recomendarme que acompañara a Guacziola ya que le había hecho de galán (con una frase de su cuño completó la indicación).

Entre los últimos grupos que salieron de la estancia, sintiendo las cosquillas del aire fresco de la ma-

drugada, me encontré yo al lado de mi dama, que el tío me encargó cuidara "como cosa de regalo".

No sucedió en el trayecto de la estancia al puesto de Román nada que merezca mención.

Me despedí de Guacziola y de su padre, desde mi caballo, y ella me apretó con fuerza la mano sin quererlo, agradeciéndome la molestia de haberla acompañado.

Por el opuesto lado del patio pasó al trote largo en ese momento *el Guacho*, que castigaba brutalmente a su caballo en la cabeza.

IV

....

En la noche siguiente nos encontrábamos en el comedor rodeando al viejo que contaba una historia picante, cuando llegó despavorido un peón a darnos una noticia terrible e inesperada: el rancho de Román estaba ardiendo...

En un instante estuvimos en el patio, y desde allí contemplamos el triste espectáculo del incendio.

Llamaradas amarillentas subían entre negras nubes de humo de la falda del cerrillo donde tenía su rancho Román.

El fuego debía haber empezado recientemente, y crecía a cada instante.

Mi tío dio órdenes con voz emocionada y todos salieron de la consternación en que nos había sumido el inesperado suceso. Aprontamos los caballos rápidamente, y salimos al galope largo en dirección al cerrito.

El viento nos traía primero cenizas y después chispas de la hoguera que había formado el rancho. Nues-

tro dolor aumentó cuando al llegar al pie del montecillo vimos derrumbarse entre la humareda las paredes de terrón.

Al llegar a pocos pasos, ya el fuego estaba casi del todo sofocado, y salían de entre los escombros llamas que lamían la tierra humeante.

Una parte de la casa había quedado, sin embargo, en pie. Allí acudieron los peones y salieron a poco, horrorizados, trayendo a *el Guacho* que parecía medio asfixiado.

—¿Hay algunos más dentro? —preguntamos con impaciencia.

—¡Ay! don Román —dijo uno de los peones, tartamudeando— ¡qué desgracia... por Dios... ahí están muertos unos cuantos en el suelo... y éste está lleno de sangre!

—A ver, esas luces, pronto —gritó mi tío.

Y entró en la pieza que las llamas empezaban a invadir. Lo seguimos todos.

¡Qué cuadro horrible se presentó a nuestra vista! En el suelo, medio desnuda, estaba Guacziola bañada en sangre, el cuerpo cribado a puñaladas, de donde salían los últimos alientos de la vida; un facón sucio de sangre estaba al lado del cuerpo; y en el piso de tierra se veían señales de pisadas afirmadas; los muebles escasos de la habitación se veían derribados y revueltos.

La pobre chinita tenía clavadas en el piso las uñas de las manos crispadas en la agonía.

Todo revelaba una lucha salvaje y desesperada.

Dos peones pusieron el cuerpo de Guacziola sobre la camita de hierro y la sacaron al patio.

Apenas traspusieron el umbral de la puerta, se desplomó la pared que separaba la habitación de las otras ya derrumbadas, y quedó en el aire parte del te-

chado de zinc que había obstado a la propagación más rápida del fuego.

El Guacho había vuelto en sí del desmayo.

Mi tío corrió a interrogarlo, pero no obtuvo más que palabras sueltas.

—No me quería... no me hacía caso... Yo soy un perro zaparrastroso... Y por cualquier cajetilla, sí... aura es la mía... tomá... una, dos, tres, cuatro... ahí, ahí...

El Guacho gesticulaba desaforadamente; al decir los números hacía señales de apuñalar y por último pareció en un arrebato de placer beberse la sangre que derramaba...

Estaba loco.

Lo llevaron al pueblo, después que la policía se informó del suceso y se comprobaron las muertes de Guacziola y sus padres que, con dos peones, fueron encontrados debajo de los escombros del rancho.

Ocho días después, al llegar al pueblo para tomar la diligencia que me llevaría a la capital, me anunciaron que *el Guacho* se había dejado morir de hambre en la cárcel, abreviando así el proceso que se le instruía por asesinato e incendio.

El empleado de la Jefatura que me dio la noticia, me mostró una caja de fósforos, que tenía dentro unas hebras de pelo.

—Esto —dijo— lo tenía el loco en el puño desde que lo encerraron en el calabozo, hasta que lo sacaron muerto, y lo besaba continuamente. Lo guardé por curiosidad, y porque creo que es alguna reliquia. ¡Esos diablos suelen tener algunas supersticiones más raras...!

LA MUERTE DEL MATRERO

El calor, en un día de verano, enrareciendo el aire, había llegado al monte, penetrando en las sombras, y levantando en las lagunas nubes de tábanos, jejenes y mosquitos, que, con las chicharras, formaron una orquesta, cuya música parecía remedar el hervor de la grasa sobre un fuego infernal, o el arder de los campos secos con el calor del sol.

Este día, Reinaldo el matrero, que en la hora de la siesta se había echado a dormir sobre los cojinillos de su recado, al pie de un robusto coronilla, no pudo resistir más, y resolvió salir del monte.

El calor lo asfixiaba, y los insectos le impedían el sueño, martirizando sus carnes con los envenenados aguijones.

Era Reinaldo, hombre joven todavía, delgado, más nervioso que forzudo. Su cara afilada, con barba negra como la larga cabellera y los ojos de mirada viva y penetrante. Las facciones, sin ser afeminadas, parecían reflejar un alma sencilla y buena, aunque los ojos inquietos y de mirar persistente y frío, contrastaban y modificaban la expresión de dulzura derramada por el rostro.

Vestido, si no con lujo, con cuidado, se mostraba aseado y de ningún modo revelaba al hombre obligado a vivir sin hogar, durmiendo en las asperezas del bosque, en lucha con sus semejantes y con los animales bravíos, para defenderse de los unos y hallar su alimento en los otros.

Tipo tan extraño en lo exterior como en lo interno, en su espíritu, que parecía haberse alojado en aquel cuerpo para probar cuán diferentes son ambos, viviendo juntos, como subordinado y señor.

Había sido Reinaldo desde la juventud enemigo del trabajo, frecuentador de pulperías y de carreras, amigo de sobresalir entre sus paisanos y de no sufrir preponderancias. Viviendo como gaucho de pago en pago, hubo al fin de toparse con quien se alzara a su nivel y le opusiera un facón a otro facón. Tenía como nacida con él la destreza de las armas, y con esto y la suerte empeñada en protegerlo, mató a uno de esos enemigos, hirió a otro; y después tuvo que declararse en abierta lucha con la policía para no pagar los triunfos en las cárceles.

En poco tiempo su foja de hombre valiente contó muchas hazañas que, aumentando su fama, acrecieron la cuenta que tenía pendiente con la justicia, que lo perseguía a sol y a sombra.

Matrero ya, tuvo que vivir más en el monte que en las casas, arrastrar esa vida de zozobras y riesgos, huyendo siempre; sin tregua combatido; y mucho tiempo sin reclinar la cabeza ni apearse del caballo, porque la persecución encarnizada lo acosaba hasta en los enmarañados recovecos de los inmensos bosques del Cebollatí.

Así estaba el día en cuya siesta se decidió a afrontar todos los peligros y llegar a la pulpería más cercana, para comer y averiguar el paradero de la policía, a la que había escapado apenas el día anterior.

Cuando salió del monte y su mirada recorrió el campo llano, abrumado por el calor solar, no vio ni animales en grande extensión. El aire se movía como en ondas pesadas, y sólo cuando alguna nube cubría

instantáneamente el sol, soplaba una brisita más templada que el fuego etéreo de la atmósfera, moviendo las pajas en ondulación lenta y haciendo volar esos insectos que parecen ya flores, ya semillas, ya charamuscas aladas.

El caballo de Reinaldo, un parejero alazán braceador y pescuecero, trotaba pisando apenas la flechilla reseca que crujía; y soplaba ansioso de aire cuando sentía el fresco de alguna brisa.

El matrero tenía que apoyarse a ratos en los estribos y alzar el cuerpo para refrescarse; recibía los rayos del sol a plomo, sin poder apurar el caballo, por temor de rendirlo y aplastarlo.

Después de andar un largo trecho, con fuego de arriba y fuego de abajo, de la tierra caldeada, al llegar a un alto, Reinaldo divisó el techo de zinc de la pulpería como una lagunita azulada en aquella llanura ardiente.

Una aguada seca, cuyas orillas estaban cubiertas de cardos y totora, y tenía calcaguesales que el calor había formado del lecho removido de la cañada, se veía antes de la casa semejando un camino trillado con franjas verdes, entre los pastizales dorados.

Al cruzar los calcagüesales, el caballo de Reinaldo como si quisiera hacer más ligeras las pisadas, se balanceó para pasar, haciendo huir y refugiarse entre las pajas a los numerosos apereás que merodeaban por los terrones, y a los teruteros que gritaban picoteando en la tierra y con las alas abiertas.

Algunas golondrinas, viniendo de la pulpería, describían arabescos con su volar desmayado, alrededor del caballo, mientras abrían los picos como anhelosas de encontrar átomos de aire fresco para sus pulmones exhaustos.



Haciendo que el alazán más nervioso escarceara y se balanceara de continuo, lo acompañaron las traviesas avecillas.

Cuando estuvieron cerca de la casa volaron a posarse en los hilos de un alambrado, piando y batiendo las alas hasta quedar en equilibro.

Reinaldo dio la vuelta en torno de la casa y se acercó, al fin, a la ramada, bajo cuya sombra y atados en el palenque, había tres caballos.

El matrero dejó suelto su alazán, con las riendas sobre el recado y se acercó revoleando el rebenque a la solera, donde sentados sobre una mesa rústica se hallaban los dueños de los caballos, tres paisanos de figura vulgar. Uno en cuclillas tocaba una guitarra y cantaba, los otros escuchaban y de rato en rato empinaban los tres, sucesivamente, una limeta que reposaba al lado del cantor.

Todos saludaron a Reinaldo como conocido, y hasta el pulpero, un vasco viejo, sacó el brazo por el angosto ventanillo para dar un apretón de manos al matrero.

Aquella pulpería era de tipo común. El cuarto principal estaba a la vista, separado por una reja de hierro con ventanillo estrecho, de la solera, donde bajo un cobertizo de totora, estaban la mesa y los bancos para los marchantes.

El cuarto tenía en las paredes estantes rebosando de mercancías. En uno, ricas muestras de lomillería, caronas grabadas y pespuntadas con dibujos extraños, recados con cabezadas de plata y pretales; en otro, piezas de género multicolor, botas, sacos, bombachas, ponchos, tiradores, sombreros de todas clases; en un rincón espejitos, baratijas, papel de escribir, frascos de tinta, mates, bombillas, calderas y artículos

de ferretería, mezclándose los cepillos con los rebozos; los revólveres con los baberos para criaturas y los trompos formando un rosario de larga cuerda. Y en el suelo barricas con azúcar, tercios de yerba, cajones de almidón y fideos, sillas amontonadas y rollos de alambre.

Parecía imposible ver reunidos en tan confusa mezcla objetos tan diversos y en espacio tan reducido, donde apenas quedaba libre una parte delante de la reja, y un camino que llegaba hasta una puerta baja, abierta en los estantes, para dar paso a las habitaciones interiores.

Reinaldo pidió algo para comer; y como viera que el guitarrero había dejado de cantar lo invitó a seguir, diciéndole:

—Déle guasca no más, paisano, que todos gustamos de lo bueno.

—Es favor que me hace —respondió el guitarrero, y después de rasguear fuerte, tocó una pieza cadenciosa como habanera, cuyo compás seguían los otros paisanos moviendo las piernas que, estando sentados en el borde de la mesa, tenían colgantes.

—Cante algo, amigo —dijo Reinaldo al guitarrero, después de beber grandes tragos del vino que le habían servido en un jarro de lata.

El guitarrero cambió de tono el instrumento y sin hacerse rogar, en estilo triste y pausado, cantó aquel pasaje del *Martín Fierro* que empieza:

Sosegao vivía en mi rancho
Como el pájaro en su nido
Allí mis hijos queridos
Iban creciendo a mi lao....
Sólo queda al desgraciao
Lamentar el bien perdido.

....

Los versos del poema en que palpita como en ninguna otra poesía el alma del gaucho que ya no existe, corría al decir del autor, como agua de la vertiente, y narraba las vicisitudes, las desgracias y todas las injusticias hondamente sentidas, y relatadas por un poeta, cuya alma estaba tan templada como la de aquel gaucho que encarna su raza y resume todos sus sufrimientos y toda la poesía de sus sentimientos exaltados.

El cantor, interrumpiéndose a ratos, llegó al fin a unas estrofas cuya naturalidad de forma se hermana con la sencilla franqueza del dolor que siente el paisano, al volver a su pago, de donde lo arrancara la tiránica fuerza para el servicio militar, y no encuentra familia, ni hacienda, y de su rancho sólo queda la tapera.

Es en ese momento que exclama:

¡Por Cristo! sí, aquello era
Pa enlutar el corazón.
¡Yo juré en esa ocasión
Ser más malo que una fiera!
¡Quién no sentiría lo mesmo
Cuando ansí padece tanto!
Puedo asigurar que el llanto
Como una mujer largué.
¡Ay! mi Dios — sí, me quedé
Más triste que Jueves Santo.

El cantor imprimió a estos versos entonación tan conmovedora, que se vio ¡cosa rara en aquellos oyentes rudos y curtidos por las emociones! rodarles algunos lagrimones por la cara.

Hasta Reinaldo salió del cobertizo mezquinando la suya a las miradas de los otros para no mostrar su debilidad en las lágrimas, que quizá eran las primeras que vertían sus ojos, acostumbrados a mirar horrores y peligros sin empañarse...

Iba haciéndose tarde, y por el lado del Este asomaban como con timidez nubarrones cenicientos.

Cuando Reinaldo recorrió el campo con sus ojos avergonzados del enternecimiento que habían denunciado, lo sacudió una sensación de sorpresa y rabia, y corrió hacia la ramada como un rayo...

La policía lo había espiado y le había cortado la retirada, rodeando la pulpería. El matrero, montó de un salto su alazán; se sacó el poncho que terció sobre el recado y probó si salían con facilidad los dos facones que tenía bajo los cojinillos.

Entonces, abarcando con rápida ojeada todo el campo, enderezó resueltamente su caballo al lado del monte... En la aguada seca, y en el sitio por donde había cruzado Reinaldo horas antes, se veía un grupo de tres hombres. El matrero se acercó despacio, pero resueltamente a ellos. Eran el comisario y dos soldados, lo grueso de la partida.

Cuando estuvo a unos cien pasos de los que lo esperaban, Reinaldo dejó caer las riendas sobre el pescuezo del caballo, y empuñó dos pistolas que llevaba en la cintura. Fue rapidísimo el movimiento; y lo completó acostándose sobre el alazán y gritándole para hacerlo correr.

El caballo emprendió la carrera, pero en el mismo instante uno de los soldados que estaban con el comisario, hizo fuego y la bala de su carabina fue a desarmar una de las manos del matrero, partiéndole la muñeca.

Y, entonces, los tres se lanzaron a la desesperada detrás del alazán sin que los detuviera los dos disparos que hizo Reinaldo con la pistola que le quedaba.

El comisario venía a apareársele levantado el sable. El matrero sacó de debajo de los cojinillos uno

de los facones y sin dejar de hostigar al caballo, hizo frente.

Dos tiros sonaron casi a un tiempo, y el alazán sacudiendo la cabeza torció el rumbo y siguió con más ligereza que antes, derecho a un alambrado, que arrancaba de la casa y se perdía en el monte.

Reinaldo con el facón pegó al parejero en la cabeza para enderezarlo al monte, pero la bala que había partido el freno de la boca del alazán lo había insubordinado de tal manera que aumentó la rapidez de su marcha, sin cambiar de dirección, más aturdido por los golpes, y desangrándose por una herida del pescuezo.

El matrero se vio perdido; pero su decisión de pelear hasta morir fue también rápida.

Le separaban pocas varas del alambrado; y el alazán corría con la misma ligereza. Entonces él, dejando los estribos, se tiró al suelo de un salto y cayó tambaleándose, mientras el caballo chocaba contra los alambres y se desplomaba aturdido.

Un tiro vino a herir en el pecho a Reinaldo, y al mismo tiempo el comisario llegaba con el sable en alto. El facón del matrero se opuso al golpe y lo paró y paró los que siguieron; pero llegaron en seguida los soldados y fueron tres sables los que se opusieron al facón.

Venció el número a la destreza; una herida, y otra, y otra, recibió el matrero. Al fin, un golpe le quitó con el brazo el arma que lo defendía; y entonces, ya de espaldas, dobló la cabeza sobre el pecho y cayó haciendo vibrar todos los hilos...

Su cabeza fue a pegar en la del alazán que yacía desangrándose por la boca y narices, y quedó con la cara horriblemente contraída y el cuerpo flojo, expi-

rando en un ronquido que se confundió con el estertor y la tos del caballo moribundo.

Al rato, las golondrinas vinieron a posarse piando, en los alambres, asombradas de aquel espectáculo, y sin atreverse a acompañar a los chimangos que picoteaban en la sangre del caballo, despenado por los milicos.

Las nubes habían cubierto casi toda la bóveda celeste, oscurecido la llanura y ocultado al sol que se ponía. Retumbó un trueno, y gruesas gotas de lluvia cayeron, tibias y pesadas como lágrimas, sobre el rostro contraído del matrero y mojaron al hermoso alazán, mientras huían los chimangos horribles para un pedregal y las golondrinas dejaban que la lluvia las empapara volando y revolando en giros caprichosos, hasta ir a refugiarse bajo la ramada de la pulpería que entonces cubría a ocho caballos.

Cuando dos días después, algunos vecinos fueron a recoger el cuerpo del matrero para enterrarlo, ya los cuervos y las águilas, implacables como los hombres, se habían adelantado a la tierra en la destrucción de los despojos.

UN BAUTIZO EN EL CAMPO

La notícia de la llegada al pago, del cura que venía del pueblo a bautizar los nacidos en el año, puso en revolución casi todas las estancias, porque son compañeras del bautismo las fiestas con baile, en las cuales suelen tener comienzo los idilios que, con el tiempo, dan fruto para festejos semejantes.

En la estancia de Santa Rosa había este año un nuevo habitante, hijo de Emilia, la muchacha más garrida del pago, casada en el año anterior con Goyo, el mozo heredero único de aquella cuantiosa hacienda que tiene el nombre de La Virgen Americana.

El cura paraba en la pulpería y allí había que llevar los chicos a purificarlos con el bautismo.

Con este motivo se organizó un numeroso cortejo para acompañar a los padres del catecúmeno y a los padrinos, que eran sus abuelos paternos.

Formaron en la comitiva, varios mozos, parientes y peones, y tres muchachas, dos comprometidas y en vísperas de casarse, y la otra en el surgir de la crisálida, asomada en la pubertad con el desarrollo precoz, común en las mujeres de campaña.

Era una morocha de cara agraciada, con ojos habladores y boca como la fruta del burucuyá partida por los picaflores, prometiendo en los labios rojos, miel más dulce que la del butyá.

Salió la comitiva de la estancia, abriendo la marcha dos muchachos, jinetes en petizos tuzados a la pueblera, y un perro de color manchado que iba como

explorador. Seguían los padres y padrinos, todos a caballo llevando la abuela al niño. Y detrás las muchachas con sus respectivos compañeros.

El que había tocado a la morochita Luisa, era un primo suyo, muchachote cuya edad lindaba en los tres lustros; pero hombreado ya y con señales de la adolescencia en el bigote, que pasaba de bozo.

Desde luego, todos los de la comitiva dieron en bromear con esta pareja, y casi no los ocupó otro asunto en el trayecto de las dos leguas que mediaban entre la estancia y la pulpería.

Alguno había puesto juntos a los muchachos con intención, y desde que estuvieron en camino, alusiones insistentes hacían ruborizarse a Luisa y fastidiaban a Regino, el mocito, que no se atrevía a mirar a su compañera, no siendo a hurtadillas y con disimulo.

La morochita, que al principio hacía gestos de aparente disgusto que despertaban en su boca el pucherito de la infancia, se fue acostumbrando a las chuscadas, y cuando llegaron al término del viaje, sus ojos se habían encontrado más de una vez con los del mozo y ambos los habían cerrado como sorprendidos de verse mutuamente descubiertos en observarse.

En la pulpería del coronilla, a la hora de la mañana en que llegó la comitiva, había pocos huéspedes todavía, contándose como tales un matrimonio brasileño bastante maduro, que con una chorrera de chiquilines había venido en un carretón, y tres mujeres italianas, de las cuales una traía a bautizar dos niños mellizos.

El pulpero dedicó sus atenciones con preferencia a los de la estancia de Santa Rosa, que contaba entre sus mejores marchantes; y las mujeres tuvieron habitación con chismes de tocador para componerse las

ropas y figuras, que algo habían sufrido en el viaje.

No es extraño que mostraran ese escrúpulo de parecer bien, porque los días de bautismo llegan muchas vecinas y mozada de los alrededores, por curiosear las unas y por ver si se les invita para los festejos los otros. Y bien sabido está, que las mujeres si no tienen que componerse para pescar novio, lo hacen por no dar motivo de crítica a las otras, por cierto prurito de despertar envidia, y también por no mostrarse descuidadas y parecer mal ante los mozos que pueden haberlas cortejado en otro tiempo.

Entre arreglos y conversaciones se pasó más de dos horas, hasta que llegó la del bautismo.

Entonces acudieron todos a la sala. En ella se había improvisado un altarcito y una pila que valía excepcionalmente, pues era un trozo de granito veteado, cóncavo por obra de la naturaleza, en forma de batea, y el cual, desde que lo encontraron unos vecinos en el cauce de una aguada seca, había sido destinado para las aguas lustrales, y lo guardaba cuidadosamente el pulpero.

En esta pila rústica cayeron las aguas que limpiaron del pecado original al hijo de Goyo y Emilia.

Mientras se celebraba la ceremonia, todos los huéspedes, agrupados, acompañaban a los padrinos en el rezo de las oraciones, con inflexión extraña de voz, que resonaba como el murmullo de los pájaros entre los hojosos sauces de las lagunas.

El anciano sacerdote, de aspecto bonachón, sencillo y campechano, terminó su cometido dando al recién bautizado un pellizco en la carnosa mejilla.

Después, todos los que presenciaban la ceremonia se acercaron a besar al pequeñuelo y a felicitar a los padres y padrinos por la hermosura y robustez del

vástago, destinado a recoger la herencia de prestigio de los acreditados estancieros de Santa Rosa.

Los dos muchachos, Luisa y Regino, habían seguido todo con curiosidad, y al mirar el regocijo de los padres en el niño, parecía que envidiaban aquella situación y sentían despertárseles un sentimiento nuevo en los pechos juveniles.

Regino intentó decir algo a Luisa, pero al mirarla y encontrar las chispeantes miradas de la morocha se turbó, y como el chicuelo descubierto en una picardía, cerró los ojos y bajó la cabeza ruborizándose.

El sol empezaba a calentar los campos en esos momentos y hasta en la sombra de la casa se sentía el calor.

Eran las diez de la mañana y la comitiva de la estancia de Santa Rosa, resolvió ponerse en marcha en seguida para estar de regreso antes del mediodía.

Se dispuso el cortejo en el mismo orden que a la venida. Ahora apuraban más a los caballos; pero no decaía la animación.

El incidente más baladí era motivo para risas y chacotas. Ya era el tropezón del caballo de una muchacha que la hacía gritar y agarrarse con las dos manos en la montura; ya una pareja que se quedaba rezagada y al querer alcanzar a los compañeros, la muchacha sacudida por el galope del caballo, daba motivo a críticas graciosas. Una vuelta del camino, el paso de una cañada, un lagarto que huyera levantando la cola perseguido por el perro que iba delante ladrando; las cachirlas que saltaban por las sendas trilladas; y los chingolos con sus saltitos de engrillado, pasando de un árbol a otro; todo, en fin, daba lugar a comentarios alegres y divertía a las muchachas.

Así llegaron sin sentirlo a la estancia. Se reían aún de la disparada del rodeo al acercarse la comitiva, cuando detrás de un montecillo de árboles frutales, vieron asomar los rojizos techos de teja de la casa.

Las sirvientas tenían preparada la comida, variada y abundante, como es en los banquetes de nuestros paisanos.

Poco después de la llegada estuvieron todos sentados alrededor de la mesa, en el patio, debajo de una ramada de mataojo, tan tupida que no dejaba pasar ni un rayo de sol.

Siguió la alegría. Hasta los viejos se pusieron habladores por efecto de las libaciones repetidas, y se mostraban empeñados en embriagar a los muchachos obligándoles a beber, cada vez que se les servía, y dirigiéndoles pullas que solían ser de tono subido.

Al levantarse de la mesa, después de los brindis de ocasión, desconcertados e inoportunos, se sentían todos invitados a dormir la siesta, por el sueño que con pesadez se derramaba por el cuerpo, auxiliado por el vino y el calor.

Y como pensaban pasarse la noche bailando, no tardaron en rumbear, uno después de otro para sus habitaciones, y no todos con paso seguro.

La morocha Luisa había estado en la mesa junto a Regino, y él, aunque sintiera deseos vehementes de hablarle y se esforzara, parecía que las aceitunas de las empanadas se le hubieran atravesado en la garganta para impedírselo.

La miraba de reojo, y cada vez la encontraba más bonita y más mujer, con los colores que el vino le había sacado a las mejillas, y el brillo de los ojos más juguetones que lo eran de suyo.

En un momento, cuando casi todos los de la fiesta

se habían ido a dormir, los dos muchachos se encontraron solos en un corredor que separaba la sala de las otras habitaciones de la casa principal.

Regino, nervioso, tembloroso de cuerpo y en el habla, quiso aparentar que aquel encuentro era casual, agachándose a revolver unas pilchas de un apero que estaban en el suelo.

La morochita que venía con algunos pañales en la mano, al ver a Regino hizo un ligero gesto de sorpresa y se detuvo.

El, entonces, tartamudeando, le dijo:

—Luisa... quería... hablarte...

Ella no contestó. Se le puso más vivo el color de las mejillas y los ojos no dejaron de mirar las botitas y el suelo.

Regino se sintió con más fuerzas, y recordando el diminutivo cariñoso con que llamaban a la morocha, cuando pequeñuela, se acercó más a ella y con voz acariciadora le habló así:

—Mira, Luchita... ya ves que soy un mozo... y yo quisiera como Goyo encontrar una —aquí se le apagó la voz— que me quisiera...

Luisa no habló. Se conoció que deseaba mirar al muchacho; pero no se animaba.

El continuó:

—¿Te acordás Luchita que me prometiste... una vez... que cuando yo fuera mozo como Goyo... me ibas a querer mucho...?

La morocha, temblorosa como Regino, se sonrió levemente y dejó caer uno de los pañales que tenía en las manos.

El muchacho lo recogió rápido y se lo alcanzó. Quedó más cerca que antes y le susurró casi en el oído, recordando la escena del bautizo.

—¿Vos no quisieras Luchita... que pidiéramos ir nosotros, como Emilia y Goyo a llevar un —se apagó como antes la voz— a que el cura le echase el agua?...

—¡Regino! —exclamó Luisa mirando entre seria y risueña al muchacho; y haciendo un ademán de amenaza...

Pero él estaba tan cerca, que le pasó un brazo por la espalda, y con sus labios, febriles, buscó hasta encontrarlos, los labios de la boquita que Luisa quería esconder en el seno, cerrando los ojos.

Sacudidos por aquella sensación, quedaron después separados sin mirarse, un breve instante.

Regino cogiendo una mano de Luisa, le volvió a preguntar con acento apasionado:

—¿Me quieres de veras, Luchita?

Y ella queriendo libertar la mano que el muchacho oprímía entre las suyas, contestó

—Sí, mucho, muchito, mi...

Se oyeron unos pasos de chancleta y una tos, que bien indicaba ser de persona prudente y veterana.

Y al ir los muchachos a estrecharse en otro abrazo, tuvieron que separarse, asustados, haciendo esfuerzos por disimular su situación: Luisa recogiendo los pañales que se le habían caído; y Regino revolviendo como antes el apero.

Entró una negra vieja, con una pila de platos y miró deslavada a los muchachos, que no atinaban a serenarse:

—Uy, Patloncitos —dijo la vieja riendo,— ¿vamos a tenel otlo casolio plontito?

MONTE CERRADO

I

Altas sierras rodeaban el valle como ciclópeas murallas, y defendían de la persecución implacable del sol a las sombras que cubren los bajos y asperezas.

De las vertientes bajaban numerosos arroyuelos entreteniéndose a juguetear en los huecos y en las quebradas, formando ollas y pequeñas cascadas, para reunirse en el fondo del valle en un cauce donde la vegetación arraigaba tan fuerte y salvaje como en la sierra.

Este arroyo corría perezoso, esparciéndose a trechos en lagunas hondas, de aguas serenas y limpias, donde los sauces se miraban inclinados, como ninfas mitológicas, sueltas las cabelleras de sus blandas ramas, y los robustos ceibos, sentados en las barrancas, lavaban sus raíces torcidas y peludas como piernas de sátiro.

En los campos de tupido pastizal, entre las sierras y el arroyo, los rodeos vagaban en pausado movimiento; los rebaños como marejada blanquecina, se desparramaban en las laderas pedregosas, y las tropillas locas llevaban el desorden y el espanto a todo el campo huyendo de las nubes que corrían por la tierra como manchas, empujadas por la brisa.

En un cerro chato, avanzada de la sierra, una casa de azotea con alto mirador, se levantaba dentro de espesa arboleda, que apenas dejaba traslucir las paredes por entre el follaje.

Esta arboleda recia y enmarañada como la de las islas vírgenes de la serranía, era el *Monte Cerrado,* que daba nombre a la estancia y a todo el valle.

Vivía en la casa una antigua familia, cuyos antepasados habían poblado aquel pintoresco valle en los tiempos del virreinato.

Su apellido tenía aún reminiscencias de nobleza, era Guevara, como el de los antiguos señores originarios de Bretaña que osaban comparar su linaje con el de los reyes españoles.

Don Casimiro Guevara, el jefe de la familia, había servido en la guerra grande [1]: tenía cicatrices gloriosas y despachos de comandante, firmados por Rivera. Su esposa, Ascensión Cruces, descendía de asturianos pobladores de Minas, y era una criolla con todas las excelencias y virtudes deseables.

Unicos frutos del matrimonio habían sido dos hijas: Panchita, morocha de ojos negros, melancólicos en la mirada, y Rosaura, de cara masculina, vivaz en la expresión, y por rareza, con ojos de color celeste claro.

Físicamente las dos hermanas no lo parecían; pero en el alma, en los sentimientos, eran gemelas, iguales, con una tendencia dominante a la sensibilidad y a la ternura.

Apenas dos años separaban sus edades y al llegar a los quince Panchita, Rosaura, que había cumplido trece, tan desarrollada como su hermana, la igualaba ya en corpulencia.

Por este tiempo, Panchita empezaba a sentir en su ser un refuerzo de vida, mezcla de deseos y desalientos, de alegrías y de tristezas, que ella no se explicaba y que la llenaba de cavilaciones y curiosidad.

---

1 La guerra contra el tirano Rosas, desde 1839 a 1851.

Algunos días ni las caricias de su hermana, ni la afectuosa solicitud de la madre, lograban distraer a Panchita del pertinaz ensimismamiento; en otros, traviesa y suelta como los gatitos, ponía en revolución la casa, trastornando todo con animación extraordinaria.

II

Un día en el cual bullía la sangre por el calor, y la naturaleza toda parecía en la hora de la siesta entregada a su fecundación constante, Panchita andaba en la quinta aprovechando el sueño de los padres para saborear la fruta pintona.

Con su travesura de chicuela había trepado a una higuera y llenado su falda de higos. Bajaba muy contenta, prometiéndose sorprender a Rosaura con aquella cosecha clandestina, cuando se le presentó con la cara seria Alberto, un botija de tantos años como Panchita, pero mostrándose más precoz.

Era extraña su fisonomía, a menudo contraída expresando cavilación; las cejas muy espesas, unidas; los ojos pequeños, hundidos; los pómulos prominentes; y el color trigueño, tostado más por el aire libre del campo.

Tenía posturas de hombre y hablaba pausadamente, mordiendo algunas letras, lo que daba pintoresco color a su acento.

Al acercarse a Panchita, que lo esperaba sonriendo, dijo:

—¡Muy lindo! Una señodita tepando a los ádboles...

—¡Cállate lengüeta! —le contestó la aludida.— Verás si te convido ahora con higos... Y mira: son los primeritos...

—No te da vergüenza que te vean con la pollera así — observó Alberto sin cambiar de tono.

—¡Jesús el tío viejo, que me ha salido rezongón!

—¿Muchacha, no ves que sos una moza ya y que debes usad vestido ladgo?...

La mano de Panchita que sostenía la pollera se abrió y los higos rodaron a ocultarse en el pasto. Las mejillas de la muchacha se colorearon y ella suspiró mientras su corazón palpitaba agitado... Fueron una revelación aquellas palabras: Una moza ¡sí! ¿y el vestido? Miró. Corto le quedaba, pues no cubría el traicionero nacimiento de la pierna. En aquel instante Panchita sintió en el corazón nueva fuerza de la sangre y en todo su ser aquel vigor extraño de la vida nueva: ¡ya era una moza!

El pudor se despertó sacudiendo a la ingenuidad de la infancia.

—¿Me viste bajar del árbol? —preguntó al muchacho sin levantar la vista.

—¡Ya lo creo! —contestó él.— Por eso te decía...

—Pero no se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—¡Qué espedanza!

—¿Me lo prometes?

—Zonsa: ¿crees que soy un chiquilín? Yo también sedé mozo pronto, y entonces Panchita...

—¿Entonces, qué?

—Idé a ved a padino Casimiro y le didé: "Padino, yo soy un mozo ya, y necesito, como usted comprende, formad familia. ¿Te acoddas lo que dijo Nicanor cuando vino a hablar para casadse con Nicolasa, y nosotros lo vichamos?

—Sí —contestó ansiosa la muchacha, que había

seguido seria y atenta la aparatosa relación de Alberto —, y después ¿qué dirás?

—¡Ah! yo necesito formad familia, y como yo y...

Cortó la frase, miró picarescamente a Panchita, que estaba por dar un grito, y se quedó suspenso un instante.

—¿Y quién? —preguntó ella ansiosa.

—¿A que no adivinás?

—¿Es de veras, Alberto? —dijo la muchacha interpretando la mirada.

—¡Cómo no! ¿Vos no me quedés?

La contestación fue un abrazo, y antes que Alberto se diera cuenta de aquel arranque, Panchita corría en dirección a las casas, hasta desaparecer, dejando perplejo al joven enamorado.

III

Alberto, ahijado de don Casimiro, se había criado más en el Monte Cerrado que en la estancia de sus padres, que estaba en el otro lado de la sierra, cerca del Océano.

Mimado por su padrino y por las muchachas, había crecido con engreimiento, voluntarioso, y en este tiempo parecía un hombre hecho por el desarrollo precoz de su inteligencia.

En las veladas de invierno, o en cualquiera ocasión que se reunieran las personas de la familia, y cuando llegaban forasteros, era broma obligada la de saludar como novios a Panchita y Alberto. El se reía y hacía guiñadas, según había aprendido de los peones; pero la muchacha, con gesto despreciativo, rechazaba el noviazgo, fingiendo indignación.

Sin embargo, cuando ambos fueron acercándose a la edad en que se puede querer de veras, Panchita se sentía halagada por el pronóstico de ser esposa de Alberto, y él ya estaba resuelto a decírselo cuando fue a la quinta aquella siesta.

La morocha no se mostró a Alberto ese día, y al siguiente se presentó muy oronda, de vestido largo, entusiasmada con la novedad hasta andar a cada rato dando revoloteos para sentir el golpe del vestido en las piernas.

También desde aquel día no volvió sola a la quinta a coger fruta pintona, ni permitió a Alberto que se mezclara en sus juegos y conversaciones con la confianza y libertad de otro tiempo.

Estaba resuelto que al fin de este verano, Alberto volvería a la estancia de sus padres, que lo reclamaban con insistencia.

Panchita veía con tristeza acercarse el día de la partida de su novio y al mismo tiempo lo deseaba con ansias, porque en esa ocasión Alberto debía comunicar a don Casimiro su proyecto de casamiento.

Entre tanto el muchacho parecía cambiar de carácter: si antes era egoísta con las dos hermanas, ahora se desvivía por complacerlas, y cada vez que salía al campo volvía con miel de lechiguana, con huevos de torcaza o de avestruz, claveles del aire, madreselvas del monte, pichones de calandria, apereás y mil regalos de estas especies, que llenaban de alegría a Panchita y Rosaura y valían a Alberto la admisión en los juegos. Eran los preferidos con pequeños apereás, para los cuales construían cercos y chozas de barro y piedras; vestían a los animales con trajes de muñecas, y cuando alguno moría lo enterraban en la quinta con

gran aparato, poniendo sobre la tumba una pila de piedras.

El mes de marzo estaba por terminar cuando Alberto hizo sus preparativos y se dispuso a partir. Tres días aplazó su despedida, y al fin se resolvió. Las muchachas lloraban sin consuelo, y todos en la casa se mostraban tristes.

Alberto después de ensillar su caballo y el de su padrino, que lo acompañaría, se encerró con éste y con doña Ascensión en la sala, para comunicarles su proyecto.

Cuando salió mostraban los tres la satisfacción que les causaba el proyecto, que venía a templar el dolor de la ausencia.

Don Casimiro llamó a Panchita, y fingiendo enojo le dijo:

—¿Conque usted se había comprometido con este mequetrefe sin que yo supiera nada?... ¡Hum!...

Ella soltó el llanto y, asustada, corrió a refugiarse junto a la madre.

Don Casimiro, llorando también por la emoción, llamó a Alberto y empujándolo hacia Panchita, dijo:

—A ver, dénse un abrazo, y si Dios quiere, serán felices...

Se renovó la despedida, y ya empezaba a oscurecerse el valle, cuando partieron don Casimiro y Alberto al galope, dejando que la brisa que venía de la sierra secara las últimas lágrimas.

IV

Dos años pasaron sin que Alberto volviera al Monte Cerrado.

En la casa de sus padres llevaba una vida muy dis-

tinta de la fácil y mimada a que lo había acostumbrado el padrino. Tenía dos hermanos mayores, y desde los primeros días los acompañó en los trabajos, recorriendo los rodeos, durmiendo muchas noches en los puestos, sin más cama que el recado. Hallaba sorpresas, goces desconocidos, en esta vida dura, y pronto la encontró preferible a la anterior regalona y descansada.

Criado lejos de la familia, no sentía su ausencia, y se consideraba más extraño aún que en el Monte Cerrado, en la casa paterna.

Muchas noches, acostado junto a sus hermanos, en algún rancho de la sierra, pensaba con una persistencia desvelante en su situación respecto de sus padres y de sus hermanos, afligiéndose al advertir que no los quería más que a las otras personas con quienes vivía en relación. Y cuanto más ahondaba y cavilaba con aquella precocidad intelectual que lo había hecho hombre muy temprano, más frío encontraba su corazón. Se esforzaba, cuando estaba al lado de su madre, en mostrarse amoroso, excitándose voluntariamente, pero nada conseguía.

Después que se habituó en su nueva existencia, recordó frecuentemente al Monte Cerrado y a Panchita. Sintiéndose decepcionado y triste, evocaba el recuerdo de su novia, y casi siempre lograba disipar las sombras.

De tiempo en tiempo llegaba de pasada a la estancia algún vecino o tropero y traía noticias del Monte Cerrado, y para Alberto muy particulares de la moza. Era casi siempre el mismo mensaje: "Que lo extrañan mucho; que vea si hace pronto una escapada hasta allí; que lo esperan para la yerra".

Y, al acercarse el invierno, cuando por segunda vez había recibido esa invitación para la yerra, Alberto se resolvió a ir al Monte Cerrado.

Solo, porque ya lo consideraban sus padres bastante mozo para dejarlo sin compañía, volvió por el camino, a través de la sierra, que dos años antes, abrumado con una pesadumbre inexplicable, había recorrido con su padrino.

Ahora, a medida que se alejaba de la casa de sus padres y se acercaba al Monte Cerrado, sentía una alegría nueva. Apuraba constantemente su caballo, y las diez leguas de camino difícil las hizo en pocas horas.

¡Cómo palpitó su corazón al divisar el mirador! Entonces comprendió que si había algún atractivo poderoso en el Monte Cerrado, en cambio nada dejaba atrás, en la casa paterna, donde era un verdadero huésped.

Y él, que no había recordado a Panchita más que en sus ratos de desaliento y tristeza, ahora deseaba con ansia mirar sus ojos negros y volver a hacer casitas para los apereás, con la morocha que en aquellos juegos se olvidaba de reparos melindrosos para travesear como los chivitos que saltan entre las piedras de la serranía.

Cuando Alberto se apeó junto a la ramada, al mediar el día, las gentes de la casa se habían reunido para recibirlo, rebosando alegría en todos los semblantes.

—Está hecho un mozo — decían.

—¡Y el bigote!... ¡Mirá que bigote! — decía Rosaura a su hermana, atisbando desde la ventana de su cuarto, donde se emperifollaban con la mayor prisa.

Todo era asombro y sorpresas para doña Ascensión y don Casimiro.

—¡Por Dios! —decía la buena criolla casi llorando— ¡parece que se fue ayer, y ya vuelve un hombre!

Las miradas de Alberto, mientras era objeto de tantos comentarios y observaciones, buscaban algo.

—No te apures —le dijo su padrino adivinándole— están emperejilándose. Ahora no más, vienen.

Apareció la primera, Rosaura, ya con vestido largo y muy rozagante, y como si se hubiesen visto el día anterior, se acercó a Alberto y le dijo al darle la mano, muy suelta:

—¡Adiós, buena pieza!

Panchita tardó algo todavía, entró en la sala encendido el rostro y palpitándole con fuerza el corazón. Se estrecharon las manos con Alberto, saludándose en voz baja, sin entenderse las palabras que pronunciaron.

Ella se sentó junto a doña Ascensión, y permaneció con los ojos entornados, mirando el suelo. Alberto siguió hablando con don Casimiro, y dirigiendo con disimulo sus miradas a Panchita.

De aquella situación embarazosa los sacó el anuncio de una sirvienta para ir a la mesa.

Y más tarde pudieron contarse los sucesos ocurridos en el intermedio y renovar sus promesas.

V

Alberto ya era un hombre.

¿Por qué habían de esperar más? Don Casimiro arreglaría todo, y el mozo sólo tendría que preocuparse en trabajar al lado de su padrino cuando fuera esposo de Panchita.

La despedida en esta ocasión, después de tres días alegres, en los cuales se renovó en el Monte Cerrado la bulliciosa existencia de otro tiempo, fue menos dolorosa y triste: la endulzaba la esperanza de una felicidad, que todo hacía creer asegurada.

Entonces empezaron los preparativos para la boda. Se había decidido celebrarla en el verano.

Doña Ascensión y las muchachas fueron al pueblo a hacer compras y regresaron cargadas de vestidos y telas.

Con ellas vinieron algunas parientas que vivían en el pueblo y que se habían ofrecido a hacer la ropa de la novia.

La sala fue convertida en costurero en aquellos días. Por encima de los muebles desordenados y en el suelo se veían moldes, piezas de géneros, retazos, carreteles de hilo que los gatos hacían rodar por debajo de las sillas, asustando a las muchachas.

Siendo jóvenes las costureras, es de figurarse que no faltaban charlas y alegrías en aquel sitio.

Llegaron a escarmentar a Panchita con las bromas y a hacerla huir de allí, porque apenas se presentaba, le decía alguna: "Panchita, ¿te parece que guardemos estos retazos para pañales?", o "¡mira que bueno este bombasí para mantillas!" y así, en ese tono o más subido, otras alusiones al matrimonio, que si ruborizaban a la morocha, le proporcionaban también satisfacción y goces apetecibles.

VI

Mientras en el Monte Cerrado se esperaba la fecha del matrimonio como una dicha muy ansiada, Alberto andaba por otros caminos.

Al volver a su casa en esta ocasión, sintió renovado en su alma el dolor de la ausencia, y al mismo tiempo un convencimiento doloroso y mortificante. El acababa de comprometerse con sus padrinos a casarse con Panchita, y entonces era menor su afección. Aquel convencimiento de frialdad y de falta de amor que había sentido respecto de sus padres, ahora lo sentía también con su novia.

Los días que pasó en el Monte Cerrado fueron un sufrimiento continuo que él se esforzó en ocultar y vencer. Toda la ternura y el amor de Panchita, en quien el afecto era mayor cada vez, no podría retribuirlo sino fingiendo y tratando de engañarse a sí mismo.

El esperaba en el tiempo; pero en el camino, al cruzar la sierra, y perdido de vista el mirador desde donde Panchita lo había seguido con el catalejo, se avergonzó de su debilidad y llegó a su casa desesperado y más triste y desalentado que antes de volver al Monte Cerrado.

Sus hermanos estaban por salir con una tropa para Montevideo. Se ofreció a acompañarlos con la esperanza de distraerse y hallar sosiego para su espíritu.

VII

La fecha de la boda se acercaba, y Alberto no aparecía en el Monte Cerrado.

Pasaban los días lentamente, como dejando a disgusto la gentil y graciosa primavera para entrar en el adusto verano, que prometía insolaciones, fatigas y secas.

Panchita empezó a extrañar la conducta de Alberto, que ni siquiera mandaba noticias de su vuelta del viaje a Montevideo, que ella conocía por un vecino.

Un día, al entrar a la cocina, oyó a las sirvientas mezclar el nombre de Alberto con uno de mujer: "María la Vasquita". La sorpresa con que suspendieron la conversación acabó de recalcar una dolorosa sospecha.

Desde aquel día, Panchita, bajando del mirador, de donde espiaba con el catalejo el camino de la sierra, se sentía con una tristeza invencible y creciente.

VIII

Al fin, una tarde llegó a la estancia el padre de Alberto con uno de los hermanos Un presentimiento doloroso hizo ocultarse a Panchita en la habitación contigua a la sala, donde don Casimiro y su esposa entraron con el recién llegado.

Después de muchos rodeos él llegó a decir:

—Compadre, vengo a su casa triste y avergonzado. Usted sabe que yo compartía su alegría por el casamiento de Panchita con Alberto... pero estamos engañados.

—¿Qué quiere decir, compadre?

—Yo no sé lo que pasa por ese muchacho: a nosotros nos mira como a extraños, no quiere vivir en las casas, anda como matrero prefiriendo la sierra y los montes... Después de ir a Montevideo con una tropa, volvió algo cambiado, más cariñoso, más alegre que antes, y no comprendíamos la causa más que por algunas indirectas de los peones, que habían ido con él a la ciudad. Hace cuatro días se despidió de

nosotros diciendo que venía aquí a ultimar con ustedes los preparativos del casamiento...

—¿Que venía aquí? —preguntó sorprendido don Casimiro interrumpiendo.

—Sí —respondió con tono más triste su compadre—. Era una mentira, ¡ayer supimos la verdad: se ha ido con María, la hija del vasco Etchebarne...!

Un grito que salió de la habitación donde estaba Panchita escuchando, hizo ponerse en pie sorprendidas a las tres personas, que no podían contener los sollozos.

Corrieron hacia la habitación contigua y encontraron a Panchita en el suelo, desmayada.

Costó mucho sacarla de aquel estado: cuando abrió los ojos los clavó obstinadamente en el techo y empezó a delirar, presa de una fiebre intensísima.

Después de esta crisis, en la cual permaneció extenuada, balbuciendo palabras incomprensibles, cayó en un estado de sobreexcitación terrible, gritaba palabras que nunca habían pronunciado sus labios puros, y fue necesario mantener perenne vigilancia junto al lecho para evitar que saliera de él como lo intentaba, o que se desgarrara el rostro, en los accesos de furor.

Pasó tres días así, y al cabo de ellos sus padres decidieron llevarla al pueblo, vista la ineficacia de los remedios de los curanderos del pago, que habían acudido en el primer momento.

La víspera del día señalado para la partida, se notó alguna mejoría en Panchita; durmió sosegada algunas horas, y sus padres se acostaron esa noche, tranquilizados por un refuerzo de fe.

IX

Al amanecer, la brisa pasó por entre los árboles del Monte Cerrado, anunciando al soberano sol, y las avecillas que dormían en las ramas, despertaron para saludarle, como cumplidores cortesanos.

Los primeros cantos de los pájaros llegaron hasta la habitación de Panchita. Ella despertó sorprendida; escuchó, como si se sintiera llamada de lejos. Saltó con un estremecimiento de frío fuera del lecho, se envolvió en una sábana; despacio se acercó a la puerta que estaba entornada solamente, y salió al patio.

La luna, que en esta madrugada quería saludar al sol, coqueta, con su cortejo de estrellas que se eclipsaban para que más luciera la reina, derramaba su luz sobre la cima de los cerros.

El valle recorrido por la brisa fresca que despertaba a todos los seres, aparecía alumbrado por aquel suave resplandor.

Panchita sonreía, miraba el suelo, y escuchaba, deteniéndose algunos momentos; salió del patio y del recinto del Monte Cerrado; los pájaros volaban asustados de aquel fantasma blanco, los teruteros se alzaban de los nidos gritando, y hasta un rodeo huyó despavorido.

—Voy, voy mi queridito, espérame —decía la morocha dirigiéndose a un ser invisible, y seguía caminando hacia el fondo del valle, sin sentir las punzadas de la roseta, ni de los yuyos bravos en los pies delcalzos.

—No te apures, queridito, que me canso, espérame.

Y seguía, acariciado su rostro por el vientecillo, cada vez con más prisa, acercándose al monte, donde la luna quebraba su luz escudriñando el follaje.

—Sí, mi hijito, ya voy; pero ¿por qué no me esperas?

Diciendo estas palabras, la boca de Panchita se desplegaba en graciosa mueca, como en los días felices, cuando corriendo con Alberto, en busca de nidos o de frutas, él se adelantaba, y ella quería detenerlo con fingido llanto de nena.

Ya pisaba la arena de las márgenes de la laguna, y como si tuviera muy cerca a su queridito, le dijo quedo:

—No, no te bañes delante de mí, no seas así Alberto... Bueno, yo también me lavaré la cara, porque tengo calor.

Se acercó hasta el borde de las aguas tranquilas, de las que hacía bruñido espejo, con su luz, la pálida luna.

Siempre sonriendo, se paró sobre el tronco de un coronilla cortado, y se inclinó sobre las aguas.

Entonces, al ver reflejada su cara desfigurada por la enfermedad, no se reconoció, dio un grito tremendo, y rabiosa, como en un acceso de furor, dijo:

—¡Ah, no es él, no es mi queridito! Sos vos, relajada, ladrona... vos, no te me escaparás.

Y extendiendo los brazos temblorosos, con las manos crispadas para estrangular a la odiada criatura que creía ver, cayó en la laguna profunda y fue a encontrar la realidad de la muerte en el fondo de las aguas, donde duermen las piedrecillas que ruedan de las barrancas, y donde nacen los habitantes de las aguas misteriosas.

EN TIEMPO DE GUERRA

Era una viejecita simpática. Conservaba cierta belleza característica y el fuego de la juventud en los ojos. Aún no olvidaba el aliño presuntuoso del vestir, y en los días de fiesta adornaba con flores su cabeza encanecida.

Ramona se llamaba; *ña* Ramonita le decían los paisanos del pago, y cuando yo la conocí, ya no podía contar con los dedos su descendencia.

Frecuentes visitas a la estancia, hicieron que me mirase como a conocido de confianza, y que me tuteara como a sus nietos, llegando a hablarme con intimidad para contentar mi curiosidad.

Por la afición a cuentos del pasado que suele hacerme parecer impertinente en lo preguntón, llegué a hacer recordar a mi viejecita un episodio de su juventud.

Hablábamos de la guerra, y *ña* Ramona mostró en los ojos una animación interior más intensa que en ocasiones semejantes, y sin que yo tuviera que rogarla, recordó el tiempo lejano.

—¡Ay! mi hijito —dijo—, ¡si hubieras conocido a tu tierra en el año 40, sabrías lo que es la vida de campaña!

Cuando empezó la guerra grande, yo vivía con mi madre en la casa que hoy tiene Gervasio en el puesto del Valle; tata había formado su escuadroncito y con él estaba en el ejército de Rivera.

Las partidas volantes de los dos bandos recorrían toda la campaña y eran un continuo sobresalto para las familias que, al sentir un galope cerca de las casas, no sabían si serían amigos que llegaban a pedir hospedaje, o enemigos que cuando menos se contentaban con asustar a las pobres mujeres...

En casa éramos dos hermanas, yo y mi pobrecita Remigia, que tenía dos años menos; y te podrás figurar, siendo dos muchachas de dieciocho a veinte años y de lindos ojos (aquí la narradora bajó los suyos sonriendo) cómo andarían los gavilanes...

Yo tenía de novio a un pobre muchacho, Jeremías, que no volvió a su pago después de la guerra... y mi hermana andaba por enamorarse, pero saliéndose ya de la cáscara.

Un negro, viejo esclavo de la familia, era el único hombre que había en la casa.

En aquellos tristes días no podíamos salir del patio, y el moreno cariñoso nos traía para diversión pichones de cachirlas o apereás, que pagaban cara nuestra ociosidad y travesura.

De noche, apenas oscurecía, nos encerrábamos todos en la casa, atrancando las puertas y arrimando a ellas cuantos muebles había.

Nuestra madre, que pasaba meses enteros sin recibir noticias de su marido, se enflaquecía día por día y sus ojos denunciaban el llanto que quería disimular para no afligirnos.

En esas noches, después de rezar el rosario y encomendarnos a la Virgen muchas veces, pasábamos bastante tiempo despiertas, alarmadas por los ladridos de los perros, temiendo que apareciera de pronto alguna partida. Y en ocasiones, en el silencio de los campos, sentíamos tiros, carreras, gritos, que nos qui-

taban el sueño por toda la noche, dejándonos desveladas por el miedo y sobresalto.

Y gracias a que la casa estaba en lugar frecuentado por partidas de los nuestros, no teníamos que sufrir mayores sustos.

En medio de aquellas angustias y tristezas era alivio y alegría para nosotras, muchachas en quienes el dolor no señala mucho la huella, la llegada de partidas amigas a la estancia.

Cuando veíamos asomar en lo alto de la cuchilla banderolas coloradas, palpitaba libremente el corazón y olvidábamos por un rato el abandono y las penurias en que vivíamos.

¡Con cuánta alegría recibíamos a aquellos amigos que solían traernos noticias de nuestros parientes y conocidos, a la vez que de hechos de armas favorables a la causa de los buenos criollos!

La casa se animaba entonces; se carneaba bueno; los soldados obsequiosos pisaban maíz y teníamos sabroso locro; rivalizábamos todas en obsequiar a los huéspedes, y de noche no era raro que se bailara un rato, aunque no con gusto de mamá, que nos cuidaba más que a oro en polvo.

Después quedaba muy triste la estancia, cuando la partida se iba y volvían los días penosos, las noches de sobresalto y todas las angustias que eran siempre más que las alegrías.

Si divisábamos una partida de blancos [1] era opresión de corazón la que sentíamos, y el susto nos duraba mucho tiempo.

¡Cuantas veces tuvimos que pasar yo y mi hermana Remigia, escondidas en una troja, en la cocina, oyen-

1 *Blancos y Colorados*, designación de los dos grandes partidos políticos del Uruguay, por la divisa que usaban.

do a los soldados que estaban en el fogón y mirándolos por las rendijas!

Pero te aseguro, mi hijito, que en muchas ocasiones al verles las caras a los enemigos, casi nos animábamos a dejarnos ver. ¡Solían caer algunos mozos ..!

En aquella troja corríamos menos peligro que en cualquier otro lugar. Cuando eran desalmados los de la partida, no dejaban lugar en la casa sin registrar, y mamá les decía que nos tenía en el pueblo. ¿Cómo iban a sospechar que estábamos allí al lado de ellos, en la misma cocina, sintiéndolos, oyendo sus conversaciones y hasta viéndoles las caras?

El instinto amoroso de nuestra madre, acertaba a ocultarnos en aquel sitio.

Pasamos mucho tiempo así. No te diré si meses o años. Pero es lo cierto que mamá tenía ya la cabeza blanqueando, y su cara no mostraba una gota de sangre, mientras que empezaba a arrugarse como las frutas secas. Sus pasos no eran seguros, y los ojos, ya sin lágrimas, iban perdiendo este brillo que es como señal de nuestra familia.

Al fin cayó enferma, y nosotras nos desesperábamos, porque no sabíamos cómo atenderla. Mejoró, gracias a los cuidados afectuosos; pero quedó tan débil, que no podía salir de su cuarto.

Fue en el tiempo de su convalescencia cuando nos sucedió lo que quería contarte, un hecho que ha quedado tan presente en mi memoria como el día de mi casamiento.

Andábamos con Remigia en el patio, y mamá, asomada a la ventana, miraba para la cuchilla, con la esperanza de ver llegar a nuestro padre, que presentíamos no había de volver...

Un grito de ella nos sorprendió; el negro había llegado corriendo a avisarle que se acercaba una partida enemiga del lado del monte; y era la del pardo Nepomuceno, un desorejado más temido que el demonio en aquellos pagos.

Mamá volvió a gritarnos con la voz insegura por el miedo:

"—¡Muchachas, por Dios, escóndanse en la quinta, que viene Nepomuceno!

Te aseguro, mi hijito, que este nombre nos causó más miedo que el cuco cuando gateábamos.

¡Ya sabíamos nosotras qué cumplimientos hacía a las mozas el pardo! En un decir "Jesús" estuvimos en la quinta, corriendo por entre la arboleda que llegaba hasta una laguna.

Remigia trepó a un ombú, como un gato, y yo, cada vez más asustada, seguí corriendo hasta meterme en la laguna con el agua al pescuezo, entre los camalotes que me escondían.

El pardo y su gente nos habían visto, sin duda, y nos buscaban a pleito por la quinta y por cuanto recoveco había en la casa.

Por suerte, cansados de buscar y quizá porque temían la llegada de alguna partida contraria, se fueron pronto.

Cuando el negro llegó a buscarnos llamándonos con su voz aniñada que todavía recuerdo, no me animaba a contestarle: "Niña, niña Ramona", decía el negro, mirando a la copa de los árboles, y escudriñándolos con sus ojos fatigados. Y luego, sospechando que estuviera en la laguna, se llegó, y viendo mi cabeza entre los camalotes florecidos, dijo asombrado:

"—¡Niña, pol la vilgen! Salga plonto que se va a molil de flío... Ya se fuelon los indinos... Salga *no más*...

Aquella aventura me valió una fiebre que los remedios caseros y los mimos de mamá hicieron pasar pronto.

En cambio, sabes mi hijito, lo que me contó Remigia después: que había estado con ganas de dejarse descubrir, porque en la partida de Nepomuceno había un mozo que tenía los ojos como yesquero para encender corazones...

No es extraño que la descastada se casase después con un blanquillo... ¡Pobrecita mi Remigia!...

PRIMER AMOR

> **Para probar el amor**
> **Ha de haber tierra por medio,**
> **Que muchos cuando se van;**
> **"Si te he visto, no me acuerdo"**

I

Se encontraron una tarde en la bajada del arroyo, y aquel encuentro hizo nacer ese primer sentimiento que sorprende a la mente y despierta en las almas ansias incomprensibles.

Era ella una chicuela de once años; se llamaba Rosa; hija de un puestero de la estancia; criada fuerte y robusta para las faenas caseras, como los saúcos que crecen con lozanía dentro del cercado gracias a la fertilidad de la tierra. Mostraba en los ojillos negros, inquietos, la curiosidad precursora de la malicia; en la boquita mueca de nena mimada y los dientes, siempre asomados entre los labios, tenían aún el recuerdo del seno maternal. Vestía en esta ocasión una pollerita corta, que ella se esforzaba en alargar para cubrir los pies mal calzados en unos zuecos arañados por los espinillares, y un pañuelo ordinario cubríale la cabeza con imprevista elegancia.

Montada en una yegua petiza, subía del lavadero, con un montón de ropas atravesado sobre el cuello de su cabalgadura; y las manos amoratadas tenían la prueba de la guapeza con que había azotado las aguas, que ya estaban muy frías en aquellas tardes de mayo.

El Pablito, hijo de los dueños de la estancia, era

un muchacho delgado y airoso de cuerpo: apenas cumplidos los doce años; tenía ropas buenas pero maltratadas, y botines descosidos que traslucían por varios agujeros las medias.

Bajaba al paso, probándose como jinete en un medio redomón avispado, que tenía al muchacho cuidadoso y sobre sí, a cada escarceo.

Cuando vio a Rosa, ella ya se había estirado el vestido y ocultado los pies, avergonzada. Pablito la miró, y llevándose la mano al sombrero, saludó serio como un hombre, diciendo: "Muy buenas tardes". Rosa ruborizada contestó a flor de boca el saludo y tironeó las riendas a la petiza. Ella conocía al patroncito como todos los de la estancia, pero nunca le había visto de cerca.

En esto, la petiza que era lerda y tropezadora, al sentirse tironeada de la rienda, intentó trotar, pisó un agujero, y Rosa que iba descuidada por la turbación del encuentro, cayó de espaldas para el lado hondo de la bajada.

Pablo, indeciso en el primer momento, se apeó después rápidamente y corrió a levantar a Rosa, que al caer con el montón de ropa lavada, apenas había sentido el golpe.

Ya estaba en pie la chicuela cuando llegó Pablo a su lado; y ella, recogiendo las ropas, colorada hasta parecer su cara enardecida por la resolana del estío, ni aun acertó a dar las gracias al muchacho: se quedó junto a la petiza, que no había dado un paso, y sin atreverse a montar delante del patroncito, cuya cara risueña y de expresión picaresca la avergonzaba.

Al fin, habló:

—No fue nada; pero esta lerda del diablo siempre tropezando... Y aura, pa montarla...

Pablo ya había recibido de los peones bastantes lecciones de galantería, para no dudar en ofrecerse a la muchacha.

—¿Si querés que te suba? —le dijo—. ¿No pesás mucho?

Ella se puso más colorada y no respondió.

—Bueno —prosiguió Pablo— agarrá la crín —la chicuela obedeció—, y ¡upa! —Antes que Rosita lo sintiera, estaba sentada en el lomo de la petiza, y si Pablo no la sujetara por la cintura, se repite la caída, porque el muchacho había hecho un esfuerzo de hombre.

En este momento, Pablo miró cara a cara a Rosita, y los dos al mismo tiempo soltaron una carcajada. Pero, en seguida, la chicuela se recobró y con un rápido movimiento estiró la pollerita, que le había quedado muy subida, y taloneó a la yegua diciendo:

—Uy, patroncito, ya se van los jilgueros al monte, y me van a retar en casa.

El trote remolón de la petiza, aún la dejó ver a Pablo unos momentos. Antes de montar en su caballo, miró para la cuchilla por donde culebreaba la senda que seguía Rosa, y vio a la chicuela volverse, con el pañuelo caído sobre la espalda y el cabello suelto. Al muchacho le pareció que se reía...

Aquella noche, Rosita, en su cama, que sólo separaba una cortina de la de sus padres, soñó que bajaba al "paso" del arroyo, en las ancas del caballo de Pablo y sujetándose a la cintura del patroncito.

El cual, a su vez, soñó, con ambición a la que se juntaban reminiscencias de cuentos fantásticos, que subía al cielo en un carro de nubes tirado por palomas, y abrazado a Rosita, que resplandecía adornada con sedas, diamantes, perlas y toda suerte de piedras preciosas.

II

Después, los muchachos se encontraron todas las tardes, como sin quererlo, en aquel paso tan pintoresco del arroyo que a un lado tenía la linfa pura dejando ver el lecho pedregoso, y del otro enturbiada el agua por el jabón y el suero desprendido de los coladores, en la ensenadita que servía de lavadero.

Pablo llegaba en su caballo favorito, y al crujido de las arenas del paso, Rosa, que en cuclillas sobre una piedra, debajo de un viejo y abrumado sauce, y ceñida a su cuerpo la pollera, lavaba los transparentes coladores del queso, se volvía, con la cara enrojecida, con los ojitos brillantes sonriendo con gracia natural, y miraba a Pablo intensamente, sin cambiar de postura y ocultando sus pies descalzos bajo la pollera.

Se hablaban así; pocas palabras, cosas de chicuelos, en los primeros días, y luego se despendían sonriendo: ella marchándose en su petiza hacia el puesto, el muchacho galopando en dirección a las casas, antes que los jilgueros volasen para el monte, huyendo de las sombras que bajaban a los campos.

Con el transcurso de los días y de las semanas llegaron a hablar con más seriedad, como personas mayores, a preguntarse sucesos y ocurrencias de la estancia, pero ni él se apeaba del caballo, ni ella dejaba la piedra del lavadero, durante las charlas.

Un día, Pablo, rebosando alegría, llegó al paso, y en cuanto avistó a la muchacha le gritó:

—Rosa, aquí te traigo un regalo. ¿A qué no adivinás?...

En vano lo intentó ella, nombrando aves, flores y nidos, que son los obsequios de los amantes platónicos de la campaña.

Cuando se dio por vencida, Pablo sacó de entre la camisa un muñeco, un pobre Polichinela, jorobado y narigudo, que apenas conservaba un resto de su traje con cascabeles.

Rosa, con la alegría, olvidó que estaba descalza y saltó de piedra en piedra, hasta llegar al lado del caballo de Pablo. El le entregó triunfante su regalo... Lo había encontrado en el fondo de un baúl. Era uno de los juguetes que le había mandado su padrino, de la ciudad.

Rosa sacudió y estrujó con caricias al muñeco. Mas le entró en seguida una preocupación: ¿cómo iba a llevar a su casa el regalo, cuando ella tenía miedo de que supieran que hablaba con el patroncito? Aunque era chica, ya le había enseñado su madre que a las muchachas no les conviene estar solas con los hombres.

Decidieron entrambos guardar el Polichinela entre las ramas tupidas de un mataojo, y sacarlo para divertirse, solamente en aquel sitio, que habían consagrado a sus entrevistas inocentes.

Porque ni más que frases inocentes se decían, ni un pensamiento que pasara de ingenuidad y sencillez infantiles, turbó aquellos coloquios idílicos.

Y, sin embargo, Pablo y Rosa sentían que algo poderoso los unía, y cuando pasaba un día sin que se vieran, sentían desasosiego e inquietud y hasta lloraban a escondidas.

Dos años pasaron de esta suerte: igual vida, iguales entrevistas, y conversaciones poco distintas, pero Rosa no tenía ya que estirar la pollera para cubrirse los pies, y más, se ceñía el busto con un rebozo; y Pablo cuidaba de no llevar los botines descosidos, ni las ropas desgarradas.

III

Había llegado la primavera a reverdecer los campos, a derramar aromas en el aire y alegrar los cantores pajarillos del monte.

Rosa bajó una tarde al arroyo con un atado grande de ropa. El trabajo había aumentado con el tiempo.

Este día la muchacha sentía una tristeza que hasta entonces no conociera.

Llegó Pablo al paso. Ya no era un muchacho delgado, había crecido mucho, y en el labio superior tenía una leve sombra.

—¡Rosa! —gritó, al divisar a la muchacha, con un acento que tampoco era el tranquilo y natural de otro tiempo.

Ella fue sonriente hacia él, que se apeó y la alcanzó teniendo el caballo de la rienda.

—¿Sabes Rosa que te traigo una mala noticia...?

Ella se puso pálida y lo miró con inquietud.

—Me llevan al pueblo, Rosa —dijo él no ocultando su alegría—. Mi padrino le dijo a tata que me quiere poner en un colegio, y mañana nos vamos... Pero no llores... ¿Por qué?

La muchacha sollozaba y sus lindos ojos vertían muchas lágrimas.

Pablo se acercó a ella.

—Pero no seas así, muchacha —era una expresión nueva en él—, no seas así. Si voy a volver pronto... De aquí un año me traen a pasar el verano en la estancia... Vamos, no llores, mi...

No se atrevió a pronunciar una palabra que ya se le salía de la boca.

—No vas a volver... no... te vas a olvidar —dijo al fin Rosa, sin que cesaran sus sollozos.

Pablo, algo inquieto, la interrumpió:

—Te digo que no; vendré en el otro verano.

Pasó una bandada de pajarillos chispeando.

—Bueno. Rosa, no te aflijas; mira. se va haciendo tarde y me esperan en casa... Pero no te aflijas, mi... hijita.

Dijo la palabra en el oído de Rosa; y casi sin darse cuenta, los dos se abrazaron y sus bocas se juntaron.

—No te olvides de mí, Pablo — le dijo ella con voz temblona y sintiendo aquel cambio de afecto ardoroso que había abrasado las almas de los muchachos por primera vez.

—¡Cómo me he de olvidar, mi prenda!... ¡Adiós!...

—¡Adiós, queridito; adiós! ¡No te olvides!

Y aun después que Pablo desapareció, sin volverse para repetir la despedida de lejos, ella se quedó con los ojos llorosos, devorando aquel rastro fugitivo en la dirección de las casas.

IV

Pasó un año, y llegó el verano. Secáronse los pastizales de las cuchillas; los arroyos y cañadas adelgazaron su corriente; vagaron por el aire los insectos rumorosos que viven en la atmósfera enrarecida, bajo el ardor del sol, que madura las mieses y engendra las larvas en los rastrojos y en el légamo de las lagunas.

Rosa, consumida por la impaciencia, miraba todas las tardes hacia el Oeste, esperando que asomara su consuelo. En esa dirección había salido Pablo con su padrino el año anterior. Ella los vio en la madrugada desaparecer al galope detrás de la cuchilla.

Por este camino llegó una tarde Pablo, con tres mozos de su edad, vestidos todos con elegancia presuntuosa de puebleros.

En vano Rosa se mostró subida sobre los terrones de una tapera, al lado de su rancho; Pablo, que pasó a cortísima distancia, no miró de soslayo siquiera... Y la pobre muchacha se acostó esa noche con su corazón oprimido por la angustia, con mil sollozos agolpados en la garganta y raudales de lágrimas asomadas en los ojos, que no pudieron cerrarse un minuto.

Bajó al arroyo al día siguiente, acariciando una esperanza insegura... Y volvió a la casa muy tarde, sin que su amor hubiera llegado como antes al paso.

Otro día, volviendo del lavadero, se cruzó con Pablo y sus alegres compañeros. El esquivó su mirada y acompañó a los otros muchachos en las bromas que hicieron por la yegua petiza, que ya no trotaba, por más que Rosa la hostigara.

Ella esperó aún. En cuclillas sobre la piedra del lavadero, interrumpía a cada instante el trabajo, creyendo que crujía la arena del paso bajo las pisadas del caballo del patroncito.

En esos días sacaba del mataojo al pobre Polichinela casi desnudo, y soñaba que Pablo vendría a jugar con el muñeco y a besarla a ella con aquel ardiente beso de la última entrevista... Pero los jilgueros y los tordos volaban en bandadas para el monte, y Rosa tenía que regresar a la casa sin ver realizada su esperanza.

Una madrugada sintió tropel de caballos cerca de la casa. Se asomó vehemente, movida por un presentimiento, y vio a Pablo que, con sus compañeros del pueblo, galopaban hacia el Oeste, hasta perderse detrás de la cuchilla.

LA MUERTE

I

¡Qué triste es el invierno en el campo!

Corren por las cuchillas las partidas sueltas del viento, llevando rigores de escarcha a los confines solitarios de la llanura, en donde están los ranchos tristes; buscando en las asperezas de la sierra a los ganados que se reparan en estos abrigos, y llegando hasta los montes de follaje vivaz, para asaltar a las avecillas ateridas.

Las hojas de los árboles han volado como bandadas de pájaros desparramándose por los surcos, dejando desnudos a los pobres ombúes que sienten en la esponjosa corteza el primer frío precursor de la muerte, a los paraísos que viven junto a las casas perfumando el aire en el verano, y a las acacias donde los horneros levantan sus casitas que apenas resisten a la intemperie.

Las ovejas con sus vellones largos y enredados sienten deslizarse las puñaladas del frío, que les recuerdan las punzadas de la flechilla seca en el verano, por los desgarrones que han hecho las zarzas en sus vestidos; y los caballos, pelechando, con un aspecto de viejas focas, se estremecen cada mañana y deben correr locos por el campo, para ahuyentar el entumecimiento de los miembros.

Y las vacas ¡pobres vacas! las que no tienen el calorcito del establo; que deben acurrucarse en las arru-

gas de la tierra del rodeo al reparo de alguna piedra, o en la costa del arroyo, rodeadas de los hijos y compañeros, con quienes cambian los alientos tibios, que tienen olor de gramilla seca y trébol marchito.

Y en los charcos y en las lagunas, en las zanjas pantanosas y en los bañados, las víboras y los sapos ¡se mueren también de tristeza!

En el rancho erguido, los vientos tientan la resistencia de las paredes y escarban en la paja del techo: en las puertas golpean todas las rachas desbandadas de los temporales.

De la cocina aplastada sale humo todo el tiempo, día y noche; y allí los peones buscan el calorcito junto al fogón, y hasta los perros encogidos se deslizan rozando las paredes, a recibir el vaho caliente que sale del fuego envuelto en humo.

En la casa, la familia no pisa fuera del rancho. La madre, moza todavía, apenas si se asoma a vigilar a la peona que suele eclipsarse en la cocina; y la hija única, de seis años, traviesa y alborotada, se desespera no pudiendo poner los pies en el patio para corretear al igual que los patitos que chapalean en el barro.

Y los días largos, tristes, llenos de frío y de lluvias, se quedan como fijos en el horizonte, sin querer ocultarse para dejar su lugar a las noches más largas, más frías y más tristes.

Desde aquel rancho la mujer y la niña, a la espera del padre que salía a las faenas como en el buen tiempo, contemplaban la muerte de los campos reflejada en los pastos marchitos, en los montes deshojados y en los animales achuchados que desde lejos miraban el humo de la cocina, como envidiando en sus reconditeces de bestias aquel calor que humeaba como

sus cuerpos y sus bocas, en la atmósfera llena de humedad.

Se tenía en el cuarto todo el día una lata con brasas traídas del fogón de la cocina, y, allí, el agua hervía en la rechoncha pava, madre del mate, convidando a beber aquel líquido caliente que produce cosquillas deliciosas en los estómagos cuando hay mucho frío sitiando al motor del cuerpo.

Y de noche, vuelto el padre a la casa, se ponían los tres juntos, muy cerca, como para transmitirse el calor e impregnarse del amor que se siente en las aproximaciones afectuosas.

Así el invierno asolaba la campaña, y así se vivía esperando que la primavera espantara a este viejo hosco y malhumorado, para sonreir hermosa y alegre durante la estación de las flores que anuncian las cosechas.

II

Una noche, muy tarde, cuando el sueño había vencido los estremecimientos y chuchos del frío, se oyó desde aquel rancho ladrar a los perros vigilantes, y luego un ruido, como el que hace un caballo al caer aplastado.

Despertaron todos en la casa, se sintió conversar en el patio y las voces llegaban al rancho mezcladas con gruñidos de los perros, que rodeaban, como es su costumbre, al recién llegado.

Sonó un golpe en la puerta del rancho, y la sirvienta, con voz agitada, llamó:

—¡Don Nicasio!, ¡don Nicasio! Viene Juan de las casas, a avisar que doña Manuelita está muy mala.

Saltó Nicasio de la cama, y su mujer, Cristina, ya

angustiada hasta no acertar con los fósforos para encender la luz, se levantó también mientras la chiquilina sin saber por qué, lloraba desconsoladamente en su camita.

Se aprontó el carretón en un momento, porque los peones se habían levantado y parecían sentir igual emoción que sus patrones.

Y poco rato más tarde, muy abrigadas Cristina y su niña, acomodadas en el vehículo que guiaba el mozo que había traído la noticia, se pusieron en marcha en medio de la noche oscura, mientras Nicasio emponchado galopaba, escoltando el carretón, con dos peones agregados a la comitiva.

Cristina sollozaba ahora, y decía que ya su madre estaba muerta, que ella lo había soñado y que le ocultaban la desgracia engañándola al decir solamente que la vieja estaba muy mala.

Nada valían las exhortaciones de Nicasio, que a cada rato se acercaba a consolar a su esposa. Y en la noche triste y silenciosa, sin luna, con las estrellas pestañeando soñolientas en las tinieblas del cielo, iba quedando el llanto lastimero, que se unía al chirrido del eje de la carreta y a las pisadas sonoras de los caballos, que parecían en su compás monótono acompañar a un cortejo fúnebre.

Era noche todavía cuando se llegó a "las casas" que blanqueaban en la oscuridad y aparecían con muchas luces; los perros, en vez de ladrar, aullaron desde el rincón donde los tenían atados, y salieron varias mujeres y hombres a recibir a los deudos.

Nicasio dio la mano a los que esperaban; pero Cristina, sin atender a la niña que quedaba llorosa y asustada en el carretón, se echó en brazos de la primer parienta que encontró al paso; y no hubo más. Como

si tácitamente convinieran todos en que la desgracia que se cernía sobre "las casas" era tan irremediable cual lo había sido cuando la muerte se llevó al padre de la familia, al viejo don Justo, que todavía a los once años de su muerte, era llorado por toda la familia y todo el pago.

La casa grande, de material, como madre de tantas estancias pequeñas, acampadas en aquellas lomas y asperezas, donde abundaban los ganados, era una casa altiva con un mirador alto rodeado de baranda y toda la construcción sobresaliente de la masa de árboles que circundaba los edificios.

Dentro, en las piezas grandes, había mucho movimiento. Se notaba un continuo vaivén de sirvientas, que corrían de la cocina a la casa, en silencio, evitando hasta el roce de los vestidos en las puertas.

En el cuarto principal, donde el lecho matrimonial de caoba, la antigua cuja, cuna de tres generaciones, llenaba la mitad de su anchura, estaba la enferma. Allí se veía una de esas grandes cómodas capaces de encerrar los ajuares de veinte novias, cubierto su mármol de floreros con penachos de paja brava, y por efecto de la circunstancia, de frascos de remedios, vasos y tazas, todo revuelto. En un rincón, la percha de pie se doblegaba bajo el peso de un montón de trajes y ropas cubiertas con una funda de zaraza; y más cerca de la puerta, un gran arcón, tenía la tapa lustrosa a fuerza de servir de asiento.

Cuando se levantaba la cortina que separaba de la sala aquella habitación, aparecían a la vista, primero, la cuja con su lanza, de donde pendía el gran cortinado que la cubría, luego un espejo de marco de jacarandá, rodeado por la toalla de largos flecos, en cuyo

remate superior se ostentaba una gran moña de cinta con el color del partido de la familia.

Entre la cama y el espejo, un nicho de madera calada encerraba la imagen de la Virgen del Carmen, teniendo a los pies la palma del Domingo de Ramos, una vela de la Candelaria y dos o tres gajos de olivo. En este nicho ardía luz todo el año, la mariposa dentro de un vaso con aceite; y ahora, se agregaban tres velas, derramando por toda la habitación oscura sus reflejos tristes y mortecinos.

Esa habitación es en todas las casas de la campaña el *Sancta sanctorum*, el lugar más respetado, donde no entran los hijos sino en las grandes circunstancias de la vida: allí se reúne la familia cuando vienen a pedir una hija en matrimonio; cuando un hijo pide permiso para formar hogar aparte: o en más triste ocasión, cuando, como en la presente, está en trance de muerte alguno de los padres.

Desde niños los hijos se acostumbran a mirar con respeto que casi llega al temor, aquella habitación donde han nacido. Apenas si se asoman de vez en cuando para curiosear, y eso, temblando, con miedo de que salga de repente de la oscuridad algún cuco de esos que son pesadilla de los chicuelos.

Y las muchachas, cuando son mozas, encuentran en la habitación el modelo y tipo para las suyas de casadas; es el ideal del nido futuro.

III

En el momento en que entraron Nicasio y Cristina, toda la familia estaba reunida en torno de la cama, donde doña Manuelita se moría alegre, como quien

siente la conciencia limpia de faltas y el alma llena de fe al avistar el linde de la vida.

Era una viejecita de cara larga muy arrugada, con bozo varonil en el labio, los ojos chispeantes todavía y la cabellera blanca suelta sobre las almohadas muy limpias.

Tenía entre las manos descarnadas una cruz de marfil con el Cristo enclavado, mirando con sus ojos de muerte dulce, que atraen e infunden fe y esperanza.

Junto a la cama estaba el médico, venido del pueblo, joven aún, que parecía hallarse a desgano allí, sentado en un sillón de hamaca, sobre un trozo de alfombra, único que había en la habitación. De tiempo en tiempo miraba a la enferma, indiferente, convencido de lo inevitable del desenlace, y acaso extrañado de la paz y sosiego del alma de la anciana en aquel trance supremo.

Un hombre de barba negra sentado en un rincón, sin levantar la cabeza, que parecía abatida por el peso de una inmensa desgracia, era Remigio, el hijo mayor de doña Manuelita, estanciero de crédito, que tenía invernadas más grandes que ningún vecino del pago y se enorgullecía con razón de que sus ganados se pagaban caros en la Tablada de Montevideo.

Cerca de él, se hallaba Juan María, otro criollo de ley, que había hecho dos campañas en guerra de partido, y ahora con el grado de capitán vivía retirado en su estancia de la sierra, con la vanidad de tener dos hijos en carrera, uno en la Universidad y otro en el Colegio Militar.

En el arcón estaba sentada Rosaura, la hija mayor, casada con un comerciante enriquecido y hecho estanciero: suyos eran tres niños que andaban por allí, sin poder darse cuenta del por qué todos rodeaban a

"mamá vieja"; y no se animaban a correr ni a hacer el menor ruido.

Y entre la cama y la pared, con la cara entre las manos, lloraba sin tregua ni consuelo, Elías, el pobre lisiado, el más triste de la familia, que hacía tres días no se movía de aquel sitio, temiendo perder el último suspiro de su madre querida.

Cristina era la menor de la familia, y fue a echarse de rodillas al lado de la cama, después de besar a la anciana moribunda.

Esta se sonrió, pidió a su nietecita la Nena, hija de Nicasio, y la tuvo largo rato abrazada.

Después, quedóse como antes, con la mirada fija en el Cristo, moviendo apenas los labios en la oración.

Corrieron las horas, en silencio, y cuando cantaron los gallos en el corral, el médico pulsó a la enferma y miró en seguida a los deudos de la moribunda, indicándoles que se acercaba la muerte.

La viejecita alcanzó a ver la mirada, y comprendiendo su sentido, habló despacito:

—¡Hijos, hijitos! —Todos se acercaron a la cama y cayeron de rodillas sollozando— Hijitos, no hay que afligirse. Sean buenos como su padre, que Dios tenga en la gloria... Acuérdense de la Virgen siempre... y pídanle que me reciba...

La voz se apagó... pero todavía los labios se movieron con un temblor que duró hasta después que se cerraron, quedando plegados por una sonrisa imborrable, y las manos quisieron apretar más el crucifijo.

Entonces Juan María tuvo que sostener a Cristina que se desmayó sin dar un grito, y Remigio salió del cuarto con la cara sombría, cayéndole de los ojos las lágrimas, una a una, muy grandes.

Y mientras todos los otros se agrupaban para consolarse estrechados, llorando, el pobre lisiado, que no podía moverse, hundía su cabeza en la cama desesperado y dolorido como ninguno.

Todos sus hermanos tenían ya familia que los consolara. Sólo él, a quien ninguna mujer querría, porque no podía andar ni trabajar, se quedaba más abandonado que todos, al perder a la madre.

Rosaura acudió a consolarlo cariñosa, y abrazada con él, unieron sus lágrimas.

Pronto se sintieron carreras de las sirvientas que, llorando y gimiendo también, buscaban aguas para hacer volver en sí a Cristina, y revolvían los cajones de la gran cómoda, sacando las ropas más ricas y más finas para amortajar a doña Manuelita.

El día amaneció triste sobre la casa, y la animación de la vida pareció alejar aquel dolor compacto de la noche.

Empezaron a calmarse los llantos y dieron lugar a los rezos alrededor de la cama, donde yacía la muerta.

Los chiquilines vinieron curiosos a mirar a "mamá vieja", llorando unos arrimados a las faldas de sus madres, y otros riendo, porque veían la sonrisa de la muerta que parecía llamarlos y hacerles caricias.

Pero todavía el pobre Elías lloraba sin consuelo, encajado entre la cama y la pared, como si no quisiera convencerse de la desgracia que lo dejaba tan solo y tan triste...

LA PRIMERA VISITA

La solera inclinada de la cocina proyectaba una sombra larga y angulada en el patio; el viento fresco de la tarde de mayo arrastraba las últimas hojas de los paraísos, y movía las plumas de las gallinas echadas con voluptuosidad junto a la pared, con el plumaje esponjado y el pico bajo el ala.

Algunos chingolos y calandrias se paraban en los palos del alambrado que cerraba el patio, y por la puerta entreabierta del rancho grande se veía a dos mujeres afanosas en el arreglo y limpieza de los muebles, mientras por una ventana baja salía una canción entonada por voz que revelaba juventud y gracia.

Una negra joven, con cara de mal humor, vestida con almidonada pollera de zaraza rojiblanca, salió de la cocina con un plato lleno de maíz, y después de limpiar el alto mortero que estaba acostado en el suelo junto a la pared, echó en el hueco los granos y empezó a golpearlos con el pisón lustroso.

Movía los brazos de arriba abajo, lentamente, dejando reposar el pisón, entreteniéndose mucho en volver con la mano al hueco los granos que saltaban, y de espantar al gallinerío que había dejado el sueño perezoso para rodear el mortero a la espera de los granos fugitivos.

Hacía rato que la negra pisaba maíz con la misma cachaza, sin que se le disipara el mal humor, cuando aparecieron galopando en dirección a la casa dos hom-

bres mozos que al llegar cerca se vio que vestían como de fiesta y uno de ellos con buen apero.

La negra al verlos dejó el pisón en el suelo y ni siquiera se preocupó de las gallinas que acudieron a picotear los pedacitos de maíz adheridos a la madera. Después de titubear un momento corrió hacia el rancho, gritando: "¡Señora, señora, niña, ahí viene el mozo!"; y luego soltó una carcajada violenta y volvió a recoger el pisón y a continuar su faena.

Llegaron los mozos a la ramada, se apearon, y muy cumplidos saludaron desde allí sin adelantarse. Se notaba en seguida que eran patrón y peón: patrón el joven de chapeado rico, que aparecía encogido y como temeroso por el paso que daba; peón el indiecito suelto de maneras, de cara burlona, que a duras penas se mantenía serio junto a su patrón.

Era este Mauricio Olivera, hijo de la rica viuda doña Nicolasa, y venía a la estancia de don Juan Rodríguez nada menos que a hacer la primera visita de novio a Jorgelina, la hija moza de don Juan, la misma que cantaba en su cuarto un rato antes, emperejilándose para esta entrevista que la traía desvelada desde el día de San Juan.

En la noche de baile y cédulas en la casa de Rodríguez se habían hablado y comprometido con Mauricio, alegrando al padre de la moza y disgustando a doña Nicolasa, que deseaba mejor partido para su hijo.

Poco tardaron en salir don Juan y su esposa a recibir al visitante. Con gran agasajo lo saludaron, y la señora hizo entrar a Mauricio a la pieza que hacía de sala y comedor, mientras el viejo gritó a la negra que trajera agua caliente y obsequiara al peón.

Mauricio se sentó algo inquieto; preguntó dos o tres

veces por la salud de todos los de la casa, y después se quedó largo rato mirando una oleografía de batalla que tenían enfrente de los ojos.

La señora lo dejó en cuanto don Juan preparó el mate, y poco después, cuando los dos hombres iban a engolfarse en los pronósticos de unas carreras futuras, se oyó un cuchicheo en la habitación contigua; la cortina de la puerta intermedia fue separada por una mano trémula, y en el umbral apareció Jorgelina, muy sonrosada y con los ojos brillantes; linda, como lo están las morochas cuando no se cambian el color con polvos ni preparaciones químicas.

Se acercó Jorgelina a Mauricio, que la esperaba en pie, con un desasosiego que le hormigueaba en el cuerpo, y se dieron la mano sin hablar ni mirarse.

Intentó el mozo hacer la pregunta de costumbre, y salió entrecortada la frase: "¿Cómo lo ha pasado?", que fue contestada por otra tan insustancial: "Muy bien... ¿y usted?" "Muy bien".

Y luego volvieron a quedar en silencio. Mauricio mirando las botas muy lustrosas que traía puestas. Ella, con los ojos fijos en el pliegue de la pollera, que, con cuidado, doblaba por tener en qué distraer las manos.

—Ya tenemos el invierno encima —dijo él, al fin, por decir algo.

—Ha visto, ¡qué pronto! —respondió ella mirándolo.

Y de nuevo se hizo la pausa larga.

A este tiempo don Juan, que a más de hombre veterano en estos casos, como que llevaba casadas tres hijas y dos sobrinas, deseaba ardientemente emparentar con los Olivera por medio de Mauricio, recogió la caldera y los avíos del mate y salió dejando solos a los novios.

En el patio, el peón de Mauricio se había instalado debajo de la solera, en un banquito, esforzándose por conservar la seriedad y el juicio que le había recomendado su patrón.

La negra seguía pisando maíz y mirando de soslayo al indiecito, que esperaba el mate muy orondo, retozándole en el cuerpo el deseo de bromear con la negra.

La veía joven y muy limpia, con cierta belleza y no pocos atractivos, en su afanosa tarea de pisar el maíz para la mazamorra y el locro con que se obsequiaría al visitante; y al indiecito le andaba por la imaginación un pensamiento de diablo.

A la negra que lo veía con aquella fingida indiferencia, se le aumentaba el mal humor, y entre dientes, con todo el rencor de una raza parecía decir:

—¡Ni por cumplimiento se ofrece el mozo... ¡Muy bien que si fuera una blanca ya me había quitao el pisón de la mano... ¡Yo te había de dar...!

El indiecito no pudo contenerse más y le dijo:

—Vamos, misia Cumbari, quiere que yo pise, y usted ceba un matecito?

La negra, aunque se vio tratada de rabiosa por aquella palabra *cumbari*, desarrugó el entrecejo, y sonriendo le alargó el pisón.

—¡Pa lo que falta! —dijo él revolviendo el maíz con la mano. Y apenas dio unos cuantos golpes vigorosos y firmes, muy distintos de los que la negra daba a desgano.

—Vamos a aventarlo ya —propuso ella dando el primer mate al mozo; y con dos platos pasaron el maíz, dejándolo caer del uno al otro en cascada, para que la brisa llevase la cáscara y el polvo.

Después de limpiar el maíz, entraron a la cocina

a tomar mate más seguido, ya hechos buenos amigos y pellizcándose a cada vuelta.

Cuando Mauricio se vio solo con Jorgelina, más fuerte que antes le latió el corazón y más se enardeció su cara.

Habló él primero.

—¿Ha pensado en mí en estos días? —le preguntó bajito.

—¿Y usted? —respondió ella, preguntando a su vez.

—Ni un momento la he olvidado.

—Sí, que otra lo crea. ¡Y ni siquiera vino de mañana hoy!

—Había quedado con don Juan en que vendría de tarde... —Y aquí hizo el mozo una pausa larga—. Pero ¿no merezco que me perdone? —agregó con tono insinuante, acercando su silla a la de Jorgelina, casi inconscientemente.

—Bueno, lo perdono, ¡pero cuidadito con otra!

—¿Y usted por qué miró el otro día a Remigio Morales cuando yo me despedía?

—¿Yo? ¡Ay, Jesús, que ocurrencia! ¡Si es un tipo que no lo puedo pasar!

—¿Y a mí? ¿Piensa siempre en mí? —dijo Mauricio insistiendo en su pregunta y con el mismo tono de niño mimado.

—Pienso en quien lo merece.

—¡Muchas gracias!

Se abrió un largo paréntesis. El mozo tosió dos o tres veces, miró con disimulo al patio y luego habló muy bajo:

—¿Va al baile de San Pedro a la sierra?

—Pienso ir, ¿y usted?

—Yendo mi prenda —dijo él soltándose más— ¿cómo he de faltar?

Otro paréntesis.

—¡Ay, Jorgelina!, cuándo podré decirle: ¡Te quiero!

Ella se sonrojó y no respondió.

—¿No me permite que se lo diga?

Tampoco respondió ella.

—Jorgelina —dijo él entonces, con el alma en los labios— ¡te quiero como a mi vida!

Ella cerró los ojos brillantes, bajando la cabeza hasta tocar con la barba el seno palpitante de emoción. Y Mauricio acercando más su silla a la de la muchacha, le dijo con voz temblorosa:

—¡Decime que me querés, también, mi prenda!

Jorgelina dejó que le cogiera una mano; pero, como vuelta a la realidad por el contacto, alzó la cabeza de golpe y dijo con dulzura, tartamudeando algo porque los labios temblaban:

—Sí, te quiero, te quiero... Pero déjeme la mano.

—¿Por qué no me tutea? —repuso él sosegándose.

—Es muy pronto... Más adelante.

—Vaya, no sea ingrata. Diga otra vez te quiero, y cuando estemos solos no más me tuteará; ¿quiere?...

—Bueno... te quiero... —Y diciendo estas palabras ella retiró su silla de la de Mauricio; pero quedando todavía más próxima que al principio de la entrevista.

En ese momento se oyó una carcajada ruidosa de la negra y el rumor como de la caída de un montón de espigas de la troja.

La madre de Jorgelina cruzó el patio dirigiéndose a la cocina y diciendo alto: "¡Ah, negra cabra, ya está haciendo de las de ella!"

Don Juan volvió momentos después al cuarto, seguido de la negra risueña, que traía la caldera sobre una lata con brasas, y la puso en el suelo junto a la puerta.

"—Ya decía yo —pensó el viejo entre sí— que iba a encontrar a los piscoiros juntitos como pegaos." Y alcanzando el mate a Mauricio, le dijo: —Velay, buen mozo, pa abrir el apetito.

En la comida, entre cucharada y cucharada de la sabrosa mazamorra don Juan y Mauricio departieron sobre caballos y carreras —la gran pasión del viejo—; y se pasó el tiempo, hasta ya oscurecido, sin que el mozo pudiera cambiar una palabra más con Jorgelina.

Más tarde, alejándose al trote de la casa, Mauricio llevaba la cabeza llena de mil impresiones, ideas y ardores, que la brisa fresca disipaba poco a poco.

El peón que iba a su lado se atrevió a preguntarle:

—¿Cómo le fue patroncito?

—Regularcito —respondió Mauricio—. Pero vos anduviste saliéndote de la vaina. Ya te sentí.

—¿Yo? Si fue que la negra, que es una tremenda de alborotada.. y que estaba pisando maíz... y como yo me le ofrecí...

—Sí, sí, ya te oigo, que sos como vía de ferrocarril por lo largo. ¡Pucha que lengua!...

Y apuraron los caballos para llegar temprano a la estancia, que ya se divisaba a la luz de la luna en cuarto creciente, con el ombú secular y los paraísos que daban sombra a la casa blanca de los Oliveras.

EL FORASTERO

I

Bajo el sol pálido del invierno, con barruntos del temporal de Santa Rosa en el cielo, se festejaba en el pueblo de Porongos el gran día de la patria.

En el pueblo, era aquel día extraordinario. En la madrugada, todos los vecinos habían sido despertados por la diana y las bombas con que se saludaba al sol del 25 de agosto; y apenas aclaró, se vio en las casas, como en la Jefatura la bandera azul y blanca flameando alegre, como un jirón del cielo.

La plaza apareció adornada con gallardetes, con faroles venecianos entre los árboles; en una de sus calles se alzaba un gran arco para la corrida de sortijas, con guirnaldas de follaje y banderas; en otra de las calles, en el frente de la Jefatura cuatro ruedas de fuegos artificiales se movían a impulsos del vientecillo fresco, y un "judas" se balanceaba pendiente de un alambre, escuálido, tentando a los muchachos que lo miraban desfachatados, con deseos de apedrearlo.

A las nueve empezaron a repicar en la iglesia, se quemaron bombas, y salió del cuartel la Compañía Urbana, con su traje de gala, precedida de la banda popular, para colocarse en alas a la entrada del templo, y hacer los honores a las autoridades que asistían al *Te Deum*.

Llegaban los grupos de vecinos con sus mejores ropas, y en la pequeña iglesia iba faltando lugar.

En uno de los grupos apareció, descollando por su figura, la rubia Asunción; moza de las que pisan en el aire y se llevan los ojos de los hombres tras de sí.

¡Bien hermosa iba en esta ocasión! Con su vestido celeste y blanco, la cabeza envuelta en mantilla de hilo levantada por el escamenador de carey; las manos cubiertas con medios guantes de punto; con gran prendedor en el pecho, y un rosario de cuentas negras, enrollado en un brazo que fuera liviano yugo enlazando un cuello.

Su madrina y tía Remigia, que la acompañaba mirándose en ella, iba con tanto gozo y orgullo, como en la procesión cuando llevaba las andas de la Virgen.

Los hombres se detenían para verlas pasar, y las mujeres las saludaban con un gesto indeciso, entre cumplido y despellejamiento de intención.

Cuando llegaron a las gradas del atrio, Asunción recogió con gracia el vestido, y al subir por entre las filas de los soldados que sentían el deseo de presentar armas, dejó asomar el zapato de charol con hebillón y la calada media hasta donde bastaba para probar que el viento no se llevaría aquel cuerpecito.

¡Ah, rubia, quién no se hubiera perdido por ella en esa mañana de agosto!

II

El órgano desafinado de la iglesia, que se había esforzado por entonar los majestuosos acordes del *Te Deum*, se calló. Hubo movimiento de sillas; y un redoble de tambor hizo ponerse firmes a los soldados.

Aparecieron en la puerta del templo, el jefe políti-

co, teniendo a su lado al párroco, y seguido de los funcionarios de la localidad con trajes de etiqueta, y mientras la banda maltrataba el Himno Nacional, y los soldados presentaban armas, pasó la comitiva con andar mesurado, en dirección a la Jefatura, donde había de brindarse por la Patria y por sus gobernantes, entre copas de *champagne* y bocados de *sandwiches*.

Y apenas la compañía se formó en columna para desfilar, empezaron a salir apresuradas todas las gentes que llenaban la iglesia, tropezando con los muchachos que se colocaban a los lados de la tropa, marcando el paso al son del tambor.

Salió la rubia entre un grupo de mujeres que hablaban a un tiempo muy animadas, y que se desparramó al llegar a la primera esquina, con rumor de besos. Siguió Asunción con su tía hasta las últimas casas del pueblo hacia el Este, y se detuvieron en un rancho techado con zinc, de paredes de adobe blanqueadas, y cuyas puertas daban al ancho camino del Durazno.

Al entrar las mujeres, se vio el piso de tierra bien barrido y regado; y por la ventana baja, que no tardó en abrir Asunción, salió perfume de flores y agradable olor de pastelería criolla.

III

Asunción, huérfana en aquel tiempo, no había llegado a los veinte años. Criada mimosa y regalada por su tía y madrina, que le hacía de madre desde quince años antes, sólo las alegrías y los aplausos del mundo conocía.

A porfía la obsequiaban los pocos galanes del pueblo; pero, ella, sin engreirse ni mostrarse tan esquiva

que pareciera enemiga de amoríos, poco se cuidaba de ellos, no habiendo sentido resonar en su alma el eco de un afecto verdadero.

Bien conocía estas circunstancias y frialdades Nicolás el herrero, mozo de la flor de los solteros, trabajador "como extranjero" (al decir de los vecinos) y de alma y corazón tan limpios como la pechera de su camisa en los días que pasaba y repasaba por la casa de Asunción dejando el ardor de sus miradas en las cortinillas que le ocultaban a la moza de sus deseos.

Acaso la poca resolución y encogimiento de este galán hizo que la rubia no le concediera ni pizca de atención, riéndose de sus paseos por la calle, y festejando con su tía la cortedad y apocamiento de Nicolás.

Porque tan de verdad quería a su sobrina y tanto se miraba en ella *ña* Remigia, que jamás salía de su boca una intimación o requerimiento para que admitiera los obsequios de tal o cual enamorado.

En la casa se gozaba del bienestar que proporcionaba el rendimiento de una pequeña estancia, y la pensión que como hija de un coronel tenía Asunción; y las dos mujeres pasaban tranquilas y dichosas la vida, distribuyendo los ocios en las visitas a las numerosas relaciones o en las labores que se lucían en la casa con los paños de fino *crochet*, que cubrían las sillas, las rinconeras de bordado multicolor, colchas de finísimo ñandutí en las camas, y delicados festones en las ropas.

IV

La banda popular que estaba bajo la advocación del divino Mozart, separada de la compañía urbana, y

con su director, viejo, cojo y cegatón, a la cabeza, recorría las calles principales del pueblo, seguida por la turba de chiquilines, cuyo lujo en aquel gran día era tener calzados los pies y cubiertas con sombreros las cabezas llenas de entusiasmo y regocijo.

En la casa de los vecinos más pudientes se detenía la banda. Y los cuatro *pot-pourris* de óperas que constituían su repertorio, sonaban después del Himno Nacional.

Se asomaba la familia orgullosa, mostrándose bien a los vecinos que también salían a las puertas; escuchaban todos con religiosa atención; al terminar entregaban al director algunos reales, y la banda con la escolta de muchachos iba a detenerse en otra casa, para repetir las mismas piezas y dar motivo a iguales escenas.

Al mediodía cesó todo ruido y movimiento en las calles; pero de las casas salían voces alegres, rumores de conversaciones de sobremesa, que revelaban abundancia extraordinaria en la comida y en los vinos.

V

Poco más tarde, pasada la siesta, volvieron a poblarse de gentes las calles convergiendo el movimiento en la plaza.

Allí se iban situando a lo largo de la calle, en las dos aceras, para presenciar la corrida de sortijas.

Mujeres de cuño antiguo, de esas que ya son ejemplares escasos, aun en la campaña, se distinguían por su atavío; con chales riquísimos de espumilla, sobre vestidos de mil perifollos y recogidos; y junto a estos trajes, prendidos casi todos al costado en pliegue gra-

cioso por el "paje", se veían vestidos de última moda, de túnica a lo Luis XV y altas hombreras; había mozas de campaña con basquiñas adornadas de ricos festones, y puestas en el pecho grandes moñas de seda; y jóvenes puebleras, que consultaban "La Estación", lucían casaquillas con pecheras masculinas, miradas con odio por las viejas.

Mantones y sombreritos a la Pompadour, mantillas y tocas con ejército de horquillas fraternizaban en la reunión.

En los hombres, la variedad de los trajes no era menor: desde el chiripá y el poncho de vicuña, recogido en los hombros, hasta la levita o el saco prendido y de corte elegante; el sombrero de copa en los escribanos, procuradores y funcionarios principales, y hoinas, sombreros gachos y kepis militares, confundidos y revueltos.

Por entre esta multitud abigarrada e inquieta, donde aparecían como en final certamen y juicio, el lujo y gallardía de lo antiguo, junto a la apariencia y similor, compañeros de las languideces y elegancias postizas; por entre esta multitud, agrupada en las dos aceras, pasaban los muchachos en pelotones, riendo con destachatez y silbando a coro la música que habían oído a la banda popular.

Los balcones del hotel de dos pisos, estaban atestados con la *highlife* del pueblo, que no se rebajaba a codearse con el pueblo en las calles.

Allí había más lujo en los trajes, pero también más exageración en las modas. Y algunos chicuelos de esos que miran siempre a la multitud desde la altura de una azotea, se entretenían en dejar caer con todo cuidado sus escupitinas en los sombreros de los hombres que pasaban por debajo de los balcones.

No fue de las últimas en llegar a la plaza la rubia Asunción, a quien acompañaban, sustituyendo a la tía, algunas amigas. Con su arrogancia natural, y el vestido de virgen que tenía en la mañana, hizo decir a un paisano, aludiendo a los colores celeste y blanco y a la cabellera rubia:

—¡Ahí va mi bandera, con sol y todo!

Ya hervían murmullos de impaciencia en la muchedumbre inquieta, y no cesaron hasta que se presentó el subdelegado a presidir la fiesta, con cuatro paisanos, bien montados, en pingos que lucían ricos aperos.

Para este momento habían acudido numerosos jinetes, puebleros muchos y algunos forasteros, en los cuales se clavaron las miradas de todos los concurrentes.

En la punta, jineteando un brioso zaino requemado, venía un mozo que se distinguía por el atavío de la persona: la bombacha y saco de puños, de color gris, golilla punzó a media espalda y botas flamantes; el sombrero puesto en la nuca; despejada la frente, la fisonomía simpática, ojos castaños, bigote escaso y dientes muy blancos, que la boca mostraba en constante sonrisa; y hasta una pequeña cicatriz que cruzaba una de las cejas, le favorecía.

El público comentó a porfía la apostura del paisano, su mirada atrevida y dominante, y, sobre todo la riqueza del herraje.

Uno de los viejos paisanos que hacían de jueces, dijo al verlo:

—Esta es cara conocida... ¡Cómo no! Sí, es el amigo Fausto Cruces, del Sarandí.

Cuando lo tuvo cerca, le gritó:

—¡Amigazo don Fausto, dichosos los ojos que ven esa buena estampa!

—Venimos a ver correr algunos fletes, amigo Centurión. Y también a engolosinarnos con las buenas mozas.

Al decir esto, Fausto recorrió el gentío con la mirada y la clavó y detuvo en la rubia Asunción, que bajó la suya ruborizándose, sin advertir que denunciaba una impresión que era nueva en ella.

Cuando estuvo todo en regla para empezar la fiesta, el clarín, con un toque de atención, previno a los corredores.

Los jueces y el subdelegado habían rogado a Fausto y a sus compañeros que entraran en la corrida, y por galantería les fueron concedidos los primeros turnos.

—A ver, Fausto, si dejas bien a nuestro pago —le susurró uno de los forasteros indicándole que corriera primero.

Varios mozos le ofrecieron los palillos; pero él los rehusó, y acercándose a Asunción que no se atrevía a mirarle, le dijo:

—Señorita, ¿quiere prestarme uno de los alfileres que tiene en el peinado?

La muchacha, ruborizándose aún más, sacóse uno de los grandes pinchos que sujetaban la mantilla, y se lo entregó.

La atención del público estaba concentrada ya en el forastero. Esta circunstancia aumentó la curiosidad.

Sonó un nuevo toque de clarín; Fausto miró a Asunción como brindándole el juego, y espoleando a su pingo pasó por el arco, llevándose en el alfiler la pequeña sortija.

Una aclamación, que dominó los alegres sonidos del clarín, saludó aquel triunfo del forastero. Todos los

sombreros se agitaron y las mujeres aplaudieron sonriendo.

Los jueces, después de felicitar al triunfador con fuertes apretones de manos. ofrecieron a su elección los anillos del premio.

Entresacó uno Fausto y acercándose a Asunción le presentó su alfiler con el anillo, al tiempo que decía con voz clara y sonora:

Del pago más retirao
A buscar el sol salí,
Y lo vengo a hallar aquí
En tu cara aposentao.
¿Seré tan afortunao
Que al entregarte este anillo
Tiemblen tus ojos su brillo
Y apaguen algo ese ardor
Capaz de dar más calor
Que un trago de cominillo?

Asunción, casi llorando por la emoción y radiante de gracia su hermoso rostro, miró a Fausto y recibió las prendas con la mano temblorosa, sin poder balbucir una palabra.

Nuevamente se oyó la aclamación de la concurrencia.

—No —dijo el juez Centurión—; ¡si mi amigo Fausto habrá sido manco, ciego y mudo! ¡Ah, gaucho!

Asunción se encaminó a su casa, apenas concluida la función, tan acompañada como al llegar, por las amigas, quizá más envidiosas que alegres, por la preferencia que había merecido.

Se cruzaron con los forasteros y los mozos del pueblo que se dirigían al Hipódromo, y una mirada de soslayo de Fausto acabó de llenar de dicha a la rubia.

Entre tanto, Nicolás, que había visto todo, se apartó con aire sombrío de sus amigos, como sintiendo alejarse sus esperanzas, en las ancas del caballo del forastero.

Asunción entró en su casa con una opresión extraña en el corazón, y antes de hablar una palabra *ña* Remigia se echó en sus brazos llorando; pero a través de las lágrimas, los ojos parecían sonreir, como el cielo azul después de un aguacero de verano.

VI

Llegó la noche para aumentar el bullicio y la alegría en el pueblo. La plaza, con sus farolitos multicolores entre los árboles, fue invadida por los vecinos que acudían a presenciar la quema de los fuegos; mientras, la banda repetía la música del día más lánguidamente y sin compás, como la marcha de un viajero al fin de una larga jornada.

Y luego, cuando las ruedas de fuegos artificiales lanzaron el chisperío de la pólvora al espacio, un grito inmenso de admiración subió a perderse en el espacio con aquellas luces fugaces.

....

Mientras hubo una chispa en el cuerpo del pobre Judas que la brisa siguió balanceando achicharrado, informe y más injuriado que antes por los muchachos, la gente paseó en torno de la plaza, saboreando el espectáculo, con los ojos encandilados y el cuerpo molido de cansancio.

La gente moza se aprontaba, sobreponiéndose a las fatigas de aquel día extraordinario, para los bailes que debían ser digno fin y remate de las fiestas.

El Club se llevaba lo mejorcito de la población, para el baile de humos aristocráticos. Pero *ña* Concepción Romeral, descendiente de generales y señora de merecimientos y prosopopeya entre la gente de menor cuantía que la del Club, tenía también su baile y en él se reuniría concurso lucido.

Asunción estaba invitada para esta reunión. Terminados los fuegos, cuando sólo algunos faroles quedaban con sus luces moribundas, moviéndose en la oscuridad de la plaza, pasó Asunción con su tía, hermosa hasta hacer suspirar al cefirillo que acariciaba su rostro, jugueteando en los calados de la mantilla.

Al entrar la rubia en la sala de doña Concepción, se sintió un murmullo muy expresivo.

En la mano izquierda de la moza se veía, con otras sortijas, la que había recibido de Fausto.

No le faltaron felicitaciones; y todas las muchachas allí reunidas llegáronse a saludar a la rubia para repetirle el estribillo intencionado: "¡Que lo disfrutes, hija!", más parecido a mordisco que a beso.

En el patio estaban, y al empezar el baile se presentó en la sala la mayoría de los jóvenes forasteros, y entre ellos Fausto.

El buen mozo se atrajo todas las miradas; pero no pareció advertirlo, como quien está acostumbrado a mimos y agasajos.

Se bailó una cuadrilla para comienzo, porque a fin de dar en cara a los del Club, no se permitía en lo de Romeral el clásico pericón ni el "cielito"; todo había de ser a lo extranjero y de salones de gran mundo.

Asunción bailó con un mozo forastero la cuadrilla, y Fausto la comprometió para la pieza siguiente. Salieron al compás cadencioso y monótono de una danza, arrastrando las miradas de las otras parejas.

Cuando terminó la pieza, y aunque Fausto cambió en ella pocas palabras con la rubia, había entre ambos una relación de afectos evidentes.

Vivo el forastero, y menos escrupuloso que afortunado, emprendió aquella conquista con la confianza de un guerrero invencible, que ve temblar al enemigo. Supo decir tan bien esas frases que engañan a las mujeres, cuando ellas lo quieren, que al terminarse el baile de madrugada, cambiaron rápidamente estas palabras.

—Mi prenda, concédame un momento más para verla. Esta noche. Yo la acompañaré y después me esperará usted para decirle dos palabritas.

—¿Y mi tía? No está bien que yo hable sola con una persona que recién he conocido.

—Asunción, mi almita, no diga esto. Permítame que la acompañe. Yo se lo pediré a su tía.

Ña Remigia accedió complacida. El mozo se le había entrado por los ojos también a ella y no pudo resistir a sus instancias.

Cuando llegaron a la casa, los dos jóvenes se habían adelantado algunos pasos a la vieja, y Fausto, mirando a la ventana, dijo rápidamente a Asunción:

—No sea ingrata. Cuando yo arañe en la ventana, abra para conversar un rato. ¡Tengo tantas cosas que decirle!...

La muchacha no contestó.

IX

Al día siguiente pasaron los forasteros en grupo por delante de la casa de Asunción, con rumbo al Durazno.

Cuando desaparecieron entre nube de polvo, en las ondulaciones del camino, una vieja gritó desde su puerta a la tía de la rubia que estaba asomada en la suya:

—¡Eh, *ña* Remigia!, ¿no le parece que los forasteros son como las nubes? ¡Levantan polvo o dejan reguero de lágrimas!

Y entrando *ña* Remigia a su cuarto, vio a Asunción echada sobre la cama, bañada en llanto, y besando con ardor un anillo...

X

El primer domingo después de aquella fiesta, pasó Nicolás por la casa de Asunción, y al mirar su ventana creyó morirse de alegría: la rubia le sonreía por vez primera y él vio en sus ojos de cielo la promesa de un paraíso.

EL FERROCARRIL

I

En el pago de Santa Isabel, en el Paso de los Toros del Río Negro, se vivía en 1885 la antigua vida.

Años antes había llegado a la margen del gran río una falange de hombres de la ciudad, que iba dejando a su paso unos hilos vibrantes, que pasaban de un poste a otro, enlazándose a los aisladores de porcelana de forma de campanillas.

Era el telégrafo, mensajero del progreso, que marchaba a pasos de gigante, dejando sus miembros interminables, clavados en la dura tierra que no conocía aún la mordedura del arado.

Los paisanos, al ver aquel alambrado aéreo atravesar en salto audaz el ancho cauce del Río Negro y seguir escalando las cuchillas siempre en línea recta hacia el norte, lo miraron con desconfianza. Escuchaban el ruido del viento que silbaba en los hilos y en los aisladores, y se les antojaba que eran las voces que corrían, contando los ganados, contando los mozos para la leva; y pronto odiaron mortalmente a aquel instruso.

Cada aislador parecía una oreja del monstruo vuelta hacia la tierra, para escuchar todos sus rumores y recoger las palabras para llevarlas lejos, muy lejos, al sur, a la ciudad, que se bañaba en el mar y que tenía el *espía* del Cerro con el ojo pestañeador de su

farola giratoria iluminado de noche por extraños resplandores.

Las golondrinas, viejas conocidas del Progreso, fueron las primeras aves que se posaron sin miedo en aquellos hilos siempre vibrantes. Los horneros, después, registraron curiosos los aisladores; y tranquilizados, se adueñaron de los postes para construir sus casitas de barro, con el orgullo de los que adoptan una moda nueva y se burlan del riesgo que otros forjan en cada novedad.

II

Hacía tiempo que el telégrafo había pasado, los postes de hierro fueron vestidos por las lluvias y humedades con capa de orín, los vendavales torcieron algunos; aquí y allá reventaron hilos; y todavía los paisanos odiaban al intruso. En días de tormenta, veían correr por los alambres chispas eléctricas, que bajaban de los postes a hundirse en el suelo, y se confirmaba su idea de que aquella fábrica tenía algo de infernal y diabólico.

Cobraban un rencor sordo a esa avanzada de la nueva civilización, y ni aun cuando los ganados chúcaros se acostumbraron a rascarse en los postes, a acostarse y dormir tranquilos a su lado, ellos se doblegaron, temerosos y desconfiados siempre.

Había pocas casas en aquella margen derecha del Río Negro. Una larga de piedra, era la pulpería de un francés, dueño también de la balsa del paso; había dos fondas bautizadas con el pomposo título de hotel, y cuatro o cinco ranchejos, que estaban habitados por los peones de la balsa, criollos indolentes

que habían encontrado allí una ocupación fácil y que les dejaba muchas horas para el sueño y el reposo.

Otro rancho más grande estaba junto al camino, al lado de la posta de la diligencia, señalada por un cerco de palo a pique, y un alambrado que servía de brete para los caballos.

Vivía en ese rancho una china vieja conocida por *ña* Ciriaca *la flaca*, de esas viejas criollas con mucha sangre charrúa, que la edad seca y arruga como las frutas que se guardan en las cocinas, pero que se mantienen fuertes, con la última savia reconcentrada, desafiando a la muerte que parece esquivar a las plantas secas y encogidas cuando siega en el sembrado exuberante del mundo.

Vivía en aquel rancho desde tiempo inmemorial. Había tenido una hija, una chinita querendona que conoció temprano el amor y temprano murió, dejando una niña destinada a acompañar a la abuela y alegrarle la vida de desolación que rodea a la vejez.

Esa niña era Martina, morochita avispada, que los pasajeros de aquella travesía habían visto crecer en gracia y hermosura, hasta ser en el año 1885 un pimpollo silvestre, con el perfume recogido y oculto en la aspereza de su incultura y abandono.

La casa de doña Ciriaca servía de posada a los pasajeros que no querían alojarse en la pulpería del francés ni en las fondas del lugar, y con lo que ese hospedaje y el cuidado de la posta le producía, vivía la vieja bien, holgadamente, mirando correr los días detrás de los días, viendo a su nieta hacerse moza rozagante que atraía ya a los picaflores del pago en figura de paisanitos bien aperados; y secándose ella, como si la yerba del mate que chupaba sin cesar, sólo

alimentara la savia reconcentrada de la vida y no alcanzara al resto del cuerpo.

A la casa de doña Ciriaca llegó en aquellos días de 1885 la noticia aterradora para los paisanos: el ferrocarril que había pasado el Yí y marchaba hacia el Norte, venía acercándose al Río Negro.

¿Qué era el ferrocarril para los paisanos? El terror de los ganados chúcaros que huían campo afuera al sentir los bufidos de la locomotora; el terror de los campos que cortaba, dejando su huella indeleble en aquellos hierros paralelos acostados y ligados sobre la cama de ñandubay; el incendio de los pastizales secos por el sol del verano, con las chispas que volaban del furgón calentador de la barriga del monstruo; el corte de los alambrados por aquel viajero incansable y caprichoso, que no torcía el rumbo, a quien ninguna valla detenía; la muerte de la diligencia y las carretas que daban vida a las postas y a tantos vecinos...

Nada querían saber ellos del progreso, ni de los bienes futuros. Lo que veían, lo que sentían era que el chismoso del telégrafo había venido a espiarlos, a escudriñar en los campos para denunciar sus riquezas y había abierto el camino a la inmensa serpiente que corría sobre los dos hierros interminables acostados en la tierra, que atravesaba las montañas abriéndose paso como los tucutucu, y que llenaba las hendiduras y los bajos formando largos lomos de tierra colorada donde no arraigaban ni los yuyos de maldición, las ortigas, los abrojos y las espinas.

III

En aquellos días se reunían los vecinos cada domingo en la pulpería del francés, a jugar a los naipes y

a beber; y en las mesas de juego, bajo la solera, donde se encontraban los paisanos, era el principal motivo de las conversaciones el peligro que venía del sur, procedente de la misma ciudad de donde salían las contribuciones y las leyes y en donde gemían en cuarteles los hijos de la campaña.

Un viejo de larga barba, reposado en sus movimientos y lento en el hablar, sonreía oyendo el cálculo de los otros paisanos, acerca del ferrocarril.

El conocía bien al Río Negro, el *Hum* de los indios, el viejo río que arrastraba en sus aguas jugo de zarzaparrillas seculares, que petrificaba en el fondo de su cauce las astillas de los árboles destrozados por las tormentas, y las frutas que los vendavales quitaban a los guayabos, a los ñangapirés y a los mismos araticúes, ásperos y miserables como viejos avaros. Y ese río, que todos los inviernos salía de su lecho, extendiendo las riberas hasta las altas barrancas, arrastrando gramillares y dejando los campos fertilizados con su inundación; ese río padre, ¿permitiría acaso, que máquina alguna lo dominara, cortando sus aguas correntosas, clavando en medio de su cauce los postes que rompen la corriente?

Recordaba el viejo que cuando se estableció la balsa en el ancho Paso de los Toros, el río se había sublevado, y sacudiendo sus aguas oscuras, invadió los altos terrenos, humillando los gramillares, dejando sobre la tierra inundada huella desvastadora.

—¿Qué le parece, ño Remigio —preguntó al viejo uno de los paisanos—, pasará el ferrocarril?

El viejo, sacudiendo la cabeza con gesto irónico, dijo:

—Déjenlo llegar al paso, y ya veremos si hay quien dome la corriente...

Y acentuó las palabras con una carcajada.

Pero otro de los presentes, un joven tropero, acostumbrado a recorrer la campaña y a llegar a la ciudad, y que había escuchado en silencio los comentarios de los demás, habló a este tiempo para decir:

—Miren, paisanos, que el ferrocarril es una fiera y no hay defensa contra él: yo he visto el puente del Yí, larguísimo, con toda su armazón de hierro, y he visto domar la corriente hasta acostarlo entre las dos barrancas para que el ferrocarril pase con sus humaredas y sus bufidos por los campos de Villasboas derecho a nuestros pagos. Pasará el viejo Río Negro y seguirá el camino hasta perderse en las sierras, allá donde dicen que todo el año están los campos blanqueando tapados por la escarcha, donde llueve frío y los vientos castigan a los árboles con rebenques de hielo.

Calló el joven tropero. Sus palabras habían causado gran sensación en los oyentes.

El francés pulpero tomó parte a su vez en la conversación:

—Amigos —dijo con acento tranquilo—, el ferrocarril es una felicidad para la tierra. Corta los campos, espanta los ganados, pero después aumenta el valor de todo, y hace más fácil la vida; se llenan los campos de trigales; el ferrocarril lleva a la ciudad los productos del país con más seguridad que las carretas, más pronto y con menos gasto; y trae toda la riqueza de las industrias de Europa, para derramarlas en esta nación que todos deseamos se haga rica y grande entre sus hermanas.

—¡No, no! —dijeron varias voces a un tiempo—. ¡Esas invenciones del ferrocarril y el telégrafo son la desgracia de la campaña. Desde que hay ferrocarriles

en nuestra tierra hay epidemias y calamidades; se mueren los ganados y todo se arruina; y, además, las empresas son extranjeras que vienen a explotar el país para llevarse su riqueza!

IV

Los ecos de estas opiniones recorrían las estancias de aquella zona. En todas las casas, donde se reunieran algunos hombres, se hablaba del peligro cada día más cercano, se forjaban dificultades y se estimaban probabilidades, quedando todo en indecisión.

Pero vino la guerra, la guerra civil del año 1886; en los campos se interrumpieron los trabajos y las partidas volantes de ambos bandos ahuyentaron la paz y el sosiego de todos los hogares, abiertos a la desgracia como a la dicha bajo el sol eterno.

Las primeras partidas que se formaron en aquel pago desahogaron en el telégrafo el odio de tanto tiempo, derribando con implacable saña los postes de hierro en larga extensión, cortando los hilos y rompiendo aquellas orejas blancas del monstruo, donde querían encontrar el oculto mecanismo que recogía los sonidos para transmitirlos a los hilos.

Salvaje alegría parecía animar a aquellos pobres, desheredados todavía de la educación, y que al hacer frente al progreso se parecían a los toros bravos que embisten a la locomotora...

Cuando tornaron la tranquilidad y el orden, cuando los trabajos se reanudaron con la triste impresión de de derrota, también prosiguió su marcha el ferrocarril. La vía iba llegando a la margen izquierda del Río Negro.

Una mañana despertaron los vecinos con el asombro ante sus casas: una legión de obreros trabajaba en el río, desafiando la impetuosa corriente, sondando la profundidad, probando la resistencia del lecho y la fuerza de las aguas.

Pocos días después llegaban cargamentos de maderas, llegaban grandes martillos y máquinas enormes. Clavaron gruesas vigas y construyeron pilastras en el río, domaron con ciclópeos golpes la resistencia del fondo, y sobre aquellos pies de piedra, arraigados en el duro terreno, empezaron a tender y a trabar hierros hasta formar el puente inconmovible, airoso, que quedó extendido con sus dos cabezas en ambas márgenes y los pies innumerables clavados a través de las aguas correntosas, que se abrían y pasaban quebradas por entre las pilastras.

Y mientras los paisanos creían estar en un sueño, viendo el gran río domado, el temido enemigo, vencedor de todos los obstáculos, apareció triunfante, coronado de humo, bajando de la cuchilla en marcha majestuosa a inaugurar con la alegría de una victoria del progreso, aquel gran puente que gimió al paso de la locomotora y del convoy engalanado con banderas, sintiendo la opresión poderosa del señor.

Todo estaba concluido para lo antiguo. La vieja vida asustada, huía a través de los campos a refugiarse en los montes vírgenes y en las serranías impenetrables, hasta donde la perseguía el telégrafo anunciando a la nueva civilización.

La balsa quedó amarrada en los sarandíes de la ribera, la diligencia alargó sus viajes; se levantó un gran hotel, y numerosas casas poblaron aquel lugar arenoso, rodeando la estación de piedra del ferrocarril adornada con veletas y postes de pararrayos y del te-

légrafo, y la capilla con su cruz se levantó más alta, coronando aquel triunfo de la civilización con su enseña redentora.

Ña Ciriaca vio con la tristeza de quien mira derrumbarse bajo un golpe fatal todos sus ideales y todas sus creencias, el triunfo del ferrocarril que avanzaba cada día en su marcha hacia el norte.

Ella no tuvo más pasajeros en su casa, porque el nuevo hotel atraía a todos; la posta fue llevada a otro campo, y con todo esto la vieja sintió crecer en su corazón el rencor y el odio al progreso.

En sus oídos sonaban como anuncios fatídicos, como ruidos infernales, las pitadas de la locomotora y las férreas vibraciones de los trenes, arrastrándose sobre la vía, cargados de ganados, de lanas o de mercaderías, con los pasajeros asomados a las ventanillas para curiosear en la campaña todavía sorprendida.

Martina, la nieta de la vieja, cada día más hermosa y tentadora, se había encariñado, en cambio, con el ferrocarril... porque en él pasaba un joven que se iba adueñando del corazón de la muchacha.

Ella iba todos los domingos con las otras mozas a la estación, a ver pasar los trenes y a engolosinarse con la vista de aquel reflejo de la vida atrayente y llena de novedades de la capital lejana.

Corrieron días, y al despertar *ña* Ciriaca una mañana, llamó a Martina, y el silencio, que en adelante sería único compañero de la vieja, la aterró con su mudez.

La morochita, querendona como su madre, había alzado el vuelo a colmar sus esperanzas de amor y libertad, llevada por el ferrocarril rumoroso a la gran ciudad del sur, que tanto tiempo la había hecho suspirar, con las ansias de verla; de ver su mar, sus pa-

seos, las innumerables casas de azotea; las estatuas, personas de piedra; las chimeneas que echan el humo hasta el cielo; los grandes buques que se balancean en las aguas del puerto, y los carruajes donde se pasea cómodamente, con el lujo, fantástico para una campesina, de sedas, brocados, terciopelos y blondas...

Al verse abandonada y sola, la vieja *ña* Ciriaca sintió que perdía con su nieta uno de sus últimos consuelos; que quedaba en la desolación más triste, teniendo que escuchar los ruidos del ferrocarril que pasaba por delante de su rancho lanzando bocanadas de humo negro. Sintió la vieja que, privada de aquel hermoso retoño, su vida quedaba sin sombra ni apoyo, que nada le quedaba en la existencia amargada por tantas desilusiones; pensó en la muerte, y un temor grande llevó el frío a su corazón. Casi se seca la savia y cae como árbol sin raíces.

Pero se consoló después de llorar mucho, y tomó una resolución. Irse lejos, adonde no sintiera el paso del tren ni viera el humo de la odiada locomotora.

V

Una noche pasó el ferrocarril en viaje extraordinario, con cargamentos de ganados.

En los campos dormidos quedó flotando una nube pesada y un rumor sordo que corrió por los hierros vibrantes de la vía.

Cuando despertaron los vecinos en la madrugada, se sintieron conmovidos y asustados. En un rincón que formaba el río en una de sus vueltas, junto al paso, los pastizales altos ardían, incendiados por una chispa

desprendida de aquel tren, que había pasado como un ladrón en el silencio y en la oscuridad de la noche.

Ardían los pastos secos y rechinantes; y el fuego, entre nubes de humo, subía iluminando con sus resplandores el paisaje alegre de los campos en la madrugada de verano.

Se reunieron pronto los vecinos, atraídos por aquella luz que presagiaba una gran desgracia. En aquel rincón tenían todas sus esperanzas para salvar los ganados de la seca que dejaba los campos pelados y estériles.

El fuego se extendía, pasaba los límites del rincón y amenazaba invadir los campos circunvecinos.

La cañada seca que en otro tiempo habría obstado a la propagación del incendio, no era entonces más que una zanja donde el sol ardiente había formado alcagüesales.

Todos los hombres se reunieron, y provistos de cueros de ovejas, empezaron a combatir el fuego con los medios ingeniosos que les había sugerido la necesidad. Cargaban varias pieles en el anca de un caballo, las mojaban en el río y a todo correr volvían al campo incendiado, y entonces cada hombre, con uno de aquellos cueros empapados, golpeaba en el pasto, gritando para animarse mutuamente, mientras el humo y la ceniza voladora les ennegrecía los rostros.

Pero no bastó este recurso para contener el incendio: las llamas se extendían como una inundación a ras del suelo; era ese fuego que, por ironía, sin duda, se llama manso, siendo el más terrible.

Al fin se tuvo que recurrir a un remedio extremo. Mataron algunas yeguas, las abrieron y despatarraron con todas las vísceras; y atándolas de a una a la cincha de dos caballos con largos maneadores, arrastra-

ron aquellas carnes todavía palpitantes, sobre el fuego implacable.

Iban quedando en el pasto y en la tierra, trozos de las vísceras sangrientas; las carnes después, pedazo a pedazo, y los huesos deshechos, hasta que los caballos sólo arrastraron un manojo de cuero revolcado sujeto en el extremo de los maneadores.

Así se cortó el incendio encerrándolo en el rincón, donde ardieron hasta las últimas matas. Y la tierra quedó cubierta de una lepra blanca, como si fuera el desagüe de un lavadero.

Entonces, los paisanos, con sus rostros chamuscados y ennegrecidos por las llamas, con aspecto feroz, miraron iracundos al puente y a la vía férrea que se señalaba en el campo como un camino trillado con las dos rayas negras de los rieles, y dijeron con toda la rabia que llenaba sus corazones: "¡Para esto sirve el ferrocarril!"

VI

Con la tremenda impresión del estrago, la vieja Ciriaca dejó su rancho, y en una carreta, con todos sus trastos, emprendió el viaje hacia el oeste, camino de las sierras, adonde esperaba que no llegarían el humo de la locomotora ni el ruido de los trenes.

Al llegar a los campos quemados, detuvo el carro y se volvió para mirar por última vez aquel lugar que había habitado tantos años. La mirada se posó en la cruz de la capilla y la vieja se persignó sollozando.

Castigó los caballos que arrastraban el carro y siguió hasta encontrar el refugio que deseaba en las asperezas del oeste.

Pero en ese camino ya la agricultura había llegado a derramar su fecundidad: trigales dorados se movían como un mar, agitados por la brisa, y grandes plantaciones de viñas y tabaco verdeaban en aquellos campos feraces y ricos, que empezaba a morder la reja del arado.

LOS POBRES

I

Cuando la desgracia cae sobre una casa, se queda estrechada con ella, como el sipó que abraza hasta la muerte a los árboles del monte.

Así, desde que había muerto su marido, Juliana veía, casi tranquila y sin conmoverse, como presa de un fatalismo enervador, sucederse las tristezas, los golpes desgraciados, y esos sinsabores que cayendo gota a gota en el corazón lo martirizan sin llegar a llenarlo.

Vivía en un puesto de la estancia de un don Rufino García, de limosna ya, no teniendo quien trabajara en la casa para ganar el pedazo de carne ni la libra de harina.

Y envejeciéndose de prisa, con una hija de doce años, un varón de catorce y una niñita de pocos meses, nacida al tiempo de morir el padre, se acostaba todas las noches creyendo que la muerte vendría a golpear la puerta del rancho para llevarse a todos estos pobres, que nada más que miseria veían en su horizonte limitado por dos cuchillas y un arroyo.

¡Qué destino triste y qué vida amarga la de Juliana!

Nacida en esa misma estancia, fue sirvienta desde que tuvo fuerzas para ir a lavar ropa al arroyo, y aún antes, desde que sus piernas pudieron llevarla de la

cocina a la casa, con el mate espumoso que saboreaban los patrones o las visitas.

Nunca alcanzó a divisar más alegría que la de tener un rancho para ella sola, un rinconcito donde ocultar el amor que germina en todos los corazones y bajo todas las cortezas.

Y cuando ya era mujer a los quince años, con poca belleza y menos entendimiento, le habló Anastasio el domador, y ella se unió con él entreviendo la poquita felicidad a que creía tener derecho en la vida.

Tuvo su ranchito, tuvo las alegrías del amor, y tuvo hijos que le enseñaron un cariño más puro.

No faltó en el rancho, mientras Anastasio vivió, carne para el puchero ni harina para el pan; y los años corrieron iguales, con sus fríos y sus calores, dejando rigores sobre la casa en el invierno, y alegría de sol, en el verano.

Pero un día, cuando Juan, el hijo mayor, tenía trece años, y dos mujercitas más vivían bajo aquel techo, trajeron a Anastasio moribundo, "la suerte del domador", como dijo él amargamente al despedirse de la vida. Un caballo había arrojado al gaucho de piernas de acero contra un cerco y el alma encontró así salida en aquel cuerpo que parecía de una sola pieza, duro y fuerte para resistir todas las violencias y golpes de la vida de domador.

Al ver muerto a su hombre, Juliana cerró los ojos, como si esperara que la muerte la llevara junto con él, puesto que juntos habían vivido y disfrutado de la vida.

Y desde aquel momento lloró tanto, que sus ojos fueron secándose y hundiéndose en la cara flaca; y no hubo ya más alegría en su mirada, ni más cantos

en su boca de criolla, donde nacían espontáneas las tonadas más tristes.

Viendo tal dolor, que ni los días, ni las semanas, ni los meses disipaban, el patrón se compadeció y encargó que le siguieran dando la ración de carne que ganaba el difunto.

Y ninguno de los compañeros de Anastasio se animó a ofrecer a Juliana un amor, que comprendían no tendría eco en aquel corazón destinado a llenarse de amarguras.

II

El rancho, triste en todo tiempo, parecía de mal agüero en la estancia, y se le llegó a mirar como a las taperas que la fantástica imaginación de los paisanos puebla de duendes y aparecidos.

Sólo una vieja sirvienta de "las casas", tan pobre y sin dichas como Juliana, la visitaba, le traía yerba, maíz para mazamorra y algo de lo que sobraba en la cocina de los patrones.

Esta vieja era comadre de Juliana, y la llamaban doña Cuarentena.

Llevando y trayendo noticias, ella hizo que en las casas supieran que Marcelina, la hija de Juliana, era ya una mocita a los doce años; y que Juan, correteador de campo como las cachirlas, estaba asimismo en edad de prestar servicios.

Y ella también propuso a su comadre que mandara los dos muchachos a "las casas", donde ganarían algo para ayudarla a vivir.

Juliana, al oír esta proposición, salió de su acostumbrado atontamiento, y furiosa dijo que no se separaría de sus hijos aunque se muriera de hambre.

En vano le hizo reflexiones la vieja, hablándole de ventajas y favores. Esta madre era como las torcazas que se dejan matar en el nido por defender con el abrigo de sus alas a los pichones.

Pero la vieja siguió machacando, y un día trajo la amenaza de los patrones, de echar a Juliana del campo si no mandaba a sus hijos para el servicio de la estancia.

¿Qué iba a hacer la pobre? Se vio en medio del campo con sus tres hijos: con la chiquita que había ganado todo su cariño, abandonados al mal tiempo y al hambre, sin amparo ni socorro: y no hubo más lucha. Dejó que se llevaran a Marcelina, pero lloró como si la perdiera para siempre; mientras, la muchacha, que empezaba a sentir deseos de libertad y alegría, vio abrirse un camino de dicha al salir del miserable rancho donde se había criado sin conocer más que el dolor y la pobreza.

Juan no extrañó la orden de ir a servir a la estancia. El ya andaba por su cuenta y se había hecho solo un campero que prometía heredar las habilidades de su padre, montando potrillos baguales y hasta carneando a escondidas ovejas cuya carne se saboreaba como fruto prohibido en el rancho de Juliana.

Ella al ver partir a sus hijos en dirección de "las casas", conducidos por doña Cuarentena, pensaba en su niñez, en los días crueles de servidumbre, en las violencias de las patronas, en las asechanzas que persiguen a las pobres muchachas sin amparo, y lloró, como en la muerte de "su hombre", presintiendo el destino fatal que arrastra a los pobres hacia la perdición.

Maldijo el pedazo de carne que le daban los patrones. Se quedó un día entero sin probar bocado,

llorando, y con la mirada fija en el rumbo de "las casas", donde veía un monstruo que había devorado su niñez, que le había hecho morir al marido y que ahora llevaba a sus hijos para desgraciarlos; porque ella sentía, con su instinto de madre, que desde aquel momento no tendría hijos, que los muchachos no volverían a su rancho.

Si no hubiera sido por su querida Julianita, pedazo de su alma y refugio de todo su cariño, la pobre mujer no vuelve a llevar a la boca aquellos alimentos que le repugnaban, por venir de "las casas" odiadas.

III

Los pocos reales que pagaron a Marcelina vinieron a templar esa repulsión y a reconciliar a Juliana con los patrones.

Hubo menos miseria en el rancho, y pudo comprar a Julianita ropas abrigadas para el invierno.

Durante algún tiempo parecieron desviarse de aquel camino que tenían tan sabido las desgracias que llegaban a golpear con harta frecuencia la puerta del rancho triste.

Marcelina visitaba de tiempo en tiempo a su madre y venía muy arreglada, con la ropa desechada de las hijas del patrón, que sentaba bien a su cuerpo desarrollado de criolla.

Se iba embelleciendo la muchacha al llegar a la edad de quince años, en que toda mujer parece hermosa.

Juan venía menos al rancho; el trato con los peones de la estancia lo iba torciendo cada vez más, y ya

llegaban a su madre noticias bastantes para preocuparla por el fin del muchacho.

Una mañana se presentó Marcelina llorosa, conmovida hasta no poder en los primeros momentos explicar a su madre la causa del llanto.

Y cuando pudo hablar, contó una historia que ya Juliana conocía por haberla presenciado en su niñez: que los hijos del patrón la perseguían con malas intenciones; que tenía que defenderse de los peones; y que si no hubiera sido por doña Cuarentena, a esta fecha sería ya una desgraciada.

Juliana no supo qué decirle. Todo el pasado volvió a su memoria, se veía ella con las otras sirvientas expuestas a los malos deseos de los patrones, perseguidas y sufriendo todo el bochorno y la vergüenza que sienten hasta las almas inocentes e incultas.

¡Cuántas muchachas conocía ella que habían rodado por esa pendiente, que está siempre delante de los pobres y por la cual se deslizan al dar sólo un paso malo!

Marcelina seguía llorando, y Juliana la consoló, diciendo con voz insegura que no volvería a "las casas".

Temía la infeliz madre que no fuera posible cumplir esta promesa, y más lo comprendió al ver llegar toda afligida a doña Cuarentena.

—Comadre —dijo la vieja—, misia Rosalía está furiosa porque Marcelina se ha venido, y dice que si no vuelve hoy mismo, mañana la mandará echar a usted para que lleve sus lloriqueos y sus haraganerías a otra parte.

Entonces, las dos mujeres se abrazaron sollozando, sintiendo lo irremediable de su suerte.

Y Marcelina volvió a "las casas", mientras la madre, que ya no podía verter más lágrimas de los ojos

secos, quedaba convencida de que la muchacha iba a una perdición fatal.

Y aún tenía que pensar en una nueva desgracia, que podía tocarle a su hijo Juan, despedido de la estancia pocos días antes por haberse peleado con otro peón.

El muchacho, que había empezado la triste peregrinación de los mozos de campaña que no encuentran trabajo, andaba de estancia en estancia, durmiendo muchas noches en campo raso, para volver a la casa de su madre muerto de hambre y de fatiga.

En una de esas veces, cuando en "las casas" estaban disgustados por la escapada de Marcelina, llegó Juan y no encontró en el rancho ni un pedazo de carne para chamuscar en el fuego.

Se fue sin decir nada, y desde entonces no había vuelto.

Doña Cuarentena, mensajera de las tristes noticias, trajo a Juliana la de la desgracia de Juan: la policía lo había pillado carneando una oveja en el campo, y como ya lo tenía entre ojos por vago, se lo llevó al pueblo, para que de allí lo mandaran a un batallón a "hacerlo gente", como contó la vieja que había dicho el patrón.

IV

Al recibir aquel nuevo golpe, Juliana sintió que su pobre razón la abandonaba por completo, y pensó en un momento si no sería mejor matar a la hija que le quedaba, para que no siguiera la suerte de sus hermanos.

La chiquilina jugaba delante del rancho, inocente y alegre.

Su madre llegó hasta la puerta, y profiriendo un grito doloroso, cayó sin sentido sobre el umbral.

Se volvió la niña asustada, y al ver como muerta a la madrecita querida, se dejó caer a su lado llorando y llamándola con los nombres más cariñosos, mientras que se levantaba de los campos un rumor triste, al esconderse el sol con su gran nimbo rojo, detrás de las verdes cuchillas.

ALAMBRADO POR MEDIO

Muy cerca del pueblo de La Paz, había dos chacras juntas, mirándose sus casas cara a cara, desde que alumbraba el sol de la campaña, hasta que la dejaba, triste como enamorada que ve alejarse a su amante.

Un alambrado de cinco hilos separaba los campos; pero el viento solía en sus caprichos unir los humos que salían de las dos cocinas.

En la cuchilla, que el ferrocarril cruzaba, teniendo señalado su paso con la rastrillada rojiza de balasto y los postes de su telégrafo; en esa cuchilla, cuya tierra estaba acostumbrada al arado, había muchas chacras y muchas casas, todas iguales: el rancho blanqueado, un ombú al lado, el horno negro cerca de la cocina; un gallinero con techo de latas viejas, y las parvas, doradas en el verano y color barro en el invierno, con un tarro en el vértice a manera de sombrero, comidas abajo por los animales que las iban dejando como los muchachos golosos a los budines, a fuerza de probar antes de hora.

En una de aquellas dos chacras, la más próxima a la vía, habitaba una familia de canarios, padre, madre y un hijo.

El muchacho, desde que tuvo fuerzas para manejar una azada, se vio obligado a trabajar, y a los catorce años era más que un peón para sus padres.

Se había desarrollado así en medio del campo, fuerte como un coronilla del monte, quemado el rostro trigueño por el aire y el sol, y sin conocer de la vida

más de lo que sus padres le dejaban entrever, y era bien poco.

Mariano se llamaba. Cuando llegó a los catorce años, sintió una mañana cierto aviso de la naturaleza; así como los retoños que se plantan en tierra abonada y cuya savia se revuelve un buen día y busca salida con los brotes verdes, padres de las ramas, de las hojas y de las flores.

Salió al trabajo cotidiano, a arar la tierra que lindaba con la chacra vecina y que se preparaba antes que las otras para el trigo.

Con la mirada nostálgica y el pensamiento distraído, acompañaba el tardo paso de los bueyes, gritándoles inconscientemente; todo conmovido su ser, como si esperara algo desconocido.

Durante dos horas, fue y volvió con aquel andar monótono, mientras el campo cubierto de rastrojo se ponía negro al abrir la tierra la afilada proa del arado.

Tordos y chingolos andaban picoteando entre los terrones removidos y se besaban amorosos, pico con pico, como burlándose del muchacho que los miraba.

Allá lejos, en la falda de la cuchilla, un toro atado a una estaca lanzaba sus mugidos, que se esforzaba en hacer amorosos y apasionados para las vaquitas nuevas que andaban cerca de la casa entreveradas con los bueyes mansos y tranquilos.

Y la tierra también parecía abrirse gustosa y ofrecer su seno fecundo para las semillas que habían de tener con ella sus amores.

En el otro lado, viniendo de la casa vecina hacia el alambrado divisorio, apareció en ese tiempo una muchacha de más años que Mariano, la hija de los otros

chacareros, Sebastiana, *la gringuita,* como la llamaban los vecinos.

Se conocían los dos hacía tiempo; pero no se hablaban, y apenas un saludo indiferente cambiaban al encontrarse cerca, alambrado por medio, en la época de la sementera, cuando la muchacha salía a echar trigo en los surcos con su mano que miraba el padre como bendita.

Aquel día, sin embargo, la muchacha se acercó más que de costumbre al sitio donde araba Mariano, y como si quisiera hablarle, llegó hasta el alambrado y lo saludó.

El, enardecida la cara sin saber por qué, contestó al saludo y se quedó con un pie sobre el arado, quieto, mirando; pero no de frente a Sebastiana.

Al verlo así la muchacha, con gesto travieso le dijo:

—¡Ay! ¡cuánto trabajamos!

El se puso más colorado.

—Ya se ve —siguió ella—, vamos arando, dijo el mosquito.

Y soltó una carcajada que sorprendió todavía más a Mariano.

—Mozo del arado —gritó ella, subiéndose a los hilos del alambrado—, ¿no quiere conversar con la gente?

El muchacho, como si un secreto impulso lo moviera, se fue ligero con su picana al hombro, hacia la vecinita que lo esperaba sonriendo. Se volvió dos veces a mirar para la casa antes de llegar.

Estaban en un sitio del terreno que se veía poco de las lomas: era una bajada honda.

Cuando Mariano se vio tan cerquita de la muchacha, le latió el corazón a saltos, pero la miró, la miró en los ojos negros, que ella cerró sin dejar de sonreir.

—¿Se le ofrecía algo? —preguntó resuelto a hablar.

—¡Ah! Sí —respondió Sebastiana, inclinándose más hacia el lado de Mariano, y hamacándose en el alambre que pisaba—. Quería hacerle un encargo: dígale a su mama que mi mama le manda decir que los *macaos* pasan de noche a hozar en mi sementera.

—Bueno. Pero los de ustedes vienen también a mi sembrado.

—Sí, ¡de dónde! —Y como estaba muy cerca de Mariano, al decir estas palabras, le puso una mano en el hombro, riendo, y acercó su cara hasta la del muchacho, temblándole los labios.

El se puso serio y dio un paso hacia atrás.

—¡Ja, ja! —dijo ella—, tiene miedo y es un hombre...

—No tengo miedo ni nada —exclamó él, enojándose.

—Y ahora se enoja. El que se enoja no moja —canturreó cada vez más burlona.

—Andate a cuidar los chanchos, pava —dijo él fastidiado, y se volvió a su arado.

Cuando Sebastiana lo vio alejarse así, mudó la sonrisa burlona en expresión de despecho, y bajándose del alambrado hizo un gesto indecente, volviéndose de espaldas al muchacho.

El quedó conmovido por una sensación extraña, y al verla irse se sintió tentado de llamarla.

Todos los días que siguieron hasta concluirse la sementera, Mariano interrumpía muchas veces el trabajo para mirar al otro lado a ver si aparecía Sebastiana, aunque fuera a burlarse, pero solamente muy de lejos le era dado verla, sacudiéndose toda en los quehaceres de la casa.

Llegó el verano, y al hacerse la siega, el muchacho volvió a ver de cerca a la vecina.

La vio entre montones de trigo que emparvaba, muy arremangada, con la cara enardecida por el calor y el trabajo, y hasta vio con rabia y dolor de su parte, que uno de los peones, un italiano, le hablaba muy cerca, como él lo había deseado tantas veces.

Pasaron las siegas y llegaron las trillas con sus fiestas alegres y el rechinar de trigos dorados; y Mariano al ver las luces del baile en la casa vecina, cuando se festejaba la abundancia de la cosecha, sintió no ser más mozo para ir a aquellos festejos y ver a la muchacha que lo desvelaba.

Así se había ido entrando en aquel corazón preparado para el amor, la imagen de la italianita Sebastiana, llenando todas las aspiraciones de Mariano y ganando todo su cariño tímido y comprimido.

¡Cuánto lloró el pobre muchacho cuando sus padres le dijeron, después de las trillas, que se irían en febrero a otro campo mejor, a ganar más y a vivir con grandes comodidades!

¿Qué le importaban a él todas las mejoras y riquezas, si ya no vería el rancho de Sebastiana, ni su figura, que, aun vista de lejos, le alegraba el alma?

Lloró de corazón, cuando tuvo que dejar aquella casa para irse a vivir a seis leguas de allí, mientras sus padres iban rebosando contento y alegría.

Pasaron sementeras y cosechas, siegas y trillas, lluvias y soles, dejando su huella sobre la tierra fecunda.

Mariano, que se había hecho mozo en esos cuatro años, empezó a frecuentar bailes de trillas, a ver muchas canaritas de ojos y cabellos negros, y de bocas risueñas; pero ninguna desalojó de su corazón la imagen de Sebastiana.

La quería más que nunca, aumentando el amor por la ausencia, hermoseaba la figura de *la gringuita* burlona ante los ojos del muchacho encandilados por la pasión.

Un domingo sus padres lo mandaron al pueblo a oir misa y a hacer algunas compras; y él resolvió hacer la escapada que venía meditando y llegar hasta su antiguo pago.

Trotando por el camino polvoriento, cantaba de alegría versos de ilusión, que parecían improvisados por él, de tan bien que correspondían a su estado.

Al llegar a su antigua chacra le pareció revivir en la niñez tranquila, cuando sus aspiraciones se limitaban a un buen puñado de gofio con azúcar, y no pensaba en gringuitas que quitan el apetito y desvelan.

Ya se veía la casa de Sebastiana, con el ombú raquítico, el horno invadido por las gallinas y el rancho de la quincha removida por los temporales del último invierno.

Un chiquilín de dos años, desarrapado y sucio, jugaba con un perrito al lado del rancho, revolcándose en el suelo.

Algunos cerdos hozaban gruñendo entre un maizal recién brotado, que empezaba a verdear y que estaba junto a la senda que seguía Mariano.

En esa dirección venía una mujer gorda, moviéndose pesadamente, porque no era ella sola la que pesaba sobre sus piernas.

De lejos gritó: "¡Cochi, cochi!" Y después se acercó a tirar terrones a los animales, que seguían tranquilos metiendo los hocicos en la tierra blanda.

Y al ver a Mariano, a caballo, parado allí, mirándola triste, sin poder convencerse de que aquella mujer fuera Sebastiana, ella, avergonzada, quizá, por es-

tar con las ropas desgarradas, sucia y descalza, dijo a un italiano tan sucio y desgreñado como ella, que venía también a espantar a los cerdos:

—Si no se va pronto ese zonzo, va haber que echarle los perros. ¡Quién sabe con qué intenciones anda!

Mariano siguió su camino al trote. Vio que el alambrado divisorio, donde en otro tiempo la muchacha Sebastiana se había burlado de él hamacándose en los hilos, ya no existía: las dos chacras eran una sola.

Y el mozo lloró, marchando por aquel camino de tantos recuerdos, lloró mucho rato, pero se fue consolando y sintiendo un gran alivio, como si la imagen de Sebastiana se hubiera encogido y refugiado en algún rinconcito del corazón, dejando lugar para otra.

DON PATROCINIO

I

Cuando el nuevo invierno trajo neblinas y temporales a la costa de Polonio, el viejo don Patrocinio sintió el frío de la muerte en su corazón que palpitaba sin descanso hacía noventa años.

El había conocido la vieja vida en aquella costa. Había sido buzo cuando se podía serlo, cuando el faro no se levantaba en el cabo, y muchos buques se perdían arrastrados por misteriosa fuerza a estrellarse en las rocas bravas.

Pero ahora, no se avenía con la existencia monótona del lobero, y la muerte venía a abreviar su tormento.

En las noches, cuando se reunían algunos compañeros de faena en la casa del guardafaro, se contaban historias trágicas en que el viejo había sido actor, y que la imagen de los narradores adornaba con detalles misteriosos y extraños.

Un lobero pesimista dijo una vez que don Patrocinio era viejo como el mentir; y nadie llegó a saber de dónde era ni qué edad tenía, pues todos le habían conocido viejo.

II

Antes de la "guerra grande", en la primera mitad del siglo, apareció en el Polonio un hombre que por su lenguaje parecía brasileño.

Ya era viejo; una barba enredada cubría su cara,

donde los ojos de águila se escondían en las órbitas hondas, y el cuerpo era corpulento y recio de carnes, como destinado a vivir mucho tiempo.

Tenía aspecto de marino, y al pedir trabajo en la estancia de Gómez, solicitó que se le permitiera vivir cerca del mar.

Le dieron un rancho situado en la ladera de la cuchilla, muy cerca del Polonio, con la obligación de cuidar una majada que merodeaba en los campos invadidos por la arena voladora.

En aquel tiempo la costa no tenía faros, y los vecinos de las cercanías del cabo vivían más de los despojos que arrojaba el mar a las playas, que de sus ganados miserables.

En los ranchos levantados en las laderas y entre las quebradas arenosas habitaba gente pobre, acostumbrada a aprovechar los regalos que el mar les brindaba como anfitrión opulento, muchas veces intactos.

Cuando la ambición aumentó, no bastó la desgracia que perdía tantos buques en la costa; y los hombres de la playa hicieron muchas veces en lo alto de la cuchilla un faro simulado, girando con un cuero alrededor de una fogata.

La costa terrible conserva todavía reliquias de naufragios causados por la farola de los buzos.

Don Patrocinio, que era aquel hombre de aspecto de marino, no tardó en conocer las costumbres de los vecinos y en hacerse compañero de ellos en todas las empresas, aficionándose a los salvatajes y a todas las artes y mañas de los buzos.

Aprendió a entrar a caballo y en pelo al mar para enlazar los objetos, que flotaban en las aguas, y aprendió a esconder en el arenal los mayores objetos, sin que nadie, fuera de él, pudiese descubrirlos.

Mientras los compañeros enriquecidos dejaban aquella vida para hacerse estancieros, comprando campos de tierra adentro, don Patrocinio seguía atesorando, avaro, sin que en su rancho se aumentara la comodidad siquiera de una cama.

Y vivía solo, sin participar de fiestas ni reuniones, como esos árboles que arraigan en cualquier tierra y no dan fruto ni sombra.

Se le veía a menudo con un catalejo de caño abollado y cubierto de verdín, seguir los buques de vela en el mar, ora tranquilo, ora embravecido.

Como las gaviotas que levantan las alas blancas, mientras picotean en el agua buscando el alimento, pasaban los buques lentamente, entre el cielo y el mar, con su velamen desplegado, quedando a veces todo un día a la vista.

Y el viejo los seguía hasta que en la lejanía parecían hundirse en el mar poco a poco.

Cuando el cielo se oscurecía y los temporales levantaban las grandes olas que venían con tremendo rumor a deshacerse en las rocas de las islas y del cabo y a salpicar la playa arenosa, solía aparecer algún buque con velas plegadas, como un ave que vuelve presurosa a su nido con las alas mojadas por la lluvia; daba bordadas, el mar lo sacudía, y cada vez se acercaba más a la costa, hasta que al fin corría a hallar la muerte entre los peñascos escondidos bajo el agua.

Muchos hombres se ahogaban. Pero los vecinos hacían su cosecha, despojando al buque que quedaba entre las rocas, abierto, como los animales que mueren en las cuchillas ofreciéndose a la voracidad de los cuervos y caranchos.

Un día don Patrocinio vio aparecer un buque extraño, sin velas, chato, con dos chimeneas negras y

grandes ruedas de paletas rojas que golpeaban las aguas.

Y el buque andaba sin velas; su marcha era segura, no bordejeaba; en el mar dejaba estela de espuma, en el cielo estela de humo negro.

Y el viejo, sin volver de su asombro, lo vio recorrer en breve tiempo larga distancia, hasta perderse en la dirección del cabo de Santa María.

Era el primer vapor que iba a saludar con su penacho de humo al Cerro de Montevideo, que se coronaba también con fuego y con humo, cuando los cañones de su fortaleza tronaban desde la altura.

Al viejo le pareció que aquel extraño buque traía la muerte; era un genio enemigo. Un destino fatal lo enviaba a cruzar los mares del Uruguay; y caviló mucho, sintiendo en su alma un anuncio triste, como si se acercara su fin.

Después vio muchos buques iguales a aquel, pasar con sus humos, y otros que no tenían ruedas rojas que los movieran, y que, sin embargo, marchaban dejando las dos estelas.

Hasta que un naufragio no arrojó a la costa a un vapor, no satisfizo el viejo su curiosidad.

Lo vio con salvaje alegría correr desatentado a encallar en uno de los islotes y quedar inmóvil ante el asombro de todos los vecinos, que creían imposible la pérdida de un barco que navegaba sin velas...

Cuando lo vieron asaltado por las olas, indefenso, como un gigante derribado y sometido a los ultrajes de los más viles, se alegraron. Aquellos buques no eran invencibles, no podían desafiar impunemente las furias del mar... Y fueron a registrarlo, a ver su máquina, pero no entendieron la causa que lo movía.

Desde entonces pudieron aprovechar muchos despojos de vapores.

III

Don Patrocinio se envejecía y envejecía.

Y la vida antigua no se iba de aquella costa, como si el viejo la defendiera.

El tremendo golpe para todos fue la construcción del faro.

Lo vieron levantarse redondo, alto, como una columna, y coronarse con un farol de grandes vidrios y un sombrero colorado.

Y cuando estuvo concluido, cuando la casa del guarda y el faro blanquearon sobre el lomo del cabo del Polonio, una noche vieron los vecinos asombrados brillar la luz a través de los vidrios, como una gran estrella vista de lejos y chispeando los resplandores en las aguas del mar.

Y los buques tenían un amigo en la costa, y en las noches oscuras el vigilante faro señalaría el peligro con su luz, erguido sobre el cabo, como un brazo de la tierra que levantara en alto una linterna para alumbrar la extensión inmensa de las aguas.

Al principio las aves del mar huyeron de la luz. Después acudieron a curiosear y golpear los vidrios con sus alas; y, ¡cuántas mueren desde entonces, agonizando doloridas en el corredor, donde la luz las vela toda la noche!

Don Patrocinio vio, quizá, más triste que ninguno, alzarse el faro en el cabo para guiar a los navegantes de la costa, cruzando sus luces con el otro amigo, que desde Santa María lanza sus reflejos intermitentes hasta el horizonte lejanísimo del mar y hasta las sierras azuladas y las cuchillas verdes tierra adentro.

Escasearon los naufragios y el viejo se aburría.

Cuando se estableció la empresa para la matanza

de lobos en las islas, le ofrecieron el cargo de capataz y aceptó, hallando la faena de su gusto.

Viejo como era, no hubo quien lo igualara en el manejo del palo, ni en el acierto para matar los lobos finos de un solo golpe.

A la hora de la siesta, cuando los anfibios salen a gozar del calor del sol en las rocas de las islas, los loberos van en sus grandes botes, se acercan a ellas despacio, desembarcan, forman un extenso círculo, y abriendo paso hasta el mar a los lobos sorprendidos, matan los de piel fina, pegándoles en la cabeza con palos gruesos y largos.

Después, en la misma isla desuellan a los lobos, y echan los residuos inútiles al mar, para golosina de los tiburones que rodean las islas en cardumen.

Muchos mozos pobres se alistaron en esta faena y construyeron sus ranchos al lado de uno grande con techo de zinc, donde se depositaban las pieles preparadas para el embarque.

IV

Entre los hombres que aparecieron por ese nuevo tiempo en la costa, llegó un mozo italiano, Bautista de nombre, delgaducho de cuerpo, con cara de esas que quieren inspirar simpatía a fuerza de estar siempre sonrientes.

Los otros loberos, y principalmente los criollos, lo miraron desde un principio con prevención, pero consiguió ganar voluntades y hacerse gran amigo del guardafaro y de algunos paisanos suyos, que tenían cierto rencor a los hijos del país.

Estos, cuando vieron ganar terreno al gringo, lo tomaron más entre ojos y lo calificaron con un mote despreciativo: *el introducido.*

Pero el italiano iba a su fin: él oía hablar de los tiempos antiguos de la costa, de los tesoros perdidos en los naufragios, de los vecinos que se habían enriquecido a costa de tales desgracias, y sabía que el viejo don Patrocinio era de aquellos tiempos y que debía tener riquezas escondidas. Se hablaba, sobre todo. del naufragio de un buque inglés, el *Syren*, que traía en su cargamento joyas y valores metálicos, de los cuales había cazado gran parte el viejo, sin que la policía pudiera encontrársela cuando registró los ranchos vecinos.

Y Bautista, meloso, metiéndosele por los ojos al viejo avaro, quería ganar su amistad; lo acompañaba siempre, y llegó a ser como la sombra de don Patrocinio.

¡Cuántas noches se deslizaba el italiano en el rancho del viejo a espiar su sueño y a escuchar para descubrir el lugar donde ocultaba las riquezas!

Pero el viejo, dormido y despierto era avaro hasta de las palabras y si concedió alguna confianza a Bautista, nunca contó más que con parquedad los sucesos de la costa, los naufragios y los salvatajes, sin dejar entrever que tenía riquezas y dónde las guardaba.

Así pasaron muchos meses, y todos admiraban la constancia con que el gringo introducido "pastoreaba al viejo", sirviéndolo, haciéndole regalos de bebidas y tabaco, y siempre con la sonrisa como una careta sobre la cara flaca.

Un día, terminada la faena en las islas, cuando el viejo fue a embarcarse en el bote, la tabla que iba de las piedras a la embarcación se movió, y el viejo se habría hundido en las aguas profundas, abundantes de tiburones, si no lo auxiliara Bautista.

El viejo no consideró más al italiano por esto, ni

se lo agradeció mucho, pero le quedó el miedo en el cerebro, como una idea fija que le anunciaba la muerte.

Dejó de ir a la faena varios días, dominado por la aprensión de un peligro que hasta entonces no había temido. Y, al fin, pensando y cavilando, llegó a dejar su cargo de capataz en la cuadrilla de loberos y a no volver a las islas.

Su existencia fue desde entonces aburrida. Salía de mañana a pescar o a buscar mariscos en la playa, y el resto del tiempo lo pasaba asomado en la ventana de su rancho, contemplando con el abollado catalejo la extensa llanura del océano.

Bautista siguió en su amor acompañando al viejo todos los días, espiando su sueño y atisbando en los ojos hundidos del avaro para descubrir el recuerdo del escondrijo que guardaba el ansiado tesoro.

V

El invierno entristecía el cielo. Las nubes se quedaban mucho tiempo sin dejar asomar al sol, y la neblina envolvía al faro y extendía sus velos por la costa.

Una noche, el temporal empezó a rugir debajo de la niebla, entre el misterio que cubría al mar.

Pasaron por entre los ranchos ráfagas húmedas, llevando la voz de alarma, dejando en los techos de quincha floja, quejidos y suspiros tristes.

Y las horas fueron aumentando la violencia del temporal.

Los ranchos parecían batir las alas de sus techos para volar.

Desde el faro descubrieron unas luces en el mar, muy cerca de la isla del Marco. Y eran luces de buque de guerra.

Los vecinos acudieron a la costa y no tardaron en divisar, moviéndose entre la neblina, las luces blancas y coloradas.

Después se apagaron de golpe, y ni buque ni luces se vieron más. El mar siguió sacudiéndose y el viento soplando furioso sobre las olas y la tierra conmovidas.

Entonces los loberos se fueron a recorrer la costa y las playas arenosas, adonde el mar arroja los despojos de sus víctimas y que ahora salpica con espumas. Iban los hombres en cuadrilla, como a la faena, delcalzos, con las ropas destrozadas, casi todos sin sombrero; y don Patrocinio al frente, arrastrado por los compañeros, con los pantalones arremangados, mostrando las piernas nervudas y vellosas, y con una galera rota en la cabeza. Parecía una figura de Carnaval, marchando delante de la comparsa desarrapada, en la oscuridad de la noche tempestuosa.

Empezó a caer una lluvia fría, menuda, que parecía clavarse en las carnes y helarlas.

De pronto, un mozo que iba delante, gritó: "Hay gente... un bote".

Corrieron todos y hallaron un bote volcado sobre la arena, y tres hombres a cual más extenuado, con las ropas empapadas.

El guardafaro llevaba caña en un frasco. La hicieron beber a los náufragos, que se reanimaron. Eran tripulantes del buque de guerra perdido en la costa. El mar había arrojado junto con el bote y los tres hombres, dos cadáveres y algunos objetos.

Los loberos volvieron al caserío con los náufragos, siempre bajo la lluvia tenaz y fría que traspasaba las ropas y helaba los cuerpos.

Don Patrocinio volvió enfermo, presa ya de una fiebre que iba a matarlo.

Cuando llegó a su rancho se acostó desnudo, temblando, cubierto con un poncho de paño, en la cama que era una puerta de camarote sobre la cual tenía extendidos prendas de apero, viejos cojinillos y cueros secos.

El italiano Bautista lo había acompañado, y cuando lo vio caer delirando, se asustó, porque le pareció que el viejo iba a morirse en seguida, llevándose el secreto a la tumba, y resolvió ir a buscar un curandero a las lomas.

Pero cuando notó que el viejo deliraba, pensó también que podría revelar el secreto y se puso a observarlo atento, espiando los movimientos de los labios del viejo, para adivinar las palabras que no pronunciaba.

Dudó un rato entre quedarse o ir a buscar al curandero.

El viejo seguía delirando, pero no hablaba, y Bautista se decidió al fin: el temor de que don Patrocinio se muriera con el secreto lo venció.

Salió del rancho a buscar un caballo para ir a las lomas.

Los demás vecinos estaban reunidos en la casa del guardafaro, donde se había alojado a los náufragos.

VI

Pasaron horas y el viejo don Patrocinio seguía delirando.

El temporal había redoblado, y los ranchos temblaban sacudidos por las rachas furiosas.

El viejo empezó a hablar fuerte, pero salían las palabras sueltas: recuerdos de naufragios, de un pasado misterioso, del tesoro que pastoreaba Bautista: "Ahí están los botes... échale el lazo a ese cajón... —Siu Oliveira, ¿nao save de minha filha?... —Tomá filho a' uma... me la fizistes e me la pagas... — Ahí, al lado del espinillar de la cruz, veinte pasos derecho al faro... una vara... no; no, ladrón, ¡ladrón!..."

Y un ronquido sucedió a la voz en la garganta.

El viejo se irguió delirante; saltó de la cama, abrió de par en par la ventana, y clavó sus miradas febricentes en el faro.

Empezaba a clarear; una luz vaga se esparcía por el ambiente húmedo y nublado.

El viejo extendió los brazos amenazando al faro; sus piernas se doblaron y cayó para morir en delirio, profiriendo frases incomprensibles.

Cuando volvió Bautista con el curandero poco rato más tarde, se encontró con el desengaño.

Desesperado miró a don Patrocinio en los ojos que tenía abiertos en la muerte, pretendiendo leer en ellos el secreto; y luego paseó sus miradas por el interior del rancho y escuchó con atención, esperando percibir el eco de las palabras con que el viejo hubiera revelado el lugar donde ocultaba su tesoro...

La luz del faro brillaba todavía entre la neblina vaporosa, como una estrella del cielo, y el viento, silbando al pasar por entre las rendijas de los techos mal trabados, parecía burlarse de Bautista.

EN LA SIERRA

A Carlos Travieso

I

Cantaron los gallos desperezándose en sus tronos sultanescos; la majada moviéndose en el rodeo hizo sentir sus balidos tristes; contestaron las vacas y los terneros desde el corral; y algunos ñacurutúes huyeron graznando del pedregal, mientras en el montecillo de talas y arazáes florecidos, los pájaros empezaron su canto que semejó al principio agua bullente, luego hojas movidas por blanda brisa, y al fin trinos y gorjeos; hermosa música que saludó dignamente la aparición del rey sol, que para distinguirse de los otros monarcas, madrugaba en estos días del verano.

La primera luz se vio en los blancos cerros del oeste por una extraña refracción, y después, entre las grandes nubes blancas, que coloreadas con el rubor de la aurora huían perezosas, asomó el disco del sol, ascendiendo hasta sobrepasar la altura de la sierra y escudriñar con la luz, los más escondidos rincones del monte y de las cañadas de corriente límpida y flaca, que se deslizaban sin ruido sobre su lecho pedregoso.

Dos ranchos grandes había en el lomo de la cuchilla, y entre ellos un ombú viejo, con las hojas amarillentas, que daba abrigo a los pajaritos solteros, se alzaba como un ramo mustio que ha pasado la noche en sala de atmósfera viciada.

Ya las calandrias saltaban sobre el techo de paja, y los carpinteros golpeaban la pared de terrón para

abrir sus nidos, cuando una puerta del rancho principal se abrió y por ella salió una mujer desgreñada, acabando de abrochar la basquiña, que mal le cubría el busto.

Se acercó al barril de agua que estaba sobre la rastra, debajo de una pequeña ramada, y sirviéndose de las manos puestas en forma de concha, mojó y remojó la cara con fruición; y luego se la enjugó despacio con el delantal que le caía por delante sobre la pollera de zaraza, descolorida por el uso. Trenzó la negra cabellera y dejó lucir la trenza que pasaba de la cintura en largo, y tan gruesa como los troncos de los sipós viejos que trepan por los corondas del monte.

Bastó este ligero aliño para que la mujer, que era joven, pareciera muy otra; tenía la cara algo grande y de color trigueño, finísimo vello sobre el labio superior que se besaba con el otro como dos tajadas de ñangapiré maduro; y los ojos se escondían detrás de las pestañas filtrando su luz como el sol la suya por entre la negrura de un bosque.

Erguida de talla; el cuerpo desarrollado libremente, y el seno comprimido por un estrecho corpiño y por la basquiña, que mostrándose carcelera bondadosa, había perdido dos botones.

Así era Regina, la hija del puestero *ño* Máximo Alcorcón y de la brasileña *ña* Paula, y hermana de cierto Mauricio, por mal nombre *El Pintao,* que, holgazán y jugador, andaba corriendo la tuna detrás de chinas y jugadas.

Las hijas son las de la casa, suelen decir los paisanos, significando que tocan a la mujer los quehaceres domésticos todos, aunque sean más afanosos y duros que los del campo.

Y Regina era *la de su casa.* La madre, aunque no era muy vieja, vivía ebria, pretextando enfermedades extrañas; echada sobre un sillón de hamaca que tenía un cuero de vaca por asiento y respaldo. Fumando maquinalmente los cigarros de hoja que ella misma liaba, pasábase el tiempo como en éxtasis con las miradas perdidas siguiendo las nubes en el alto cielo y las bandadas de pájaros en el aire.

Sólo parecía vivir cuando espantaba con un arreador a los pollos piadores, que se entraban al cuarto, o prodigaba insultos y groserías a Regina, por cualquier desagrado, y por el simple gusto de desentumir la lengua.

La muchacha no tenía un punto de reposo en todo el día; ella debía ordeñar las quince vacas que se ataban en el verano para hacer queso; tenía que cuidar el huerto para que las cotorras desvergonzadas, que no hacían caso del espantajo, no asaltaran el maizal; atendía el gallinero y la majada; y aun después de cocinar y hacer el queso, tenía que dar vuelta a las vacas para que no se alejaran, atar las terneras al mediodía, e ir al lavadero con los coladores y toda la ropa de la casa.

Y todavía, no estando el padre ni el hermano, que era lo más frecuente, porque el uno se iba a las casas a ayudar a los patrones y el otro andaba vagando, Regina tenía que carnear; ir con el mancarrón de servicio a traer agua de la vertiente del bajo, y a cortar leña en las "islas" más cercanas.

Y los pocos ratos que pasaba en la casa eran peores aún. La vieja, con su hablar aportuguesado le gritaba, insultándola hasta porque caían las hojas del ombú, y muchas veces la perseguía con el arreador, maltratándola con más perversión.

Ño Máximo hacía tiempo que vivía más en la casa principal de la estancia que en la suya. Aunque rudo y poco cariñoso, tenía mejores sentimientos que ña Paula, y ésta en su presencia no se atrevía a maltratar a Regina, sino por lo bajo, con sus rezongos irritados, que amenazaban desbordarse en la primera ocasión.

Los disgustos que ocurrían entre marido y mujer desde que ella empezó a embriagarse diariamente, con el pretexto de su enfermedad, motivaron disensiones cada vez más agrias, y al fin una madrugada, Regina oyó desde su cama, la voz irritada de ño Máximo, que decía: "¡vas a concluir por que te mate, relajada!"

¡Cómo conservó la memoria de la muchacha aquella frase que revelaba el estado de las relaciones de sus padres!

Se había criado así, sin enseñanzas y sin cariño; teniendo constantemente ante sus ojos, el cuadro triste del hogar, con la madre viciosa, consumiendo la vida en la inacción; el hermano emancipado de todo respeto, gaucheando todo el año; y el padre despreciándolos a todos, y dedicado únicamente a sus obligaciones en la estancia, lejos de la familia y renegando de ella.

II

Cuando Regina se sintió mujer, aquel hogar le pareció más desolado, y más dura su vida. Despertóse en ella un ansia insaciable de afectos y pasaba días distraída, escuchando con indiferencia los denuestos de la madre y haciendo sus trabajos maquinalmente.

Trajo del monte una tarde dos pichones de torcaza, apenas emplumados, y los crió a escondidas, desaho-

gando en ellos su amor que rebosaba; y concluyó por matarlos a caricias y besos.

En la siesta, cuando bajaba al lavadero del arroyo, el calor excitante la hacía pasarse las horas enteras escuchando los rumores, creyendo oir pasos misteriosos de una visión esperada... Estos días volvía tarde a la casa, con una pesadumbre inexplicable; y cuando la vieja la castigaba brutalmente por su tardanza, le parecía que los golpes la aliviaban, que le sobraba la sangre en el cuerpo, y las lágrimas desahogaban tantas sensaciones sublevadas.

Ella no sabía lo que esperaba ni lo que deseaba. Fuera del padre y del hermano, pocos hombres veía. A aquel rincón del valle no llegaba nadie; y sólo en tiempo de yerra algunos "paradores" pasaban cerca, persiguiendo el ganado fugitivo.

Una mañana llegó, sin embargo, buscando a ño Máximo, un paisanito joven. buen mozo, de nombre Gervasio Guerra, que ya tenía fama de buen campero entre la gente del pago.

Andaba haciendo una tropa para llevarla a la ciudad.

Regina lo hizo entrar, y mientras el mozo, poco ladino, explicaba a la vieja ña Paula el motivo que lo traía al puesto, la muchacha preparó el mate presurosa y se lo ofreció a Gervasio.

Lo miraba con disimulo de pies a cabeza; sus ojos huían de los del mozo y quería verlo, sin embargo, conmovida ya por una impresión nueva.

Cuando Gervasio se despidió y ella alargó la mano temblorosa, él advirtió su emoción y la miró en los ojos aumentándole la turbación.

Desde la bajada, el mozo se volvió hacia la casa deteniendo el caballo; Regina. que desde el patio lo

miraba alejarse, dominada aún por aquella emoción extraña, lo saludó dos o tres veces con la mano, casi maquinalmente, como impulsada por una fuerza superior a su voluntad.

El contestó el saludo y la muchacha quedó avergonzada y contenta. Sintió que algo había entrado en su corazón. Soñó esa noche con un mozo muy parecido a Gervasio, y por primera vez en su vida tuvo ña Paula que despertarla a gritos en la mañana, para que fuera al corral, cuando el sol alumbraba ya todo el valle.

El mozo volvió unas cuantas veces con diferentes motivos, y esas visitas aumentaron el amor que ya le tenía Regina.

Ña Paula desconfió y dio en celarla hasta el punto de no permitirle que cambiara una palabra con él, y acompañarla al arroyo, no perdiéndole pisada, temerosa de quedar sin aquella esclava que la eximía de todo trabajo.

En las visitas de Gervasio espiaba las miradas del mozo, y si veía que Regina correspondía a alguna, se la hacía pagar con injurias rabiosas en cuanto se iba el mozo.

Reprochándole a Regina deseos de huir de la casa, que la muchacha no había sentido, le hizo concebir una esperanza de libertarse de tan dura servidumbre.

Mientras esperaba ocasión propicia para hablar a Gervasio, pensó en esa escapada que la madre le había indicado. Se forjó un porvenir lleno de encantos y dichas, con amor y goces que tan sólo presentía, sin conocerlos.

Un día llegó Gervasio con ño Máximo y dos mozos más a reunir yeguas para una trilla. En un momento, bajo el ombú, mientras ño Máximo corría a detener

un caballo, Regina que había llegado a traer mate, se vio al lado de Gervasio. Rápidamente dijo al mozo con la voz emocionada que no podía vivir más así; que viera él si se resolvía, porque la vieja la trataba cada día peor, y que ella ya estaba decidida a todo.

Gervasio no era muy animoso, ni estaba adiestrado en estos lances; prometió tímidamente arreglar la cosa, cuando volviera de la capital, adonde tenía que marchar con una tropa.

III

Regina esperó con ansias crecientes que volviera Gervasio a cumplir su promesa. Los días le parecían largos y los quehaceres más livianos, porque se acabaría pronto.

Pero un día oyó decir a Mauricio, su hermano, que Gervasio estaba en el pago; y ella sintió una angustia grandísima, como si todas sus ilusiones las llevara el Pampero. como a las hojas de los árboles en el invierno.

Le quedó en el fondo una esperanza. Ella, que amaba a Gervasio con toda su alma. no podía creer que faltara a la palabra. Siguió esperando, aunque con tristeza, mirando cada mañana el sol que aparecía escalando los cerros; y pensaba si desde aquel sitio lo vería salir otra mañana.

Entretanto. había en el pago un mozo que se hubiera cambiado por Gervasio con todos sus haberes, por merecer el amor de Regina.

Era amigo íntimo de aquél, y lo había acompañado en algunas visitas.

Mientras vio que Gervasio era favorecido y frecuen-

taba la casa, no se atrevió a decir una palabra que revelara a la muchacha el amor que le inspiraba.

Pero cuando supo de boca del mismo Gervasio el pedido de Regina y la promesa no cumplida de él, se decidió a sustituir al paisanito que consideró ser inferior y digno de lástima, por no haberse animado a sacar en ancas a una moza que se lo pedía como salvación.

Este paisano era conocido por Frenedoso, y vivía con la madre a poco más de dos leguas del puesto de ño Máximo, lindando, arroyo por medio, con la estancia del valle.

Como amigo de Mauricio menudeó las visitas a la casa y le cayó en gracia a ña Paula, que había cejado en sus celos y vigilancia extremados con la muchacha.

No faltaron ocasiones a Frenedoso para hablarla, y pronto le declaró sus intenciones, ofreciéndose a sacarla de la casa, y hasta prometiendo formalmente casarse como Dios manda.

Desde el principio la muchacha rechazó los ofrecimientos y declaró que era de las que quieren a uno solo, y que prefería vivir como gaucha con Gervasio, a ser la mujer legítima de otro.

Nada valieron el empeño y la amorosa solicitud del mozo, que llegó a tentar con ña Paula que convenciera a la muchacha, porque él la quería como bueno.

La vieja no se ablandó ni quiso escuchar promesas. Estaba resuelta a retener a la muchacha a su lado, aunque pudiera verla casada con un *emprador*, como decía, recordando a su patria.

El viejo ño Máximo, por su parte, cuando Frenedoso lo consultó, dijo que no quería saber nada de

aquéllas, que se arreglaran como pudieran y lo dejaran en paz.

Volvió Frenedoso a hablarle a Regina, mostrándole las penas de su estado y la indiferencia de Gervasio, que pasaba cerca de la casa de ño Máximo, sin llegar a hacer siquiera una visita de a caballo.

Nada consiguió: Regina, como el primer día, mostró la tenacidad de su resolución. Gervasio había entrado en su corazón para llenarlo, porque ella era de las que quieren de veras; y ningún otro amor podría tener cabida, ni sustituir el primero.

Frenedoso, cada vez más enamorado de la muchacha, pensó en recurrir a medios más eficaces para convencerla.

Supo que Regina había mandado decir a Gervasio en esos días que fuese a buscarla, porque así no podía vivir más... y entonces resolvió presentarse como enviado de Gervasio a ver si la sacaba, contando con la pasión de la muchacha que no le dejaría sospechar el engaño.

IV

En la mañana que empieza este relato, Regina estaba en el corral ordeñando, cuando sintió el galope de un caballo, y puesta en pie con ligereza, vio llegar a Frenedoso. El paisano se apeó teniendo el caballo de la rienda, y después de algunas frases de cumplimiento, dijo con resolución:

—Usted sabe cómo la aprecio, Regina — y sin atender el gesto de disgusto que hizo ella, prosiguió — y sólo por eso doy este paso, que no está muy bien en un hombre...

Ella lo miró sin cambiar el gesto, interrogándole, y él prosiguió, mintiendo ya sin reparos:

—No vengo por mi cuenta y no me mire mal. ¿Qué se ha de hacer al dolor?... Gervasio me ha encargado que le avise que ha recibido *lo* que Vd. le mandó, y que si siempre está resuelta, me lo diga, porque él se ha confiao en mí como en un hermano.

Regina lo miró sorprendida. La vaga esperanza que acariciaba crecía y tomaba el color de la realidad.

—¿No me engaña, don Frenedoso? —dijo mirando al paisano con fijeza.

—Le juro... que lo hago por su bien —respondió él evitando un juramento en falso.

Todas las ilusiones revivieron en el alma de Regina, no reflexionó ni dudó más; y dijo resuelta:

—Amigo Frenedoso, no me vaya a engañar... venga esta noche y espéreme aquí al lao del corral, que yo trataré de salir.

El resto del día lo pasó la muchacha ágil y alegre como nunca, sin un remordimiento, ni el más pequeño dolor por dejar aquella casa, donde habían transcurrido veinte años de su vida, entre las mayores durezas y crueldades.

Al oscurecer vio llegar un jinete al paso del arroyo, y supuso que fuera Frenedoso, porque no vadeó.

La vieja ña Paula se acostó temprano, mareada por los cigarros y la caña. Regina se echó sobre el lecho sin desnudarse, esperando con impaciencia. Ladró el perro como cuando llegaba gente; luego quedó todo en silencio; la vieja, dormida como piedra, no se había movido.

Regina escuchó; despacio corrió el cerrojo de la puerta y salió al patio, alumbrado por la luna en cuarto menguante.

Junto a la puerta del corral estaba Frenedoso apeado; hacia él se dirigió; pero antes de llegar tropezó con el perro inmóvil en el suelo. "¡Pobre cimarrón!" dijo, agachándose a mirarlo. Estaba el perro degollado, en las últimas boqueadas.

—Se nos va a hacer tarde — observó Frenedoso.

Y ella respondió:

—Cuando guste.

Ya estaba arreglado el caballo como para llevar a la muchacha. Tenía un cojinillo sobre el anca y el recado algo delantero.

Montó el paisano, y haciendo que pisara en su pie Regina, la sentó de una vez en el caballo, que con la doble carga trotó pesadamente en la dirección del monte.

Acostumbrada estaba la muchacha a jinetear, y sólo tenía que sujetarse de la cabecera del recado.

Anduvieron un trecho sin hablar. Frenedoso intentó varias veces decir algo; quiso cantar después, pero le era imposible dominar la turbación que lo hacía tartamudear.

Pasaron algunos ñacurutúes, y su lúgubre graznido hizo estremecerse a Regina y a Frenedoso. Después, entraron al paso por entre dos barrancas arenosas, altas, que tenían árboles inclinados en los bordes y matas de pasto ralo, entreveradas con la resaca que dejaban las aguas en las grandes crecientes.

El arroyo de corriente mansa, era angosto en aquel sitio; el caballo lo pasó muy despacio, resoplando, y subió trabajosamente por la opuesta barranca, haciendo crujir la arena, y callar a los grillos que llenaban de ruido el paso.

Cuando estuvieron del otro lado, el paisano dijo con la misma inseguridad que se notaba en sus palabras,

que salían de la boca seca, temblorosas, por las palpitaciones que sacudían el pecho:

—Creo que se le ha corrido la cincha al matungo...

Y se apeó con un movimiento rápido, pasando la pierna derecha por sobre el pescuezo del caballo.

Regina no dijo una palabra: parecía evitar la conversación.

Frenedoso apretó la cincha; y después más tembloroso aún, miró a Regina con amor y le habló así.

—Yo la he engañao malamente, Regina. Me he portao mal, pero Vd. me ha de disculpar... ¿no es verdad?

Y al decir estas palabras cogió con sus manos las de la muchacha, que no tuvo tiempo de retirarlas.

—Usted no sabe lo que la quiero — agregó — ¿Porqué no hemos de hacer nuestra suerte? Vamos, mi vida, no me haga penar... ¿no me quiere ni un poquito siquiera?

Regina respondió con seguridad:

—Esto no se hace con naides, don Frenedoso: ¡invocar el nombre de un amigo pa esto! Ya sabe que no puedo querer a naide más que a *él*. Y primero me verán con cuatro velas que con otro.

—Pero no, mi hijita. Si yo me quiero casar... vivir como es debido... vamos, no sea así.

Y al decirlo, hizo resbalar a la muchacha hasta pisar el suelo. Ella con un esfuerzo violento libertó sus manos y miró fieramente a Frenedoso, poniéndoselo enfrente:

—¿Se ha creído que trata con chinas alzadas? — le dijo con severidad.

Sorprendido el paisano, se detuvo al ver su actitud decidida.

Le dijo aún algunas palabras para convencerla, pero fue en vano... Entonces, despechado, montó a caballo, y después de decirle: — Quedáte no más... a que te cuiden los carpinchos —, siguió al trote por la barranca arriba.

Cuando ella lo vio alejarse, sintió miedo de quedar sola en aquel sitio, lejos de toda casa, de noche y a pie.

Le gritó a Frenedoso, y él se volvió:

—Por su madre, don Frenedoso, no me deje así, ya que me sacó de casa.

El paisano, arrepentido sin duda de su conducta, se acercó y la alzó en ancas. Después anduvieron un trecho largo por entre los cerros, hasta llegar a una casita blanqueada, que desde lejos se veía, rodeada de árboles que negreaban en la oscuridad.

Cuando estuvo en la casa, Frenedoso contó a la madre lo sucedido, omitiendo algunos detalles, y concluyó por recomendarle que tratara a Regina como a hija.

V

Al siguiente día, la muchacha, que no había dormido, desvelada por mil pensamientos, se dirigió a Frenedoso y le pidió, como el favor más grande, que avisara a Gervasio que ella estaba allí.

El paisano, bueno y honrado, que al sacar a Regina de la casa creyó que se las había con una que sólo esperaba quien la alzase, estaba ya arrepentido y preocupado por los resultados de su acción.

Accedió sin observaciones al pedido de Regina, y se puso en marcha, prometiendo volver temprano:

—Vamos a ver si traigo al matrero, —dijo sonriéndose.

Pero a la tarde, cuando volvió, con el caballo sudoroso y fatigado, mostraba desaliento en su expresión.

No anduvo con rodeos: refirió que había encontrado a Gervasio en la pulpería y que él ya sabía, como los vecinos del pago, la escapada, porque el hermano de Regina había andado publicándola a los cuatro vientos y jurando y perjurando "que si la encontraba le iba a pelar la chala"; y que Gervasio había dicho con mucha desfachatez que a él no le fueran con músicas, llegando a insultarla con el refrán: "quien comió la lechuga que pague la ensalada".

Olvidó Frenedoso contar que él había pegado un rebencazo a Gervasio en la cara, y que tendrían que vérselas muy pronto.

Regina al oir el relato no dijo una palabra. Fue un derrumbamiento de todas sus ilusiones, que dejó lugar a la desesperación y al desconsuelo. Se echó a llorar en un rincón, sin atender las cariñosas exhortaciones de la madre de Frenedoso y las promesas que éste le hacía, con palabras de amorosa ternura, de casarse con ella y de quererla con toda el alma.

Las amenazas del hermano que le refiriera Frenedoso había aumentado las angustias de Regina. Ya se veía odiada por su familia, despreciada por aquel que amaba más que su vida, y sin poder admitir consuelos ni ofrecimientos, que aunque fueran sinceros, le repugnaban.

Muchas horas pasó en tal abatimiento del ánimo, con disgusto de la vieja criolla y de Frenedoso, quien, pensativo, sin salir de la cocina, preguntaba a cada momento por la muchacha.

Ella no quiso comer esa noche, y vestida se acostó con la cara entre las manos y sollozando sin cesar.

En la madrugada, cuando la vieja se levantó, lo primero que hizo fue ir a la cama de Regina, que estaba separada únicamente por un tabique delgado de su cuarto. Se extrañó de no oir sus sollozos, y creyéndola consolada, le habló. La muchacha no respondió ni se movió.

Corrió la vieja a la ventana y la abrió; la luz le hizo ver a Regina sin sentido sobre la cama, empapada en sangre que manaba de una herida del pecho.

La vieja llamó a gritos a Frenedoso; y los dos con agua y una esencia sacada del fondo de un baúl, hicieron recobrar el conocimiento a Regina.

Estaba en una postración grande, por la pérdida de sangre, y sólo habló para pedir que la dejaran morir.

En aquellos parajes no se podía pensar en médico, curandera sólo había una en el pago, y era precisamente la madre de Regina.

Frenedoso se desesperaba sin encontrar una salida, cuando recordó a un viejo que en otro tiempo lo había salvado de la muerte con yerbas milagrosas.

No vivía lejos, y en pocas horas el mozo estuvo de vuelta con él.

La herida no era grave; el cuchillo sin filo y ferrugiento, que Regina había encontrado entre las pajas del techo, sólo había desgarrado las carnes, sin penetrar mucho.

Bastaría atenderla cuidadosamente y cumplir bien las recomendaciones del curandero, que lavó la herida con el jugo de ciertos yuyos que llevaba en una bolsa.

Frenedoso y su madre vivieron dedicados a la enferma, día y noche, y esta asiduidad de atenciones pudo tanto o más que las medicinas del viejo.

Regina fue mejorando rápidamente, y recobrando la pasada tranquilidad.

Una noche, Frenedoso velaba todavía cerca de la cama de la enferma. La anciana se había dormido, cansada por los desvelos, recostada en un sillón.

Con voz temblorosa Regina llamó al paisano, y éste acudió solícito.

En todo el tiempo de la enfermedad él había permanecido triste y pensativo.

Cuando estuvo junto a la cama, la muchacha le habló despacio y emocionada:

—Usté está triste por mí, —le dijo.

El bajó la cabeza sin responder.

—¿Y si yo me alegrara —prosiguió ella— de lo que usté hizo conmigo?

—¡Regina! —dijo él, reanimado por una vaga esperanza y mirando a la muchacha con la mayor ternura.— ¡Regina!, ¿usté me perdona?

—Con toda mi alma.

—Que Dios y la Virgen se lo paguen; — y al decir estas palabras cayeron algunas lágrimas de los ojos del paisano.

—¡Frenedoso! —volvió a decir Regina con voz emocionada.

Y él, leyendo en su mirada la promesa de su ansiada dicha, exclamó con todo el amor que se le desbordaba:

—¿De veras, mi alma?... Me quiere un poquito... ¿Me querés, mi vida, me querés?

Y cayó de rodillas, mientras la muchacha, llorando, le echaba los brazos al cuello.

Despertó la anciana para presenciar aquella dicha que llovía sobre el rancho entristecido en tantos días...

Y ya no hubo más llantos ni más penas. Regina no necesitaba permiso de sus padres para casarse, y un mes después de abandonar la cama, hermoseada por la anticipación de la felicidad que le brindaba el enamorado Frenedoso, recibían ambos la bendición del Cura del pueblo, en la pulpería de don Rudecindo *el gallego*.

Todavía se recuerda en el pago la comida de bodas, que se sirvió en la casa de Frenedoso, y el baile donde se armaron más casamientos que nunca, por el ejemplo de aquel casal que alcanzaba su felicidad a costa de tantas contrariedades y dolores.

1892.

ALMA, VIDA Y CORAZON

I

Los ecos del grito de guerra lanzado en 1886 contra el tirano Santos, llegaron como un presagio fatídico a los pagos de la frontera nordeste.

En aquella sociedad apartada del trato civilizado, donde los brasileños, que son los ricos, dominan todo, pocos corazones se alegraron al recibir la noticia de la revolución.

Los estancieros criollos lamentaban de antemano el ganado que perderían, los caballos que arrearía la policía y la interrupción en los trabajos que causaría la leva llevándose los peones.

Los brasileños esperaban más tranquilos y confiados los sucesos: como extranjeros, tenían derecho a reclamar ventajosa indemnización, por cuantos perjuicios les ocasionaran.

Sólo los pobres, los puesteros y los peones, que bajo su ruda corteza tenían corazón de patriotas, miraban con la alegría de las aves que saludan la aurora, aquel anuncio de guerra.

Muchos de ellos tenían todavía en un rincón del rancho la vieja lanza de moharra enmohecida por el tiempo, que había tremolado con alegre banderola en las cuchillas, cuando las luchas de partido llevaban a los paisanos a jugar la vida por el capricho o la ambición de un caudillo.

Las decepciones de la última guerra se habían disipado, y sólo la esperanza de recorrer ufanos los campos, con la divisa en la frente altanera y la lanza blandida por el robusto brazo, alegraba a aquellos veteranos que sentían la nostalgia de la vida libre y vagabunda del matrero, en medio de la mísera y comprometida situación de peones o agregados, mantenidos casi de limosna en las grandes estancias.

Un día llegó el comisario, con su piquete reforzado ya, a prevenir a los vecinos acerca de la próxima guerra; y sobre todo a enterarse de los mozos con que contaría para una leva.

Otro día, un desconocido llegó a los ranchos más pobres, y desapareció casi en seguida acompañado de la mayor parte de los paisanos jóvenes: había traído la invitación de su caudillo para reunirse en la frontera e incorporarse al ejército invasor.

Al volver el comisario a recorrer las casas de los criollos, no halló más que viejos inútiles, y mujeres que mostraban en los ojos la pena que el alejamiento de sus hijos, hermanos y esposos les causaba.

II

En aquel pago del Salto, la casa principal era la pulpería del español Nemesio Rodríguez, que se contaba entre los vecinos más viejos, pues había llegado treinta años antes a servir de dependiente a otro pulpero, que al morir lo dejó por sucesor.

Se había casado y tenía una hija, Damiana, a la sazón de dieciocho años, y dos varones pequeñuelos, a quien su hermana servía de madre desde que habían perdido la suya.

Don Nemesio era del tipo general de los pulperos de campaña: acriollado y enriquecido en el negocio, se había convertido en estanciero. Monopolizaba los frutos de las estancias del pago, y era en éste la persona de mayor influjo y valimiento. A él recurrían todos. así para obtener anticipos de dinero, como para consultarle como a hombre de seso y experiencia, un litigio, antes de acudir al juez.

Damiana, criada sin instrucción ni trato, sólo conocía del mundo lo poco que se traslucía por la reja de la pulpería, una sociedad de hombres jugadores, aficionados a las bebidas y pendencieros, que se reunían los domingos bajo la solera pegada a la casa.

El cuidado de sus hermanos y la atención que a las faenas domésticas se vio obligada a dedicar desde la muerte de la madre, la ataron más aún a aquella existencia sin horizontes y sin grandes esperanzas, que parece ser la suerte de toda mujer en nuestra vida.

Y Damiana parecía nacida para otros destinos. Su cara de andaluza, con ojos negros, donde se escondían mil deseos reprimidos, y la frente surcada temprano por uno de esos rasgos que traicionan la persistencia del pensamiento, no eran de una mujer vulgar.

Nadie la veía, fuera de algún asiduo y viejo parroquiano, que su padre dejara entrar a la trastienda; apenas la conocían los mozos del pago; y al cumplir los dieciocho años su espíritu esperaba con ansias ardientes, la palabra que lo despertara al amor.

La sed de algo desconocido que sentía no la saciaba el extremado afecto a sus hermanos y a su padre. Adivinaba, mirando las golondrinas que en la primavera se acariciaban en el techo de la casa, y en la vida de las plantas de su pequeño jardín, que se acercaban

y entrelazaban sus ramas, atraídas por misteriosa fuerza, un amor distinto de los que ella conocía.

III

Así vivía cuando las noticias de la revolución llegaron al pago.

Don Nemesio había llegado a adquirir, con los bienes de fortuna, un amor sincero a su segunda patria.

Había mirado con tristeza sus días de dolor y se había alegrado con sus faustos sucesos. El gobierno de Santos no le parecía tan malo como lo pintaban, quizás porque su ánimo, limpio de preocupaciones partidistas, apreciaba los hechos con más serenidad.

No encontraba justificada la revolución y desde luego creyó que no vencería; y sin embargo estuvo con ella, porque sus simpatías lo llevaban a la parte de los enemigos del gobierno.

Siguió con ansiedad el movimiento de ambos contendientes, que anunciaba la prensa; y auxilió con dinero a muchos vecinos necesitados, que corrían a alistarse en el ejército invasor que se organizaba en la República Argentina.

Con frecuencia pasaban y apenas se detenían por informaciones en la pulpería, paisanos que se dirigían a la frontera huyendo de la gente del gobierno.

Por ellos se enteraba don Nemesio, con más exactitud, de la situación de ambos ejércitos.

A fines del mes de marzo, supo por una partida que el ejército del gobierno estaba por concentrarse en Paysandú y que probablemente a ese departamento pasarían los revolucionarios ya prontos para invadir.

Esta noticia no tardó en ser confirmada por otra

partida de más de cincuenta hombres, emigrados, que venían del Brasil a incorporarse al ejército revolucionario.

Eran casi todos mozos y se distinguían como habitantes de ciudad.

Venían recomendados a don Nemesio y éste se apresuró a darles alojamiento con toda seguridad, porque la policía estaba en la frontera y sólo algún piquete de fuerzas de línea pasaba de tiempo en tiempo.

Mientras llegaban los chasques que debían guiarlos para reunirse a los revolucionarios, los de la partida, como mozos alborotaban todo el pago, armando bailes en las casas donde encontraban muchachas y divirtiéndose como si estuvieran muy lejos de ir a trance tan arriesgado y duro como el de una batalla.

Había en la partida un joven de aspecto simpático y modales distinguidos, que no se mezcló en las correrías y diversiones de sus compañeros. Se quedaba en la pulpería conversando horas y horas con don Nemesio, y parecía dominado por una preocupación constante que ahuyentaba la alegría de su espíritu.

Desde el primer momento se captó la confianza del buen español, pudo entrar a la casa y conocer a Damiana.

Cuando Nemesio la presentó al forastero, ella se quedó un instante sorprendida, como quien se encuentra en presencia de una persona que sospecha le es conocida.

Poco habló, como no fuera para contestar las preguntas, que le hacía el joven con amabilidad, buscando temas accesibles para ella, adivinándole los pensamientos que en su inteligencia inculta vivían como seres nacidos en una cárcel. Muy pronto conoció el alma tierna y amorosa que se asomaba por los ojos ne-

gros de Damiana; y al separarse, en la primera entrevista, eran ya como buenos amigos, que se conocen hasta en lo más íntimo de sus pensamientos y sus vidas.

¡Qué noche aquella para Damiana!

Muchas veces despertó azorada buscando en la oscuridad algo que el sueño había forjado, y que se desvanecía con él.

Al siguiente día volvió a hablar con el joven; ya sabía por don Nemesio que era de Montevideo, abogado, que había emigrado al Brasil para escapar a las persecuciones de los esbirros del gobierno.

Pero ella no lo miraba como un ser extraño ni superior: una impresión nueva le había causado, pero sentía que esa impresión estaba su alma dispuesta a recibirla, que la esperaba hacía mucho tiempo.

Bien comprendió desde la segunda entrevista con el joven, que la ligaba a él un lazo agradable y poderoso a un tiempo, algo que ya le parecía comprender, y que la noche acabó de descubrirle con la misteriosa revelación que suele aparecer en el sueño: *era el amor*.

Junto a la risueña esperanza que le forjó la caprichosa imaginación, apareció un doloroso anuncio. A media noche, cuando los sueños tristes conturban el espíritu, Damiana se despertó acongojada por una pesadilla.

Esta le presentó al joven perdiéndose en un abismo insondable, adonde una fuerza poderosa le impidió a ella seguirlo.

IV

En la mañana siguiente llegaron los chasques esperados, y la partida se aprestó para seguir la marcha.

Con una infinita tristeza, y el corazón henchido de dolor, vio Damiana los preparativos.

La felicidad que había entrevisto no era más que la ilusión del sueño.

Mientras los mozos tomaban mate. uno de los chasques, paisano viejo y de cara picaresca, pidió una guitarra a don Nemesio para acompañarse unas décimas de despedida.

Con el estilo dolorido de los *tristes* cantó; y muchos se sintieron profundamente conmovidos, por los versos incorrectos, pero inspirados del paisano.

El joven abogado, cuando el cantor concluyó las décimas se acercó y le rogó que dijera algo en su nombre a la muchacha que los miraba desde la trastienda.

El paisano templó de nuevo el instrumento, y después de mucho probar la voz, cantó estas *ausencias:*

Alma, vida y corazón,
Escucha la despedida
De uno que toda la vida,
Recordará esta mansión.

Flor que en la pura inocencia
anhelas amor sincero,
No olvides al forastero
Que irá llorando tu ausencia.

Si en la guerra a donde va,
No le es infiel el destino,
Por este mismo camino
A tu casa volverá...

Si no vuelve ¡ay! prenda hermosa,
Para su eterno consuelo,
Pide a la Reina del cielo
Que lo reciba piadosa.

Los ojos del joven forastero expresaban al mismo tiempo que los versos del paisano, las promesas y los ruegos dirigidos a Damiana.

No tardaron en despedirse todos de don Nemesio y de la muchacha, que al estrechar la mano del joven abogado, sintió que las lágrimas acudían a sus ojos, y ella no pudo ni balbucear una palabra de despedida.

Desaparecieron todos al rato en la dirección del sur, a donde las nubes corrían como citándose también para una batalla.

¡Qué triste y sola se sintió Damiana entonces!

Los versos que el paisano había cantado, quedaron en su memoria, como impresos con fuego, y la figura del joven forastero aparecía ante sus ojos en donde quiera que clavase la mirada.

Este día y el que le siguió fueron de cavilación continua. En el espíritu que despertaba a nueva vida, energías extrañas se revelaban. Mil ideas contrarias se revolvían en la mente, y una entre todas se presentaba tentadora y con poderoso atractivo: la idea de ir a reunirse con el joven forastero que le había llevado el corazón.

Una mañana, como eco de lejana tormenta, llegó hasta aquel pago el estruendo pavoroso del cañón. Claramente se percibían los sonidos, como si rodara por entre el espeso nublado que cubría el cielo.

Era la batalla empeñada lejos, en el sur.

Damiana corrió a encender dos velas delante de un cuadro de la Virgen del Carmen, y permaneció largo rato de rodillas implorando a la que es *Consuelo de los afligidos y Vida, Dulzura y Esperanza.*

Hasta el oscurecer se oyeron con intermitencias los cañonazos, y el cielo tormentoso abrió el seno de las

nubes para derramar ligera lluvia, que apenas mojó la capa de polvo de los campos.

En su lecho Damiana, no cesó de rogar a la Virgen. Al llegar la madrugada se incorporó como si hubiera tomado al fin una resolución decisiva. Se vistió sin hacer ruido, y después de ocultar debajo de un rebozo un pequeño bulto, se dirigió a la puerta.

Una voz de niño que la llamaba la hizo detenerse sorprendida. Era uno de los hermanitos que la había sentido.

Entonces Damiana recordó el ruego de su madre al morir, recomendándole que amara a sus hermanitos y velase por ellos. Corrió a la cama de los niños que seguían llamándola, y los acarició, llorando, como pidiéndoles perdón por la falta que había estado a punto de cometer, al abandonarlos para ir a la aventura en busca de un imposible.

Al otro día pasaron los primeros fugitivos con la noticia de la derrota del ejército revolucionario en los campos del Quebracho.

Pasaron muchos en los días sucesivos, pero ninguno de la partida donde formaba el joven abogado.

Damiana se persuadió de que si éste no había muerto, tampoco volvería.

V

Muchos de los vecinos del pago, que habían corrido a alistarse en el ejército revolucionario, volvieron mohinos a sus casas; otros habían quedado debajo de los palmares del Quebracho, héroes y víctimas ignorados, que sólo serían recordados en los hogares donde huérfanos, viudas o madres afligidas, lloraban sin consuelo.

La paz y la tranquilidad reinaron de nuevo en el

pago. Todos se entregaron a sus antiguos trabajos, hallando más pesada la azada y el arado, más áspero el lazo, más duras las tijeras de esquilar.

Un brasileño joven, hijo de uno de los más ricos estancieros, empezó a frecuentar la pulpería de don Nemesio.

Pronto se conoció que sus visitas tenían por motivo principal a Damiana. El mismo se lo declaró al fin al viejo español, y fue admitido como novio de la muchacha.

Era el mozo algo ingenuo, pero cariñoso, y se mostró a Damiana tan enamorado, que ella no se animó a desengañarlo.

Con el tiempo, fue encontrando tanta ternura y amor tan sincero en el joven, que, cuando don Nemesio le preguntó si estaría dispuesta a casarse, respondió afirmativamente sin titubear.

Comprendía que no lo amaba como al joven forastero, que le había llevado el corazón; pero asimismo se sentía tan sola y tan triste, que un afecto nuevo, aunque no fuera el que había deseado, era indispensable a su vida.

Se casó. Cuando estuvieron solos, con su esposo, él, amoroso la llamó con los dulcísimos nombres de "*¡Mi alma, mi vida!*" y ella al caer temblorosa en sus brazos para conocer el otro amor, cerró los ojos suspirando.

¿El esposo podría obtener también su corazón?

1892.

LA MUERTE EN LA TAPERA

A Juan Torrendell.

I

Hacía muchas semanas que se querían; muchas semanas que suspiraban por verse juntos. Testigos las gaviotas que oían sus suspiros en la brisa, y la noche que con su sombra amparaba las entrevistas de los novios.

José Rivera se llamaba el mozo, joven, pues no alcanzaba los veinticinco años y desde muchos antes marchaba solo, y era uno de los más diestros loberos del Polonio.

En un viaje a la Paloma conoció a Casiana, la hija de la brasileña doña Carmen, viuda y dueña de la única pulpería del pueblito.

Como se encuentran en los surcos las semillas que han de brotar juntas, así José y Casiana se sintieron aparejados para vivir unidos.

Ella, había dado promesa de casamiento a Alejandro, uno de los prácticos griegos que con frecuencia llegaban al puerto; pero, cuando José la habló, sintió la impresión de una nueva vida en el acento apasionado y cadencioso del criollo.

Desde aquel día Casiana juró acompañar a José, aunque fuera a la muerte, y romper su compromiso con el griego.

Era larga la distancia entre el pueblo y el Polonio. Cuando dos semanas más tarde volvió José a ver a su

prenda que ya lo desvelaba, se encontró con que doña Carmen no permitía que su hija se volviera atrás del compromiso con Alejandro, para atender a quien la brasileña consideraba un *farrapo*. sin más cama que el recado ni más techo que el cielo.

No habían valido la resolución y los ruegos de Casiana, ni valieron las instancias y empeños de José para doblar a la viuda, que estaba acostumbrada a salirse con la suya, aun desde el tiempo en que vivía en su casa quien llevaba pantalones.

José volvió al Polonio, más triste que tarde de invierno, prometiéndose olvidar aquel encuentro que lo había detenido en su marcha tranquila.

Pero con la ausencia, en la soledad del ranchería de la costa, donde sólo había dos compañeros que le causaban envidia porque tenían mujer que los amaran y chiquilines que alegraran el rancho, sintió el mozo que el amor de Casiana crecía y arraigaba en su alma con la fuerza que los pinos en los campos costaneros.

En vano quiso aturdirse acudiendo a la matanza de lobos a las islas y refugiándose de noche en la casa del guarda-faros a jugar y a charlar, oyendo los rumores del mar que bañaba las rocas de la costa y los chillidos de las aves nocturnas que acudían engañadas por la luz del faro a golpear con fuertes aletazos los cristales.

Allí encontraba también una vida que le reanimaba sus esperanzas y avivaba todos sus deseos. Veía a la familia del guarda-faros, formando en su torno un círculo de alegría y de amor, llenando de risas y rumores la casa.

A este amigo reveló José lo que le pasaba, y cuando el hombre se convenció de que estaba enamorado de veras, le dijo: "Mirá José, en estas cosas el hombre

es hombre y hace lo que su alma le dice, pero si yo tuviera que darte un consejo, sería éste: la muchacha te quiere, vos la querés como bueno y cumplidor que sos; pues entonces a hacer lo que hice yo: robarla, y después ya verás cómo afloja la vieja".

Todavía dudó y caviló mucho el mozo, pero los días que pasaban como relámpagos le hacían pensar en el compromiso de Casiana con Alejandro, y ya se la figuraba embarcada en el cúter del griego, volando sobre el mar a perderse en una lontananza adonde no se podría llegar con ningún caballo.

"Me voy a la Paloma mañana", dijo al guarda-faros una noche; y con la primera luz salió en dirección al caserío del puerto, cruzando el arenal donde el viento que movía ligera nube de polvo borraba las pisadas del caballo.

Esperó la tarde para ir a la pulpería como uno de los tantos que se reunían los domingos a jugar y a guitarrear.

Los mozos que encontró reunidos eran amigos; y así fue que cayó como en su casa, agasajado y atendido por todos.

Casiana se acercó a servir unas bebidas, y con los ojos cambiaron los dos novios un saludo más expresivo que el de las palabras que pronunciaron emocionados sus labios.

Un viejo que tocaba la guitarra dejó el instrumento y fue a formar en una nueva partida de truco.

—Amigo Rivera — dijo uno de los presentes, — nos han dicho que usté sabe hacer gemir a la bordona y que canta de lo bueno; no nos deje con el antojo.

—Son alabanzas de amigo.

—Vamos, no se nos haga de rogar.

—Pues aunque les quite la ilusión, voy a hacerles el gusto.

Dijo esto José, animado por una idea que había brotado en su mente; templó el instrumento, y con voz sonora cantó, después de advertir que era una serenata:

Ya el verano alzó el vuelo
    Para otros pagos;
Y se viene el invierno
    Tranqueando largo.
Las gaviotas del cielo,
    Como otros años,
Buscan sus compañeros
    Y van volando
En procura de vientos
    Más atemplados.

Sólo nosotros, prenda,
    Aquí penamos
Sin poder en pareja
    También alzarnos.
Pero si tú quisieras,
    En mi caballo,
Que al pisar ni la huella
Deja en el campo,
Cruzaríamos la arena
    Muy abrazados ..

Ay! decidíte, prenda,
    Que ya mi rancho
Con las puertas abiertas
    Te está esperando,
    Te está esperando.

La segunda parte de la serenata la cantó José con toda el alma, mirando a Casiana y repitiéndole con los ojos aquellos ruegos, que a ella le sonaban como el reclamo del pájaro que invita a su compañera para ir a esconder su amor en la espesura.

Y cuando cesó el canto y mientras los paisanos felicitaban al mozo, él leyó en los ojos de su prenda la promesa que ansiaba.

II

En el silencio, apenas turbado por el clamor del océano y los silbidos de la brisa al pasar por entre las casas del pueblo, registrando los resquicios de la quincha, se oyó el crujido de la arena pisada por un caballo, la ventana de la pulpería entreabrirse, algunas palabras cambiadas en voz baja y emocionada; y luego por la puerta que daba a la playa, se vio un bulto deslizándose en la oscuridad hasta caer en los brazos del jinete.

Este era José; alzó en sus brazos a Casiana y la sentó en el anca del caballo, que, con trote pesado se encaminó al norte por el arenal.

Mientras las casas del pueblo y la blanca torre del faro de Santa María no desaparecieron de la vista, los dos novios no se hablaron. Ella estrechaba la cintura del mozo con sus brazos, y él, de tiempo en tiempo, se volvía para besarla con besos apasionados, y apuraba el caballo sin piedad, castigándolo brutalmente.

La luna llena surgió de un mar de nubes en el horizonte y ascendió majestuosa en la pureza del cielo, dando color a los objetos y haciendo chispear su luz en los médanos.

En la dirección del Polonio, una sucesión de montículos llamados del ejército por su uniformidad, se extendía campo adentro; pocos trechos aparecían libres de arena; antes había un desfiladero de piedras y barrancones cenicientos que se abrían como bocas

de la tierra que, árida y seca, deseara beber el agua rumorosa del Océano que muy cerca bañaba las rocas.

La vegetación en aquellas asperezas no pasaba de yuyos arraigados entre las piedras y que, con sus hojas duras y venosas vivían padeciendo el suplicio de Tántalo, quemados por el sol y sin gozar una gota del agua que tan cerca se prodigaba a los líquenes, y a los musguillos miserables que cubrían como una lepra las piedras.

Pasado este desfiladero había un terreno con pinos raquíticos que detenían las arenas invasoras, no como quien tiene fuerzas y ánimo, y lucha y resiste, sino como esos hombres que tienen fama heredada de valor y son respetados por tradición.

Después de la plantación de pinos, espesos espinillares de cruz trepaban por la cuchilla hasta una "isla" de talas y canelones que miraban el mar desde el pedregal verdoso, que quizás con su abrigo les había salvado la vida al nacer, pero ahora no les dejaba salir del hueco, sofocándoles su vigor.

Más lejos, el arenal interminable, con los médanos que parecían levantados por erupción, el ejército de montículos acampado en la playa que a las horas de siesta, cuando está abrumada bajo la luz caliente del sol, es paseada por los lobos marinos que se duermen voluptuosamente en la arena caldeada sin hacer caso de las gaviotas que vuelan ligeras picoteando en las aguas.

El caballo de José, guapo zaino acostumbrado a las travesías del arenal, ya pisaba el duro suelo de los terrenos pedregosos, ya el movedizo y blando de la playa donde los cascos dejaban huellas profundas que desaparecían en seguida.

No se había alejado mucho del pueblo, cuando José

notó que el caballo hundía las patas en la arena con pesadez, y soplaba alargando el pescuezo. Pero el espectáculo que se ofrecía a la vista distraía la atención de tal modo que la fatiga del caballo no preocupó al mozo.

Aparecían enterrados en la playa cascos de buques que la arena cubría poco a poco; entre los escollos, en las caletas, otros como esqueletos, dejados en armazón por los vecinos que completaban la obra destructora del mar.

Entre dos peñascos un gran buque de fierro había quedado suspendido, sin hundirse enteramente, con los flancos oprimidos por las piedras, y la férrea epidermis devorada por la humedad salitrosa.

En una roca que semejaba una cuchilla, un casco se había partido y sus dos mitades hundidas a un lado y otro, servían de nido a los tiburones que en cardumen asomaban sus cabezas chatas en la superficie de las aguas.

Por poco que la imaginación se esforzara, el espectáculo que tenían los fugitivos ante la vista les recordaba espantosas tragedias y bastaba a sobrecoger el ánimo y entristecerlo.

José no se había vuelto a mirar a su prenda en un largo trecho. Cuando divisaba ya un campo verdoso, el caballo tropezó, hundió las patas traseras en la arena y estirando el pescuezo con un soplido como suspiro, se echó extenuado.

Apenas José tuvo tiempo de desprender sus pies de los estribos y saltar para recibir en los brazos a Casiana...

El pobre zaino abría los ojos tristes, y todo el cuerpo estremecido parecía ir perdiendo la vida lentamente y convertirse en inanimada masa.

José lo miró con el cariño con que se ve a un fiel servidor caer rendido y sin que sea posible auxiliarlo; le sacó el freno y uno de los cojinillos del apero y el animal se acostó de lado en la arena.

Los dos amantes emprendieron la marcha trabajosa, costeando el arenal hacia la cuchilla ya más cercana.

No se hablaban; el contratiempo de quedar a pie, de noche y entre los médanos, mortificaba a José; Casiana confiaba en él, pero una invencible tristeza le nublaba el ánimo.

En la arena, cerca de unos espinillares, veían las huellas que dejan las víboras de la cruz que en ellas abundan, haciendo peligroso el campamento en los médanos.

Casiana interrogó a José respecto de las señales, y él, temiendo asustarla, le mintió diciendo que eran señales dejadas por el agua de las lluvias.

Al fin pudieron pisar tierra dura, en la cuchilla, donde crecían yuyos ralos de color negrusco.

Tierra adentro se veían algunos médanos, pero en toda la extensión que a la claridad de la luna abarcaba la vista, no aparecía un solo animal, y muy lejos la silueta recortada de un montecillo señalaba a una de las estancias encaramadas en las colinas que costean la playa.

En la dirección que seguían José y Casiana, sólo veían cerca una mole de color oscuro, en la que no costaba reconocer una tapera.

—¿Te animarías a pasar la noche allí? —dijo el mozo a su compañera, señalándole el rancho abandonado y destruido, cuando ya lo veían bien.

—¿Juntos? —preguntó ella ansiosa.

—Sí, mi alma.

—Entonces, toda la vida.

El le pagó aquella prueba de amor y siguieron con más ánimo la marcha, hasta llegar a la tapera.

Espacioso, y de paredes anchas, con troneras como un fuerte, era el rancho, destechado por los vientos, y que conservaba como único recuerdo de su pasado un maxilar de ballena clavado en uno de los boquetes.

José dio la vuelta a todo el rancho observando las paredes que se levantaban hasta más de un metro en algunos lados: tendió luego el poncho en un ángulo, y como previsión contra las víboras, extendió el freno con las riendas alrededor de aquel extraño lecho nupcial.

III

Antes que la luz del sol alumbrara el campo, el mozo se separó de Casiana para buscar un caballo.

Ella quedó sobrecogida, y cuando levantó los ojos, menos brillantes que la víspera, en el cielo palidecían también las estrellas.

Siguió con la mirada las nubes que al impulso de la brisa se iban lentas como disgustadas por no recibir las primeras caricias de luz del astro del día.

De pronto, la mirada descendió hasta el suelo, y quedó fija, dilatadas las pupilas por una impresión de terror. Casiana estaba reclinada, con la cabeza apoyada en una de las manos y veía deslizarse por el suelo a una de esas víboras temibles, cenicientas en el vientre, y con cruces pardas en el lomo, la víbora de la cruz.

Con movimiento elástico se arrastraba rápida, y Casiana, repuesta algo, hizo un esfuerzo para levantarse, y este movimiento la perdió: el reptil envolvió la mitad posterior del cuerpo en espiral e irguien-

do la parte de la cabeza se balanceó y cayó sobre la falda de la muchacha, clavándole sus dientes agudos.

Sintió Casiana la punzadura, como herida de un puñal frío, y loca de miedo se levantó de un salto...

Su mirada, con extravío de locura, recorrió el campo, mientras llamaba a José con una voz que la ansiedad y el terror hacían extraña. El mozo venía a caballo hacia la tapera, alegre, sin sospechar la horrible escena.

Cuando alcanzó a la muchacha que lo esperaba comprimiéndose con las manos el vientre, donde el veneno hacía su efecto rápidamente, el mozo quedóse sin habla, abrumado por la inmensa desgracia. No dudó que era una víbora de la cruz la que había mordido a Casiana, y la consideró perdida.

La tomó en los brazos, mientras ella se retorcía en espasmos de dolor, llorando y lamentando como un castigo aquella desgracia.

El, sufriendo en el alma dolor semejante, la acariciaba y trataba de consolarla, buscando en su desesperación un medio de salvar aquella vida que sentía irse lentamente.

En sus brazos, entregándole en un postrer beso el alma, Casiana dejó de sufrir.

El mozo, dolorido y desesperado, besó aquella boca tan amada, como reclamando una parte del veneno, y lloró mucho tiempo delante de aquellos despojos de todas sus ilusiones aniquiladas por una realidad implacable.

1892.

DOS MOZOS TIGRES

I

Don Primitivo Núñez era por el año 1869, un mozo ya entrado en años, pero de esos que aún en la edad madura tienen vara alta con las chinas y paran rodeo aunque sea en corral ajeno.

Era en su pago del Sarandí, el taita, respetado por todos. Tenía todas las puertas abiertas y más si en la casa adonde llegara había muchachas casaderas o en estado de merecer, de esas que se pirran por echar al aire una de las canas que tienen en proyecto. Porque ninguno podía competir con *ño* Primitivo en puntear una guitarra, y acompañar un pericón de los con rueda, salpicado de coplas, cielitos y todo lo que tuviera apariencia de verso.

Cierto es también, que ño Primitivo no era hombre de recibir desaires, y pertenecía a la clase de los que llevan su carta limpia y recomendación en el inseparable facón, que manejaba con destreza singular.

Se le unía además el valor, probado suficientemente cuando la cruzada libertadora del general Flores. Don Primitivo, como comandante nominal, había formado entonces un escuadroncito con mozos de su pago y unido a la división de Florida, tomado parte en más de una pelea con las fuerzas invasoras.

Y por esto debo agregar aquí, que ño Primitivo era blanco y según su expresión "blanco como güeso de bagual".

II

En los mismos años en que don Primitivo hacía de las suyas por Florida, cayó al departamento un mozo de buena figura que andaba bien montado siempre y era enlazador de lo mejor, a más de estar lleno de refranes y consejos, cualidades que entonces flechaban más corazones que todos los insulsos piropos y la fraseología rebuscada de los enamorados de ogaño.

Goyo Giménez, que así se llamaba, había sido capitán de la división de Soriano en la última guerra y no se le caía nunca del cuello, un pañuelo rojo que usaba ladeado; forma en que lo conceptuaba más compadre y chocante.

Como era natural, siendo también Goyo amigo de parrandas y bailecitos, se encontró más de una vez con Núñez, quien con su pañuelo celeste al cuello era el mimado de las *damas,* y desde entonces se le puso entre cejas a la vez que ño Primitivo lo tomaba entre ojos por su pañuelo colorado.

III

Un día estaban de *yerra* en una estancia y al olor del baile, que es complemento indispensable de aquéllas, cayeron nuestros dos conocidos. Trabajaron en toda la jornada de contrapunto, y enlazaron ambos que fue un primor, de pial volcado, a la riograndense, de orejita, de costillar, etc., tratando de voltear los animales cual con más limpieza.

En la noche y después de la cena se empezó el baile. Muchachas no faltaban, pues a la invitación de las de la casa, habían concurrido de ocho leguas a la

redonda, para ayudar en las faenas domésticas, según es costumbre de reciprocidad entre las hijas de estancieros, así como en los mozos, que acuden muy complacientes a prestar su concurso en las yerras y trillas.

Se organizó, pues, el baile en menos que canta un gallo, y a poco empezaron a sonar las guitarras y a formarse parejas para un cielito en batalla.

Cuando se hizo la rueda, empezó a cruzarse piropos o pullas en forma de versos cojos y contrahechos.

Tal muchacha le asestaba a un galán, en agradecimiento de un galante ditirambo, un *bolazo,* que lo hacía trastabillar por los conceptos que ridiculizaban y eran acogidos por el concurso con aplausos y festejos. Si se trataba de una pulla dirigida por un galán a una dama, no faltaba quien sacase la cara por ella, replicando con agudeza; o en contrario caso, por envidia a la agraciada u otra causa cualquiera, reían y decían en elogio del *guapo:* "¡Qué mozo! — Si es *mi* diablo — *mi* chusco".

En un intermedio, don Primitivo, que era de los guitarreros, acompañándose con el instrumento y con aire de gallo que está en su gallinero, cantó la siguiente redondilla, que se veía iba dirigida a don Goyo, que en ese momento paseaba con su compañera de baile:

Bagual que anda entropillao
No le estorba la bajera
Y se atraca con cualquiera
Sea salvaje o amansao ..

Un aplauso unánime acogió los versos. Giménez que no era lerdo, comprendió el engreimiento del cantor y la intención de los versos, y sobre todo de la palabra salvaje a él dirigida sin duda alguna. Copó

la banca, sin esperar más, pidió una guitarra, templóla a la disparada y después del rasgueo a guisa de sinfonía, cantó con voz llena y recalcada entonación:

Se lambe bien el güey suelto
Y también con su compaña
Y el gato salvaje araña
Aunque lo tengan enguelto.

A ño Primitivo se le atragantaron los versos, que no esperaba compusiere su contrincante y dándose por desafiado se paró, dejando la guitarra y fija la vista en Giménez. Al mismo tiempo algunos concurrentes que presumieron lo que iba a pasar, se acercaron a los improvisadores, y se llevaron para fuera a don Primitivo, que forcejeando por desasirse decía: "déjenme probar a ese chumbiao, que sé domar salvajes — te la guardo ñandú flaco, no has de servir ni pa un naco".

Don Goyo, por su parte, quería llegar hasta Núñez, pero las chinas lo rodeaban lloriqueando, asustadas, porque había desnudado el facón y temían por los dueños de la casa, responsables ante la policía de estos barullos.

Al oir las últimas palabras de ño Primitivo, Giménez le gritó: "Y yo también te la guardo, *so churrasco* — viejo y blanco no has de salir del tranco".

Y así quedaron las cosas por entonces, pues varios sucesos alejaron del pago a Núñez bastante tiempo.

IV

Pasaron dos años largos, y en marzo del 70, el general Aparicio invadió la República, en guerra contra el gobierno legal de que era jefe el general Batlle.

No hay que decir que ño Primitivo se incorporó desde el primer momento a los revolucionarios, con su escuadroncito.

Don Goyo, por su parte, había reunido una partida en su pago y se agregó con ella a la división de Soriano, en cuyo departamento andaba Aparicio con las pocas fuerzas que había conseguido allegar.

Don Primitivo supo que Giménez estaba en Soriano, y se dijo: "esta es la mía". Hizo aprontar un chasque, y con él le envió a don Goyo una carta que era un desafío en regla.

La recibió Giménez, y después de hacérsela leer por uno de sus compañeros, exclamó:

—¡Miren el jaca viejo, todavía cree tener puas!

—Escribí — le dijo al que le había leído la carta — el viejo es medio *pueta*, y en verso es mejor:

Ya que de vista se pierde
y sostiene las paradas
no venga con balacadas,
perro que ladra no muerde.

Cuando Núñez se enteró de esta contestación, sintió que se le subía la sangre a la cabeza, y, vuelta a escribir, pero esta vez pensó:

—¿A mí con versos?

Y después de tratar a Giménez como suelo, echó mano de sus recursos de improvisador, y concluyó su carta de desafío con estos versos:

Nunca mal de mi se acuerde,
pues ya lo tiene filiao
su enemigo inconciliao,
que es perro que ladra y muerde

—Ya te voy a ver — dijo Giménez cuando esto oyó — y ordenó que despacharan el chasque de Núñez sin contestación.

V

Pocos días después se avistaron las fuerzas del Gobierno con las de la revolución, en la costa del arroyo del Corralito.

Ño Primitivo formaba con su escuadrón en un flanco del ejército revolucionario y don Goyo estaba en la vanguardia del contrario.

En los primeros avances se encontraron ambos y casi sin hablarse, se cortaron solos de sus respectivas divisiones y se apartaron del lugar del combate hasta la costa del monte.

Allí sin proferir una palabra, se prepararon para la pelea. Enristraron los lanzones de media luna, caracolearon los caballos y se revolvieron el uno contra el otro. A los primeros golpes, la hoja del arma de Giménez atravesó el pecho de ño Primitivo.

El cual se sostuvo todavía un instante sobre el caballo y antes de caer porque la herida era mortal, atropelló con su caballo a Giménez que había clavado su lanza en el suelo considerándose vencedor, y le clavó la suya en el cuello, antes que pudiera prevenir el ataque.

Cayó Giménez por un lado mientras su contrario caía por otro, estremeciéndose los dos en las últimas convulsiones de la agonía.

Y así murieron silenciosos y terribles, como fieras que en encuentro importuno hace enemigas irreconciliables.

Habían nacido para ser enemigos, *blanco* el uno, *colorado* el otro, animados por el odio de dos bandos opuestos, y no cabían los dos en el mundo.

Y fueron tal para cual, dos valientes, dos tigres.

EL MELLAO

I

La gran corriente del Brasil tuerce y revuelve su curso frente a las costas de Rocha, entre los cabos del Polonio y de Santa María.

Del Polonio para el sur la costa que se llama de Balizas se extiende recortada, con radas y caletas, en donde las aguas siempre revueltas con espumas y arenas, se estrellan en abruptas rompientes, altaneras y sin llegar nunca a besar o lamer la playa con olas mansas.

Tiene esta playa de Balizas, tembladerales junto a la orilla y dunas movedizas sobre un mar de arena; después, tierra adentro, se ven los campos verdes que la arena invade poco a poco; y más lejos los inmensos palmares y la laguna de Castillos, y las lomas de Narváez señalando líneas onduladas en el horizonte.

Frente al Polonio, en el Atlántico, hay un grupo de islas que revela antiguos límites de la tierra, hoy destruidos por el otro elemento. A estas islas, desnudas de toda vegetación y bañadas continuamente por las olas salitrosas, salen a dar a luz y criar sus pequeñuelos y a dormir bajo el calor del sol tropas numerosísimas de lobos marinos.

Se ve en esta costa la lucha que el mar sostiene contra la tierra, lucha enconada y secular. Cuando el líquido no puede devorar con sus incesantes mordeduras a la tierra, la remueve y forma una falsa costa con

los tembladerales hipócritas que tienen aspecto de playa firme. No ha podido el mar alcanzar a las cuchillas, pero las arenas han llegado: su cómplice el viento ha derramado sobre la tierra costanera ese polvo vil que mata toda vegetación. Y para oponerle montes a montes ha hecho con polvo no más los médanos que crecen y disminuyen moviéndose.

Es famosa y hasta han sustentado hombres de saber la suposición de que estas costas encierran imán, y que los naufragios que ocurren con tanta frecuencia en ellas, se deben, más que a las impetuosas corrientes, a las desviaciones que experimenta la aguja de marear, al llegar los buques a esas alturas.

Lo cierto es que en la playa de Balizas, el mar arroja cada día restos de naufragios y a veces salen a ella, y quedan en seco, cascos enteros con señales de haber rodado mucho tiempo por las profundidades del Océano.

Ni gaviotas, ni otros pájaros del mar, se muestran en estas playas, y los lobos solamente las pasean como señores cuando son perseguidos en las islas.

Tristeza y desolación es el aspecto, y entre los médanos señoreados por los vientos parecen vagar como se dice de las playas de Elsinora, los ecos de los náufragos que imploran desde el mar a la Eterna Justicia.

II

Desparramadas en las sinuosidades de la costa firme, cerca de un arroyo que desemboca por ancha barra en el Océano, se ven algunas casitas, ranchos miserables, habitados por los escasos vecinos del lugar.

La proximidad de la playa, y la circunstancia de re-

cibir ella tantos despojos de las presas del mar, ha hecho que esos vecinos se dediquen más al merodeo y al latrocinio en la costa, que a cuidar las miserables majaditas que poseen.

En el principio, quizás, se contentaron con recoger los objetos que arrojaba el mar, y sustraerlos a las autoridades aduaneras. Después habrá ido creciendo su ambición. Querrían que el mar les diera riquezas, y fue entonces que se convirtieron en "buzos", con todas las mañas y vicios de los rateros de costas.

Encubren el oficio cuidando sus ovejas que pastan en las laderas de las cuchillas, en donde el mar no alcanza con sus arenas y sus espumas, o entre los médanos que dan vida a un musgo raquítico.

La relación con el mar, el pasar la vida más en la playa que en tierra firme, les ha dado pericia y habilidad de marinos para desafiar y vencer al terrible elemento.

Cuando de un naufragio salen los restos a la superficie y sobrenadan en las caletas, sacudidos y revueltos por las aguas; si no salen a la playa, los buzos van a buscarlos y con los mismos medios con que dominan a los animales en el campo: con el caballo y con el lazo.

Sus caballos son hermosos y fuertes, y están acostumbrados a nadar mucho tiempo; su lazo es un *sobeo,* [1] blando y pesado, propio para hundirse en las aguas.

Desnudos, montados en pelo y aferrados al bruto, semejantes a fabulosos centauros, se lanzan al mar con el sobeo armado; nadan entre las olas agitadas, se acercan a los cajones, tablas o barriles que floten,

1 *Sobeo,* es el lazo de trenza de cuero crudo, muy corredizo.

los enlazan con pasmosa destreza y luego los sacan a la playa, aunque el objeto esté a una, dos o tres cuadras de la orilla.

Después, otro trabajo de héroe emplean para ocultar el fruto de su arriesgada empresa. Entierran en la arena las presas, sean grandes o pequeñas, y las dejan bajo la inmensa cubierta movediza, durante días y semanas, hasta que las venden o necesitan para su consumo.

Les basta para encontrarlas su admirable instinto. Allí no valen señales, ni aparatos: los médanos se mueven y la arena cubre en una sola noche cualquier objeto.

En tiempo muy cercano aún del presente, cuando no existía el faro, que ahora señala a los navegantes la peligrosa costa, los buzos tenían presas en mayor abundancia.

Si no les bastaban las pérdidas fatales causadas por la ignorancia del peligro o el efecto del imán, sabían provocarlas con medios que su imaginación les sugería, tan ingeniosos como bárbaros y criminales: en lo alto de la cuchilla hacían de noche grandes hogueras, y pasaban por el rededor un cuero para fingir las intermitencias de la luz de un faro giratorio.

¿Cuántos buques atraídos por aquel engañoso fanal torcían su derrotero y derivando sobre la costa se estrellaban en sus escollos y bajíos?

Sólo podrían decir el número de las víctimas, algunos buzos que al presente viven retirados de la antigua vida, como estancieros, ricos y respetados.

Los buzos no tienen leyes, ni más jefe que uno llamado el *Piloto,* que en el carácter de decano y maestro dirige a la cuadrilla.

Cada uno campa por sus respetos y jamás ha existido en la práctica estado socialista más perfecto, libre de gobierno, de impuestos y de obligaciones.

III

En medio de esta sociedad tan extraña, y en uno de los ranchos más próximas a la playa, nació de un buzo brasileño y de una china, el muchacho que con el tiempo llegó a ser el famoso *Mellao,* héroe en este relato.

Siendo pequeño y débil todavía, era llevado por el padre a las correrías de merodeo por las costas, y así fue aprendiendo a nadar entre las aguas agitadas y a recorrer los arenales movedizos sin perderse.

Cuando los años dieron más vigor al cuerpo ayudó a sacar presas, enlazando las que cabían en la armada de su corto sobeo, y desde entonces tuvo su caballo nadador para arrojarse a las caletas y para surcar los arenales.

Aprendió a discernir los signos de buen tiempo y de tempestad. Supo cómo se conseguía torcer el derrotero de los buques. Y de noche en las tinieblas llegó a encontrar solo los "pasos" de los tembladerales para bajar hasta las aguas.

Adquirió su vista el ojear certero del marino para sondear la inmensidad del mar y escrutar el horizonte, y adquirieron sus músculos la fuerza que los unía al caballo hasta ser como una sola pieza, para sumergirse y nadar entre las olas embravecidas.

En edad temprana poseyó la ciencia y habilidad de los viejos buzos y empezó a vivir como ratero y bandido de costas, esa vida en la que no se atiende a la

conciencia y se templan todas las fibras para no desmayar ante los humanos dolores, ni ante la imponente y terrible cólera de los más poderosos elementos.

Pero un día, cuando contaba ya catorce años, el muchacho que era llamado entonces *El Lobito*, desapareció de la costa.

Inútilmente se le buscó. Y en adelante los viejos buzos no encontraron en sus correrías al engendro de sus costumbres criminales, que ya les asombraba por la audacia y temeridad de sus acciones.

El Lobito, cansado de la azarosa y dura existencia de buzo, se había internado por las cuchillas que divisaba desde su rancho, y se había ido a probar fortuna en otras regiones y con otros medios...

IV

Pasaron doce años. Cierta mañana llegó al rancho del *Piloto* un hombre joven todavía, gastado por vida tempestuosa. Era el antiguo *Lobito,* convertido en *El Mellao,* que volvía a sus antiguos pagos.

Había recorrido muchas tierras, había sido peón de estancia y matrero, había robado y asesinado, y para liquidar las cuentas, pasado varios años en una cárcel. Fue en la soledad tristísima del calabozo que recordó la vida antigua de buzo y decidió volver a la playa de Balizas al recobrar la libertad.

Era entonces *El Mellao* un indio enteco, flaco de cuerpo, pero forzudo, con grandes manos, cabeza pequeña y algo chata, cara de pómulos sumidos, con barbas tan ralas como el tupé que crece desmedrado en las laderas de los médanos; ojos de viva mirada y nariz grande de abiertas ventanas. Hablaba con voz

recia, y en todos los movimientos se revelaba un salvaje a quien muchas pruebas no habían podido reducir a completa mansedumbre.

Volvió a vivir en la playa como en su niñez. El puesto que su padre, al morir en una buceada, había dejado en la cuadrilla, lo obtuvo sin dificultad, y en el sitio donde se levantaba el antiguo rancho de los padres del *Lobito, El Mellao* construyó una casa de terrón que techó con tablas recogidas en la playa, restos de buques vomitados por el mar.

Quedó su rancho como centinela avanzada en el cerrito más próximo a la costa; en lo alto, desde donde se divisaba la inmensa llanura del Océano.

En adelante, *El Mellao,* entró en todas las buceadas: fuera en día de manso oleaje y apagado viento, o en oscura noche de horrible desencadenamiento de las tempestades y rabiosas sacudidas del mar.

Era jinete que parecía clavado sobre el caballo, y enlazador tan diestro que hubiera apretado en el corredizo nudo de su sobeo una paja que flotara sobre las aguas.

Al poco tiempo, su parte de ganancias en las presas superó a la de todos los buzos. Era el primero en bajar a las caletas y el último en dejar la playa, cuando ya no quedaba ni la esperanza de que asomara una charamusca.

En la vida de gaucho y matrero, el *Mellao,* había acabado de dominar las sublevaciones de la conciencia. En la playa fue siempre el primero en proponer, cuando arreciaban los temporales, que se hiciera "la farola", la fogata y el recorrer del cuero, para atraer los buques a la costa. No conocía la piedad, y cuando algunos náufragos escapaban a la fuerza devoradora del mar, era su dictamen el saquearlos y

darles por sepultura el arenal, que sólo a los buzos revelaba los secretos de sus entrañas.

Llegó a ser el verdadero jefe de la cuadrilla, y a todos imponía su voluntad. Sólo, uno de los buzos, un muchacho que era llamado *Tiburón*, lo miraba mal, y más de una vez, en medio de las olas, se habían cruzado los lazos de ambos buscando una misma presa, y las miradas habían cambiado relámpagos de odio.

V

En el verano, después de la llegada del *Mellao* a la playa, hubo un día de esos que abaten el cuerpo y el ánimo, en los cuales, sin necesidad de meteorología ni ciencias, se barrunta tempestad.

Los buzos pasaron impacientes y ansiosos ese día. Hacía tiempo que el mar no echaba nada a las playas, y aquella tarde habían divisado en la dirección de la isla Encantada, un buque de vela, que las corrientes arrastraban y que no podía oponer la fuerza del viento, porque el velamen caía lacio sobre sus palos.

Cuando oscureció, los buzos subieron a la colina que llamaban *de la farola*, cargados de leña de buques. Hicieron la fogata y luego, a dos por turno, comenzaron a rondarla con el cuero. Los reflejos del fuego daban a los buzos un aspecto fantástico. Se podía compararlos a condenados de cuadros medioevales, o a brujas celebrando sus aquelarres en torno de fogones infernales.

Pasaron horas y la leña se consumió. Cansados de su ronda y no esperando ya que la tempestad se des-

encadenara esa noche, todos se retiraron a sus chozas, disgustados.

El Mellao solo y encerrado en su rancho, no podía dormir. Con instinto certero calculaba que la tempestad estaba cercana. Abrió la ventana que daba al mar y prestó oído a los rumores.

Cerca de la medianoche unas rachas huracanadas llegaron hasta allí y alegraron al vigilante buzo. Más tarde oyó como un clamoreo de voces incomprensibles que salía del mar, y sin demora las nubes y los vientos se arremolinaron y sacudieron como el Océano, furiosas y bramantes.

El Mellao salió entonces del rancho, desnudo: montó en uno de los caballos que tenía atados en el palenque, y soltando otro que le siguió, se encaminó a la playa, salpicada por las primeras olas alborotadas.

En la orilla escuchó con atención suma, clavó sus miradas en el horizonte y los ojos acostumbrados a sondear el abismo del cielo descubrieron algo blanco muy cerca ya de la costa. Era el buque garreando, arrastrado por las contrarias corrientes.

Una sonrisa salvaje alegró la cara del buzo.

Pasaron algunos instantes y el oído atento siempre sintió como un espantoso crujido y muy luego entre los alaridos del viento y los rugidos de las olas, el eco de voces humanas, que habrían exhalado quizás los últimos gritos desesperados de impotencia.

El Mellao miraba el agua ahora; su vista escudriñaba las alborotadas olas, y en un momento taloneó al caballo que montaba y con el lazo preparado se echó al mar.

Zambulló el animal, pero no tardó en aparecer nadando vigorosamente. El sobeo cortó con rápida ondulación el viento y fue a caer al agua; *El Mellao*, re-

volviendo el bruto, regresó a tierra. Traía en el extremo del lazo un gran cajón. Lo miró con gozo de avaro; y nuevamente se lanzó al mar a repetir la operación; enlazó y llegó a tierra con la presa, mas cuando la vio, un terror nunca sentido lo sacudió. Había sacado un cadáver medio desnudo, con los ojos abiertos que miraban al cielo.

Quedó indeciso el buzo delante del muerto, y sin animarse a desatar el lazo. Estaba aún sobrecogido por el espanto, cuando llegó hasta su lado un jinete, que miró al *Mellao*, y el cadáver, y después dejó escapar una burlona carcajada.

El Mellao, cambiando en furor su indecisión, saltó hacia el recién llegado y reconoció a su rival, *Tiburón*, que desnudo como él, y con un lazo en la mano, había acudido a la costa, al sentir los primeros indicios de la tempestad.

Le gritó que se apeara, y el otro obedeció.

En la arena, ambos se miraron y midieron, como para juzgar de la igualdad de defensa. Con los brazos abiertos caminaron el uno hacia el otro; se chocaron los cuerpos desnudos, y un apretón de cruje huesos los unió como uno solo.

Las piernas de *Tiburón*, se entrelazaron con las del *Mellao*, y se tambalearon los dos, pero no cayeron; las fuerzas eran mayores en el segundo: sin soltar a su contrario su mano derecha le buscó el pescuezo, mientras una nueva zancadilla le hacía caer. Con las rodillas apretó el cuerpo de *Tiburón* que resistía débilmente, y las dos manazas del *Mellao*, apretaron el cuello hasta que el otro no se movió, y quedó rígido sobre la arena, donde se había formado un hueco con el doble peso. Sus ojos saltados, igualaban a los del ahogado, que estaba muy cerca.

El Mellao extendido en el suelo, jadeante, respiraba con fuerza. Se arrastró hasta la orilla del agua y mojó la cabeza calenturienta y los desnudos miembros, señalados por los postreros apretones del *Tiburón.*

Montó sin reparar en cual caballo y bajó al mar que, cada vez más enfurecido, revolvía entre las olas bultos negros que no era posible discernir.

Enlazó el buzo uno y debió ser pesado porque con el lazo tirante tuvo que echarse sobre el pescuezo del caballo y éste ya fatigado tenía que hacer esfuerzos grandísimos para atravesar el violento oleaje y cortar las corrientes que recorrían la caleta.

Hostigado por el taloneo y los gritos del jinete, pudo apenas pisar en la arena de la playa. Y fue pisar y caer; había errado la salida y estaba en el tembladeral.

El Mellao conoció el peligro. Abrió los brazos dejando escapar el lazo, irguióse sobre el caballo, que chapaleaba hundiéndose en la masa movediza, y con un salto de tigre, se separó del animal y cayó rodando por el talud hasta el mar. Luchó entre las olas que lo sacudían, y aturdido costeó con esfuerzos de desesperado el arenal hasta afirmar los pies en el paso. Los golpes del mar lo habían trastornado y el viento que levantaba nubes de arena, en vez de disipar aumentaba su sofocación. Entonces quiso el buzo abandonar la playa y buscó el caballo que había dejado, sin conseguir encontrarlo en la oscuridad.

Se agachó para escudriñar, al modo de los gauchos en la Pampa, y su vista solo encontró delante los dos cadáveres que la arena empezaba a cubrir.

Las caras se mostraban descubiertas aún y los ojos parecían mirar al *Mellao.*

El terror que le produjera la vista del ahogado re-

nació en el espíritu conturbado del buzo. Sintió que las fuerzas le faltarían si no se alejaba con presteza de la costa y emprendió la marcha en la oscuridad.

Los pies se le hundían en la arena y el viento seguía pasando con nubes de polvo. El mar aumentaba sus furores. En el cielo batallaban nubes negras inmensas.

El Mellao anduvo aproximadamente una cuadra, esforzándose por no caer en aquel mar de arena, donde no tenía esperanza de salvación. Pero las piernas no podían más, y al cabo se doblaron. El buzo cayó de rodillas.

Se consideró perdido. Formó una bocina con las manos y gritó... todos los nombres de los compañeros de la cuadrilla... Esperó ansioso... El viento silbaba y la arena al moverse hacía un ruido sordo. Las rachas al pasar rozaban la cara del buzo y éste, en su terror y desesperación, se imaginó fantasmas de náufragos que lo abofeteaban. Volvió a gritar, y la voz se perdió en el clamoreo de los elementos enfurecidos. Cayeron gotas de lluvia, calientes, como lágrimas, sobre la cara del buzo que miraba al cielo. Veía las nubes entrechocándose y le parecían buques que se estrellaban, buques despedazados...

No podía más. Iba a caer de bruces pero todavía hizo un esfuerzo, el postrero, y desencajado, rabioso gritó: "¡Jesús! ¡Jesús!..."

Los ojos se le nublaron. La perversidad reaccionando lo dominaba. Volvió a gritar: "Dios..."

Una blasfemia vomitada con la voz ronca y entrecortada... y el *Mellao* cayó después boca abajo...

Las arenas se amontonaron sobre el cuerpo inmóvil. Cuando amaneció se vio a la luz un nuevo médano en el sitio donde había caído el *Mellao*.

UNA CACHIRLA

Dicen que del nido
voló una Cachirla
. . . . . .
Con un chingolito
que la regalaba.
(Popular)

I

Las quitanderas habían levantado sus carpas temprano, y a la una de la tarde, cuando empezaron a caer los jinetes en grupos, andaban ellas meneando las tabas todavía, en los últimos aprestos para la hora de la fiesta, cercana ya.

Debía empezar por decir que la escena pasa en un Hipódromo criollo, lo cual equivale a un campo alambrado, con pistas en círculo y rectas, apenas señaladas entre el pasto abundoso; y sin ninguna de las comodidades que tienen los circos de carreras de las ciudades.

Una mala casita de media agua y una ramada junto a aquélla, era todo lo que había dentro del alambrado; y sólo en los días de carreras adquiría vida todo, contribuyendo no poco a la animación las carpas de las quitanderas.

La ilustre familia de *las Cachirlas* compuesta de la pájara vieja y sus pichoncitas, que hacían suspirar a todos los que llegaban a mirarlas de cerca, había plantado su carpa, siempre preferida por la mozada, a la derecha de la tranquera.

Las tres mujeres se movían entre sus quitandas,

echando grasa en la sartén, avivando el fuego, empezando los mates, y dando las últimas sobadas a la blanca masa que no tardaría en ser convertida en doradas tortas.

Habiendo llegado el comisario, se decidió por los jueces medir la distancia para la primera carrera que iba a ser una california en camino derecho.

Para entonces se habían reunido más de doscientos paisanos y unas cuantas docenas de puebleros, montados todos, que recorrían la pista en grupos o estaban apeados dando el primer saludo a las bebidas del boliche establecido en la dicha casita.

Se anunció que iba a correrse la california y los jinetes formaron dos líneas bien largas a los lados de la cancha, quedando unos pocos junto a la ramada.

Las apuestas se cruzaban a gritos de una fila a otra, rápidas y decisivas.

Pronto empezaron las partidas de los parejeros y a poco, entre gritos y exclamaciones de los espectadores, pasaron casi en tropel los cinco caballos, levantando poco polvo porque pisaban más sobre pasto que en tierra trillada.

Las filas se deshicieron y al conocerse el nombre del caballo ganador se formaron grupos en los que se discutía o se pagaba y cobraba apuestas.

II

Las *cachirlas* estaban atareadas en su carpa, formada por un pedazo de arpillera sujeto en cuatro estacones. La grasa hervía friendo las tortas que salían de las manos de *ña* Tomasa y las dos muchachas cebaban mate para los marchantes que habían venido a po-

nerse a la sombra de la arpillera, y a saborear tortas fritas con mate cebado por buenas mozas.

Se veían allí otras dos carpitas, pero la de las *cachirlas* era la más concurrida. Y llegó un momento en el que no bastaron los cuatro mates, y las tortas no daban abasto a los consumidores.

Algunos que no encontraron asiento en las tablas, debajo de la carpa, se trajeron bancos del boliche y se formó bien pronto un círculo de unos veinte hombres, que cuestionaban en diferente modo acerca de la california corrida, y de otras carreras que se ajustaban en esos momentos, salpicando las conversaciones los abundantes piropos que dirigían a las *cachirlas.*

Estas —diréIo haciendo un paréntesis— a pesar de su vida casi nómade como quitanderas, estaban lejos de ser unas perdidas, y aunque muy solicitadas por su hermosura, que lindas eran de veras, no habían dado motivo hasta entonces para que de ellas se dijera nada malo.

Los piscoiros eran más numerosos que los días del año, como decía en tono vanidoso *ña* Tomasa, y buenas proposiciones les sobrarían a las muchachas si quisieran hacer su suerte.

Quizás algunos paisanos estuvieran favorecidos con las simpatías de las chinitas, pero no se sabía de cierto mientras que se conocía bien el número respetable de los desahuciados.

Creo que fue uno de éstos el que puso el apodo de *Cachirlas* a los miembros de la familia, acertando con el gusto del vulgo que no tardó en llamarlas así, llegándose a olvidar hasta el apellido de aquéllas.

Y también es de achacarse a un despechado la mal intencionada noticia que presentaba a las dos Cachirlitas como poco aseadas en su niñez.

III

Pero tornando a mi cuento, digo, que se pensó para hacer bajar el mate en dar unas vueltas al compás de guitarra bien tocada, al lado de la carpa de las *Cachirlas.*

Entre tanto, dos carretas del pueblo habían traído al Hipódromo, hasta una docena de quitanderas no de afición, sino de oficio, entre las cuales se contaban más de las dos terceras partes de muchachas.

Y ya hubo bailarinas.

El baile empezó con un pericón en el que tomó parte la menor de las *Cachirlas* que tenía por nombre de pila el de Francisca, convertido en Panchita.

Un paisano que había corrido al caballo ganador de la california era el compañero de la Cachirla; y sin duda tuvo labia suficiente para engatusarla porque al concluir el pericón y dejar su pareja en el asiento, recibió como prenda, nada menos que una cinta colorada que aquélla tenía en el cuello.

El paisano la ató en el cabo del rebenque y se quedó más ufano, que al ganar la carrera, desafiando las miradas envidiosas que le dirigían los más de los individuos presentes.

Se siguió bailando y al otro pericón un bailarín le dijo a Panchita, en verso por supuesto, que se aprontase a recibir a su otro novio.

Ella respondió con viveza que en "su árbol no podía cantar más de un pájaro, y que por no madrugar el otro se había dejado ganar el sitio".

Y en efecto, existía otro piscoiro, pues algo más tarde llegó en un buen pingo coscojero, un mozo de linda presencia y bien vestido, que lucía golilla colo-

rada en el cuello, y en la mano un rebenque con pasadores de plata y bombas de oro.

Entró a la carpa de nuestras conocidas en momentos en que, cesado el baile, cantaba décimas un negro, rasgueando ruidosamente en la guitarra.

Fue recibido con agasajos por todos, menos por aquella de que más lo deseaba él y la cual se hacía la desentendida mientras apuñaba un poco de masa.

Sin que nadie le advirtiera al recién llegado de lo ocurrido antes, él lo supo con solo ver en el rebenque del corredor Canteras la prenda de la Cachirla.

Si el mozo hubiera conocido los hermosos versos que Calderón pone en boca del "Tetrarca de Jerusalen" cuando éste ve en manos de un sospechado rival prendas de su esposa, habría exclamado sin titubear·

"Muy tarde celos llegáis.
Tarde, tarde, pues no dudo
Que quien arrastró despojos
Habrá celebrado triunfos"

Como de haber leído el "Cymbelino" de Shakespeare repitiera lo que dijo Póstumo cuando vio el brazalete de su novia Imógenes, en poder de Jachino:

"Los juramentos de mujer no están ligados al que los recibe que ella a su virtud... A su virtud, que es nada."

Pero él sin saber estas cosas, halló en su magín otras suficientes para el caso suyo. Pidió la guitarra al moreno, la templó a su gusto, se compuso el pecho, rasgueó fuerte y largó estas coplitas fregonas:

He visto en las manos de otro
una prenda de tu amor
y me quedo convencido
de que ese lo consiguió.

Y ya estoy por convencerme
de que son tus arisqueos
lo mismo que tus promesas
charamuscas para el fuego

Panchita no se inmutó siquiera al recibir estos disparos envenenados y los demás oyentes se quedaron como si tal cosa.

El cantor sin aguardar más, y considerándose desquitado, devolvió la guitarra al negro, saludó a todos y se las tocó para su pago; lo mismo hicieron a ese tiempo varios paisanos, pero la reunión no se deshizo. Continuó el baile, reforzado, en la parte musical, con un acordeón conseguido en el boliche, y sólo al caer las sombras de la corta noche de enero, sobre los alambrados, las carpas y la casita, se pensó en bailar "para el estribo" una polka requebrada.

El último en despedirse fue el corredor Canteras; dio la mano primero a *ña* Tomasa que lo miró con mala cara y después a las Cachirlitas dando un apretón expresivo a la menor, con la que se había secreteado un largo rato.

IV

Las quitanderas juntaron sus trebejos y acomodadas con ellos en un carrito, tan malo como el mancarrón reyuno lleno de mataduras que lo arrastraba, se pusieron en camino de regreso al pueblo asomado en la hondonada de la cuchilla con lucecitas.

Durante el corto viaje *ña* Tomasa le endilgó un sermón de tono subido a la enamorada Panchita:

—¿Crees que te voy a dejar charlar con ese cara chupada? Estás muy equivocada. A mí no me gustan los picaflores, ya te lo he dicho. Y con que así cuidadito

que te vea hacerle buena cara... No faltaba más que se te metiese en la cabeza querer a ese gaucho rotoso.

—No sé. Usted siempre con sus cosas; mejor que éste ha de ser el gallego don José, ¿no? Pa usté sí. Lo que es a mí no me pasa. Y me quedo con el que me gusta.

—Estás buscando que te limpie las narices de un moquete. Está bueno con las mocosas. En cuanto salen de la cáscara ya quieren gobernarse. Que te vea no más con ese zaparrastroso y verás...

—Déjese de retahilas, mamá — dijo la otra Cachirla que iba manejando el matungo —. Pancha lo hace por verla rabiar. Miren si va a hacer caso a ese... codos afuera, que no tiene en que caerse muerto...

—Eso es pa tu gusto — respondió vivamente Panchita. — Como yo no me voy a casar con un boticario ni con un dotor, se me importa un pito que tenga plata o no tenga. Y vos, sabé que más, que cuando yo encuentre uno que se me entre por los ojos, allá me voy. Y cada carancho que haga su nido ande pueda.

Cuando la fogosa Cachirlita decía estas palabras el carrito se detuvo en la puerta de un rancho, cuya techumbre de totora, medio podrida, amenazaba ceder a las caricias del viento, y las paredes de terrón le hacían guiñadas de rasgaduras al techo.

Las muchachas entraron con los chismes al rancho y la vieja fue a dejar el carro en un corral vecino. Pronto estuvo de vuelta, y a su vez entró cerrando la puerta.

De modo que quedamos afuera sin poder averiguar lo que siguieron discurriendo las tres mujeres.

V

En la mañana siguiente un vecino de las *Cachirlas* decía al sargento de policía que pasaba por su puerta:

—Che, Joaquín, sabés que anoche voló la fulana.

—¿Alguna de las *Cachirlas?*

—Sí, la chica.

—Qué me cuenta amigo viejo...

—Lo cierto: Canteras se la alzó esta madrugada. Hacía tiempo que la andaba ronceando y parece que ayer se arreglaron en las carreras...

—Que las corran buenas y les aprovechen. Hasta luego, *ño* Desiderio.

—Que te diviertas.

El viejo se quedó saboreando ciertos pensamientos maliciosos y restregando las manos.

El sargento Joaquín hizo trotar a su caballo y al pasar por frente al nido de las *Cachirlas,* canturreó una vieja coplita, agregándole ecos de picaresca intención...

"Dicen que del pago
voló una cachirla
chirla
"Con un chingolito
que la consolaba
y lava."

Mis lectores no se quedarán del todo en ayunas, de la intención de estos versos, sabiendo que *chirla* significa flaca de flacura extremada; y recordando para en el último eco, lo que se decía de las cachirlas cuando chicas.

VENGANZA DE GAUCHO

I

Desde el camino que por la sierra del Alférez recorre la diligencia que va de Minas a Rocha, se divisa en un feraz vallecito de la caída oriental, una tapera, desolada en su abandono y en medio de una vegetación lujuriosa, que señala más el contraste.

Los espinillares de cruz que cubren las laderas de la sierra, se han visto atajados allí por un pastizal entreverado con chilcas, que asciende desde el bajo, sofocando la otra vegetación. Canelones, coronas y mataojos forman "islitas" de trecho en trecho, y en las riberas de la aguada que serpea por el fondo del valle, los sauces llorones cuelgan sus ramas sobre las aguas, enfrente de rústicos ceibos, sarandíes, araticúes y aromos poblados de nidos.

La tapera, cuyas paredes de piedra suelta nō se han acabado de desmoronar todavía, era en otro tiempo una casa bien construída que con su elegante techo quinchado en escama, sobre el alto mojinete, señoreaba el vallecito y completaba aquel hermoso paisaje.

La yerba mala y los cardos cubren ahora el patio balastrado. El jardín con su cerco de alambre trenzado, huérfano de cuidados, es un montón de tarros que devora el orín, y la tierra se abandona por las grietas, arrastrada por la lluvia con los residuos de las plantas, como una hemorragia en organismo debilitado.

Los canteros están deshechos; sólo queda en pie un cedrón que las hormigas destruyen; y un tronco

de ñandubay en forma de horcón, sostiene un camoatí, también abandonado por sus habitantes, y con su caparazón abierta por el fuego solar.

Ni los ñacurutúes amantes de las ruinas viven allí; algún zorro tiene su cueva debajo del antiguo gallinero que conserva parte de su techo de lata; y varios carpinteros abriendo sus nidos en las paredes, de terrón de la cocina, la van carcomiendo poco a poco.

Y entre todas aquellas ruinas, en aquella casa desamparada, se ven trastos y cacharros, revueltos con las plantas, por todas partes.

Entre el cerquito del jardín dos cojinillos que se pudren por la humedad de la tierra; varias ollas en el patio; una carona y un banquito de baqueta en un rincón de la tapera grande. En la cocina, sobre las piedras del hogar, hay trozos de leña carbonizada; y con el largo alambre de gancho que la sostenía sobre el fuego una caldera grande ha clavado el pico entre los tizones y la ceniza endurecida...

Parece que los habitantes de esta casa la hubieran abandonado súbitamente y que una poderosa fuerza destructora, al arrasar los edificios, desparramó caprichosamente las pocas cosas que desdeñara aniquilar.

Súbitamente y por fuerza destructora poderosa la casa se convirtió en ruinas, sus habitantes desaparecieron y el vallecito, como uno de aquellos lugares encantados que describe Andersen, quedó, desolado y lleno de vida, esperando el despertar de sus habitantes encantados por genios enemigos.

¿Acaso la venganza no es genio enemigo y fuerza poderosa?

Pues ella fue la que arrasó y destruyó; la que convirtió en ruinas una casa altiva y sembró la soledad alrededor de la tapera triste.

II

Aquí en este vallecito que todavía los vecinos llaman *de la viuda,* vivía en 1880 una mujer joven aún, que, muerto su consorte, se había revelado varonil y esforzada para cuidar su hacienda, y mañosa y artera para aumentarla rápidamente.

Era de Entre Ríos, su nombre Gumersinda, *Gomesinda la médica* ante los vecinos, y servía de curandera en toda aquella región del Alférez, así fuese para asistir a un parto como para curar con palabras misteriosas la mordedura de una culebra de cascabel.

Quedó viuda al poco tiempo de haberse unido con el estanciero Luna, dueño del vallecito y otros campos buenos de la sierra, y tan repentinas fueron estas mudanzas de estado, como extraña la llegada al pago de la entrerriana, que los vecinos desde luego achacaron a sortilegio el matrimonio y la muerte de Luna.

Pero Gumersinda, sin preocuparse de los díceres, medró y llegó a tener la estancia más importante del pago.

No tenía mala figura y le hubiera sobrado pretendientes para elegir, de haber querido casarse nuevamente. Pero su carácter altanero y despótico le hizo preferir la vida libre, aunque admitiendo algunos galanteos nada platónicos, con mozos que eran de su agrado.

Así creció su mala fama y en la opinión de los viejos paisanos escrupulosos fue una "gaucha sin Dios ni ley".

III

Romualdo, un estanciero mozo, cuyo campo lindaba con el de Gumersinda, era quizás el único vecino

que tenía buena amistad con ella; la había elegido para madrina de su primer hijo y así se habían ligado en relaciones honestas, en las que entraba la joven esposa de Romualdo, que por su parte nunca había querido dar crédito a las voces que tan mala reputación daban a la entrerriana.

Sucedió en una esquila que Romualdo se viera obligado a cruzar su facón con el de un peón insubordinado y lo dejara mal herido. Lo llevaron preso al pueblo, del pueblo a la capital, y entretanto la esposa, Rosalía, sin parientes ni amiga más íntima que su comadre Gumersinda, quedó en desamparo.

Faltaba el hombre en su casa; ella no era capaz de sustituirlo, y así la hacienda se fue barranca abajo, porque los peones no cuidaban y sobraban los vecinos rateros para diezmar el ganado.

La ausencia de Romualdo se prolongaba por complicaciones en el proceso y la situación de Rosalía llegó a ser tan difícil que al fin hubo de recurrir a la comadre para vivir en su casa, entregando la estancia a los dueños, pues Romualdo sólo la tenía como arrendamiento.

Gumersinda recibió con los brazos abiertos a Rosalía, y tanto hizo por alegrarla que la pobre mujer se creyó al fin aliviada de pesares y en puerto seguro para esperar la ansiada vuelta del esposo.

Todas estas esperanzas y alegrías no tardarían, sin embargo, en convertirse en tristezas y desaliento...

La entrerriana supo que a Romualdo lo habían condenado a varios años de prisión y recién entonces calculó que Rosalía aumentaba los gastos en la casa y era un obstáculo para sus amores libres que bien requerían apartamiento y secreto.

La avaricia era una de las malas cualidades de Gu-

mersinda y se le agregaba cierto rencor a todas las mujeres honestas, fácil de comprender.

Apartando los deberes que tenía respecto de su joven comadre por los lazos espirituales que las unían, empezó a imaginar la manera de librarse de la carga y obstáculo que miraba en Rosalía, y de hacerla caer al campo en que ella vivía por su disolución.

Y desde entonces, todos sus afanes y discursos fueron dirigidos a convencer a Rosalía de que debía buscar un compañero, porque Romualdo no volvería más y ella no podía vivir sola.

Por otra parte, la entrerriana al obrar de este modo secundaba al comisario de la sección, un tal Roldán, que venía requiriendo de amores a Rosalía, desde que se supo la condena de Romualdo. Y la entrerriana había encontrado pretexto en esta pasión para aconsejar a Rosalía a obrar según sus deseos.

No ignoraba ella que el carácter de la mujer con quien se las había, era entero y templado aunque recién se probara en las contrariedades de la vida; ni dejaba de ver en Rosalía a la buena criolla fuerte para persistir en la virtud a pesar de todas las desgracias y dificultades.

Y por esto, emprendió con habilidad su empresa, sirviéndose de los recursos de su labia y de la autoridad que por la edad y estado creía merecer.

Empezó por insinuar en las conversaciones su opinión respecto de las relaciones de familia. Hablaba a Rosalía con cariño, que decía era maternal, de la situación tan difícil en que se hallaba por el alejamiento de Romualdo. Y agregaba con su tono zalamero e insinuante: "que la mujer joven no puede ni debe vivir sola; que le hace falta un hombre, porque el hombre es el todo en la casa y donde falta, si la

mujer no tiene condiciones extraordinarias, todo se lo lleva la trampa".

—Así le ha sucedido a usted comadre — decía —, y así sucede siempre cuando el varón no está en la casa para hacerla respetar. Usted llegará a convencerse: la mujer sola es como oveja perdida, cualquiera se hace dueño de ella; ni tiene goces porque sobran las penas y son su pan de cada día.

Y, ¿acaso porque sea fiel al marido ha de creerlo la gente? ¡Qué esperanza!

Mire, comadre, atienda lo que le dice esta zorra vieja que ha comido muchos pollos. Aunque usted viva como una santa no dejarán de calumniarla. Todos dirán que sus esquiveces son arisqueos de gata y que si no recibe a uno por la puerta, entran dos a su casa por la ventana. Así es el mundo...

Si usted encuentra algún hombre bueno, serio, que le prometa tratarla bien, cierre los ojos, comadre, y olvídese de esas músicas que nada valen. Créale a esta zorra vieja que ha corrido mucho en el mundo: lo mejor es tener una quien la proteja y la mantenga, que al fin y al cabo los ausentes si no mueren lejos se olvidan y no vuelven.

En este mismo orden de ideas estaban inspirados todos los discursos que dirigía a Rosalía. Y se encargaba de corroborarlos recibiendo con intimidades más que amistosas a algunos mozos del pago.

IV

Rosalía sufría sin mostrar su dolor, buscando el medio de salvarse de aquel peligro cada vez más cercano, por las insistencias del comisario Roldán y de la entrerriana.

Para aumentar sus penas y abandono, la muerte le llevó a la hijita por quien vivía y cuyo amor la sostenía en sus tribulaciones.

Cuando esto pasó y apenas la nueva desgracia se le apartó del pensamiento a Rosalía, Gumersinda creyendo la ocasión propicia insistió en sus consejos.

Roldán había venido en esos días y se había mostrado muy cariñoso con Rosalía. El fue quien llevó en su caballo el cadáver de la niñita, al pedregal de la sierra, donde dormían el último sueño los vecinos del pago.

Tanto habló la entrerriana y tantos argumentos adujo, que Rosalía llegó a prometer...

A prometer, sí: luchando con su conciencia, con su amor, con todo su pasado. Se encontraba en tan absoluto abandono, el dolor la zahería con tanta crueldad... que sintió en un momento el deseo de encontrar un apoyo cualquiera, un pecho donde reposar la cabeza debilitada por el llanto y las reflexiones pertinaces.

Así prometió atender a Roldán, corresponder a su amor, como hubiera consentido en morir, en dejarse llevar al trance más desesperado.

La entrerriana aprovechó el tiempo y convino que en la mañana del día después del de la promesa, iría Rosalía con ella a la casa de Roldán, como de paseo.

Salieron de la estancia con un peón y en la dirección del "Albardón" que era un valle cubierto de bañados y altos pastizales.

Rosalía se mostraba alegre y chacoteaba con la comadre a propósito de los menores incidentes; pero algo de forzado se notaba en su alegría.

Tenía que pasar por cerca de la casa que había habitado con Romualdo, y al verla, los recuerdos de su

antigua vida feliz llenaron la mente de Rosalía. Revivió con el pensamiento lo pasado y la tristeza la venció, con disgusto de Gumersinda.

Rosalía pensó en sus deberes que la tenían obligada y en el amor que iba a manchar, invocó su conciencia todas las dichas de otro tiempo: la hija, la vida de familia, el cariño de Romualdo, las promesas que más que los juramentos legales los unían; y ella encontró su conducta tan criminal, que sólo con una idea pudo al fin esperar redimirse y evitar la caída en el abismo a cuyo borde se acercaba.

El sentimiento del honor la dominó y le inspiró un proyecto que no tardaría en realizar.

Siguiendo el camino llegaron a una laguna, rodeada de sauces y masiegas, que se extendía desde el camino hasta los bañados más lejanos.

El peón advirtió a Gumersinda que era necesario dar un resuello a los caballos. Las dos mujeres se apearon y la entrerriana para distraer a Rosalía la invitó a caminar por la orilla de la laguna, mientras el peón daba agua a los animales y les arreglaba las monturas.

Empezaron a caminar, y Rosalía cada vez se mostraba más reconcentrada.

De pronto Gumersinda le habló: había avistado un jinete que venía hacia ellos por el camino.

—Es Roldán, comadre, — le dijo.

Rosalía levantó la cabeza y miró. El comisario venía al galope tendido, impaciente por alcanzar a las mujeres.

La entrerriana se había adelantado algo más que su compañera.

Rosalía lo advirtió, y se decidió a poner en práctica el proyecto que revolvía en su mente. Estaba pa-

rada en el borde de la laguna, titubeó un momento mirando el agua: después, se persignó rápidamente, y ciñéndose la pollera a las piernas, se tiró al agua cabeza abajo...

Gumersinda se volvió al sentir el chapuzón, dando un grito de sorpresa.

Las aguas agitadas por la inmersión del cuerpo se serenaron algo; en seguida asomó entre algunas hojas de camalote la cabeza de Rosalía, y se volvió a sumergir definitivamente.

Cuando llegó el peón, él y Gumersinda escudriñaron ansiosamente las aguas, éstas tenían ya la faz serena, por lujo de hipocresía...

Y las ranas que se habían ocultado un momento, siguieron su perenne cantinela.

V

Pocos meses después, del día en que tan trágicamente concluyó los suyos la infortunada Rosalía, llegó a su pago Romualdo, con el alma destrozada por las noticias que había recogido en el camino.

Se había desertado de un cuartel que le servía de cárcel y con las ansias de ver a su familia, no sentía ni el presentimiento de las desgracias que habían sucedido en su ausencia.

Al llegar de tarde, cayendo la noche, al vallecito, ya no traía más pensamiento que el de la venganza.

Esperó en el rancho de un viejo amigo que oscureciera, y cuando las sombras cubrían toda la campaña, dormida, se dirigió a la casa de Gumersinda.

Allí no se oía rumor alguno; las circunstancias favorecían a Romualdo. Había esa noche un baile en

la casa del comisario, y la viuda permitió que fueran todos los peones, quedándose sola en espera de un mozo que la visitaba.

Cuando ella oyó el galope del caballo de Romualdo, se figuró que llegaba el esperado, y se puso cerca de la puerta para abrir a la primera llamada.

Romualdo llegó descuidado al patio, porque conocía las costumbres de su comadre, y aun sin la ausencia de los peones, confiaba en que éstos se harían los sordos...

Se apeó; acercóse a la puerta de la casa y golpeó con el mango del rebenque. Gumersinda entreabrió la puerta y preguntó confiadamente:

—¿Quién?

—Yo — respondió Romualdo con tono seguro y entró.

Cuando lo reconoció la entrerriana, quedó muda de sorpresa y terror, el semblante desfigurado y los ojos fijos con expresión de locura.

—Todavía no olvidás las mañas, oveja — le dijo el paisano.

—Compadre... — balbuceó con trabajo ella.

—Aquí no hay compadre, arrastrada: vengo a curarte de compadrazgos y ganchos...

—¡Por Dios, compadre! — ¿qué quiere?

—Ya lo verás, espera un poco no más.

Y pronunciando estas palabras, Romualdo cerró la puerta, sacó la llave, y con apresuramiento febril empezó a echar sobre la cama sillas, cuadros y cuanto mueble y objeto halló a mano.

Debajo de este montón puso después algunos trapos y un manojo de paja que arrancó del techo y le prendió fuego.

Gumersinda que había seguido todos los movimientos de Romualdo, dominó por el instinto de la avaricia el miedo, y acercándose al compadre, se puso de rodillas y le agarró un brazo, diciendo:

—No, compadre querido; no me queme la casa... Mire que es lo único que tengo... Por su madrecita, compadre, por...

Romualdo la interrumpió con gesto irónico:

—Arriba desfachatada... Y aura vamos a pasear.

Y alzándola por los cabellos de un tirón, la llevó de arrastro hasta abrir la puerta.

Gumersinda estaba casi desnuda y se debatía, gritando y retorciendo los brazos.

Romualdo llegó con ella a donde tenía el caballo atado. Con la mano izquierda lo llevó de la rienda, en la dirección de una colina que interrumpía el vallecito a pocas cuadras de la casa.

Cuando llegaron a la altura aquella, empezaban a salir rojizas llamaradas por la puerta del rancho.

Entonces Romualdo envolviendo la cabellera de Gumersinda en la mano izquierda hasta apretarla a raíz de la cabeza, hizo que aquélla mirara la casa y le dijo:

—Aura verás, oveja, lo que es no tener casa, ni quien dé una sed de agua.

Y enseguida con el rebenque de ancha azotera que tenía en la mano derecha, empezó a castigar a la entrerriana. La azotó sin lástima, ni pausa, largo rato. Implacable, eligiendo el lugar donde su rebenque debía golpear, sin mostrar asomo de lástima y conservando el gesto de amarga ironía.

La mujer, al fin no pudo gritar ni suplicar más: tenía la voz enronquecida, y apenas un aullido rabioso salía de la garganta. A cada azote se revolvía y su

rostro en contracciones mostraba el dolor y la desesperación. La mano izquierda de Romualdo la sujetaba tan fuertemente de la cabeza que sólo el cuerpo podía mover, y para mayor sufrimiento, se revolcaba desnuda sobre la roseta y grama filosa del suelo, que iba tiñendo con sangre.

Ya sangraban las carnes de la entrerriana, cuando por el techo de la casa incendiada empezaron a salir las llamaradas grandes y pesadas, entre nubes de humo blanquecino, espantando al ganado que huía con rumor confuso, valle abajo.

Romualdo en ese momento desprendió de su mano izquierda la cabellera de Gumersinda y dejó caer a ésta, que cada vez tenía menos fuerzas para gritar y revolverse, desnuda y con el cuerpo hecho una llaga, sobre aquel lecho salvaje de yuyos enemigos y también inclementes que con dureza se clavaban en las maltratadas carnes.

Con los ojos clavados en la casa, que el fuego devoraba rápidamente, quedó la entrerriana, rabiosa, sin que sus ojos vertieran lágrimas que la boca habría recogido para satisfacer sed insaciable. Los ronquidos que salían de la garganta sólo tenía eco o parecían tenerlo, en el mugir del ganado que seguido por los perros pastores trotaba por las quebradas, espantado del incendio.

El vengativo paisano montó en su caballo y se alejó al trote, en el rumbo de la sierra, con los brazos y el cuerpo relajados en indolente posición, revolviendo el caballo de tiempo en tiempo, para mirar el incendio que iluminaba todo el vallecito con sus alegres llamaradas, y alcanzaba a reflejarse en las piedras blanquecinas de los cerros.

VI

Recién el día siguiente la policía y los peones encontraron a Gumersinda.

Desde la colina ella se había arrastrado hasta el arroyito; y allí la encontraron muerta con la cabeza hundida en el agua, y el cuerpo, sobre la barranca arenosa, cubierto de hormigas bravas.

VENTURITA

Conocí ha pocos años en un pueblo del interior, un tipo tan extraño, que al poner su nombre al frente de estas páginas, me parece tenerlo delante, singularmente horrible como es, gesticulando y retorciéndose sin cesar; semejante a uno de aquellos condenados que pasan ignorados en la obra del poeta florentino, porque

visser senza imfamia e senza lode.

Venturita lo llamaban; era de cuerpo pequeño y escaso de carnes, zanquivano, rostrituerto, con ojillos inquietos, asomados en antros, de bordes sanguinolentos; y con barba y bigotes ralos que crecían en su cara como los pintados por Quintana,

cual ponzoñosa yerba entre arenales.

En el invierno como en el verano, su traje se componía de unos pantalones demasiado largos para sus piernas y que usaba arremangados, saco en el que cabía holgadamente otro cuerpo a más del suyo; sombrero sin forma, aplastado sobre las mechas enredadas, y botines largos, cuyas puntas levantadas por el encogimiento de la capellada en el empeine, parecían mascarones de góndolas.

Caminaba levantando mucho los pies, y golpeaba el suelo como anciano achacoso, pero se movía con li-

gereza, y su andar era de costumbre una carrerita, que ponía a prueba la elasticidad de las delgadas piernas.

Se le veía todo el año en el va y viene de mandadero, cantando a media voz, mascullando palabras y gesticulando sin concierto.

En el pueblo todos lo tenían como objeto de diversión y se complacían en llamarlo para decirle algún disparate, que Venturita si no entendía adivinaba por prevención y recibía como injuria, que devolvía.

Acudía a la menor indicación con docilidad, escuchaba con atención lo que se le decía y después se iba por su camino, cantando o murmurando frases incomprensibles, como si nada le hubiera impedido el paso.

Ese indiferentismo extraño me hizo, cuando conocí a Venturita, pensar en fenómenos fisiológicos y sicológicos, que quería deducir de los ejemplares y nociones encontrados en novelas pretendientes de científicas, que leía entonces con preferencia.

Pero a nada arribaba con las reflexiones y como todos los habitantes del pueblo, me acostumbré al fin, a considerar loco o imbécil al infeliz vagabundo, de cuya vida contaba horrores una vieja amiga mía.

Me decía ésta, que Venturita había sido en la niñez un dechado de belleza e inteligencia, y que una madrastra sin entrañas, lo había convertido en lo que era al presente, con castigos bárbaros.

Supersticiosa la buena vieja, creía sinceramente que Venturita tenía momentos de lucidez en los cuales se transfiguraba y convertía en donoso y gentil mancebo; tal como los príncipes encantados de los cuentos árabes, de cuya lectura era idólatra mi informante.

Algún fundamento tenía, sin embargo, la vieja. El

mísero Venturita devenía alegre y cambiado en el carácter, en una época del año, en el Carnaval.

Las primeras notas locas de las murgas carnavalescas y los chillidos de las máscaras madrugadoras, despertaban a Venturita de su sueño de atontamiento.

En la mañana del primer día de las fiestas, aparecía vestido con ropas de mujer, cubierta la horrible cara con un destrozado antifaz, que cubría mal su fealdad, y un sombrero sin forma con cintas y plumas, sustituyendo al gacho que usaba de ordinario en la cabeza.

Debajo de los vestidos, en girones, se movía el cuerpo contrahecho, con movimientos elásticos y agitado de tiempo en tiempo por sacudidas nerviosas.

Vestido de tan extraña manera recorría todas las calles del villorrio, rodeado por turba de pilletes que ya le tiraban de la cola del vestido, ya intentaban desgarrarle la careta, sin dejar de pellizcarlo en los brazos y pincharlo con alfileres, mientras se aturdía con gritos y carcajadas.

Sucedía así, hasta que Venturita podía armarse con un palo o un pedazo de arco de barril, para defenderse de los ataques de los muchachos.

Estos no lo dejaban todavía; puestos a distancia que los librara de los golpes del bastón, seguían a su víctima gritándole: *Mascarita, mascarón, mascarita, mascarón.*

Y la mascarita caminaba y caminaba, con su paso gimnástico, sudorosa, revolviendo en las órbitas sanguinolentas los ojos irritados por el calor y el polvo de la calle. Y cantaba con voz entrecortada:

Que viva el Carnaval,
Que viva .. que viva...

El resto de esa su cancioncilla favorita, se perdía en un largo gruñido que salía carraspeado de la garganta.

Si encontraba un grupo de personas, se detenía, y sin cesar de mover el cuerpo, empezaba a dar vueltas, no sobre sí mismo, sino a saltos, describiendo un círculo. Y continuaba a gritos el canto, cuya tonada sólo se advertía en las notas bajas, cuando la voz sonaba debilitada por el esfuerzo del grito, pero siempre chillona.

Solía mezclar al dicho estribillo versos de canciones carnavalescas distintas, que se confundían en su memoria, y que a las veces consonaban. Pero el canto pasaba raramente de esto:

"Los hijos del Coronel...
"Señorita larilá...
"Que viva el Carnaval.
"Que viva, que vivá. ."

Repetido diez, veinte veces, hasta que los oyentes dejaban solo a Venturita o le daban una moneda para que se fuera, porque era incansable y se pasaba todo el día chillando y bailando su danza extravagante, sin descansar un momento.

En la noche, ya muy tarde, se oía como un eco la voz de Venturita que llegaba acompañado de carcajadas o gritos de trasnochadores. Y se le veía vagar por las calles, deslizándose entre la oscuridad como sombra de las locuras que se adormecían.

Y vagaba así, hasta que el sol devolvía con la luz el movimiento desordenado de máscaras y comparsas, y ruidos, músicas y cantos.

Mientras duraban las fiestas, Venturita continuaba sus paseos por el pueblo, con las mismas gesticulacio-

nes y cantos. Era el último que se quitaba la careta de máscara.

Cuando se habían extinguido hasta los postreros ecos del Carnaval, que sólo quedaba como recuerdo —y no siempre agradable para muchos—, él no parecía notar ese cambio artificioso en la vida. Le parecía que aún duraban las locuras. Su rostro desfigurado por muecas horribles era verdadera máscara. Seguía cantando como si estuviera en plena fiesta, y su estribillo

"Que viva el Carnaval"

se oía por donde quiera que pasase.

Como el ebrio que se relame y paladea el resabio de la bebida después que la ha agotado, Venturita saboreaba aquel momentáneo placer, mucho tiempo después de pasado y sintiendo siempre el gusto del principio.

Era su vida, perpetuo carnaval.

Vivía entre los hombres como libro ininteligible en una biblioteca. Se pretendía investigar el contenido y se encontraba páginas que parecían estar en blanco.

Cuantos fueron interrogados por mí, no supieron decirme más que la buena vieja. Algunos me respondían con dos o tres palabras poco distintas.

"Es un loco; un imbécil; un deschavetado; un idiota"; todos se contentaban con calificar y estimar así, a aquel desgraciado, que maltrataban con palabras y hasta algunos más bárbaros con golpes.

En fin; no soy yo aficionado a desentrañar ocultos misterios, aunque tenga como cualquiera mi caudal de curiosidad, pero en este caso no me valieron entretenimientos ni interrogaciones; y aunque por capricho o por otra causa dí en averiguar lo que llamo

"el secreto de Venturita", quedé completamente en ayunas.

¿Sería ese raro tipo un tonto o un loco?

¿Quién puede decirlo? Y si es alguno de esos seres a quienes con vana soberbia solemos llamar tontos ¿no sería Venturita feliz en su estado más que los que lo despreciaban?

He leído un pensamiento de Vauvenargues que considero aplicable a este caso.

"El tonto —dice el filósofo francés— es como el pueblo: se considera feliz y rico con poco."

¿Y no es esto una gran felicidad en nuestra vida de ambiciones y concupiscencias?



Tenía escritas las líneas precedentes e iba a poner debajo de ellas mi firma, cuando recibo una noticia que completa en algún modo este escrito.

Me dice que Venturita acaba de heredar unos cuantos miles de pesos, y una casa en su pueblo; que vive con más sosiego y ha aprendido a cantar trozos de *La Gran Vía*.

¡Ahí está la pícara realidad de la vida!

Y mi historia tiene con ello un epílogo más alegre: Venturita propietario de casas, con algunos talegos y haciendo de *Caballero de gracia*. — Agur sentimentalismo...

DE FLORCITA

Para satisfacer curiosidades prematuras y a fuer de contador galante, debo empezar este cuento poniéndole por punta y comienzo la definición, más o menos legítima, de la frase que acabo de escribir como título.

De florcita, o hablando por entero, el modismo *andar de florcita,* no quiere decir más sino andar sin hacer nada — o en otro caso, el andarse de paseo, luciendo, como se ha hecho de moda, la flor más de aquélla, en el ojal apropiado del saco, levita, smoking, o de la pieza de ropa que cubra el busto del paseante.

Pese a mis dragones etimológicos, y aunque sea en descrédito de ellos, no puedo dar informes de más valimiento, para la comprensión del título puesto a este artículo.

Contoneando la mezquina persona muy ataviada; abrochado el saco bien estirado, con pantalón bombachudo de color claro, cubierta la cabeza y la mitad de la oreja izquierda por un sombrero gacho, gris, que apretaba la onda atusada del pelo sobre la frente, y sonadores los botines, mitad de cabritilla y mitad de prunela azul, adornados con doble hilera de botoncillos blancos, — salió de su casa Pancho Rodríguez, por mal hombre *Vidita,* cochero efectivo de tranvía, una buena noche del mes de marzo.

El tal personaje, — que a más de los descritos tenía en su menguada persona otros detalles citables, como

ser: la cara trigueña sin pelo de barba y timbrada con un costurón que ponía en relación la ceja derecha con el bigote malogrado, — llevaba en una mano un bastón de tala lustroso con lunares negros de quemaduras en los nudos; en el ojal respectivo del saco un jazmín del Cabo, más empingorotado y orgulloso que si estuviera encajado en la solapa de un aristocrático frac; un no menos blanco pañuelo asomaba, con las dos terceras partes fuera, en el bolsillo alto del saco, y otro que hacía oficio de corbata, enlazando el cuello pintado de la camisa, se perdía entre el chaleco, después de pasar apretadito por un anillo de luciente piedra.



Desde su casa, perdida entre las numerosas y entreveradas del barrio de Ramírez, Pancho Rodríguez, caminando a paso de militar en paseo por lo parejo y poco apresurado, y diciendo zonceras a cuanta mujer se echaba a la cara, anduvo cuadras y cuadras, por distintas calles, hasta llegar a la que lleva en un revoleo de bastón al antiguo *Cubo del Sur*.

Con aumento de contoneo, estiramiento del saco, una tosecita de despejo y doble molinete del tala, entró nuestro hombre por el zaguán oscuro de un café, tan mal enfachado como todos los de su pinta y laya, que son celdillas de la repugnante colmena asentada en el barrio llamado con acierto "de los peligros".

En el patio, alumbrado por la mísera luz de una lámpara de kerosene, estaba sentado delante de una mesa de fierro, — que sostenía un plato con una copa, una botella de limonada y un sifón mediado de líquido efervescente — un otro Rodríguez por la estampa,

echado a la nuca el gacho. desabrochado el saco y risueña la cara de flacura tísica.

En cuanto avistó al que llegaba le gritó:

—Adiós Vidita, arrimá una silla acá.

Y apenas el recién llegado estuvo cerca de la mesa, con el asiento en la mano izquierda, le apretó la otra y golpeándole en seguida en el hombro, dijo, en tono algo burlón:

—Hoy andarás de florcita, y caíste a la chacarita ¿no?

—Ya lo ves...., y Vidita hizo una pausa casi imperceptible para decir al mozo femenino que se había acercado:

—Hola, buena moza, tráigase un poco de licor de La Habana, en copas grandes.

—¿Come dice? —le preguntó poniendo mal gesto la mujer.

—Ah, es maturranga todavía; pues traiga coñaque de ese que viene en pipas; y a ver si se mueve...

Hizo una conversación poniéndose de frente a su amigo y concluyó la frase que le interrumpiera el mozo, añadiendo:

—¿Y qué tal, *comprade*, qué se hace?

—Aquí estamos, como de costumbre, pasando el rato.

—Dichoso el que puede. Uno que tiene que matarse todo el mes y todo el año, sin un día franco... a no ser que ponga suplente... y eso regateando, porque el capataz que tenemos ahora es una fiera...

—Así es el mundo, amigo, y hay que tomarlo...

Vidita lo interrumpió, diciendo a la mujer que traía los vasos de bebida:

—Así me gusta, misia Cutufina, déjelos no mas aquí arriba y traiga un poco de agua.

—¿Qué me decís de por aquí, che?, preguntó al otro.

—Hum... malo hermano... mal.

—Mal ¿por qué?

—Pa los patos... —exclamó el interrogado, haciendo chasquear la lengua después de beber un buen trago— y agregó poniéndose serio· —Decía mal... para vos... porque me parece que andás en baja aquí...

—Vos has de saberlo bien —dijo Vidita en tono irónico.

—No sé cómo...

—Hacéte el desentendido, que te asienta.

—¿Ya empezamos a salir por la torcida? —y al decir estas palabras, *el otro* se puso en actitud de desafío.

—Si te parece, —respondió Vidita sin cambiar en lo más mínimo su gesto— aunque por una nutria dejada de la mano...

—Pa tu gusto... no era así antes.

—Lo digo por broma; por broma. Ya sabés, hermano, como es mi genio. —Y diciendo esto, siempre en tono irónico, Vidita llevaba la mano derecha abierta a la altura del hombro y hacía una especie de saludo masónico.

—Si es por chocar —replicó el otro frunciendo más el ceño y acomodando el sombrero que se le había ladeado— podés ir a hacerlo con la... gringa de los Pocitos...

—Ya saliste con tu pata de gallo... vamos a concluir mal.

—Si a vos se te hace mala *yel* porque la *ninfa* hizo eso... ¡Qué embromar!... rásquese cada uno donde le pique y deje a los otros...

—Me mataste con tu patacón falso... ¡Pucha!... y que habías sido de los de te veo, y te miro, y te como... cuidado con el picazo... no te vaya a sacar por las orejas, lo ensillaste muy pronto.

—Ya te he dicho que si querés chocar, te vayas a...

Y el contrincante de Vidita, llamado en los barrios que frecuentaba, *Capucha,* se paró; retiró la silla con la pierna y puesta la mano izquierda sobre la mesita temblorosa, quedóse mirando con aire de desafío al otro.

El cual no tardó en imitarlo: se apoyó en el bastón y con la mano libre tomó el vaso y se echó al buche el último trago de caña. La cosa tomaba mal cariz y se ponía difícil para nuestros dos personajes que no salían de la amenaza del gesto.

Pero, como en las casualidades de las novelas románticas, asomó en la puerta de una habitación que daba al patio, la cabeza de una mujer cuya cara mostrábase maltratada sino por el tiempo por el vicio, y detrás de la cabeza y pescuezo y unas guedejas o mechones, salió por la rendija una mano y una palangana cuyo contenido de color indefinible fue a caer como rocío sobre Vidita y Capucha, al tiempo que salía de aquella cabeza una voz de no mal timbre, que dijo con retintín:

—¡Pa que se refresquen!

Como un tigre saltó Vidita en dirección a la puerta, atrancada ya:

—Aura verás, hija de mi alma, quien va a quedar fresco —gritó.

Capucha le impidió que derribase la puerta, interponiéndose violentamente.

—Déjame que le voy a dar un recuerdo de mi parte —dijo Vidita.— forcejeando por abrir la puerta.

—No, hermano, qué vas a hacer —de replicó el otro.— Es una nutria chumbiada... Hacelo por mí siquiera.

—Bueno... pero le voy a enseñar que conmigo no se juega.

Llegóse a la puerta del despacho de bebidas, desenvainó una daga de tres cuartas y entró apretándose el sombrero con la mano izquierda y haciendo relumbrar la acerada hoja del arma que esgrimía en la diestra.

Adentro fue un desparramo y un susto de órdago: un viejo verde que estaba en un rincón tomando café se metió debajo de la mesita; el italiano del mostrador se hizo chiquito detrás, hurgoneando entre las ropas para encontrar un pito; y dos o tres mujeres que fumaban muy cachazudamente sentadas en un banco, se escurrieron ligeras a las piezas interiores.

Vidita se arrimó al mostrador, pegó en él dos o tres golpes con la daga gritando: "oigalé las maulas uy uy uy... qué hacen que no salen..."; y en la puerta por donde habían pasado las mujeres dió un golpe fuerte, agregando baladronadas como ésta: "¿Quieren ver cómo las saco de las mechas y las degüello a todas...?"

Pero no cumplió la amenaza; contentóse con derribar cuanta mesa y silla encontró paradas y pegar un golpe en la mesita que servía de escudo al viejo acoquinado. Después salió con aire de gladiador triunfante, envainando su virgen daga, no sin antes *enjugarla* en la manga del saco.

En la vereda, Capucha le apretó la mano con expre-

sión muy señalada, y Vidita dijo secándose el sudor que le bañaba el rostro:

—Ya ves que conmigo no se puede, hermano...



Ambos siguieron calle abajo hasta encontrar otro café; se internaron con ánimo de armar farra, pero allí no daban "potrillo para botas", como dicen nuestros paisanos. Viendo muy guarnecido el castillo rumbearon para otro sitio donde poder cumplir su gusto, y es fácil lo consiguieran, porque al día siguiente anunciaron los diarios de la tarde:

"La 2ª remitió a los individuos Pancho Rodríguez (a) *Vidita* y Nicanor Giménez (a) *Capucha,* por haber *producido* un batuque en el *Café de la rosa.* El primero de estos individuos pasará al Hospital en calidad de preso, a asistirse de una herida leve que se ocasionó él mismo en una pierna, con una daga que tenía en el momento del hecho."

....



Ahí tienen mis queridos lectores la pintura de una noche pasada *de florcita* por un compadre. Pasear poco, discutir mucho, beber más, armar una farra, y pasar el resto de la noche en un calabozo, desvelado por el dolor de una herida de su propia daga.

¡PADRINOS!

(A Francisco García y Santos)

—Viene uno —dijo con alegría un *botija* que había estado de centinela o *bombeador* en la esquina, llegando a todo correr a donde estaba lo grueso de la partida, sentada en los escalones del atrio de la iglesia.

—¿Cuántos coches? —preguntó uno de los muchacos, revelándose jefe, al pequeño Mercurio.

—Yo vi dos — contestó éste, y no pudo agregar detalles, porque en ese momento asomó por la esquina próxima un carruaje bamboleante, arrastrado por caballos de mala figura y peor andar; otro carruaje detrás; y ambos vinieron a detenerse frente a la puerta del templo, cuando los muchachos se acercaban con curiosidad.

Por las portezuelas empezaron a desocuparse los vehículos, por cierto bien cargados; salieron algunos hombres, que luego de pisar firme se estiraron a largo de las piernas los pantalones, y después mujeres grandes y pequeñas, cargada una con el catecúmeno chillón.

Todavía no había pasado de la vereda este convoy, y todavía las mujeres se arreglaban los pliegues de la ropa, sin dar un paso, con algo de embarazo que en el aire pescó *el Cocherito* —jefe de los muchachos—, y lo animó para dirigir la palabra al hombre que le pareció tener cara de padrino:

—¿Quiere que llame al Cura?

—Bueno, andá.
—Che, *Napoli*, llevalos vos al baustisterio.

Y dicha esta orden, sin esperar más, *el Cocherito* saltó ligero las gradas del atrio y desapareció en una nave lateral, oscura, en tanto que el llamado *Napoli* guiaba a los padrinos y acompañamiento, hacia la otra nave del templo.

Los otros muchachos, menos uno o dos que quedaron de guardia, habían seguido a la cola del cortejo.

Efectuada la santa ceremonia, el avispado *Cocherito* se puso al lado del padrino y éste sin necesitar otra indicación le dio unos cuantos reales en plata y vintenes sueltos, que el muchacho guardó con calma en los grandes bolsillos de sus pantalones fundilludos.

Más tarde y al llegar la hora en que los muchachos vieron que no caían ya otros padrinos, se hizo el reparto de lo ganado: y cumpliendo costumbre antigua, que suelen los hombres no olvidar, dijo el *Cocherito*, dejando en el fondo de sus bolsillos unas moneditas:

El que parte y reparte
queda con la mayor parte.

Aunque algunos rezongaran por lo bajo, no hubo discusiones y peleas así no más, porque el *Cocherito* como buen jefe se hacía respetar y después del reparto tenía la costumbre de dar una caricia de pie acompañada del estribrillo: "A la... cama; y hasta mañana".

Tal fue durante mucho tiempo el tipo general de las *pedigueñadas* de los muchachos, en las puertas de la iglesia, pedigüeñadas que imponían una alcabala más a los pobres padrinos.

Se formaban las pandillas, se organizaban los *pedigüeños* en partidas; eran poco favorables a la entra-

da de nuevos miembros; campaban por sus respetos en la jurisdicción de la iglesia de su barrio; y con su jefe a la cabeza, absorbían, o mejor, monopolizaban aquella industria.

Otros tiempos, otras costumbres. Las partidas de "los padrinos" fueron perdiendo la primitiva organización, relajándose los vínculos y admitiendo la concurrencia; se operó algo como la libertad de industria.

Pero, ¡cuánto ha cambiado la fisonomía de aquéllas!

Antes se llevaban los muchachos como compañeros con los sacristanes, los ayudaban en ciertos quehaceres, servían de acólitos algunos, y en cambio de esto, ganaban recortes de hostias y tenían permiso para entrar con los padrinos a la iglesia, siempre que se portasen como es debido.

Este privilegio lo perdieron por su falta de respeto las unas veces, o por tal o cual broma pesada que les enajenó la simpatía de sus amigos los sacristanes.

En fin, yo no quiero que se me acuse de *volvedor* o retrógrado, por esta mayor afición a lo pasado que tengo, pero es imposible no reconocer que los muchachos de este tiempo han perdido mucho, hasta en lo de ir a los "padrinos".



Hoy se juntan como antes, pero no están ya organizados. Van a las iglesias y en uno o varios grupos se sitúan en el atrio o se pasean por la vereda, a la espera de los padrinos que están adentro.

En esos intermedios se ven escenas propias del ge-

nio alegre y no muy inocente de los muchachos callejeros.

De repente, uno se acerca a los caballos soñolientos de los carruajes y le mete una paja u otro objeto cualquiera en las orejas. Empiezan a escarcear los animales y poco después se sacuden y emprenden un trotecito que sólo se aumenta cuando los cocheros que estaban tomando "la noche" en el almacén de la esquina, salen a detenerlos.

Si el cochero se queda tieso en su asiento, no falta un chiquilín, que, escondiendo la mano, le tira una piedra o una cáscara de naranja o banana. Da en el blanco el proyectil, y el cochero atina lo primero a esgrimir el látigo, abriendo brecha en el grupo de los muchachos, que se alejan burlándose del auriga.

En un rincón, cuatro pedigueños más prácticos, hablan de la ganancia que tienen en perspectiva:

—Che *Piojito* — dice uno — ese gringo que entró tiene cara de fiera; ha de ser un agarrao así — y aquí un significativo gesto: el codo golpeando en el asiento.

—Va a dar poca leche, me parece.

—Ojo, que salen.

—Padrino, padrinito — dicen los muchachos con acento zalamero acercándose a los que vienen del bautismo y oliendo con olfato especial al padrino que, en confirmación de lo supuesto por *Piojito*, intenta desembarazarse de aquellos importunos, y llegar hasta el coche.

Los gritos aumentan a medida que los padrinos llegan a los carruajes y se convierte en un clamoreo de voces estridentes que repiten con ironía:

Padrino pelao
que no tiene un cobre para bacalao!

Entonces suele asomar una mano que tira sobre los muchachos un puñado de monedas. Se produce en ese momento una escena indescriptible. Ruedan por el suelo las piezas de metal, y la turba de muchachos, como famélicos perros que perciben piltrafas de carne, se lanzan tras ellas; caen unos, empujados por los que les disputan la posesión de una moneda; las manos avarientas y los cuerpos se entrelazan y en aquel entrevero hay posturas que ni el famoso imaginero Bosco podría concebir más violentas y extrañas.

En aquella confusión de los harapientos muchachos, se oyen gemidos ahogados, imprecaciones, risas forzadas, y los golpes menudean, mientras menguan las monedas disputadas con tanto ardimiento.

Allá se levanta uno sudando, revolcado, con un golpe en la cara y busca el sombrero informe perdido en la refriega; otro lleva en el puño una moneda y la mira con ojos de avaro a la incierta luz que hay en el atrio y en la vereda. Pálpase éste un miembro; súngase aquél los pantalones que casi perdió al arrastrarse por habérsele reventado el orillo que le servía de tirador; y casi todos, al fin, han sacado más dolores que vintenes.

Hay algo del bruto en esa disputa ávida y feroz, algo, que si puede tener algún atractivo externamente, para la vista, no impresiona muy bien al espíritu.

Para completar este cuadro, aparece de improviso, como la sombra mala de los muchachos aficionados a las pedigüeñadas, el guardia civil, el *selarife come chifle*, como le llaman ellos.

Este es su enemigo, los dispersa a varitazos, aprovechando muchas veces el instante en que los chiquilines se han puesto bajo la lluvia veraniega de los co-

bres del padrino, y presentan como blanco la parte más ancha de los pantalones.

El enemigo prefiere siempre este momento.

¿Por qué?

Algunos muchachos dicen: que los *selarifes* recogen la cosecha que ellos dejan apenas catada; pero yo no puedo afirmarlo rotundamente... aunque tenga motivos para creerlo.



Cuando el padrino es tacaño sin vuelta, los muchachos agotan los recursos conmovedores hasta que lo ven encajonado en el carruaje.

Si entonces no afloja y empieza a andar el vehículo, corren detrás gritando:

> Padrino Ventura,
> que reviente la criatura.

Esto, es sólo una variación del voto de felicidad con que muestran agradecimiento y regocijo diciendo:

> Padrino Ventura,
> que viva muchos años la criatura!

al sentir el agradable sonido de las monedas que caen al suelo, o cuando todavía esperan conseguir algunos cobres.

Pero, dejando aparte tales egoísmos y manchas, que son signos de la época, si se quiere, hay todavía en *los padrinos* mucho que hace revivir recuerdos casi olvidados y sensaciones de lo pasado.

Los chiquilines que a la espera de los padrinos, juegan al *rescate, la mancha, la piedrita,* saltando *la primera sin tocar* o *el rango* en las veredas presentan

el mismo espectáculo pintoresco y animado de los buenos tiempos.

Tampoco faltan en los intermedios, las peleas, verdaderos desafíos entre los muchachos; los *piñazos* deciden muchas veces la propiedad de un vintén, compensan un pisotón o golpe, o definen una discusión, que es plato que nunca falta en esas reuniones de chiquilines callejeros, penetrados de ciertos humillos románticos, que los llevan a lavar las ofensas con sangre de narices.

Echo de menos sí, el juego de *los ladrones y la policía,* que en el Cordón tenían los muchachos después que se acababan los "padrinos"; era un juego que obligaba a correr hasta quedar sin aliento, saltando cercos de pitas o barrancos, a esconderse chillando o cantando, con toda la fuerza de la niñez y de la niñez corrida en las calles.

Algunas otras cosas echo de menos también; pero me consuelo con que la costumbre de asediar a los padrinos de fresco, persista.

Aunque decaídas y degeneradas agradan esas costumbres que nos han atraído a la vida callejera en otro tiempo y que son connaturales de la existencia de los muchachos.

LA NOCHE BUENA DE LOS MUCHACHOS

Esa tarde, cuando dejaron de jugar al rescate, fatigados, con las ropas empapadas en sudor, se habían sentado en el cordón de la vereda, cinco muchachos, compañeros, inseparables a ratos, que se distinguían entre ellos por *Rabito, Zurdito, Cuatrodedos, Narigueta* y *Chucho,* gráficos nombres todos, aunque no figuren en calendario alguno.

Acomodados así, y mientras descansaban, empezaron a charlar, comentando los episodios del rescate, discutiendo a más y mejor si uno corrió poco o no gambeteó bien por dejarse alcanzar, para que ganasen los contrarios.

El Zurdo que había estado sin hablar, escuchando las charlas y discusiones de sus compañeros, se puso en pie, de pronto, y los habló en estos términos:

—¿A qué no saben en qué estoy pensando?

—Yo sé — saltó Rabito, parándose también — pensás en el golpe que se pegó Narigueta rompiéndose el pantalón, y que ahora verá la madre el *rajón* y le va...

—Dejáte de pavadas — repuso el Zurdo, interrumpiendo el discurso. — Estoy pensando en que esta noche es la noche buena, que podíamos irnos a farrear, a ver la misa del gallo, y a chichonear a los gringos del barrio Migón.

Pronunció el orador la palabra farrear con un tono extraño y sus compañeros poniéndose en pie a un

tiempo y dando una voltereta casi maquinal exclamaron en coro:

—¡Y es verdad! ¡qué farra! —un silbido, estridente completó la exclamación.

—¿Pero, la misa del gallo dónde la vemos? —preguntó uno.

—En los Capuchinos —contestó el Zurdo— de allí queda cerca lo de Migón.

Después de esta aclaración y de designar punto de reunión que era el de siempre, el portón de la vieja Pancha, los cinco muchachos se fueron cada uno a su casa.



Casi confundidas entre los sones alegres de una parranda, se oyeron las diez campanadas del reloj que era orgullo de la vieja Pancha, y que por eso lo tenía junto a la ventana de su pieza, para que lo sintieran de la calle.

Con una lata de kerosene abollada, puesta como tambor, se presentó en el punto de reunión Rabito; poco tardó en llegar, renegando contra los otros, el Zurdo, muy ufano con su flauta de lata; y juntos, medio a la carrera, cayeron al fin Narigueta, Cuatrodedos y Chucho, con otra lata el primero, con una pandereta rota el segundo... y Chucho... el Chucho de siempre, con un garrote de tala al hombro, como un Michín en talle de ir a *robar* y *matar* gente, según cuenta la fabulita.

Un golpe en las latas y una pitada —con pifia— de la flauta, fue la señal de la marcha. Tomaron calle arriba haciendo sonar los instrumentos con un golpe seguido de una pausa, y de cinco o seis golpes más,

señalando el paso o tango de los negros; la flauta acompañaba apenas y con penas.

Llegaron a la primera bocacalle y la música se calló para dar turno al canto, con tonada de milonga.

Esta noche es noche buena
y no es noche de dormir.

Tan, tacatá tacatá... y vuelta a repetir: *Esta noche es noche buena,* alargando las sílabas de *buena* con la cadencia extraña de aquel canto criollo.

Pero hubo una variante en la repetición. Chucho que iba delante, como escobero de comparsa, se puso de frente a sus compañeros, y cuando sonó la última nota del canto, gritó con voz afeminada:

y contáselo a tu abuela
tan, tacatá, tacatá.

Una voltereta, y dele ruido de latas, siguiendo calle arriba.

En cada esquina, nueva parada y vuelta a cantar, hasta que llegaron a la calle Canelones.. allí hicieron una parada más larga, pero no se acordaron de la misa del gallo, y pronto continuaron la marcha por la calle longitudinal ahora, derecho al barrio de Migón, que asomaba en la oscuridad con sus techos de zinc y teja, y las lucecitas que salían por las pequeñas ventanas abiertas.

Cesó por un momento el ruido de las latas de los muchachos; éstos se acercaban despacio a las primeras casas del barrio:

Esta noche es noche buena...
es noche buena ..
es noche buena...
y no es noche de dormir...

repetían bajando cada vez más el tono de la voz y sin la inflexión de la milonga, entonces.

Estaban ya al lado de las casas y a una señal del Zurdo, Chucho enarboló su bastón, y cuando Cuatrodedos tiró por la ventana a un cuarto, algo que llevaba en un papel, dio un golpe que retumbó en la puerta, y dispararon todos por entre las zanjas y pitas, haciendo sonar horriblemente latas, flauta y pandereta.

Los *gringos* gritaban desde las casas, y unos cuantos *accidentes* llegaron a los oídos de los *farristas.*

Los cuales, volvieron a tomar el paso de comparsa que llevaban al principio, y continuaron su parranda, ruido y cantos.

Poco tardaron en estar sobre el puentecito de la playa de Ramírez, y entre las casas del pequeño barrio de la calle Yaro, después.

Se desgañitaron gritando y estaban medio aturdidos con el ruido de sus "instrumentos", cuando al acercarse a una quinta en donde pensaban hacer alguna nueva diablura, sintieron ladridos de perro y un grito en seguida que les hizo temblar las carnes. Dejaron de cantar y diciéndose asustados: "*los perros... guarda...*" echaron a correr desesperadamente. No se acordaron del camino del puente y medio despeñados bajaron, seguidos de guijarros que se les figuraban los pasos de animales, por una cantera medio terraplenada; saltaron por zanjones, treparon por barrancos cortados a pico, y al fin, arañados por las espinas en las piernas y manos, llegaron casi sin aliento a un terreno que, como plaza, se mostraba limpio de zanjas y desigualdades en lo alto, al lado del antiguo saladero que da nombre a la vecina playa de Ramírez.

Allí se repusieron del susto. El primero a hablar fue Chucho, que enarbolando su garrote dijo:

—Por qué dispararon... si se vienen los perros les parto el mate de un palo, y dio un golpe en el suelo para mostrar lo que hubiera hecho.

—Callate, maula, si fuiste el primero en disparar, le replicaron tres de los muchachos.

Chucho no contestó, revoleó su bastón y, en marcha todos, camino del portón de la vieja Pancha, con ruido de latas y vocear del estribillo de la noche buena.

Al llegar a la calle Durazno se toparon con tres mujeres tapadas que después de la misa del gallo se venían la una tras de la otra costeando, por un angosto caminito, el cerco que cerraba en la fecha en que pasa este cuento, la esquina Noroeste de las calles Durazno y Minas.

Narigueta, bastante atrevido, dijo sin duda alguna cuchufleta a la mujer que iba delante, porque ésta, que era joven, le largó con voz airada un *sin vergüenza* que hizo reir a los muchachos hasta que se separaron.

Mientras las otras dos mujeres se decían:

—¡Qué madres, hija, qué madres! dejar los hijos así: Dios me libre, pero yo...

El sereno cantó la una con voz estridente, impidiendo oir el resto de la frase...

UN BATUQUE

"Y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaran a oscuras, dábanse tan sin compasión, todos a bulto, que a doquier que ponían la mano no dejaban cosa sana."
(Don Quijote, parte I, cap. XVII)

Eran cuatro amigos, uña y carne los unos de los otros, mancomunados contra cualquier eventualidad y más unidos que los Pílades, Orestes y toda la chamuchina de camaradas mitológicos o históricos.

Juan, tipógrafo, con ribetes de orador, era en realidad jefe de la cuadrilla, aunque no se admitiesen en ella jefaturas ni poder alguno. Sandalio, el porteño, jugador de oficio y charlatán como un personaje de comedia antigua; el Curtido, cojo, manco y de cara más timbrada que billete falso, antiguo sereno y al presente sin medios de vivir conocidos; y Oroñez, un medio mulato de nariz arremangada y brazo encogido, cigarrero algunos días en el mes, la completaban.

Todos ellos pertenecían por méritos propios, bien probados, a la familia de los compadres, quiebrayugos y farristas, enemigos de todo orden, fáciles de sacar de juicio con medio vaso de cualquier *veneno*, difíciles de reducir estando exaltados, con el ánimo buscador de pleitos, y en fin, más visitadores de los calabozos policiales que los *bichitos de humedad.*

Cada uno tenía su foja de servicios llena de hazañas que oscurecieran la sucia de Gil Blas, si se las comparara.

Contaban como tales, palizas o trompeaduras a las que Cervantes llama mozas del partido; y uno que otro desafío. a garrotazos o trompadas con "gringos" infelices y chapetones, que caían a sus dominios, y se les achicaban o les aflojaban.

Para decirlo con menos circunloquios, eran ejemplares copiados sobre aquel Barandalla, famoso en las crónicas limeñas, según Ricardo Palma, y el cual entraba en cualquiera reunión de correntonas, apagando luces, abatiendo cabezas y cortando cuerdas de guitarras, al tiempo que gritaba:

Abrirse que aquí está un hombre
Ya está vuestro azote encima.
Si quieren saber quien soy,
¡Soy Barandalla el de Lima!

Y como aquellos mozos tigres de por aquí, que en otro tiempo, cuando era moda usar ponchito doblado sobre el hombro, lo llevaban arrastrando de atrás y cantaban esta milonguita:

Por esta calle me vengo
Por esta calle me voy
Y al que me pise mi poncho
Cincuenta pesos le doy.

Todos estos rasgos y condiciones, y además algunas compadradas de su idiosincrasia particular, tenían los cuatro personajes que he presentado a los lectores.



Un sábado, de noche, se habían reunido las cuatro buenas fichas de este juego, en una pulpería situada en frente del mercado de la Abundancia.

El Curtido fue el último en llegar a la Chacarita, pero algo importante lo habría entretenido, porque al dar la mano a sus amigos les dijo:

—¡Albricias, muchachos, albricias!

—Güé — dijo Sandalio — desembuchá, y no te atores, que no ha de ser cosa muy gorda.

—Pa los pobres trigo es limosna — replicó el otro. — Y lo que traigo es el aviso de unos óleos con baile y mesa. un serón muchachos, en la Aguada. ¿Y a qué no saben dónde?

—Dejáte de adivinanzas — respondieron los interpelados.

—En lo de don José el panadero. aquel casado con una hermana de Braulio Cullanes. Está platudo el italiano y me han dicho que la cosa va a estar macanuda y así — el personaje hizo aquí un expresivo ademán doblando el brazo manco y levantando algo el codo al tiempo que apretaba el medio puño.

—¿Y a qué hora iremos? — preguntó uno.

—Ya, no más. — respondió el Curtido que también era llamado Camejo.

—Entonces. *alonsanfant* — dijo Juan con un pujo de saber creyendo pronunciar las dos primeras palabras de la *Marsellesa* (Allons enfants).

Y se largaron por la calle Yaguarón hacia el norte en una hilera que ocupaba toda la vereda y obligaba a bajarla a las mujeres que recogían de pasada algún chiste cuartelero de los farristas.

Poco tiempo gastaron en recorrer el trayecto hasta la calle Gianello. Al llegar a ésta, más propiamente encrucijada en algunos puntos, acortaron los cuatro el paso redoblado a que marchaban y empezaron a cantar, golpeando de vez en cuando con sendos bastones

en las rejas de las casas o en los cordones de la vereda, lo siguiente:

Quico, vámonos al baile.
Quico, yo no quiero ir...
Con el quico, riquico, riquico.

Y vuelta al *Quico, vámonos al baile,* etc., todo con una tonada juguetona.

Así anduvieron hasta llegar a la calle Venezuela, por ésta se encaminaron hacia el este y al fin se detuvieron pasada la de Sierra en un portón.

El Curtido dio la voz de alto; se arrimó, golpeó con el garrote en la puertita de escape y sacudió el pestillo, que era de los de oreja y pico o de martillo, haciéndolo sonar, como anunciando visita de confianza.

Se abrió la puerta y vióse desde allí los cuartos iluminados, llenos de ruido que con oleadas de humo salía por las puertas abiertas; y grupos de gente en el patio empedrado.

—¿Está Braulio? —preguntó Camejo al individuo que se asomó por la abertura.

—No, señor.

—Cómo no, déjese de tapujos y dígale que estoy yo, Camejo, aquí.

El individuo fue hasta una de las habitaciones, y en seguida volvió a decir.

—Si está solo entre, si no el patrón no quiere, porque no le gustan bochinches.

—Dígale que se vaya a la... que lo tiró de las patas, que digo yo, Camejo, y que le vamos a enseñar si a nosotros se hacen estos desaires.

Y sin esperar respuesta se fueron. En la primer esquina, el Curtido que iba mascando rabia, les dijo a los compañeros:

—Vámonos a buscar a los otros muchachos y a eso de la una les deshacemos el baile a los bachichas. Vos Sandalio, te vas a la *Flor de Italia* y avisás a Raimundo, el cigarrero, y a Juancho. Juan se va conmigo hasta Palermo a repuntar a Cándido y al hermano; y Oroñez que se llegue a lo de Pachequín y le avise por si quiere acompañarnos. Y, a las doce, toda la runfla en el *boliche.*



Poco antes de la hora señalada estuvieron reunidos nuestros cuatro conocidos y cinco más de diferente laya, arreo y catadura. El nombrado Pachequín era tocador de guitarra de lo bueno y *cumpa,* que rasgueando una milonga haría *quebrarse* y *requebrarse* a un palo. No había olvidado en esta ocasión a su inseparable compañera; y el instrumento más popular en estas tierras, se veía con un cordón celeste, colgando terciado en la espalda del guitarrero.

Aunque faltaba uno de los invitados para la farra, se decidió la comitiva a enderezar sus pasos en dirección del baile condenado a batuque por Camejo.

Este traía bajo del poncho, que le colgaba del brazo sano, un bulto que no parecieron extrañar los compañeros del *Curtido.*

Por el camino fueron combinando el plan del batuque; Pachequín con Cándido y el hermano habían de entrar como refuerzo de música, lo que no les sería difícil por ser muy tenido el tocador en concepto de bueno y disputable para toda reunión con miga de baile.

Y... lo demás del plan se verá por lo que sigue.

A la casa del baile llegaron los *deputados,* y como

lo habían previsto, fueron recibidos con agasajo y sin trabas ni inconvenientes.

Los convidaron con chocolate y hasta bailaron una pieza los dos hermanos, mientras Pachequín se floreaba en gemidos y suspiritos de prima y segunda.

Al poco rato se oyó claramente un golpe como de piedra caída de alto, en el techo de la habitación donde se bailaba. Algunos se pusieron en pie, alarmados, y otros que no se movieron de los asientos, trataron de calmar todo sobresalto.

Había unos quince hombres entre todos los bailarines, y las mujeres en la mayoría muchachas recién entradas en la edad de los amoríos, doblaban el número de aquéllos. Casi todos los hombres eran extranjeros; italianitos maturrangos para bailar, y por ende temerosos de la competencia de los criollos, que siempre eran preferidos de las muchachas.

En el momento en que empezaban a tocar otra pieza y que algunos bailarines se adelantaban a sacar compañera, se oyó en el patio un rumor de pasos precipitados y luego un grito: *¡Aura!*

Cándido estaba con su garrote en la mano, cerca de una repisa, en donde se alzaba la única lámpara que alumbraba la sala. Oir el grito y apagar de golpe la luz con ruido de vidrios rotos fue uno... y al tiempo de apagarse la luz, Camejo desde la puerta tiró al medio de la sala el bulto que había traído bajo del poncho, y que cayó aullando rabiosamente entre los bailarines sorprendidos...

Y entonces, qué gritar y disparar, chocar y revolverse en la oscuridad; gritaban los hombres denuestos, las mujeres chillaban y el gato completaba aquel raro concertante con sus aullidos, mientras arañaba y se metía por todas partes. Muchos sintiéndose estruja-

dos o sobajados, manoteaban desesperados en busca de luz... Uno encendió un fórforo y ¡zas! recibió incontinente un palo que lo derribó. Orientados con aquel súbito relámpago, los asaltantes hicieron girar sus garrotes que dieron en blancos duros... y después los farristas se apretaron el gorro porque su obra quedaba concluida, dejando cerrada la puerta de la sala.

El batuque no terminó con esta retirada. En la confusión de la oscuridad los individuos se pegaban los unos a los otros y como en aquel cuento del palo al perro, el perro al gato, el gato al ratón, se daban golpes que otro pagaba equivocando, y pasando de éste a aquél, en trasmisión o repercusión infinita.

Necesitaría yo la pluma de Estébanez Calderón o Mesonero Romanos ya que no la de Cervantes o la del autor de *El Diablo Cojuelo,* para describir esta escena que tanto parecido tiene con la descrita por el primero en su artículo *El roque y el bronquis*, la del artículo del segundo, *La capa vieja* y *El baile de candil,* la de la venta en que intervinieron Don Quijote, Sancho, la moza y el ventero, y aquella del tranco IX de la obra de Velez de Guevara en que se trenzan los pobres y pobras y corchetes con asientos, muletas y bordones.

Era en la escena de mi batuque un zamarrear y pegar indescriptibles, que amenazaba no tener fin sino con la noche. Pero, uno de los maltrechos y triscados fue a dar por un empujón contra la puerta, se agarró de ésta y la abrió con estrépito. Algunos otros salieron entonces trastabillando hasta el patio, y aturdidos empezaron a dar gritos en demanda de socorro.

El sereno que no estaba lejos y que es de sospechar

fuera cómplice de los farristas, acudió al eco de los gritos, con su linterna escudriñadora.

Se hizo la luz en el cuarto del batuque y ¡qué cuadro se ofreció a la vista!

Los escasos muebles derribados, y de la treintena de bailarines pocos estaban en pie o con el cuerpo libre de achuchones y golpes.

Debajo de una mesita de tres patas, volcada en un rincón, un individuo se revolvía aturdido, roncando como borracho; en otro lado, entre unas cuantas sillas hechas pedazos, estaban sin movimiento dos mujeres; más lejos cinco o seis hombres se levantaban con las ropas en desorden y sucias que mostraban haber servido de alfombra a los pies de muchos. Algunos tenían las caras y las manos ensangrentadas; otros se tocaban el cuerpo como sintiendo efectos de caricias brutales.

Detrás de la puerta apareció un italiano casi viejo que acoquinado, y atajando su cabeza de golpes imaginarios, decía: "No me maten, no me maten".

Un acordeón había ido a caer entre las piernas de un Sancho Panza tocador de clarinete, cuyo instrumento se veía sumido en el fuelle de la compañera de murga.

Sombreros, *fichús*, rebozos, cintas, alhajas y hasta dos botines desiguales se veían revueltos entre aquella confusión de personas y cosas.

Apenas restablecido el orden y vueltos en sí desmayadas y asustados, empezó el desbande. Nadie pensó en seguir la fiesta; se renegaba contra los cobardes, *chanchos* y sinvergüenzas, que habían turbado aquella tranquila diversión, pero todos se apuraban a cual más en dejar el sitio de la catástrofe.

Un cuarto de hora después, sólo quedaban los dueños de la casa, comentando las pérdidas sufridas y recogiendo prendas olvidadas.

. . . .

Entre tanto, volvían a la ciudad por la calle Sierra, los nueve ejecutores del batuque, dale que dale con su milonga favorita:

Quico, vámonos al baile,
Quico, yo no quiero ir;

acompañada ahora por la guitarra de Pachequín.

—Los gringos, tienen naco pa una cosecha, [1] — dijo uno — recordando el batuque.

Y esta fue la única mención del suceso.

Acostumbrados estaban todos a estas farras, y no era la de esa noche de las que escaseaban en la repleta colección que iban haciendo como compadres de buena ley, *macanudos y así* — que diría *el Curtido*.

1 *Naco*, que es el nombre común del tabaco negro trenzado, significa también susto; de ahí el juego del vocablo. Cosecha, vale por año en el lenguaje figurado de estos personajes.

UN IDILIO VULGAR

Pelando la pava

En una noche de domingo, en invierno, cierto mozo de buena figura pelaba la pava, reja por medio, con una joven, que era centro de sus anhelos y deseos.

El sitio era a propósito para nocturnos galanteos; una callejuela de la Aguada, que lleva el nombre de Asunción, sin alumbrado, estrecha y sumida en más oscuridad por altos edificios.

Aquella noche, el vocabulario acostumbrado en estas entrevistas y que es una conjugación más o menos completa del verbo amar, había sido sustituido por un católogo de reconvenciones que la joven decía al galán y que éste rechazaba, justificándose.

—A mí no me engañás — decía ella — ¡Crees que me chupo el dedo! Esta tarde te han visto pasar tres veces por la casa de Casilda. ¡Esa coruja narigueta!

—Te digo que no es cierto —replicaba el reconvenido — yo no sé quién te mete esas cosas en la cabeza, para que después me trates como fregón.

—No te hagas el inocente, que bien sé yo que es cierto lo que me cuentan. Y ya voy viendo que tu amor es para mí esto (hace sonar la uña contra un diente), mientras que con la otra sinvergüenza retobada, son puros derretimientos.

—Mirá Paulina, no sigás con ese sermón porque ya me estoy cansando. Si no has de creer en mis palabras es mejor que lo digas de una vez, que al fin...

—Si, no; ahora estás tan cosquilloso, pues andate

no más olerle los zapatos sucios a la coruja... que conmigo se acabó todo.

Y tras estas palabras dichas con enojo y mordacidad, un golpe de las maderas de la ventana acabó de recalcar en el enamorado, que se helaba en la vereda, la ruptura de sus relaciones con la celosa Paulina.

Algo sorprendido quedó el galán, que para hacerlo conocer diré que se llamaba Cándido, y era de profesión talabartero; pero su ánimo estaba bien templado aquella noche, y separándose de la reja a que estaba pegado, murmuró al alejarse a paso rápido, calle arriba: "Si una puerta se cierra, doscientas se abren. — Bagres se pescan en cualquier laguna... Adiós canilluda... pucha con el frío... Pobre el... que se quede afuera... *Brrr*...".

Desquites

Paulina, se asomó por la puerta en la mañana del siguiente domingo, y chistó a un muchacho que pasaba vendiendo *La Cotorrita,* y voceando después del título del periódico, *"con marítimas de la calle Asunción"*.

Compró la muchacha —que aprovechando la ocasión de verla a la luz, digo que era una hermosura mediana pero sabrosa de apariencia—, compró una *Cotorrita,* y se entró a leerla.

A poco de empezada la lectura, tiró el periodicucho y se puso a gritar, a tirarse las mechas de su abundante cabellera, y por último, corrió a desahogar su rabia, diciéndole a la madre que acudió a los gritos:

—Mire el chancho de Cándido lo que ha hecho... Me ha sacado en *La Cotorrita,* y me llama *chata des-*

calabrada, de arboladura averiada, y que me muero de celos, que me ha colgado la galleta, después de lo que todos saben en el barrio; y qué sé yo cuantas porquerías más. Como si no fuera el muy sinvergüenza quien llevó el bolsazo. ¡Ay mamá, qué vergüenza!... ¡qué vergüenza!...

La excitación de los primeros momentos terminó en lloriqueo y mucho le costó a la madre calmar a Paulina, que quería morirse de rabia y vergüenza por la "chanchada" de Cándido.

Siguió un rato de cavilación y revolver planes de venganza; hasta que la joven dijo a la madre con acento firme y decidido:

—Desde hoy atiendo a don Pedro el almacenero, y me caso en menos de un mes, conforme me lo prometió él antes de que yo hiciera caso a ese comecueros roñoso de...

Preparativos de una boda

No tuvo que esforzarse Paulina para que el dicho *don Pedro* volviera a reanudar su interrumpida relación.

En esos matrimonios, en nuestra clase media o burguesía, suele entrar por parte de la novia pequeña cantidad de amor, y muy grande dosis de despecho y encelamiento por abandono o ruptura en amores verdaderos.

Paulina aportaba a su matrimonio, con el almacenero don Pedro, un falso sentimiento alimentado por el caprichoso deseo de mostrar a Cándido que no le faltaba quien la llevara al altar y aun la alhajara como imagen sagrada.

Pero más que todo, quería la fogosa muchacha ha-

cer que se comiera de envidia la Casilda, que se había atravesado en sus amores con Cándido, para ser motivo del brusco desenlace de ellos.

Los padres de Paulina y el novio prepararon las fiestas de la boda con derroche de dinero. Querían que tuviera eco; que en aquel barrio se hablara de la largueza y poderes de los contrayentes; y sobre todo, por la satisfacción de las gentes vulgares adineradas, en lucir su riqueza en vestidos costosos y en el ridículo aparato escénico con que pretenden remedar el lujo y magnificencia de las gentes de clases altas.

Comidas abundantes hasta sobrar; baile con buena música; vestidos y joyas ricas, aunque de pésimo gusto para la novia; y regalos a todos los que intervinieran en los esponsales; todo eso constituía el orgullo de don Pedro y de su futuro suegro, que rebosante de satisfacción dirigía los preparativos de la comilona y del baile.

Para la primera, sólo se convidó a personas de la familia de la novia, y a uno que otro amigo íntimo del novio que por su parte no tenía deudos en el país.

Para el baile se prodigaron las invitaciones y Paulina tuvo buen cuidado de que llegara una a Cándido y que éste prometiera asistir, a instancia que por encargo de su futura esposa hizo don Pedro, aunque con mala voluntad, porque sabía que el talabartero era capaz de armar una farra con otros de su laya y trastornar la fiesta.

Amor con amor se paga

La casa de la novia resplandecía aquella noche con luces numerosas y animador bullicio.

La hora de empezar estos bailes es temprana. A las ocho, muchas familias con sus trajes de parada, ocupaban ya la gran sala, y empezaban a llegar en parejas o en grupos más numerosos los hombres.

Estos eran jóvenes casi todos y se sentaban en el patio, debajo de un parral, cuyas hojas se dibujaban en las piedras del patio a la luz de la luna y de los faroles con reflector, colocados estratégicamente.

Se paseaban conversando los mozos, y mientras unos echaban miradas a las muchachas, cuyo cotorreo en la sala se oía bien desde el patio, otros averiguaban qué tal era la "batería" y "munición" —que en lenguaje de parranderos y compadres equivale a bebidas y comestibles.

A eso de las nueve llegó Cándido y se oyó un leve murmullo entre los mozos. El mostró no advertir el efecto de su presentación en aquel sitio y saludó campechanamente a todos.

En ese momento tocaban unos lanceros y sonó la voz del "bastonero" disponiendo la colocación de las parejas.

—¿No entran a bailar ustedes? — preguntó Cándido.

Algunos mozos contestaron afirmativamente entrando a la sala, y él, libre del bastón y el sombrero que entregó a un muchacho, los siguió muy suelto de cuerpo.

Eligió compañera y bailó, dragoneando corrido y mirando sin reparo a la novia que esponjada como un repollo se mostraba en el sofá al lado de dos viejas amigas.

En la sala se oían cuchicheos con combinación de miradas que permitían advertir que los sujetos motivos de ellos era Cándido y la recién casada Paulina.

Esta se sonreía y hablaba con locuacidad, pero se veía que la risa tenía mucho de forzada y la charla algo de excitación voluntaria.

Al ver a Cándido indiferente y alegre, sin mostrar celos ni disgusto, Paulina sentía que su venganza se desvanecía y detrás de la ofuscación del despecho se le presentaba una realidad que le disgustaba todavía.

En un momento, sus miradas se encontraron con las de Cándido y ese choque acabó de postrar las fuerzas de Paulina, cuya falsa animación decayó hasta tornarse en desasosiego y tristeza.

Cándido triunfaba. Ella lo conocía y estuvo por hacer una locura apostrofándolo, echándolo del baile... pero no se dejó dominar por la rabia.

Entonces esquivó las miradas y hasta no atendió al baile durante un largo rato.

¿Sería posible? Sí: Cándido venía en dirección a Paulina sonriendo. Todas las personas que estaban en la sala miraron con extremada curiosidad.

El mozo se acercó al sofá y sin dejar de sonreírse invitó a Paulina a bailar una pieza que preludiaba ya la música...

Ella se paró. Un relámpago chispeó en sus ojos y sin decir una palabra volvió la cabeza, escupió con fuerza, mató con el pie la saliva y abandonó la sala...

El desaire estaba hecho. Había sido una bofetada de mano femenil airada, de esas que dejan menos la señal en el rostro que en el alma del que las recibe.

Cándido se turbó ante el inesperado éxito de su acción atrevida; perdió los estribos y no encontró más salida para su situación que la de la sala y de la casa, que no tardó en dejar, alejándose, mientras las risas y los cuchicheos de los que quedaron recalcaban su corrida.

Así satisfecha la sed de desquite, Paulina borró de su corazón la imagen de Cándido y permitió sustituirla a su esposo, con quien viviría quizás larga vida de felicidad, si les tocó buena suerte.

LA COMPARSA DE CACHIRUZA

> *"Y entraré en la calle*
> *Haciendo corvetas,*
> *Yo y otros del barrio,*
> *que son más de treinta"*
> (Luis Góngora).

El Carnaval se anunciaba a todos en la ciudad, con los pomos alineados, como baterías. en los almacenes; las caretas oscilantes en los hilos que las tenían pendientes del techo y los escuálidos dominós, colgados en las paredes o revistiendo maniquíes de alambre.

Cachiruza, muchacho vendedor de diarios, aficionado a jolgorios y a colarse en las funciones de títeres y pruebas, traía revolviendo en el magín hacía algunos meses, una idea que a él le parecía no menos que el fundamento de su prestigio, ya esbozado, entre los muchachos de su barrio, el de Palermo.

Faltaban aún diez días para el primero de Carnestolendas y Cachiruza pensó entonces que no le quedaba tiempo que perder.

Convocó a los muchachos de más significación, entre los cuales estaba Chucho, el maula más grande que registran los anales, si los hay, de los vendedores de diarios y changadores de mercado o feria.

Y los invitados se reunieron a las ocho, de una mañana, con el convocador de esta asamblea en el *hueco del ombú,* en la calle Isla de Flores.

Puestos en actitud de escuchar los congregados, que eran unos doce o catorce despilfarrados y zaparras-

trosos, el presidente Cachiruza habló en estos términos:

—Ustedes saben que el domingo que viene, no este primero, el otro, es Carnaval. Yo los he llamao para ver si hacemos una comparsa; pero una comparsa macanuda, no como la del gallego Cipriano, con tantos firuletes y compadradas, una de aquellas *(aquí un gesto significativo)* que mandan fuerza. con tamboriles, panderetas y estandarte...

—Y con boina y zapatillas con trenzado, ¡oiga!...

El que interrumpió el discurso de Cachiruza, con esta exclamación, fue Chucho. El otro recuperó su ascendiente cortando la palabra al entremetido, y siguió diciendo:

—Si junta un peso cada uno, haremos una farra gorda. El que quiera hacerse traje se lo hace, pero no de cotín floreado como el del gallego... de coco blanco el pantalón y colorao la blusa.

—¡Bueno! ¡Bueno! ¡Superior! que farra linda, uyuyuy...

Y los oyentes del orador Cachiruza, se pusieron a correr por el hueco, cansados de la relativa inmovilidad en que habían estado escuchando.

El presidente declaró clausurado el acto y dio las últimas instrucciones:

—Una nueva reunión el próximo domingo para que avisaran los que habían juntado el peso y los que podrían darse el lujo del traje colorado y blanco.



La segunda reunión, que se celebró en el mismo local, tuvo más concurrentes que la primera; allí estaba *La Vieja* con unos ocho compañeros que formaban su

mesnada y con disgusto de Cachiruza, porque el caudillaje de aquél le hacía sombra.

Disimulando en lo posible su inquietud, por la presencia de su contrario, nuestro amigo empezó a interrogar a los muchachos, pidiendo repetidas veces que hablaran uno a uno.

Hubo entonces un alboroto porque los amigos de La Vieja hicieron en coro no sé qué moción; pero la calma se restableció pronto y Cachiruza recostado al tronco del ombú y agarrándose el pie izquierdo con la mano derecha, escuchó:

—Yo tengo ya seis realitos, —dijo uno— Y yo once y tres vintenes. —Yo no pude juntar más que cuatro reales y un vintén.

Y así siguieron hablando, hasta trece muchachos, pero pocos habían logrado reunir los consabidos diez reales y llegaron dos que ni aun la cuarta parte de esa cantidad tenían.

Eran estos *Chucho* y un compañero suyo, inseparable, que por serlo adolecía de los mismos defectos que el maulón y goloso, a quien no le paraba un vintén porque se lo gastaba en helados, mazacote o cualquiera golosina.

A éstos díjoles Cachiruza que si no tenían un peso para el jueves no entrarían en la comparsa. A los otros les pidió cinco reales, a cada uno, para comprar el estandarte y dos o tres panderetas. En cuanto a los tamboriles, alquilarían dos en el templo del gallego, frente al Mercado.

—Canciones no necesitamos —dijo Cachiruza—. Con cantar aquello...

"Aquí estamos los neglitos
los del otlo Calnaval
a vel que nos da lamitos
tacatá, tacatá, tá."

—Y alguna variante que se les ocurriera, estarían bién, y además algunos sabían hablar en negro y bailar tango, lo suficiente para hacer reir a las gentes y que los convidaran con cerveza y dulce y hasta les dieran coronas en las casas a donde fueran, como las otras comparsas.

Todos aprobaron, es decir, todos no, porque *La Vieja* pidió la palabra y con disgusto y temor de Cachiruza, dijo:

—Yo y mis amigos *Ratita*, *Pepín*, *Gervasio* y los otros, queremos que Cachiruza no vaya solo a comprar el estandarte y las panderetas.

—Bueno, dijo uno, que vaya con *Pepín* y *Gervasio*.

—También queremos — prosiguió La Vieja — saber si iremos al corso, porque el gallego Cipriano va a ir con la comparsa de él y nosotros no hemos de ser menos.

—Y es verdad, hay que ir al corso, hay que ir, — gritaron una cuantas voces.

Cachiruza los hizo callar y dijo con tono de autoridad:

—Hay que ir, hay que ir; y ¿quién paga veinte pesos — ésta era una mentira — que cuesta el permiso en la Jefatura?

Todos bajaron la cabeza menos *La Vieja*, y ninguno contestó. El argumento falso de Cachiruza les había tapado la boca.

Pero él era generoso y vivo. Así fue, que les habló en voz alta y con aire de triunfo.

—Lo que podemos hacer es colarnos, cuando salga el corso de la junta, y no nos podrán echar porque llevamos estandarte.

—Así, sí. ¡Viva Cachiruza! ¡Viva! — Y el hueco se llenó de gritos, que sonaban alegremente en los

oídos de Cachiruza e hicieron salir como suele decirse, "con el rabo entre las piernas", a *La Vieja*, que se mordía de envidia.



Amaneció el domingo de Carnaval, y los muchachos en cuanto hubo luz estuvieron levantados, porque la noche había sido de insomnios y pesadillas, llenos de máscaras, estandartes, raros instrumentos musicales, coronas, bebidas que los embriagaban, cigarros de hoja grandísimos, que les hacían doler los ojos con el humo.

Poco a poco fueron reuniéndose en el hueco. Algunos traían pantalón blanco y camiseta roja; otros, los más, se habían puesto sus ropas más sanas del revés, y pintada de negro la cara o cubierta con una nariz postiza o una careta, un antifaz, etc.; y casi todos traían, a falta de otros instrumentos, dos costillitas secas metidas entre los dedos a guisa de castañuelas o tejoletas.

Pero Cachiruza y La Vieja, no llegaban... Al fin, un bombeador avisó la llegada de un grupo. Todos se asomaron. Venía Cachiruza al frente, con su traje blanco y colorado, un gran sombrero de paja con flores y cintas en la cabeza, zapatillas con trenzado, y en la mano un bastón semejando un tirso de Baco, con una cascada de cintillas. Rebosábale el contento en la cara y no hacía más que mirarse los alpargates, y una banda de terciopelo muy sucio y gastado pero conservando gusanillos de oro, y que como signo de autoridad traía terciada sobre la blusa.

Detrás del presidente, un muchacho traía el estandarte... ¡Pero qué estandarte! En una caña tacuara,

se había atravesado una estera de esas que se cuelgan en las ventanas, y que tenía dibujado un indio adornado de plumas, blandiendo una enorme hacha.

Dos botijas tenían los hilos que colgaban de los extremos bajos de la estera y con la mano libre sacudían sus *mazagayas*, sin cesar.

Más atrás una turba de muchachos, que no eran de la comparsa, rodeaban a dos que tocaban tamboriles, y a Chucho que era el héroe del grupo.

El maula tenía el cargo de escobero de la comparsa. Había conseguido, quien sabe cómo, uno de los sombreros unicornios que sacan Lambertuccio, Scalza y el Botaio en *Bocaccio*, y se lo había chantado sobre su cabellera que parecía selva inextricable.

Los pantalones eran de punto, de color celeste descolorido y un saco común, roto en los codos, completaba el traje.

En la mano traía revoleando una escoba vieja, enfundada la paja en el forro de una almohada.

Y bailaba un tango con saltos y carreritas, que hacía reir al más enfurruñado espectador.

La Vieja, no llegaba todavía y faltaban algunos *socios*, pero se resolvió ponerse en marcha sin aguardar más.

Salió la comparsa con Chucho al frente y el presidente Cachiruza dirigiéndola a silbidos con tono de alcalde mayor, alborotando el barrio con el taracatá de los tamboriles y los gritos de los muchachos que saludaban, con palabras dichas al modo de los negros, a los vecinos que se asomaban para verlos pasar.

*
**

De lo que hizo la comparsa en el resto del día, no hay noticias en crónicas, ni ha sido posible averiguarlo.

....

....

El lunes, día siguiente, sólo acudieron al hueco: Chucho, que había perdido su unicornio y tenía en cambio un ojo amoratado, y dos o tres muchachos más, todos con señales de golpes en los rostros.

Uno, contó a otro que no era de la comparsa, que *La Vieja* había salido con una pandilla y encontrándose con los de Cachiruza los habían insultado. Se armó entonces una farra de *comiflor* — según comentaba Chucho — y todos habían salido con puñazos marcados en el rostro, y con pérdidas en ropas o instrumentos.

Cachiruza, La Vieja y los más de la comparsa habían ido a parar a la tipa, y allí estaban.

Chucho, al concluir su compañero de comentar la farra, dijo:

—Yo lo que siento es mi capelín de punta... Ojalá le sirva pa ir al campo santo al que me lo robó. Aijuna con los *tigres* que jieden!...

Y haciendo una mueca de asco por los olores que flotaban en el hueco, salió corriendo seguido por los compañeros, menos alegres y resignados.

FIN

GLOSARIO

Acriollado. — El extranjero que ha tomado las costumbres y hábitos de los hijos del país
Acriollarse. — Tomar los hábitos y costumbres de los hijos del país.
Achura. — Menudos del animal vacuno u ovino.
Aguacharse-Aguachado. — Opilarse un animal. Estar barrigón (**Ascasubi**).
Aguada. — Los abrevaderos de un campo Se dice aguas naturales de los arroyos, cañadas o vertientes.
Aguatero. — **Aguador.** — Mancarrón aguatero, el caballo que sirve para acarrear agua, que suele ser viejo y de desecho.
Aindiado. — El hombre que tira a indio en el color Se dice, en igual caso, achinada, refiriéndose a una mujer.
Ajeniar. — Apoderarse de animales o cosas ajenas.
Alambrado. — El cerco de alambre sujeto en postes (de ñandubay generalmente), que separa las estancias o divide los campos
Alarife. — Vivaracho, ducho, malicioso.
Albardón — El espacio de tierra firme que hay entre los tembladerales o esteros
Al tranco. — Paso largo del caballo, que difiere algo del llamado paso castellano, llamado entre nosotros **sobrepaso.**
Aparcero. — Compañero; nuestros paisanos lo aplican a un amigo muy querido.
Aparte. — La operación de separar el ganado
Apealar. — O pialar, como se dice corrientemente. Enlazar de las manos un animal para derribarlo.
Apereá — Cuadrúpedo roedor, muy semejante a la rata, pero con algunas condiciones del conejo.
Apero. — El conjunto de las prendas con que se ensilla el caballo; pero si es de lujo y con chapas de plata, se llama chapeado. **Apero cantor,** recado pobre.
Apurar. — Por apresurar, activar.
Araticú. — Arbol, especie de Chirimoyo de fruta amarilla
Arazá. — Especie de guayaba; el árbol que las produce, de la familia de las mirtáceas. Hay una variedad que es arbusto rastrero.
Armada. — La lazada corrediza o preparación del lazo en el momento de usarlo
Arreador. — Látigo pesado
Bagre. — Es un pez de los arroyos y ríos, sin escamas, de color pardo, y a veces amarillo. - Fig. Se dice a las mujeres feas. — **Eutria,** en sentido figurado, tiene igual significación.
Bagual. — Caballo que ha recibido la primera doma.
Bajera. — (Castellana) — La jerga o pieza de lana que se pone sobre el lomo al ensillar un caballo para que no se lo lastime el recado
Balaca y balacada. — Fanfarronada

Balastro. — (En el Diccionario de la Academia **Balasto**). - Del inglés **Ballast.** También se usa entre nosotros el verbo **balastrar** y el adjetivo **balastrado.**
Baqueano o baquiano — Práctico de los caminos y de los ríos.
Barbijo. — Barboquejo.
Barullo. — Por ruido y también acontecimiento, perturbación e inquietud colectivas, conato de revolución
Batuque. — En voz castellana. Entre nosotros los bailes de gente de rompe y rasga
Bellaco. — El animal difícil de gobernar, y que se encabrita
Bichoco. — Caballo viejo de patas torcidas. Se suele agregarle, cuando el animal es viejo, el calificativo **maceta,** que indica mejor que puede apenas caminar.
Biricuyá o mburucuyá. — La pasionaria
Bochinche. — Escándalo, barullo, casi lo mismo que **batuque.**
Bolada. — Ocasión, oportunidad, suerte
Boleadoras. — Arma de guerra de los indios e instrumento de trabajo del paisano Son tres bolas del tamaño de un huevo de gallina, unidas por tres ramales o guascas de un metro de largo, más o menos, cada una. Se enreda en las patas de los animales que se desea coger, dificultándoles el andar.
Boliche. — Casa de comercio pequeña. Se usa comúnmente para ridiculizar un almacén u otra casa de negocio pobre de surtido.
Bombacha. — (En castellano **bombacho**). — Calzones anchos que se ciñen en la garganta del pie cuando no se llevan con botas.
Bombeador o bombero. — Espía; en los ejércitos los descubridores de vanguardia o los centinelas destinados a vigilar los movimientos de las tropas enemigas. Se dice también **vichador**
Bombilla. — Pieza generalmente de plata, para servir el jugo del mate
Boyero. — Pájaro pequeño negro, que acompaña al ganado cuando pasta, llegando a posarse sobre los animales mansos.
Brete. — Sitio cercado donde se encierran los animales para marcarlos o matarlos Es un corral pequeño, y casi siempre comunica con el grande.
Butiá o butyhiá. — Especie de palmera que da una fruta muy sabrosa apiñada en racimos
Cacunda. — Se llama a los gallos viejos y por autonomasia a las personas que se quiere tratar de maulas.
Cachirla. — Avecilla pequeña de color pardo con pintas blancas; correteadora, por la cual se la llama también correcaminos
Cajetilla. — El mozo de ciudad o paisanito presuntuoso.
California — Carrera de más de dos caballos
Camalote. — Planta acuática de hoja grande casi redonda, que se cría en las lagunas y festonea las márgenes de los ríos Las flores son azules o amarillas
Cambará. — Arbol frondoso de hoja discolora (verde la cara, blanco el revés) y flor blanca diminuta
Camoatí. — Especie de avispa; panal de la misma.
Camote. — Enamoramiento, sobre todo cuando es repentino y muy fogoso
Campaña. — Campo en general, el territorio todo de un país o departamento fuera de la ciudad
Campear. — Recorrer el campo buscando animales extraviados.
Campero. — El hombre muy práctico en las faenas del campo.

Cancha. — Recinto, sitio limpio o desembarazado.
Canelón. — Arbol de hoja pequeña. - **Capororoca.**
Caracú. — Tuétano.
Carancho. — Ave de rapiña muy común El **cara-cara** vulgar.
Carbonada. — Guisado de carne en pedazos pequeños, rebanadas de choclos, zapallo, papas y arroz.
Cercamán. — Extranjero en sentido despreciativo.
Carneada. — Acción y efecto de carnear.
Carnear. — Matar y dividir un animal para beneficiarlo.
Carozo. — (Provincialismo gallego). Hueso de los frutos
Casas o las casas. — Se dice de la principal de un establecimiento de campo. Habitación de los propietarios o administradores
Cebar (el mate). — La operación de echar el agua caliente en el mate y de prepararlo
Ceibo. — Arbol de flor amariposada roja, tronco fuerte, hojas aovadas en cruz con una espinita en el nervio y en el envés.
Cielo o cielito. — Tonada criolla y baile muy parecido al inglés llamado comúnmente Sir Roger.
Cimarrón. — Silvestre, huraño, huído Se dice ganado cimarrón, plantas cimarronas Según Pérez Castellano (**Observaciones sobre agricultura**), derivado del griego Zimarrón.
Clavel del aire. — Planta parásita de los montes, su flor es unas veces violeta y roja, otras blanca y otras amarilla.
Cobijas. — Ropas de abrigo de la cama
Coima. — Parte de la ganancia reservada al que autoriza o tolera el juego
Cominillo. — Ginebra de sabor suave y dulce
Consentida — La novia; en otro caso la mujer y aun el hombre consentido es el que está pagado de sí mismo, envanecido por su valor o por sus prendas.
Coronda. — Arbol de hoja menuda
Coronilla. — Arbol de madera muy colorada y muy dura que da una tintura rojo oscura.
Correntada. — Corriente fuerte de un río o arroyo.
Correntoso. — El río o arroyo de mucha corriente.
Cuadra. — La 60ª parte de una legua La lineal tiene 100 varas de 359 milímetros. La cuadra 73, 78, 81 de metro.
Cuarta. — (Diccionario de la Academia, 3ª acep) Cabalgadura que sirve de auxiliar a los tiros de vehículos para forzarlo o subir una cuesta. Se llama lo mismo a los bueyes u otros animales que presten esa ayuda
Cuartear. — Es la acción de ayudar, pero también equivale a guiar, pues, en las diligencias el **cuarteador** (que es el hombre que monta el caballo de cuarta) guía a la vez el tiro, señalándole el camino con delantera de algunos metros.
Cuchilla. — Loma prolongada o serie de colinas. Debe distinguirse de la serranía o sierra
Cucho. — Nombre familiar, cariñoso. En gallego significa **cachorro, perrillo,** y a veces **ternero mamón.**
Cuerear. — Desollar un animal.
Cumbarí. — Ají pequeño muy picante.
Cumbrera. — Viga central del techo de un rancho.
Cumpa. — Compadre, alborotador, fatuo
Cusco. — Perro pequeño ladrador y fastidioso
Chacarita. — Lugar adonde se va con mucha frecuencia. Es casi lo mismo que querencia
Chacra. — Finca rural destinada a labranza Lo que en España, granja
Chamuchina — Conjunto despreciable de cosas y personas. Se llama también al vulgo.

Changador. — **Según Groussac esta voz proviene del francés Changer y de la época de las incursiones de Moreau en el Río** de la Plata, cuando los faeneros decían "ir a la **change**", es decir, a cambiar los cueros y algún otro producto del ganado por las mercaderías de los corsarios. En el siglo XVIII se llamaban lanchas changadoras a las que hacían el alijo de los buques y conducían cargas desde el Uruguay a la Argentina Hoy se llama **Changador** a los faquines o mozos de cuerda: **Changa** a las comisiones de escasa importancia; y **Changar** a ciertos actos de dudoso género, o a las andanzas de mujeres de mala vida.

Chapeado. — Apero con chapas de plata y oro, como lo usan los paisanos ricos

Chapetón. — Inexperto, bisoño

Charabón. — El pichón de ave y sobre todo el del avestruz: fig. **niño.**

Charamuscas. — Es voz castellana, aunque usada únicamente en la marina, como una de las acepciones de brusca Entre nosotros se dice siempre charamuscas, en plural, para designar las briznas, las ramitas y pedacitos de leña, corteza, etc, con que se hace fuego en el campo.

Charque. — Tasajo

Chatasca. — Comida que se hace con charque y zapallo pisado, como un guiso.

Chicote. — Látigo

Chifle. — Cantimplora de cuerno de animal vacuno.

Chilca o chirca. — Arbusto de hoja estrecha, que forma montes espesos llamados chilcales en las laderas de los cerros y en algún campo bajo

Chimango. — Ave ordinaria, sucia, que es mirada con desprecio y asco en la campaña

China. — La mujer de color trigueño. Por corrupción se llama a las mujeres de vida airada, y así **chinear** equivale a **andar corriendo la tuna o gauchear**, que en el lenguaje de nuestros paisanos tiene idéntico significado

Chinchulín. — Parte del intestino delgado del animal vacuno donde se forma el quilo. Asado, es una de las achuras preferidas

Chingolo. — Pajarillo muy común parecido al gorrión de España, de lomo pardo y pecho blanquecino, con copetes.

Chiquilín. — Chiquillo, diminutivo de chico.

Chiripá. — Pieza de género cuadrilonga (el poncho muchas veces), que pasada por entre las piernas y asegurada en la cintura, sustituía a la bombacha. Según este modo de usarlo se le llamaba a la porteña (o sea argentina), a la oriental se decía cuando se sujetaba adelante sin pasarlo por entre las piernas

Choclo. — Mazorca del maíz fresca.

Chúcaro — Animal arisco, salvaje

Churrasco. — Carne asada sobre las brasas Probablemente del español Churrusco.

Churrasquear. — Comer churrasco, y, por extensión, el almuerzo aunque sea de otros platos más.

Churrinche. — Pájaro pequeño muy bonito Casi igual al llamado pitirrojo en Europa

De florcita. — Andar sin hacer nada, o en otro caso, el andarse de paseo, luciendo, como se ha hecho de moda, la flor más de aquella, en el ojal apropiado del saco, levita, smoking, o de la pieza de ropa que cubra el busto del paseante.

De mi flor. — Expresión con que se alaba alguna cosa. Según Ascasubi, quiere decir hombre **de todo mi gusto**, cuando se le aplica a algún paisano.
Despuntar. — Sobresalir; pasar por las puntas de un arroyo, donde es más bajo.
Disparada. — Huída, fuga.
Durazno. — Departamento de la República Oriental del Uruguay. - **San Pedro del Durazno**, la villa cabecera del mismo.
Embretar. — Encerrar animales en brete
Empacador. — El animal que se empaca, por vicio o cansancio, resistiéndose a seguir la marcha.
Empaquetarse. — Ponerse paquete. (Véase esta palabra).
Emperifollado. — Bien vestido o arreglado
Encelao. — Celoso.
Entropillao — El padrillo que anda con las tropillas de yeguas - Fig El hombre que está entre los suyos.
Entropillar. — Acostumbrar a los caballos a andar juntos, en tropilla.
Escarmenador. — Peineta grande
Estancia. — (Diccionario de la Academia, 5ª acep) Establecimiento de ganadería Lo que se llama **Hacienda** en Chile, y **Stazzo** en Cerdeña. El conjunto de edificios de un establecimiento de campo que generalmente se levanta en la parte más eminente
Estanciero. — Dueño de Estancia
Estero. — Terreno bajo, pantanoso, inundado, cubierto de yerbas y plantas acuáticas, como el junco, la espadaña, la totora y los camalotes.
Facón. — Cuchillo y puñal grande, que usa para defensa el paisano, como arma de pelea.
Fachinal. — Pajonal alto.
Fariña. — Harina de mandioca.
Farra-ear. — (Del italiano dialectal). V **Batuque o bochinche. Farria**, ruido o desorden.
Firuletes. — Adornos, palabras o cosas superfluas Quizás desfiguración de la palabra **filarete**, del español antiguo.
Flete. — El caballo escogido, ligero y de mucha resistencia.
Florida. — Departamento de la República Oriental del Uruguay y la capital del mismo.
Frangollar. — Hacer de prisa y mal alguna cosa
Fray-bentos. — **(Independencia).** — Capital del Departamento del Río Negro.
Fulo. — Enojado, enfurecido.
Galpón. — Construcción generalmente aislada, o con sin paredes y el techo de una o dos pendientes.
Gambeta. — El movimiento con que se escapa a una arremetida; también el quiebro del cuerpo
Garúa. — Llovizna
Gatazo. — (dar) — Equivale a deslumbrar, hacer buen papel, etc.
Gauchada. — Hazaña; acción propia de un gaucho.
Gauchaje. — Los gauchos en general.
Gauchar. — (Acción arrojada) También servicio de buen amigo Actualmente la expresión suele tomarse como despreciativa.
Gauchear. — Hacer cosas de gaucho.
Gaucho. — "El gaucho es el habitante de la campaña· es sumamente experto en el manejo del caballo y en todos los ejercicios del pastoreo Por lo regular es pobre pero libre e independiente a causa de su misma pobreza y de sus pocas necesidades; es hospitalario en su rancho; de sutil in-

teligencia y astucia, ágil de cuerpo, corto de palabras, enérgico y prudente en sus acciones, muy cauto para comunicarse a los extraños, de un tinte muy poético, y supersticioso en sus creencias y lenguaje; y extraordinariamente diestro para viajar por los inmensos desiertos de su país, procurándose alimentos, caballos y demás con solo su lazo y las bolas" - (Ascasubi, en **Santos Vega**). Se refiere a un tipo y costumbres desaparecidas casi totalmente, siendo el libro de la referencia de mediados del siglo pasado.

Godo. — Se llamaba a los españoles en la época de lucha por la emancipación. Era calificación depresiva.

Golilla. — Manera de enlazar al cuello el pañuelo como adorno.

Goyo. — Diminutivo familiar de Gregorio. En sentido figurado, tonto, fácil de engañar.

Guabiyú. — Arbol mirtáceo.

Guacho. (quichúa Huacchu). La persona o el animal criado sin madre.

Gualcurú. — Planta de dos cuartas de altura, de tallo muy duro.

Guasca o Huasca. — Tira de cuero.

Hincarse. — Arrodillarse.

Hierra. — Marcación del ganado.

Horcón. — La madera que forma el sostén principal del techo.

Huacho. — Véase guacho.

Iguana. — Especie de lagarto negruzco.

Invernada. — Epoca y lugar del engorde del ganado

Isla. — Por traslación, conjunto de árboles o monte de corta extensión, aislado, que no está junto a río o arroyo (granada).

Jefatura. — Dignidad o empleo de jefe superior. En la República Oriental del Uruguay tiene la delegación del Poder Ejecutivo el nombre de Jefatura.

Jején. — Insecto más pequeño que el mosquito y de aguijón más irritante que el de éste.

Ladino. — Buen hablador. De lengua fácil.

Lechiguana — Una clase de avispas. El panal que fabrican.

Legua oriental. — Tiene 60 cuadras (orientales), equivalente a 5 154 metros.

Lomillería. — La fábrica de lomillos, y el conjunto del recado, lo mismo que apero. Tiene fama entre los paisanos la **lomillería brasilera**, como si dijéramos el recado, riendas, pretal, etc , hechos en el Brasil

Lomillo. — La principal pieza del recado, que sirve de silla para sentarse el jinete

Lengüeta. — Charlatán, más o menos lo que lenguaraz

Lonja. — Cuero pelado y seco

Llapa. — (Se dice también **ñapa** y **yapa**). Voz quichúa que significa **añadidura** o **agregado.** El regalo que el vendedor hace al comprador. La parte reforzada del lazo Añadidura del aparejo de pescar donde van los anzuelos

Macanudo. — Expresión ponderativa, muy usada aunque tiene mal origen, como **macana** por disparate.

Machacante. — Cliente o parroquiano, a veces el vendedor habitual.

Majada. — Rebaño.

Maldonado. — Departamento de la República Oriental del Uruguay.

Mancarrón. — El caballo malo, viejo o achacoso.

Mangangá. — Abejón.

Manguera. — Corral grande cercado de piedra o postes de madera, para encerrar el ganado.
Maslegas. — Hierba compuesta de hojas semejantes a la totora, pero más alta y fuerte.
Matambre. — Lonja de carne que está entre el cuero y el costillar del animal vacuno
Mataojo. — Arbol de ramaje espeso. — El humo de sus hojas irrita extraordinariamente la vista
Mate. — La infusión de hierba en la calabaza que le da el nombre del quichúa mati, calabaza
Matear. — Y sus derivados. Tomar mate
Matrero. — El paisano huido y perseguido por la justicia.
Matungo. — Como mancarrón.
Maturrango. — El hombre que no sabe montar a caballo. Se llama al hombre o la mujer poco diestros, o recién llegados al país y no acostumbrados a sus usos
Mazacote. — Pasta hecha con los residuos del azúcar.
Mazagaya. — Instrumento de lata pequeño que lleno de piedras, suena imitando el ruido del cernidor. Es el **mbaracá** de los indios guaraníes
Mazamorra. — Maíz pisado y cocido, que constituye uno de los platos más ricos de postre, tomado con leche, o vino y azúcar.
Mburucuyá. — (Véase **Biricuyá**).
Milonga. — Tonada y canción que anda comúnmente entre los compadres.
Minas. — Departamento de la República Oriental del Uruguay.
Misia. — Distinción que se antepone como fineza al nombre de una señora con quien se tiene amistad.
Mojinete. — Frontón o remate triangular de la pared principal o fachada del rancho.
Montaraces. — Hombres que viven en los bosques, cortando leña y haciendo carbón, los brasileros los llaman **Sertanejos.**
Montevideo. — (Departamento y ciudad de). Capital de la República Oriental del Uruguay.
Morocho, cha. — Moreno, trigueño.
Naco. — Tabaco negro enrollado. - Susto
Ninfa. — Entre gente de medio pelo, es la designación de las que llama Cervantes mozas del partido. Hay ejemplo en este mismo autor del uso de la palabra ninfa en igual sentido, en el sainete **El vizcaíno fingido.**
Nutria. — Fig. Véase **Bagre** en la segunda acepción.
Ñandú. — El avestruz americano. - Fig el hombre muy flaco y alto
Ñandubay. — Arbol de madera muy dura y pesada, preferida para los alambrados y para durmientes de la vía férrea.
Ñanduty. — (En guaraní significa **araña blanca**). Tejido muy delicado que se hace con hilo como el **croché**, y ha sido inventado por las mujeres paraguayas.
Ñangapiré. — Arbol y su fruto de color rojizo muy parecido a la cereza
Olios u óleos. — Bautismo.
Ombú. — Arbol famoso, de tronco muy grueso, pero esponjoso e inútil su madera
Orejano. — Animal sin marca.
Pago. — Lugar o región determinada.
Palenque. — Palo colocado sobre otros dos, horizontalmente, para atar los caballos y tenerlos a la mano, bajo la ramada comúnmente.

Pampero. — El viento que sopla con más frecuencia, el SSO., que viene de Las Pampas argentinas

Pangaré. — Caballo de color venado, más claro en el hocico y orejas Según fama es el caballo más valiente para carrera y viajes largos

Paquete. — Vestido con lujo.

Parar. — Por enderezar, levantarse, erguirse.

Parar rodeo. — Es reunir los animales para contarlos o elegir alguno.

Paradores. — Los peones que paran rodeo

Payador. — Improvisador y cantor.

Paysandú. — Departamento y ciudad de la República Oriental del Uruguay.

Pelechar. — Cambiar de pelo. - Fig, mejorar de posición, cambiar de traje.

Penca. — Carrera

Pericón. — Baile nacional

Picada. — Senda estrecha de un monte, y paso de río o arroyo, por donde puede pasar únicamente un hombre o un caballo

Pilcha. — Prenda de uso

Pingo. — Caballo bueno, ligero, de linda figura.

Piscoiro. — Del quichúa **piscoiro,** pajarito - Enamorado.

Pollera. — Falda

Poncho — Manta cuadrada con una abertura en el centro para pasar la cabeza, de modo que quede el poncho colgado alrededor del cuerpo Es prenda muy usada en la campaña

Porongos. — Villa de Trinidad, capital del departamento de Flores, de la República Oriental del Uruguay.

Potro. — Caballo sin domar

Pueblero. — El habitante de pueblo o ciudad

Pulpería. — Casa de comercio.

Quincha. — La paja de totora con que se techan los ranchos; el techo de éstos.

Quinta. — Huerta de árboles frutales, y, a veces, de hortalizas.

Quitandera. — La mujer que va a las reuniones de carreras a cebar mate, vender tortas fritas y pasteles, y hacer comidas

Rancho. — Habitación de paredes de barro o adobe y techo de paja.

Rebusque. — Se dice de un recurso para vivir no muy claro, y **Rebuscarse** ganarse la vida de una manera habilidosa y a veces inconfesable

Redomón — Potro de media doma.

Rescate. — Juego de muchachos en el cual, divididos en dos bandos, se apresan los del uno a los del otro en la carrera, canjeándose después los prisioneros.

Retacón. — El hombre grueso y bajo, casi lo mismo que **tape,** en sentido figurado.

Retobado. — Objeto forrado de cuero, como v. gr las boleadoras. - Fig, el hombre de carácter seco y áspero. - **Retobarse.** Fig enojarse y sublevarse

Rioplatense. — Natural de algunos de los países de la cuenca del Río de la Plata. (Uruguay y Argentina)

Retrucar. — Contestar con fuerza

Rivera. — Departamento de la República Oriental del Uruguay.

Rodeo. — El conjunto de vacas finas y becerros. Suele haber varios en cada estancia

Rumblar. — Enderezar, encaminarse y también encontrar un camino poco conocido.
Saco. — Americana. Prenda de vestir.
Seibo. — (Véase **Ceibo**).
Seron — Noche de fiesta y jolgorio Es probable que se derive del italiano **sera.** Cervantes la usa en sentido de función seria en **La cueva de Salamanca,** donde dice "No parece sino uno de los **serones,** que da el Rey el **jueves** santo". Portugués· **serao** o **seron.**
Sobeo. — Llamado tambien lazo pampeano, es una cuerda de cuero torcido muy blanda
Sotreta. — Caballo viejo enfermo de los cascos
Taba. — (juego de la). Que se hace con el hueso de la choquezuela. Se tira a algunos pasos de distancia, y si cae con el lado labrado para arriba es suerte y gana un tanto el jugador; si queda el otro lado pierde un tanto.
Tacuara. — Caña fibrosa muy fuerte.
Tacuru. — Hormiga gigante Los monticulos que forman las mismas.
Taita. — Se llama a los que predominan en un pago, generalmente caudillos en tiempo de guerra Proviene esta voz probablemente del vasco **aitapadre.**
Tala. — Arbol frondoso de hojas pequeñas ovaladas.
Tambero. — El ganado manso
Tape. — Parcialidad de indios que existieron en el Uruguay. - Fig. el hombre bajo y grueso de color aindiado.
Tapera. — Ruinas de un rancho o casa.
Tranquear. — Caminar a pasos largos
Trebejos. — Chismes y utensilios de cocina, etc
Teruteru. — Ave, pequeño zancudo de color ceniciento muy bravío y que lanza un grito que ha dado origen a su nombre.
Totora. — Paja fuerte preferida para techar
Tupe, o jaboncillo. — El musgo que crece en los médanos y arenales
Vichar. — Atisbar, espiar, como **aguaitar.**
Vichador. — (Véase **bombeador**)
Vintén. — Moneda de dos centesimos
Yerra. — (Véase **hierra**).
Yuyo. — Las plantas silvestres inútiles o nocivas.

VOLUMENES PUBLICADOS

1 — Carlos María Ramírez: Artigas.
2. — Carlos Vaz Ferreira· Fermentario.
3. — Carlos Reyles: El Terruño y Primitivo.
4. — Eduardo Acevedo Díaz: Ismael.
5. — Carlos Vaz Ferreira: Sobre los problemas sociales.
6. — Carlos Vaz Ferreira: Sobre la propiedad de la tierra.
7. — José María Reyes· Descripción geográfica del territorio de la República O. del Uruguay. (Tomo I).
8. — José María Reyes. Descripción geográfica del territorio de la República O. del Uruguay. (Tomo II).
9. — Francisco Bauzá· Estudios literarios.
10. — Sansón Carrasco: Artículos.
11 — Francisco Bauzá· Estudios constitucionales.
12 — José P. Massera: Estudios filosóficos.
13. — El Viejo Pancho· Paja brava.
14. — José Pedro Bellan: Doñarramona.
15. — Eduardo Acevedo Díaz: Soledad y El combate de la tapera.
16. — Alvaro Armando Vasseur: Todos los cantos.
17. — Manuel Bernárdez: Narraciones.
18. — Juan Zorrilla de San Martín. Tabaré.
19. — Javier de Viana. Gaucha.
20. — María Eugenia Vaz Ferreira. La isla de los cánticos.